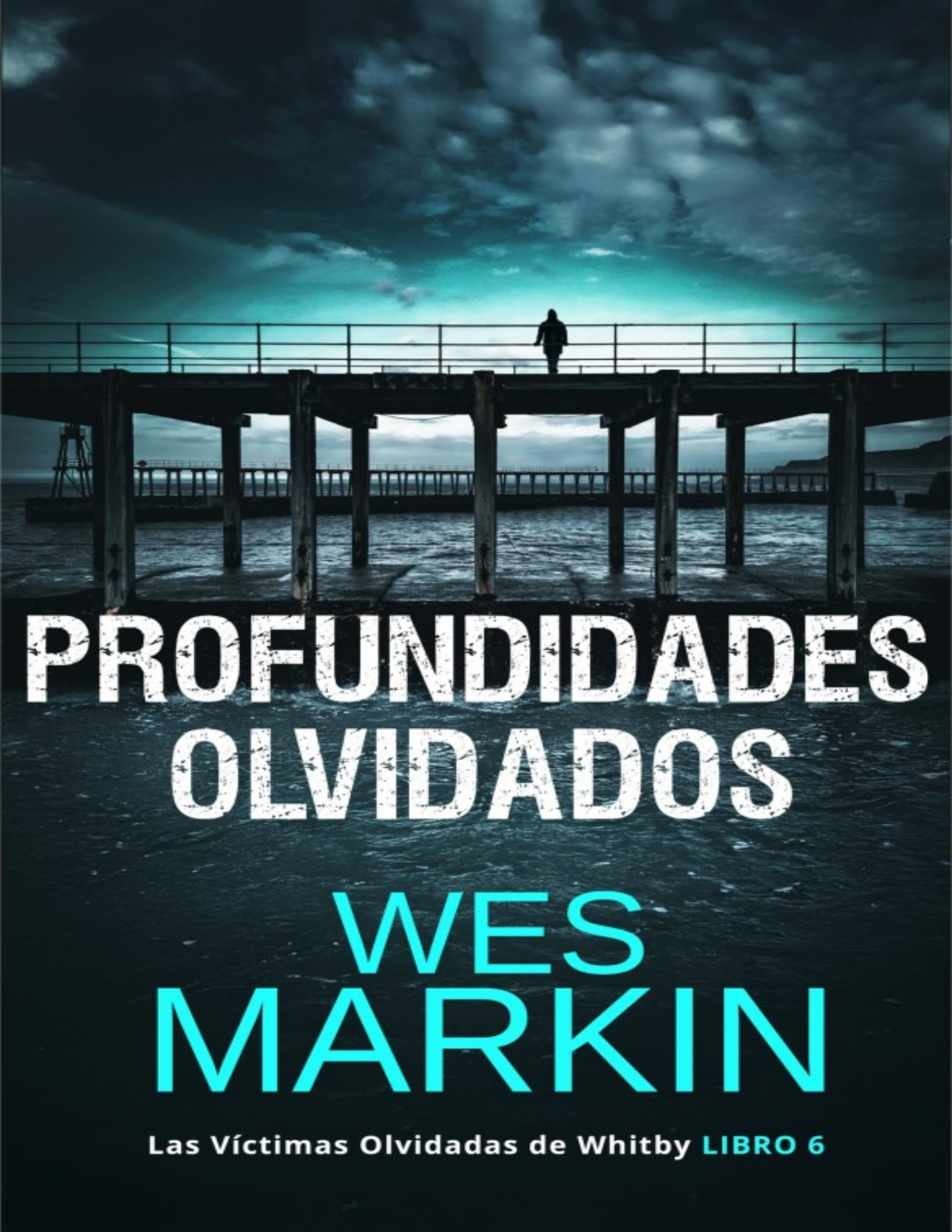

PROFUNDIDADES OLVIDADOS
WES MARKIN
Las Víctimas Olvidadas de Whitby LIBRO 6

Profundidades Olvidadas

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Libro 6

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2026 Wes Markin

Primera publicación 2026

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Epílogo

Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Heladas Olvidadas

Los Crímenes de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Un thrillers de Jake Pettman

El Foso de la Matanza

Fuego en los Huesos

Blue Falls

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

1

Bip… bip…

David Hockney se presionó las sienes con fuerza, intentando contener la presión que se acumulaba tras sus ojos. Cada pitido del radar de penetración terrestre de Dawn Forster agravaba el dolor, como un clavo que le atravesaran el cráneo con precisión metronómica.

De momento, el cabrón que tenía instalado tras los ojos había opuesto bastante resistencia y los analgésicos apenas le habían hecho efecto. De hecho, no le extrañaría quedar fuera de combate el resto de la semana. Al fin y al cabo, había pasado doce meses enteros sin una sola migraña.

Era todo un récord y, desde luego, estaba tentando a la suerte.

Estaba convencido de que sus migrañas las provocaba la intensa irritación que sentía hacia los demás. Curiosamente, un terapeuta le dijo una vez que no debía reprimir esos sentimientos, sino dejarlos salir.

¿Se lo imaginan?

Si de verdad hubiera seguido ese consejo —si hubiera destapado el tarro y soltado lo que pensaba de la perpetuamente alegre Dawn, o de toda esta maldita expedición—, no volvería a trabajar en la vida. Así que se lo tragaba, dejaba que se pudriera dentro y sufría las migrañas a cambio.

A medida que avanzaba por el túnel, la luz de su linterna frontal hacía que los húmedos ladrillos victorianos centellearan.

Una vez oyó a alguien referirse a esos destellos como lágrimas minerales.

Qué romántico.

Solo que no había nada de romántico en arrastrarse por las infraestructuras abandonadas de Gran Bretaña.

Bip… bip…

David guiaba a sus tres compañeros —Jake Hauser, su fotógrafo; Ant Garner, a cargo del detector de cuatro gases; y Dawn— hacia la oscuridad del túnel de Kettleness; una garganta de ladrillo y mortero perfectamente diseñada que se había tragado trenes de carbón y vagones de pasajeros durante setenta y cinco años antes de que el coste de mantenimiento de los túneles lo sentenciara en 1958.

Inclinó la cabeza hacia atrás y, con la linterna, observó el techo curvo que se alzaba cuatro metros y medio por encima de ellos, con un grosor de siete hileras de ladrillos.

—Ya no se fabrican cosas como las de antes —pensó.

Y el viejo cliché encajaba aquí perfectamente.

Era una obra de ingeniería victoriana pura y dura que asumía que todo debía durar hasta el día del Juicio Final.

Cada diez metros, observaba los nichos tallados en las paredes, donde antaño los trabajadores podían evitar el paso de los trenes. De vez en cuando vislumbraba latas de cerveza aplastadas, restos de expediciones de adolescentes.

—El aire sabe a mierda —dijo Jake.

—Definitivamente, peor que en el anterior —añadió Ant.

—Tenéis poca memoria —dijo Dawn.

Tenía razón.

Desde que había empezado el Proyecto de Integración de Ferrocarriles Británicos y se habían visto obligados a auditar toda la antigua infraestructura ferroviaria en busca de posibles rutas de transporte activo, habían soportado todo tipo de olores.

Principalmente de animales muertos.

—Aunque esta vez el olor a mierda de murciélago es más fuerte —prosiguió Dawn.

Sus pasos creaban un ritmo hueco que rebotaba desde el extremo opuesto del túnel, a unos doscientos metros de distancia.

Como puntuación al infernal pitido de Dawn se oía el goteo constante de agua desde el techo. Divisó formaciones de caltemita que colgaban como carámbanos sucios. Nada que ver con las estalactitas de verdad; aquellas necesitaban cuevas de caliza auténticas y tiempo geológico. Estas formaciones eran la versión de los pobres: calcio filtrándose del mortero degradado, volviéndose grueso y blanco en algunos puntos, y amarillento como dientes viejos en otros donde el óxido de hierro los había manchado.

Cuando levantaron las vías del tren en 1960 para venderlas como chatarra, su fantasma permaneció en forma de lecho de balasto. Granito triturado y escoria, comprimidos por décadas de peso, crujían bajo sus pies.

Ya habían examinado el canal de drenaje que recorría la pared occidental, confirmando que estaba atascado con sesenta años de limo acumulado. Eso obligaba a las aguas subterráneas a buscar nuevos caminos, filtrándose por las juntas del mortero y formando charcos en depresiones desgastadas por cuadrillas de mantenimiento que ya habían pasado a mejor vida.

—Hablando de mierda de murciélago —dijo Dawn—. O más bien de locuras, ayer recibí un mensaje del colegio de Larry. El menú del comedor ya pasa de las cuatro libras.

La cabeza de David sufrió la peor punzada hasta el momento.

No soportaba los parloteos necios mientras hacían la inspección.

—Madre mía —dijo Jake—. Menudo timo. Espero que al menos la comida sepa mejor ahora. Recuerdo que la mía sabía a mierda de murciélago de verdad.

Jake y Ant se rieron. David alcanzó a soltar un gruñido para fingir interés.

Observó la espalda con chaleco reflectante de Dawn mientras ella avanzaba arrastrando los pies, con el pitante GSSI SIR-4000 sujeto a la espalda como una mochila metálica de gran tamaño. La tableta que sostenía en las manos brillaba con un tono blanco azulado y mostraba la pantalla del radargrama: esos patrones distintivos que parecían partituras geológicas; el eje horizontal indicaba la distancia

recorrida y, el vertical, el tiempo de viaje de ida y vuelta en nanosegundos. —Cuando yo iba al colegio, costaba una libra con veinte —añadió Dawn—. Es más del triple.

¿Te acuerdas de cuánto costaba la comida en tu colegio? —bufó Ant—. Yo apenas me acuerdo de lo que hice la semana pasada.

«Cerrad el pico de una vez», pensó David, preguntándose si tomarse otro analgésico después de solo una hora contaría como sobredosis.

Probablemente no valdría la pena. Si era una migraña, el paracetamol no le serviría de nada; necesitaría sumatriptán, una habitación a oscuras y doce horas de sueño.

Eso sí, al menos una sobredosis le ofrecería una vía de escape de uno de los temas favoritos de su equipo, y de casi todo el Reino Unido: el aumento de los costes.

Podían estar dándole vueltas a la inflación hasta que les dieran las uvas.

En sus tiempos, bastaba con un simple comentario sobre el tiempo que hacía.

—Un momento —dijo Jake.

Otra vez no. David se dio la vuelta. Su fotógrafo tenía uno de esos días en los que no paraba de apretar el obturador.

La tableta de Jake bañaba su rostro en azul mientras enfocaba el objetivo hacia la pared.

Al ver que Jake estaba fotografiando un grafiti, tuvo que morderse la lengua para no soltarle una pulla. Habría sido algo así como: «Sí, muchacho, por supuesto, saca una foto de la placa del fabricante del North Eastern Railway que sigue atornillada al arco de entrada del túnel, pero ¿a un grafiti de unos niños que se hicieron pellas en los ochenta? ¿En serio?».

En la universidad le habrían enseñado a Jake aquello de «primero fotografía y luego piensa».

Pero dejó que la crítica se pudriera en su interior y alimentara su incipiente migraña.

—Mi hermana tiene tres niños. Eso son catorce libras pasadas al día —continuó Dawn, retomando el hilo de una conversación sobre comidas escolares que nunca había merecido la pena—. Setenta

libras a la semana. Madre de Dios. Debería haber más ayudas para criar a los ciudadanos del mañana…

Los niños eran probablemente su segundo peor tema de conversación después de la inflación.

David acumulaba cuatro matrimonios fallidos y, sin embargo, no tenía ni un solo hijo que mostrara el fruto de sus desvelos. Todas sus mujeres habían puesto pies en polvorosa antes de ampliar su linaje.

En realidad no las culpaba.

Todas habían sido lo bastante astutas como para reconocer que su talento para interpretar espacios subterráneos no se extendía a la lectura de seres humanos.

—Listo —dijo Jake.

David asintió. «¿Ya tienes bastante para tu catálogo, entonces?».

Sacudió la cabeza y continuó guiando a su equipo.

El túnel se curvaba ligeramente hacia la izquierda en este punto, siguiendo el contorno de la colina superior.

El pitido constante de Dawn fue interrumpido por un pitido electrónico aún menos agradable y más agresivo. Venía del lector de Ant.

Todos se detuvieron en seco.

—Mierda —dijo Jake, llevando la mano a su respirador de escape enganchado al cinturón.

David levantó la mano. —Jake, calma.

Los jóvenes de hoy en día eran siempre unos histéricos. Sí, estaban bajo doce metros de tierra y roca; pero eso no era nada para un minero de antaño. El problema ahora era que aquel lugar era una tumba para un teléfono móvil.

Los jóvenes simplemente no soportaban estar incomunicados. Era como una forma moderna de claustrofobia y se ponían nerviosos. Él no tenía móviles cuando empezó en este negocio y muy pocas cosas le perturbaban.

La linterna frontal de David giró hacia Ant, que observaba la pantalla de su detector de cuatro gases. Una luz roja parpadeaba, rayando las paredes. —¿Ant?

La humedad del túnel se condensaba en la frente de Ant.

—¿Ant? —lo intentó de nuevo David—. ¿Qué marca?

Dawn ya estaba echando mano de su respirador.

Madre mía, se hundían a la mínima.

—¿Nos vamos a morir o qué? —le siseó a Ant.

Parecía que él respondía mejor a la confrontación agresiva, ya que finalmente abrió la boca. —El oxígeno sigue al 20,8 por ciento. Las lecturas residuales de metano y sulfuro de hidrógeno son bajas. Estamos bien.

—Pues no tardes tanto en contestar —dijo Dawn, soltando el respirador.

—¿Por qué ha saltado tu alarma? —Jake no parecía divertido.

Ant tocó la pantalla y la alarma cesó. —Debe de ser un error del sistema. Haré una comprobación del software cuando subamos. Todo en orden.

—Todo en orden —pensó David, volviéndose para encarar el túnel—. No tiene nada de orden estar cerca de la jubilación y tener que andar haciendo de niñera para la siguiente generación.

Tras unos metros más, David se detuvo para examinar una sección de la pared donde el ladrillo parecía diferente: más oscuro, menos desgastado. El mortero aquí era más tosco, más rugoso.

—Esperad —dijo, acercándose.

El pitido de Dawn continuaba detrás de él mientras pasaba su mano enguantada por la superficie. El ladrillo aquí no era para nada victoriano. Otra época. Otro propósito.

—¿Qué has visto? —preguntó Jake.

—Una reparación, pero no de la época del ferrocarril —dijo David mientras trazaba el contorno con su linterna. —Tampoco es de la guerra. Fijaos: mortero rico en cemento, ladrillo hecho a máquina, juntas toscas. Es un remiendo rápido. De finales de los noventa, principios de los 2000, quizá.

Retrocedió y observó la pared. Unos dos metros de ancho, casi dos de alto. Un parche tapando algo.

—Dawn, ¿puedes hacer una lectura de esto?

Dawn avanzó con la unidad GPR, pasándola por la sección de la pared. La pantalla de la tableta parpadeó con datos.

—Definitivamente hay un hueco detrás —dijo—. ¿Quizá de tres metros de profundidad? Es difícil de decir con toda esta humedad en

el ladrillo. Pero sí, hay espacio ahí atrás.

David examinó los bordes de la reparación. Alguien había sellado algo, y no hacía tanto tiempo.

—Bien —dijo—. Echemos un vistazo, entonces.

Sacó una pequeña palanqueta de su cinturón de herramientas; siempre llevaba una en las inspecciones. Empezó a trabajar en las juntas de mortero. El cemento era más reciente que la obra victoriana y se desmoronaba con más facilidad de lo que esperaba.

—¿Estás seguro de que deberíamos…? —empezó Jake.

—Es nuestro trabajo —dijo David, sin mirar atrás—. Si hay daños estructurales, necesitamos saberlo.

El primer ladrillo se soltó con un chirrido abrasivo. Luego otro. Un aire frío emanó de detrás de la pared; viciado, pero en movimiento. Eso era interesante. Significaba que la cámara de más allá no estaba totalmente sellada.

El monitor de Ant chilló su descontento.

—Mierda —dijo Ant, tropezando hacia atrás—. Esta vez va en serio.

—Máscaras puestas —dijo David, con la mano ya arrancando el respirador de su cinturón.

—Sulfuro de hidrógeno, ocho ppm y subiendo —continuó Ant.

El respirador de media cara se aferró a su piel. Comprobó el sellado con una inhalación brusca y quedó satisfecho de que los filtros dobles funcionaran. Todos le hicieron una señal con el pulgar hacia arriba, confirmando que sus máscaras estaban selladas, y luego volvió al trabajo.

Se soltaron unos cuantos ladrillos más y dejaron a la vista una puerta de madera rota encastrada a poca altura en la pared: una escotilla enmarcada por ladrillo tosco, lo bastante baja como para tener que pasar a gatas. David la revisó y descubrió que estaba suelta. La abrió haciendo palanca.

David no necesitó gesticular para indicar que él entraría primero. Veintitrés años en obras de construcción, inspecciones de minas, alcantarillas victorianas colapsadas, cámaras inundadas y dos amagos de derrumbes de techos le habían enseñado una cosa: nunca envíes a alguien en quien no confíes para hacerlo bien. Había

visto cómo sacaban a trabajadores aplastados de espacios en los que nunca deberían haber entrado. Había asistido a tres funerales. La confianza se había convertido en un bien que atesoraba tanto como el oxígeno en un espacio confinado.

David se agachó y se giró de lado. Se puso a cuatro patas y gateó unos cuatro metros a través de la oscuridad estancada. Oía sus monos reflectantes rozando los bordes ásperos y temió rasgarlos, pero siguió adelante.

Finalmente, la cámara se abrió más allá. Calculó unos doce metros cuadrados. No era un hombre alto, así que pudo ponerse de pie. Algunos de sus compañeros más altos tendrían que agacharse.

A medida que sus compañeros se unían a él, recorrió el espacio con su linterna.

Ya lo había visto todo antes.

Bancos de listones de madera parcialmente derrumbados flanqueaban ambas paredes; con los soportes metálicos todavía aferrados al ladrillo a duras penas.

Un inodoro químico Elsan estaba acuclillado en la esquina, con su carcasa de metal intacta. No le apetecía una inspección cercana de aquel artilugio.

Latas de raciones vacías estaban esparcidas. Latas rectangulares de carne en conserva. Latas circulares planas sin etiqueta que habían contenido galletas náuticas. También había algunas latas más pequeñas de leche condensada.

El haz de luz de su linterna encontró un cartel metálico de la ARP.

DEPÓSITO DE EMERGENCIA #4.

Las letras estaban perfiladas en óxido.

Jake sacaba fotos alegremente.

David lo observó.

—Como un cerdo en un charco… —pensó.

David avanzó hacia unas estanterías.

No quería que ninguno de sus colegas destrozara el lugar antes de haber echado un buen vistazo. Eso sí, la estantería estaba muy

deteriorada y gran parte se había derrumbado.

Al acercarse, las motas de polvo en el haz de su linterna se arremolinaron.

Dio otro par de pasos.

Sintió que se le cortaba la respiración, y de repente pareció como si la temperatura hubiera caído bruscamente.

—Joder… —susurró.

Trazó la nítida curva blanca de un cráneo con su linterna, antes de dejar que la luz se posara en los huecos de las cuencas oculares.

Dawn se situó a su lado. —Mierda… ¿eso es un…? —Se interrumpió. No tenía sentido. Era una pregunta redundante.

David la miró. —Quédate atrás.

Rodeó la estantería.

—¿Qué has encontrado? —siseó Jake desde cerca.

David levantó la mano para indicarle que él también debía quedarse atrás. Dudaba que su instrucción funcionara con alguien que perseguía una foto digna del Pulitzer en lugar de limitarse a documentar una inspección, pero eso debería darle algo de tiempo para examinar el hallazgo.

Al otro lado de la estantería, David aminoró la marcha y se arrodilló para examinar el cadáver, que estaba apoyado en posición sentada contra la pared. No era ajeno a la recuperación de restos; se había topado con ellos varias veces en su carrera. Así que, una vez que el impacto inicial remitió, pudo asimilarlo con calma.

—¡Joder! —dijo Jake, habiendo visto claramente el cráneo.

—Quédate atrás —repitió David.

El cadáver llevaba restos de vaqueros y una chaqueta; materiales sintéticos que habían sobrevivido a la carne durante décadas. Este cuerpo no era de la guerra. Esta ropa gritaba años noventa, quizá principios de los 2000.

El cráneo aún conservaba parches de piel curtida, negra y tensa como el cuero de una bota, que casi formaban un rostro. Mechones de pelo quebradizo se aferraban como telas de araña.

Se acercó más, iluminando las cuencas de los ojos. Estaban llenas de antiguas telarañas. Vio algo moviéndose y se apartó de un tirón.

Aspiró aire a través de los filtros dobles y su razón entró en juego.

Nada podría vivir aquí con estos niveles de gas. Solo eran sombras jugando malas pasadas. Se inclinó de nuevo y vio, esparcidos sobre el cuerpo, los caparazones de innumerables insectos muertos: moscas, escarabajos.

Todos ellos asfixiados hacía mucho tiempo.

—David… quizá deberíamos irnos y llamar a la policía —dijo Dawn.

—¿Por qué? —dijo Jake con un resoplido—. No es que vaya a ir a ninguna parte, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que es un «él»? —dijo Ant.

David se asomó de nuevo, examinando las cuencas y las telarañas con más cuidado. Curioso por haber vuelto a ver movimiento, a pesar de saber que eran sombras y juegos de luces, alargó su mano enguantada y tocó suavemente la cuenca.

No pasó nada.

Retiró la mano y suspiró.

Pero entonces la cabeza se inclinó hacia delante y arañas muertas empezaron a caer en cascada desde las cuencas.

Docenas de cáscaras desecadas como confeti.

David se sobresaltó y jadeó. Se incorporó de un salto y retrocedió bruscamente.

Su bota golpeó un largo trozo de madera, que se desplazó y desequilibró el cuerpo. Al caer este hacia un lado, se oyó un suave siseo. Un olor que hizo que David hiciera una mueca se intensificó.

—Se está escapando gas de descomposición de debajo del cuerpo —siseó, dándose la vuelta.

Lo primero que captó con su linterna fueron los ojos muy abiertos de Dawn. Resultaban asombrosos en su plenitud tras haber estado mirando fijamente las cuencas vacías llenas de arañas muertas.

—No te quedes ahí parada…

El monitor de Ant empezó a chillar. El tono era más agudo y urgente.

Afortunadamente, Dawn había hecho caso a su advertencia y se dio la vuelta.

Jake, por otro lado, parecía haber empezado a hiperventilar. Estaba intentando quitarse la máscara.

—¡No hagas eso! —ladró David.

—Voy a… devolver… —Jake forcejeaba con su máscara.

—Cincuenta ppm —gritó Ant.

—¡Mantén esa máscara puesta! —ladró David. Cincuenta ppm no eran ninguna broma.

—Joder, sigue subiendo… sesenta —dijo Ant, arrodillándose junto al espacio de paso.

Aún no era letal, pero no era nada bueno para la salud. Si subía demasiado, los respiradores no darían abasto.

David agarró a Jake por el hombro y le sostuvo la mirada. Finalmente, Jake pareció calmarse y respondió al rápido asentimiento de David con uno propio.

Miró hacia arriba y vio que Ant se había ido, y ahora Dawn estaba entrando por el hueco de salida.

Se aseguró de que Jake fuera el siguiente en salir, antes de mirar hacia atrás a la cámara una última vez y salir él mismo.

Cuando volvió al túnel, vio que sus colegas ya estaban desandando el camino a toda prisa. No era necesario —ya estaban fuera de peligro—, pero no podía culparlos. Eran jóvenes y hoy en día vivían entre algodones, así que cuando las cosas se ponían feas, perdían los papeles. En sus tiempos, el peligro era simplemente parte del trabajo.

Cuando David se reunió con ellos en el exterior, bajo el cielo gris de una mañana de noviembre, Jake estaba de rodillas vomitando. Ant caminaba de un lado a otro, respirando con dificultad y mirando su monitor como si el aire fresco fuera un engaño y el gas fuese a regresar en cualquier momento.

Dawn, que parecía haber recuperado el control, estaba al teléfono con la policía.

El viento cortaba el páramo expuesto, trayendo consigo el aroma salino del Mar del Norte.

David volvió a mirar hacia la boca oscura en la ladera y pensó en el Depósito de Emergencia #4.

El cuerpo no era de la guerra. La ropa era de los noventa; de principios de los 2000 como muy tarde. Veinte años, quizá veinticinco, sepultado en aquella cámara sellada. La descomposición frenada por las condiciones secas y frías.

Pensó en las arañas, generación tras generación, tejiendo sus mortajas de seda como si momificaran los restos en lugar de dejar que se pudrieran.

Alguien había estado en esa cámara.

Alguien había tapiado la abertura, dejando que la puerta de madera se pudriera detrás.

Y luego se había marchado.

2

Al Inspector Jefe Frank Black le dolía la garganta.

No era de extrañar, teniendo en cuenta la de veces que se había aclarado la voz para volver a empezar.

Maldita sea, pensó, clavando la vista en su discurso.

Las palabras que no se habían corrido por culpa del sudor de sus palmas eran apenas legibles; lo había mandado todo al garete más de una docena de veces.

Levantó la vista del papel hacia Evelyn. *Nadie quiere verte leyendo, Frank*, pensó. *Tienes que proyectar la voz.*

Tosió de nuevo.

—¿Cómo va eso, señoras y señores?

Evelyn negó con la cabeza. —¿Cuántas veces van ya?

—Es que «señoras y señores» a secas no suena bien, ¿sabes? Siento como si faltara un saludo de verdad.

—Es una cuestión de etiqueta.

—Sí, puede ser, para alguien que presenta un dichoso espectáculo de circo.

—Y para alguien que presenta un discurso de boda..., otra vez —dijo Evelyn, y esperó y observó con esa expresión paciente que empezaba a resultarle tan exasperante como extrañamente reconfortante.

Suspirando para sus adentros, Frank se giró hacia la repisa de la chimenea, donde Mary, su difunta esposa, parecía observar la

escena desde una fotografía.

¡Y ni se te ocurra empezar a ti también!

Se aflojó el cuello —de repente, su habitación parecía una sauna —, se aclaró la garganta de nuevo y se dirigió a su audiencia de una sola persona. —Señoras y señores.

Ella sonrió.

—Bien —continuó Frank—. Cuando la Inspector Gerry Carver se unió a mi equipo por primera vez, llegó con un perro de terapia y una incapacidad absoluta para entender el sarcasmo. Pensé: «Dios santo, ¿qué clase de nuevo infierno es este?». —Hizo una pausa, porque había escrito, entre paréntesis: «pausa para las risas».

Tras un prolongado silencio, quedó claro que no habría ninguna risa.

—¿No ha sido el rompehielos que esperaba, entonces? —dijo Frank.

—¿Crees que ella le verá la gracia? —preguntó Evelyn, enarcando una ceja.

—¿Qué? ¡Gerry! ¿Con uno de mis chistes? ¡Por favor!

—Entonces, ¿por qué lo usas?

Él frunció el ceño. —Para hacer reír a todos los demás...

—Ah... —Ella seguía con la ceja enarcada.

Frank suspiró. —¿Crees que es a costa suya?

—Bueno, ¿no lo es?

Él se encogió de hombros. —¿Qué otra opción tengo? No puedo hacer que ella se ría. No tengo ese don; para ser sincero, aún no he conocido a nadie que lo tenga. Quiero decir, Rylan la hace reír, así que supongo que son solo los seres humanos los que tienen...

—Te estás yendo por las ramas.

—Sí. Mira, creo que ella esperará un poco de guasa. Quiero decir, ¿no se trata de ser fiel a la personalidad de uno?

—¿Siendo un ogro detestable?

—No te pases.

Ella se rió. —Es que, Frank, no eres un ogro detestable..., solo crees que lo eres.

—¿Ah, sí? —Se subió las gafas hasta la frente.

Ella no respondió.

—Vale, puede que sí —admitió Frank.

Evelyn se inclinó hacia delante en su silla. —Para empezar, llámala Gerry, no inspectora Carver. Es tu amiga, no tu subordinada.

Él negó con la cabeza. —¡Pero si es mi subordinada!

—En el trabajo, tal vez. Pero no el día en que la acompañas al altar en su boda.

Él hizo una mueca.

—¿Y «nuevo infierno»? ¿Quién dice «nuevo infierno»? Es una boda.

—Ah, pero... —le señaló con el dedo—, no es una boda religiosa, así que no ofendo a nadie.

—Excepto, quizá, a todas las personas religiosas que haya en la sala.

Suspiró. —Contigo no hay quien pueda, ¿verdad?

—Tú me pediste ayuda.

Se volvió a colocar las gafas. —¿Vuelvo a empezar?

—Deja que oiga el resto primero.

Volvió a toser y le dolió la garganta. Enderezó la postura, intentando parecer más formal, pero entonces se sintió como un político en una cena de gala, o como el comisario jefe Donald Oxley, lo cual le revolvió el estómago, así que volvió a su habitual postura encorvada. Joder. ¡Qué mala idea había sido esta! —Ese perro, Rylan..., pensé que sería un auténtico grano en el culo. Veinticinco kilos de labrador siguiéndonos a todas partes. Ja. Pero no en las escenas del crimen, ¿eh? —Puso expresión seria en este punto porque era importante que todos lo supieran—. Pero cuanto más lo conocía..., bueno, más pensaba que, ya sabéis, el tío no está nada mal. Es bueno para la inspectora..., perdón, para Gerry, de tantas formas que los malditos seres humanos no lo son. Y, ¿sabéis?, ahora soy yo mismo quien lo saca a pasear algunas mañanas..., cuando ella tiene ganas de ponerse con algo, ya sabéis. Ja... En fin, este puñetero perro se me acabó pegando como un tumor benigno. — Levantó la vista con esperanza.

Mierda.

—Ni una sonrisa.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Pues en internet decían que sí.

—¿Quién lo decía?

—No sé... ¿la barra de Google?

Ella negó con la cabeza.

Tachó la frase entera. —El discurso encoge a un ritmo vertiginoso. Otra vez.

—¿Qué tal si mencionas a sus padres? —sugirió Evelyn.

Él abrió mucho los ojos. —¿En serio? Murieron en un accidente de barco. Hasta yo he tenido el tacto de no meterme ahí.

Evelyn puso los ojos en blanco. —No me refería a la causa de la muerte.

—Pero, ¿venga ya? ¡Qué tragedia! Pensé que evitar cosas así sería mejor para mantener el ambiente festivo, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Como el ambiente festivo del «nuevo infierno»? —soltó una carcajada.

Curiosamente, Frank no se rió; al contrario, la sangre se le subió a las mejillas. —Madre mía... ahora mismo siento que estoy en los mismísimos fuegos del infierno...

—Frank, no seas tan dramático. Escucha, limítate a decir lo orgullosos que estarían sus padres de ver en quién se ha convertido. La detective de talento de la que siempre me hablas.

Él asintió. —Eso puedo hacerlo. —Garabateó otra nota—. Vale. Segundo intento. ¿Cómo va eso, señoras y señores? *¡Me cago en la leche!* Señoras y señores. Ahora, mirad, cuando se trata de esta inspectora..., *me cago en todo* otra vez..., Gerry, os digo que tenemos a la mejor detective con la que he trabajado jamás. Ve patrones donde otros solo ven caos.

—Mejor —dijo Evelyn.

—Y... —Frank la señaló con el dedo, sintiendo un subidón de adrenalina—. Lo recuerda todo. TODO. Hasta mi peso actual con todos sus decimales.

Evelyn se rió.

¡Y ni siquiera había necesitado una señal para la pausa!

A Frank le entraron ganas de soltar un vítor de repente.

—Más cosas así —dijo Evelyn—. Tomarte el pelo a ti mismo en lugar de a ella es definitivamente el camino a seguir. Sin embargo,

tal vez deberías reducir las referencias a cagarte en nada.

—Han sido errores. Vale, bien. ¿Entonces solo tengo que tomarme el pelo a mí mismo un poco más?

Evelyn asintió. —Te meterás al público en el bolsillo.

Él asintió triunfante.

—Además, tendrás material de sobra para elegir —añadió Evelyn.

Su euforia se desvaneció. —¿Acabas de decir eso?

—Sí, pero en el buen sentido.

Confundido sobre cómo podía decirse eso en el buen sentido, repasó la siguiente parte del discurso, recordando por qué lo había echado a perder más de una docena de veces. El público no se lo iba a comer de la mano; lo iban a despedazar después de bajarlo a tirones de la dichosa mesa de bodas...

Sonó el timbre, distrayéndolo, por suerte, de su desastroso discurso.

Sin embargo, cuando vio quién era a través del cristal esmerilado del salón, su gratitud disminuyó.

Henrietta Timber.

—Dios bendito.

Henrietta se había pasado gran parte de su vida despreciándolo, antes de empezar a cobrarle afecto de repente. Demasiado afecto.

Ya no le molestaba su compañía, simplemente no estaba de humor para cumplidos.

A menos que...

Trató de ver si ella traía algo en las manos.

¿Un paquete?

Suspiró. Nada de lasaña.

—Déjala pasar, Frank —dijo Evelyn—. Una segunda opinión vendría bien.

—¡Ja! ¿Opiniones? Pues que se ponga ella al otro lado, y entre las dos me usáis como pelota en un partido de tenis.

Hizo pasar a Henrietta. Entró con su habitual ajetreo, cargando un paquete con el nombre de él.

—Sí —dijo Frank, cogiéndolo—. Mis zapatos para la boda. Gracias por recibir el paquete.

—No es nada... —Henrietta se interrumpió, sorprendida al ver a Evelyn—. ¡Ah! No sabía que... lamento interrumpir.

Frank observó el intercambio con atención. Hubo un tiempo, no hace tanto, en el que el hecho de que Henrietta encontrara a Evelyn allí la habría hecho salir corriendo de vuelta a la casa de al lado con los sentimientos heridos. Pero algo había cambiado entre ellas últimamente. Una especie de tregua tácita.

—No interrumpes nada —dijo Evelyn rápidamente—. Frank está practicando su discurso para la boda. Necesitamos otra opinión.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Henrietta.

—¿Pero no estás ocupada? —preguntó Frank.

Ella negó con la cabeza. Con demasiada energía. —No..., no..., nada que no pueda esperar...

Estupendo, pensó Frank.

Evelyn dio unas palmaditas en el sofá, a su lado.

—De todas formas, no me queda mucho —mintió Frank, mirando su discurso. No es que los tres párrafos siguientes tuvieran ninguna posibilidad de llegar a la versión final de todos modos. —Solo falta el final emotivo. —Volvió a colocarse junto a la chimenea y se aclaró la garganta de nuevo—. El día que la inspectora..., Gerry..., me pidió que la acompañara al altar, dije que no. No porque no me importara, sino porque tenía algunos prejuicios. —Tragó saliva y asintió—. Pero, obviamente, tras una profunda reflexión, vi la luz...

Se fijó en que ambas sonreían. *Bien.*

—...Y me di cuenta entonces de que se lo había ganado...

—¡Se lo había ganado! —exclamó Henrietta.

Madre del amor hermoso.

Evelyn intercambió una mirada con Henrietta que lo decía todo. Un reconocimiento mutuo del desastre.

—¿Y qué tal si enfatizas que esto va a ser un honor para ti? —dijo Henrietta.

Evelyn asintió. —Sí, estoy de acuerdo.

—Bueno, vale...

—Y quizá también deberías explicar esos prejuicios —sugirió Henrietta.

Frank abrió mucho los ojos. Negó con la cabeza. —¡Nadie quiere oír una historia de penas!

—Pensaba que habías dicho que era el final emotivo —añadió Henrietta.

Frank miró a una y a otra, ¡sintiéndose como un conejo deslumbrado por los faros de un coche! —Sí, pero es que a mí no se me da muy bien lo emocional...

—Todo el mundo puede ser emocional —dijo Henrietta.

Él entrecerró los ojos. *Cuánto me alegro de que hayas venido, Henrietta.*

—Menciona la carta —sugirió Evelyn.

—¿Qué carta? —preguntó Henrietta.

—Ella le escribió una carta pidiéndole que lo hiciera —dijo Evelyn —. Porque él estaba siendo un cabezota.

——Un momento..., un momento..., no querer arruinarle la boda a alguien no es lo mismo que ser un cabezota...

—¿No? —dijo Evelyn—. Quiero decir, ¿qué pruebas tienes de que ibas a arruinar su boda?

Él soltó un bufido y sacudió sus papeles. —¡Las tengo en la mano!

—No seas blando, Frank —dijo Henrietta.

Frank sintió que las entrañas le hervían.

—¿Qué decía en la carta? —preguntó Henrietta.

—Gerry llamó a Frank «su presencia más constante».

—Oooh... —dijo Henrietta, llevándose la mano al pecho—. Es conmovedor. El fiable Frank Black. Me gusta.

Maldita sea, pensó Frank, *por fin algo de aprobación por parte de la Reina de Hielo de la casa de al lado.*

—¿Dijo algo más? —preguntó Henrietta.

Frank sacó pecho. —Dijo que tenerme a su lado se sentiría como... ¿cómo era?... «la pieza adecuada encajando en el lugar adecuado».

—Poético —dijo Henrietta.

—Sí. —Frank se tocó el pecho—. Nadie me había llamado nunca la pieza adecuada de un rompecabezas...

Henrietta soltó una carcajada: —¡La idea de ti como una pieza de un rompecabezas!

Evelyn se unió a ella: —Solo Gerry usaría la logística espacial para describir una relación.

Qué maldita gracia.

—Y solo Frank entraría en pánico durante semanas por una boda que ni siquiera es la suya —añadió Henrietta, secándose las lágrimas.

—¡Es que me gusta estar bien preparado! —insistió Frank, pero ambas estaban histéricas de risa.

Justo cuando pensaba que iba a entrar en combustión de pura vergüenza, le sonó el teléfono. En la pantalla aparecía el nombre del comisario jefe Donald Oxley.

Normalmente, esa visión era la menos deseada del mundo.

Normalmente.

—Bueno, el deber me llama... —anunció Frank, saliendo de la habitación para coger el teléfono—. Os dejo con vuestra diversión.

Salió hecho una furia.

A su espalda, Evelyn dijo: —Han convocado a la pieza del rompecabezas.

Lo cual provocó más risas estruendosas.

—¿Señor?

—¿Qué es todo ese ruido, Frank?

—El sonido de la humillación.

—¿Eh? Bueno, da igual. Tenemos un cadáver.

Ya me lo imaginaba, señor. Es la única vez que tengo noticias suyas.

—Un túnel ferroviario abandonado cerca de Kettleness.

—Voy para allá —dijo.

—¿No quieres más detalles?

Hizo una pausa para escuchar las risas. —Sí..., perdón, es que estoy ansioso por llegar.

—A una escena del crimen.

Bueno, a juzgar por lo de hoy, parece que es lo único para lo que sirvo.

3

La inspectora Gerry Carver sintió el calor de Rylan contra sus cuádriceps. El perro de terapia había aprendido este punto de presión hacía dos años, en el aniversario de la muerte de sus padres: el lugar exacto donde se acumulaba la tensión cuando se disparaba la ansiedad.

Su prometido, Tom Foley, andaba merodeando.

En los últimos catorce minutos, había pasado por la cocina tres veces. Una para rellenar un vaso que ya estaba lleno hasta las tres cuartas partes. Otra para revisar el correo que ya había comprobado. Y la tercera vez, para ofrecerle una bebida, a pesar de que ella estaba abriendo una botella nueva de Evian.

Gerry llevaba con Tom el tiempo suficiente como para conocer sus patrones. Probablemente entraría una cuarta vez y luego, por fin, se sentaría.

Efectivamente, se volvieron a oír pasos acercándose. Se detuvo en el umbral. Cambió el peso de una pierna a otra. Luego entró y se sentó a la mesa de la cocina.

Señaló con la cabeza su portátil encendido. —¿Trabajo?

Ella negó con la cabeza. —La columna F.

Él asintió. —La columna F. —Suspiró—. La dichosa columna F. —Tamborileó con los dedos en la mesa un momento antes de preguntar—: ¿Y qué es la columna F?

—Confirmaciones de proveedores.

—Ah, sí... —dijo él, asintiendo.

Ella sabía que él no tenía ni idea, y si no se hubiera sentido tan nerviosa, se habría reído.

—Fila 47: florista, requiere un segundo seguimiento.

—¿Por qué?

—Insiste en que el velo de novia añade un «toque romántico y caprichoso» a los centros de mesa.

—¿Velo de novia?

—Es un tipo de flor.

—Vale... ¿Es bonita?

—Mucho…, pero el velo de novia tiene un olor característico cuando se marchita. Un olor a podrido.

—Supongo que eso pasará cuando termine la boda, ¿no?

—Puede ser impredecible. La boda es a las dos de la tarde. Me preocupa que empiece a oler para las ocho.

—La boda es dentro de seis semanas, así que...

—Cuarenta y un días.

—Sí, cuarenta y un días, así que tenemos tiempo para solucionar lo de la florista.

—Lo sé, pero también está la columna H.

Tom frunció el ceño.

Ella lo ayudó: —Distribución de los asientos.

—Eso ya lo teníamos resuelto, ¿verdad?

—Tu madre ha invitado a seis primos de Sheffield sin consultar la distribución de los asientos. Eso son seis cubiertos adicionales, lo que destruye la configuración simétrica de las mesas que calculé. Tres mesas de ocho, dos de diez, una de seis. Desparejo. La mesa de seis resultará visualmente discordante frente a las otras parejas simétricas.

—Sí, lo será —dijo Tom. Ella vio que se esforzaba por parecer preocupado—. Hablaré con mamá.

—Gracias.

—Y luego iré a ver a la florista.

Ella sonrió. —¿Puedo mencionar la columna A?

Él pareció entusiasmado. —¡Esta me la sé! ¡El fotógrafo!

Ella se rio. Lo sabía porque se había encargado él. Una antigua amiga del colegio: June Casel. —Ha llamado June; quiere que nos veamos para hablar de los momentos espontáneos.

—¿Como en *Candid Camera*?

—Lo siento, ¿qué es eso?

—Un viejo programa de televisión en el que intentan grabar a la gente en momentos divertidos.

—Bueno, es un oxímoron —dijo Gerry, agachándose para acariciar la cabeza de Rylan—. Espontáneo significa sin posar, algo natural. No se puede programar la espontaneidad.

—Ya te advertí que era un poco excéntrica. —Tom se encogió de hombros—. No importa. También hablaré con ella.

—Gracias. ¿Puedes simplemente insistir en que posemos para todas las fotos?

—Lo haré. ¿Alguna columna más?

—No, pero me estoy atiborrando a frutos secos por el estrés. —Gerry señaló el tarro que había junto a su ordenador—. Mis medidas están fluctuando. La prueba del vestido es dentro de doce días.

Tom sonrió y estiró el brazo. —También puedo ayudarte con eso.

Metió la mano en el tarro y cogió un puñado. Ella lo observó. La idea de la grasa de la piel de otra persona en los frutos secos hizo que se le cerrara un poco la garganta. Tendría que tirar el tarro entero ahora, o dárselos todos a Tom.

—Gracias —dijo ella, empujando el tarro hacia él—. Todo tuyo.

—Entonces, ¿he despejado el estrés?

—Un poco —dijo ella. *Pero no mucho*, pensó. Todo aquello eran inconvenientes menores. Ninguno era el verdadero problema que tenía entre manos, el que hacía que Rylan se presionara contra su cuádriceps.

Cogió la mano de Tom.

Había aprendido a apreciar el contacto físico de Tom cuando se sentía ansiosa. Al igual que lo había hecho con Rylan. Le había llevado tiempo conseguir que su corteza prefrontal anulara la respuesta inicial: Objeto extraño. Demasiado cerca. Retirada.

Pero ahora cumplía su función admirablemente:

Persona segura. Persona elegida. Quédate.

—¿De verdad te sientes mejor? —preguntó Tom.

—Sí. —Un poco.

Tom le apretó la mano. —Debería irme a trabajar. Reunión del ayuntamiento sobre la orden de protección de árboles para el proyecto de Larpool Lane. —Le dio un beso—. Cuarenta y un días y bajando...

Ella sonrió y él se levantó y cogió su chaqueta de la silla. —Llámame para cualquier cosa, literalmente.

—Vas a estar en una reunión.

Él hizo un gesto con la mano. —¿Y? Si se trata del velo de novia, allí estaré.

Ella se rio.

Rylan levantó la cabeza, siguiendo la salida de Tom, y luego volvió a apoyarla contra la pierna de Gerry cuando él se hubo marchado.

Gerry volvió a la Columna F, Fila 47 y escribió: *Alternativas. ¿Rosas? ¿Lirios? ¿Tasas de descomposición de varias flores?*

Sería mejor si le daba a Tom una sugerencia alternativa con la que presentarse.

Sonó su móvil.

Cerró los ojos, pero no sirvió de nada.

La respuesta física al timbre fue demasiado inmediata y abrumadora. Sentía cómo se le disparaba el pulso; calculó unas 118 pulsaciones por minuto. Sentía que la sangre se le retiraba de las extremidades. Sus cuádriceps también debían de estar tensándose, porque Rylan apretaba aún con más fuerza.

Se levantó y fue al salón, con Rylan siguiéndola de cerca. Alargó la mano hacia el teléfono y notó que las yemas de sus dedos temblaban.

Esperaba ver «Número oculto» en la pantalla.

¿Cómo no iba a esperarlo?

Ya había pasado tres veces esta semana.

Estaba decidida a no responder, pero eso no impedía que sus niveles de cortisol subieran.

Inspector jefe Frank Black.

Soltó una exhalación corta y brusca.

—¡Frank!

—Joder, Gerry, ¿por qué gritas? Me vas a dejar sordo. ¿Estás bien?

—Sí. —*Mejor de lo que estaba hace un segundo, al menos.*

—Gerry…, te necesito en Kettleness. Un cuerpo en el viejo túnel del ferrocarril. Parece que lleva allí tiempo. Voy de camino.

Sintió que algo en su pecho se relajaba. Su respiración se estabilizó. A su lado, la cola de Rylan dio un solo coletazo, como si presintiera el cambio. Una calma y claridad inmediatas crecieron en su interior.

Un cuerpo; y los cuerpos significaban reglas.

Tasas de descomposición, patrones de pruebas, secuencias lógicas de causa y efecto. El tiempo transcurrido desde la muerte podía calcularse. La actividad de los insectos podía catalogarse. Las fibras de la ropa podían analizarse. Cada pregunta tenía una metodología; cada metodología tenía una respuesta.

Los cuerpos eran infinitamente preferibles a las floristas de bodas, las distribuciones de mesa asimétricas y las personas que llaman desde números desconocidos y se niegan a quedarse en el pasado, que es donde les corresponde.

Podía lidiar con un cuerpo.

Siempre sería capaz de lidiar con un cuerpo.

Porque a diferencia de todo lo demás en su vida en este momento, los cuerpos seguían reglas.

4

Cuando Frank metió la tercera en el Bertha, la caja de cambios hizo un ruido metálico espantoso. Una bocanada de humo negro salió del tubo de escape. Se quedó mirando cómo la nube se expandía por el retrovisor lateral.

Suspiró y dio unas palmaditas al volante. —No te preocupes, vieja amiga.

Un mes para que le tocara la ITV.

Y aquello, muy probablemente, sería el final.

El año pasado, el Bertha le costó una pequeña fortuna, e incluso así pasó la inspección con una lista de advertencias capaz de hacerle llorar.

Apagó un cigarrillo de liar al llegar a Goldsborough, donde la carretera se estrechaba hasta convertirse en un solo carril. Los setos se cerraban a ambos lados. Frank conducía con cuidado, siempre receloso del tráfico que pudiera venir de frente en aquellas curvas ciegas, especialmente porque el Bertha tendía a irse hacia la izquierda.

Cuando conoció a Gerry, ella dejó claro en su primer viaje que no volvería a subirse al Bertha, lo que le obligaba a reservar coches del Cuartel General con frecuencia. En aquel momento, aquello le había irritado a Frank, pero se había acostumbrado a los vehículos modernos cuando llevaba a Gerry de un lado a otro.

Era obvio que con el Bertha estaba predicando en el desierto.

—No es que seas un caballo… —Volvió a dar unas palmaditas al volante y pensó—: *Pero me temo que probablemente estirarás la pata pronto.*

Llevaban casi cuarenta años juntos. Era una de las pocas constantes que le quedaban en la vida y, el mes que viene, esa constante desaparecería.

Se reprendió a sí mismo por darles vueltas a las cosas más inusuales mientras la carretera descendía hacia la aldea de Kettleness; apenas una docena de casas agrupadas en torno a callejones estrechos. Frank aminoró la marcha. Más adelante, la pequeña zona de césped que servía de aparcamiento improvisado estaba abarrotada de vehículos: dos patrullas rotuladas, una furgoneta de la Científica con el rótulo de los Servicios de Apoyo Científico Regional de Yorkshire y lo que parecía un coche camuflado de la Judicial.

No hay sitio para ti, Bertha.

Suspiró. Al pobre coche siempre lo habían dejado de lado.

Frank siguió de largo, siguiendo el camino hacia la costa. La antigua estación de tren —ahora llamada «Seeonee Lair» según un cartel pintado a mano— apareció a su izquierda. Un centro de scouts tranquilo, sin actividad visible. Frank detuvo al Bertha en el arcén de hierba junto a otros dos coches que claramente habían tenido la misma idea. Apagó el motor.

Suspiró, sabiendo que le esperaba una buena caminata. Las palabras de Oxley le vinieron a la memoria:

—Logísticamente complejo. La entrada del túnel se encuentra en una trinchera poco profunda, a unos cuatrocientos metros del punto de acceso para vehículos más cercano. El terreno está anegado; suelo arcilloso con mal drenaje.

Frank se miró las botas de agua y sonrió con suficiencia. Se estaba volviendo más previsor con la edad.

Al bajar, Frank sintió el característico viento de la costa, cargado de llovizna. Se subió la cremallera de la chaqueta justo cuando llegaba un taxi.

Gerry se bajó de un salto. Iba vestida con ropa de North Face y botas de montaña de alta calidad. Él se miró su abrigo de invierno,

que databa de hacía dos décadas y hacía mucho que había dejado de ser impermeable. Aun así, si pretendía medir su nivel de preparación frente al de Gerry, siempre saldría perdiendo. Ella, además, tenía ese aspecto habitual: concentrada y alerta. Hombros hacia atrás, movimientos eficientes. Este era su elemento.

—¿Cómo va eso, Gerry?

—Bien. ¿Y tú, jefe?

—Psé —dijo, y señaló un sendero embarrado que se alejaba de la costa, hacia donde el terreno se elevaba y se plegaba en la trinchera que ocultaba la entrada del túnel—. Pregúntame dentro de un kilómetro…

Mucha gente soltaría un gemido de decepción ante la perspectiva de una caminata de ochocientos metros por el barro. Gerry no era como la mayoría. Asintió y se puso en marcha con brío, casi con entusiasmo.

Frank encendió su cigarrillo de liar y la siguió, y entonces él *sí* que gimió de decepción.

Sesenta y cinco años, sobrepeso y teniendo que seguirle el ritmo a una mujer que no llegaba a la mitad de su edad y que caminaba como si la estuvieran cronometrando.

Le dio una calada al cigarrillo y aceleró el paso. Gerry ya le sacaba cincuenta metros de ventaja y su silueta se hacía cada vez más pequeña contra el gris cielo de noviembre.

—Maldita sea —masculló para sí—. Espérame, muchacha.

5

Mientras Frank se apoyaba en una valla, resoplando, Gerry los registraba ante un agente que custodiaba la cinta policial.

—Todo recto, señora. Siga las banderas.

—Gracias. —Gerry volvió a salir disparada a toda velocidad.

—Dios santo —murmuró Frank, avanzando tambaleante y enseñándole la placa al agente.

—Está bien, señor, le reconozco.

—Fantástico —dijo Frank, y pensó: *Podrás identificar mi cadáver después de otros cuatrocientos metros a este ritmo.*

Se planteó volver a gritarle a Gerry que redujera la marcha, pero ya lo había intentado varias veces sin éxito, así que le pareció un desperdicio de una energía que le hacía mucha falta.

—¿A qué viene tanta puñetera prisa? —refunfuñó—. Nuestro muerto no se va a marchar a ningún lado. Ha estado bastante a gusto ahí las dos últimas décadas.

Marcadores azules y blancos de la escena del crimen salpicaban el campo.

El reloj Garmin que le había regalado Helen pitó.

Lo miró.

Decía: *Ritmo cardíaco elevado.*

—¿Acaso no lo está siempre?

El mensaje cambió a: *Considere tomarse un descanso.*

—Ja. Me encantaría, gracias. Aunque no creo que eso les siente muy bien a los peces gordos.

El terreno ascendía, y la hierba donde pastaban las ovejas daba paso a una vegetación de páramo más agreste. Pasó junto a unos arbustos de tojo y, a lo lejos, a unos trescientos metros, Frank divisó la carpa forense blanca, con los laterales ondeando por las ráfagas de viento.

Al acercarse, Frank se desvió hacia el antiguo lecho de la vía férrea. Los raíles habían sido arrancados hacía mucho tiempo, pero el suelo era de balasto de granito machacado, que resultaba más firme y fácil de transitar.

Más adelante, varias figuras con trajes blancos de Tyvek se movían por el perímetro de la carpa. Cuando llegó a la carpa, abandonó la antigua vía y observó la entrada del túnel que tenía frente a él.

Vio que Gerry se acercaba, ya uniformada. Le tendió un traje de Tyvek. El material crujió, resistente, mientras se lo ponía. Metió una pierna y casi se fue al suelo cuando la bota se le enganchó.

Gerry no hizo ademán de ayudarle.

Aquello era una decisión consciente por su parte; ya lo conocía lo suficiente.

Él detestaba que le anduvieran encima.

Si tenía que acabar de nalgas en el suelo, que así fuera.

Tras subirse la cremallera y ponerse la capucha, el mundo se redujo al panel transparente del rostro. Su aliento empañó el plástico casi de inmediato.

Volvió a fijarse en la entrada del túnel.

Había visto muchísimas escenas del crimen: almacenes, enterramientos en bosques, los lúgubres estudios donde gente solitaria moría y no era encontrada hasta semanas después. Pero había algo en los túneles. Algo en el hecho de saber que se estaba ante la entrada de una garganta que se prolongaba más y más, hacia lo profundo de la tierra, donde cualquier cosa podía aguardar en esa negrura.

Donde alguien había cargado con un cuerpo, años atrás, y lo había dejado pudrirse en silencio.

—¿Frank? —La voz de Gerry le trajo de vuelta.

—Sí.

—Helen está dentro —dijo Gerry, dándose la vuelta hacia la carpa —. Tiene muchas ganas de hablar contigo.

—¿Ah, sí? Pues mejor no decepcionar a su majestad.

6

Frank se agachó para cruzar la lona de la entrada y accedió a un interior de tres metros cuadrados.

—Me cago en la leche —dijo, protegiéndose los ojos un momento de la cruda luz blanca que emitían los paneles LED portátiles.

Cuando la vista se le hubo acostumbrado, vio a la doctora Nasreen Quereshi. Estaba arrodillada sobre la lona, examinando los restos.

Se acercó y se fijó en la piel seca y curtida, de un tono marrón, tensada sobre el esqueleto; se le revolvió el estómago. En las extremidades, donde la desecación estaba más avanzada, se apreciaba una ligera exposición ósea. Las vértebras estaban al descubierto como una hilera de piedras.

—¿Cómo va eso, Nasreen? ¿Qué sabemos del cadáver?

—Cuerpo —dijo Helen, situándose a su lado—. No se...

—No se llama cadáver hasta que se haya hecho la autopsia —dijo Frank con un suspiro—. Me lo dices siempre.

—Y aun así sigues equivocándote —dijo Helen.

—Para la diferencia que hay... —masculló él entre dientes.

Helen Taylor, la responsable de los oficiales de la escena del crimen, había sido la mejor amiga de su difunta esposa. Era una relación de amor-odio. Por desgracia, pesaba más el amor que el odio, lo que significaba que ella sentía un persistente sentido de la responsabilidad hacia él.

Aquello resultaba excepcionalmente exasperante, sobre todo en lo que respecta a su salud...

Miró a Helen, cuyos ojos penetrantes lo escrutaban tras su mascarilla transparente.

—Ahora no... —dijo él.

—¿Ahora no... qué?

Él resopló. —Vamos. Tienes la misma cara que mi antigua directora cuando me pilló fumando detrás del cobertizo de las bicis.

—Qué halagador —dijo Helen.

—Pero es la verdad —dijo Frank.

Helen sostenía una tableta en una mano y un teléfono en la otra. Señaló a Frank con el móvil. —En cuanto te has puesto a tiro, me ha saltado una alerta.

Él se miró el reloj Garmin. —Sí, a mí también me ha saltado en el reloj.

—Esa frecuencia cardíaca es demasiado elevada para alguien que viene caminando desde su coche —añadió Helen.

—Es que venía persiguiendo a Mo Farah —señaló a Gerry con el pulgar.

—También registra tu velocidad. Ibas al trote.

—¡Era cuesta arriba!

—Los datos no son buenos, Frank. Mira, lo de la pérdida de peso está genial, pero también tienes que cuidar el corazón. Y...

—Madre mía.

Helen giró el teléfono hacia él. —Tu promedio de pasos de esta semana es patético: 2847 al día. Y has estado despierto entre las dos y las cinco de la madrugada tres noches esta semana. Eso se llama trastorno del sueño crónico.

No, se llama tener que escribir un dichoso discurso de boda.

Frank la miró fijamente. —No me puedo creer que dejara que me convencieras para comprar este reloj, ¡es un maldito Estado policial! ¡Háblame del cuerpo!

Helen levantó la tableta. —Está bien. Centrémonos en la muerte en lugar de en la persona que sigue viva..., *por poco*.

Él puso los ojos en blanco. —Es nuestro maldito trabajo.

—¿Cuánto le ha contado Oxley? —preguntó Helen.

—Bastante. Un equipo de topógrafos que intentaba determinar si este lugar serviría para rutas ciclistas. Localizaron una cámara instalada durante la guerra como refugio de emergencia. Encontraron el cuerpo dentro. En ese momento había gases de descomposición (ahora han bajado a niveles seguros), pero se consideró que lo mejor era excavar de inmediato.

Señaló con la cabeza las bolsas de pruebas a un lado—. ¿Estaba vestido?

—Sí. Se documentó in situ, luego se retiró durante la recuperación y se embolsó. Vaqueros, restos de una camiseta y un forro polar, zapatillas deportivas en los pies; el logo de Nike es apenas visible.

—Entonces no es de la época de la guerra —dijo Frank.

Helen se desplazó por las fotos de la escena del crimen en su tableta. La primera imagen mostraba ladrillos rotos y una puerta de madera destrozada que colgaba de una pequeña abertura rectangular situada a poca altura en la pared del túnel. La siguiente imagen estaba tomada desde el umbral, mirando hacia la oscuridad del fondo.

Después se veía el interior de la cámara: estanterías de madera desplomadas por el suelo, viejas latas de raciones esparcidas como casquillos vacíos, el cartel de la ARP todavía visible en una pared con pintura roja desvaída: Almacén de Emergencia nº 4.

Y, finalmente, el cuerpo, que se había desplomado tras ser alterado por el topógrafo.

—Las modificaciones de la época de guerra son coherentes con el protocolo de refugios de emergencia… —dijo Gerry, acercándose —. Bancos de lamas de madera a lo largo de ambas paredes, inodoro químico Elsan en la esquina, almacenamiento de raciones de emergencia. La puerta medía aproximadamente un metro de altura (solo se podía acceder a gatas), lo que reduciría la pérdida de calor y proporcionaría protección adicional contra explosiones. Las modificaciones se hicieron probablemente hacia 1941; por aquel entonces las zonas costeras se enfrentaban a un riesgo considerable de bombardeos. Además, los soportes de los bancos siguen atornillados a la pared del túnel. La disposición del almacenamiento

sigue los documentos de orientación del Ministerio de Seguridad Nacional de 1941.

Frank y Helen miraron a Gerry con la boca abierta.

—He tenido tiempo para investigar un poco en el taxi de camino a aquí.

—¿Un poco? —preguntó Frank—. Parece que hayas viajado atrás en el tiempo, hayas vivido la época y hayas escrito un libro sobre el tema.

Algo había llamado la atención de Gerry. Se acercó a una bolsa de pruebas y la señaló. —Recipientes de lata que coinciden con las especificaciones de las raciones de la Segunda Guerra Mundial.

Helen miró a Frank y sacudió la cabeza. Era una señal de lo impresionada que estaba. No era algo inusual.

—Bueno, yo supero todo eso —dijo Frank—. El túnel estuvo operativo desde 1883 hasta 1958. Las vías se retiraron en 1960.

—Impresionante —dijo Helen.

—No soy solo una cara bonita —Frank le guiñó un ojo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Helen.

—A Maddie le interesaban los trenes de pequeña. Vinimos de visita. En fin... —De repente, estaba ansioso por cambiar de tema antes de que Helen preguntara por su hija—. ¿Cuánto tiempo calculamos que llevan ahí?

—Preguntémosle a Nasreen —dijo Helen.

Todos se dieron la vuelta y se acercaron a donde Nasreen estaba arrodillada junto a los restos, con una lupa en una mano y un calibrador en la otra.

—¿Qué tenemos, Nasreen? —preguntó Frank.

Nasreen levantó la vista hacia Frank y luego señaló la pelvis con su calibrador. —El ángulo subpúbico es agudo, de unos sesenta grados, en forma de V.

—Los hombres suelen presentar ángulos inferiores a setenta grados —dijo Gerry.

Nasreen se giró y entrecerró los ojos, claramente molesta por que le quitaran el protagonismo. —Y la escotadura ciática mayor es estrecha. No hay arco ventral —asintió rápidamente en dirección a la inspectora y volvió a centrarse en el cuerpo.

—Entre treinta y cuarenta años, basándome en el examen de la sínfisis púbica y la superficie auricular —continuó Nasreen.

—¿Y el tiempo transcurrido desde la muerte? —preguntó Frank.

Nasreen señaló los restos momificados. —El entorno del túnel creó unas condiciones de momificación casi perfectas. Sequedad, algo de corriente de aire, acceso mínimo de insectos. El cuerpo está casi completamente momificado, con solo una pequeña exposición ósea en las extremidades, donde la desecación estaba más avanzada. Este grado de conservación en estas condiciones sugiere que han pasado entre veinte y veinticinco años desde la muerte.

Frank sintió un frío gélido en el estómago. Una generación entera, por lo menos.

Y tiempo más que suficiente para que alguien pensara que se había ido de rositas.

—¿Alguna idea sobre la causa de la muerte? —preguntó.

Nasreen giró el cuerpo con cuidado para dejar a la vista la columna vertebral.

—Quinta vértebra torácica.

—¿Podría señalármela, por favor? —pidió Frank.

Ella la señaló con el calibrador.

Frank se acercó más. Un agujero. Prácticamente circular, perforado en el hueso.

—Herida de bala —dijo Nasreen—. Entrada por la parte posterior: le dispararon por la espalda.

—¿Se ha recuperado la bala?

—Sí —dijo Helen—. Estaba alojada en la caja torácica. Se soltó durante la cuidadosa excavación, pero se recuperó de inmediato mediante los protocolos de cribado estándar.

—¿Es utilizable?

—Está perfectamente conservada. Las condiciones secas la protegieron. Balística se lo va a pasar en grande: las estrías, el calibre probable, el material de la camisa y cualquier patrón de deformación.

—Brillante.

—Aunque sospecho que no murió aquí —dijo Nasreen.

—¿Por qué?

—Si le hubieran disparado aquí dentro, esperaríamos encontrar manchas, salpicaduras o al menos resultados positivos presuntos en el suelo o los escombros. El equipo no ha encontrado nada.

—¿Podría el asesino haber limpiado la escena? —preguntó Frank.

Ella negó con la cabeza. —Requeriría un esfuerzo considerable. Superficies irregulares, muebles que se deshacen, cien lugares donde podrían esconderse las pruebas. No. Le dispararon en otro lugar. Luego lo trajeron aquí.

—La entrada del túnel está a cuatrocientos metros del acceso para vehículos —dijo Gerry—. E incluso si traes un vehículo todoterreno, todavía tienes que negociar el túnel. La puerta de la cámara es pequeña; tendrías que arrastrar o cargar con el cuerpo a través de una abertura de un metro. Y el espacio para gatear se extiende unos tres metros antes de abrirse a la cámara.

Frank sopesó aquello. —¿Dos personas? Una para llevar las piernas y otra para el torso. ¿A través del túnel, por la puerta pequeña, hacia la oscuridad donde nadie miraría en décadas?

Todos meditaron sobre ello. No hubo desacuerdo. Aunque tampoco hubo una oleada de asentimiento.

—¿Pero por qué aquí? —preguntó Frank—. ¿Por qué no enterrarlo en cualquier sitio? El páramo está lleno de lugares donde un cuerpo podría desaparecer.

—Quien lo hizo conocía este sitio —dijo Gerry—. E intentó ocultarlo, de forma rápida y chapucera. Ese parche no es victoriano. El tipo de ladrillo es erróneo, el mortero es de cemento y el acabado es demasiado limpio para ser antiguo; alguien ha estado aquí en los últimos veinte años más o menos. En la oscuridad, y sobre todo si no sabes lo que buscas, pasaría por una reparación tosca. Nada que te hiciera detenerte.

—Y no figura en los mapas modernos —añadió Helen—. La cámara nunca apareció en ningún estudio real... bueno, al menos no en nuestros registros públicos.

—Vale, me retracto. Quizá sea un buen sitio. Y los chavales que exploran el túnel probablemente no se adentrarían tanto —dijo Frank, al comprenderlo por fin—. Demasiado oscuro, demasiado

peligroso, incluso para los más atrevidos. Ya tienen suficiente descarga de adrenalina con quedarse cerca de la entrada del túnel.

—Podría ser útil —dijo Helen—. Alguien que conociera la historia del túnel. Que supiera de los refugios de guerra. Que supiera que nadie tendría motivos para mirar dentro de una cámara tapiada.

—¿Algo más? —preguntó Frank, sintiéndose ambicioso; ya había obtenido mucho más de lo habitual.

—Ni cartera, ni teléfono, ni efectos personales evidentes más allá de la ropa —dijo Helen—. Pero los dientes están intactos, así que podemos cotejarlos con los registros dentales, y está la bala, por supuesto.

Frank se quedó mirando los restos. Un hombre de unos treinta o cuarenta y pocos años, disparado por la espalda y oculto durante veinte años o más.

Dejando a todos los presentes con la misma pregunta en la punta de la lengua.

¿Por qué?

7

Fuera, la mente de Frank se perdió en el pasado.

¿Qué edad tenía Maddie la última vez que estuvo aquí?

¿Siete u ocho años?

No habían entrado en el túnel, por supuesto, pero habían caminado por el antiguo lecho de la vía; él le hablaba de las locomotoras de vapor que antaño atravesaban estos túneles retumbando. De cómo el sonido rebotaba en las paredes. Del chillido del silbato. Del chaca-chaca-chaca mientras la máquina arrastraba vagones llenos de familias que se dirigían a la costa.

Incluso ahora, podía sentir aquella mano pequeña y cálida entre la suya.

Y si escuchaba con mucha atención, estaba seguro de que podía oír su voz en el viento.

—Papi, ¿daban miedo los trenes en los túneles oscuros?

—No, pequeña. La oscuridad siempre se acaba. Los raíles siempre te llevarán al otro lado. Puedes confiar en los raíles.

¿Pero de verdad los raíles te llevaban siempre al otro lado?

Abrió los ojos y se quedó mirando el túnel.

Lo siento, pequeña. Siento que sigas ahí... en la oscuridad.

Algún día volveremos a encontrar esos raíles. Algún día.

—¿Frank?

Parpadeó. Gerry lo estaba mirando. Ya se había quitado la pantalla protectora.

—Perdona. Estaba en las nubes.

—Helen te ha hecho una pregunta.

Frank se giró. Helen manipulaba su teléfono. Ella también se había quitado la pantalla. La pantalla brillaba bajo la luz grisácea. —Tus niveles de actividad han estado disminuyendo durante tres semanas seguidas. Y tu ritmo cardíaco acaba de sufrir un pico *otra vez*.

8

Frank estaba de pie ante la mesa presidencial de la boda.

Todas las miradas se posaron en él.

Incluida la de Gerry.

—Cuando la DI Carver se incorporó a mi equipo, llegó con un perro de terapia y una incapacidad absoluta para entender el sarcasmo. Pensé: «Dios mío, ¿qué clase de nuevo infierno es este?».

Hubo risas.

De las malas.

De las hirientes.

Sobre él, las luces brillaban con intensidad y calor.

Se estaba derritiendo.

—Se me fue ganando como un tumor benigno.

La familia de Tom intercambió miradas horrorizadas y soltó una risita. Henrietta se cubrió la boca, verde de asco, con lágrimas de risa rodándole por la cara. Evelyn se desesperó con la cabeza entre las manos, con la espalda agitándose mientras soltaba carcajadas.

Gerry tenía esa expresión familiar en el rostro. Esa que decía: hay algo que no me cuadra.

Él ya no era la pieza adecuada en el lugar correcto.

Frank abrió los ojos de golpe al oír un pitido.

El corazón le martilleaba contra las costillas.

El Garmin.

—Me cago en la leche —dijo mientras se incorporaba.

Se frotó la frente y esperó a que sus pulsaciones bajaran y a que el Garmin dejara de pitar.

Una vez que el sudor de su espalda se hubo enfriado, leyó los números del despertador.

Las 2:47 de la madrugada.

¡Maldita sea, otra vez no!

A Helen le daría un síncope si viera lo mal que dormía.

Por muy agradecido que estuviera de que el reloj le hubiera sacado de semejante pesadilla, sabía que estaría bajo mínimos hasta la próxima vez que se acercara lo suficiente a Helen como para que ella recibiera una actualización de sus estadísticas.

—No tiene ninguna gracia —dijo quitándose el Garmin y lanzándolo al suelo.

Sacó las piernas de la cama; las articulaciones protestaban, las rodillas crujían y la zona lumbar se quejaba. Tarareó una vieja canción de los Beatles sobre tener sesenta y cuatro años, hasta que recordó que, de hecho, tenía sesenta y cinco, y entonces todo pareció dolerle un poco más.

Se acercó al escritorio, donde había redactado tres borradores de discursos nuevos antes de acostarse. ¿Quién necesitaba comer queso para tener pesadillas?

Arrugó cada uno de ellos con saña y los tiró a la papelera.

¡Cuarenta dichosos días!

¡Y ni siquiera podía beber!

Pero ¿no le vendría bien una copa, solo una, para calmar los nervios?

La recompensa podría ser una buena noche de sueño.

Salvo que no había alcohol en casa, y no iba a ponerse a deambular por las calles a las tres de la mañana como un borracho cualquiera. Además, Gerry sabría de inmediato que había bebido... y, segundos después, Helen lo sabría... oh, Dios, no quería ni pensarlo.

Se metió de nuevo en la cama. Las sábanas se habían enfriado, o al menos eso le pareció al contacto con su piel húmeda. Cerró los ojos, sin esperar nada.

No esperó nada durante un buen rato.

Por desgracia, la expectativa de nada no se tradujo en sueño.

Se incorporó y buscó el móvil. La pantalla se iluminó, quemándole los ojos.

Mirar el móvil a las tres de la mañana... ¡estaba para que lo encerraran!

No es que fuera a recibir noticias del laboratorio.

Vio un mensaje de Evelyn. Enviado justo antes de medianoche.

Hoy lo has hecho de maravilla con la práctica del discurso. No le des más vueltas. A Gerry le encantará. Un beso, E.

Al principio, sus palabras lo reconfortaron, pero luego algo se le apretó en el pecho.

No era exactamente culpa. No era exactamente anhelo.

De hecho, se sentía peor que ambas cosas.

Solo podía identificarlo como el abismo entre lo que ella ofrecía y lo que él podía dar, y era desgarrador.

Su mente viajó a una noche —hacía ya unos meses— en la que ella se quedó a dormir. Habían estado tan cerca de estar juntos. Juntos de verdad. Sus labios cálidos contra los de él, sus manos en su pecho, y todo pareció posible por primera vez desde que Mary murió. Entonces Henrietta llamó a la puerta. Para cuando terminó de hablar con Henrietta, el momento se había esfumado y Evelyn se había marchado.

Desde entonces, cada intento parecía forzado, cargado de expectativas y fracasos.

Su relación se estaba estancando.

Se había estancado.

Recordó las palabras de ella: «Cargas con demasiada ira y amargura. Tienes que liberarte... porque, si no, ¿cómo vas a poder entregarte a mí?».

Se levantó y preparó té. Ya estaba desvelado, así que lo hizo tan fuerte que servía para quitar la pintura, como solía decir Mary.

Mientras el reloj avanzaba hacia el amanecer, se sentó en el salón, mirando la fotografía de Mary sobre la chimenea.

Pensando.

Recordando.

A las seis estaba, como de costumbre, rebosante de arrepentimiento.

Luego condujo un Audi que había reservado en la central hasta Windsor Street.

Las farolas creaban charcos naranjas sobre el asfalto mojado. La ciudad estaba muerta, a excepción de un zorro que cruzaba cerca del puerto y que se detuvo a observar el paso de Frank.

Las luces ya estaban encendidas en la planta baja de la casa de Gerry.

Le sorprendió bastante que fuera Tom, y no Gerry, quien abriera la puerta. Ella era la que se acostaba tarde y se levantaba temprano, como un reloj suizo.

Rylan se unió a él en la puerta y miró alegremente a Frank.

—Gerry está arriba —dijo Tom.

—No la molestes. Iremos juntos a la Sala de Incidentes dentro de un par de horas. He pensado en sacar a pasear a Rylan.

—A él le encantaría... —La mirada de Tom bajó hasta la bolsa de plástico que Frank sostenía.

Frank también la miró, comprobando que la mantenía completamente cerrada, lejos de ojos curiosos.

9

Gerry llevaba despierta desde las 5:35 de la mañana. Veinte minutos menos de su ciclo habitual de sueño de cuatro horas. Podía permitirse un par de minutos de margen por arriba o por abajo de la ventana de cuatro horas, pero veinte minutos era una cantidad considerable. La única vez que había sufrido alteraciones de este tipo fue cuando murieron sus padres.

Estaría irritable la mayor parte del día y le darían la lata la indigestión y la sequedad de boca.

Para no molestar a Tom, se dirigió al cuarto de invitados y a su ordenador portátil.

Allí continuó su búsqueda en la base de datos de personas desaparecidas con los filtros aplicados: Hombre, de 30 a 40 años, región de Yorkshire, desaparecido entre 1995 y 2005. Setenta y tres resultados.

Ya había creado una hoja de cálculo. Clasificada por fecha. Por ubicación. Por circunstancias.

Si los registros dentales no aportaban nada, esta investigación podría resultar valiosa. Proporcionaría una lista de verificación con la que trabajar para identificar al individuo.

Luego revisó la hoja de cálculo de la boda de ayer, que Tom le había ayudado a actualizar.

Columna F: Confirmaciones de proveedores. Flores alternativas: las rosas (variedad híbrida de té) presentaban una estabilidad de 18

horas a 20 °C. Peonías: 12 horas. Hortensias: 24 horas con una hidratación adecuada. Existencias bajo revisión.

Columna H: Distribución de asientos.

La madre de Tom había insistido en que la tía abuela Philippa tenía que estar en el lado opuesto de la sala a la familia Garth. No estaba dispuesta a compartir el motivo.

Cuando Gerry se lo había comentado a Frank, él había dicho: —Sí, ese es el problema con los parientes. Vienen para celebrar, pero en realidad están todos listos para estrangularse los unos a los otros. Siempre acaba habiendo algún que otro puñetazo.

Aquello no la había llenado de optimismo.

Así que, tras utilizar una IA para trazar cuarenta y tres posibles disposiciones basadas en «puntuaciones de compatibilidad conversacional», «restricciones dietéticas», «familiaridad», así como otros factores de fondo (siendo la religión uno de ellos), había conseguido formular un patrón simétrico. Tom se lo consultaría hoy a su madre.

Repasó otras columnas y filas: planes de contingencia para la lluvia; energía de reserva para el equipo del DJ; protocolos de emergencias médicas.

Estaba rozando la sobrecarga cognitiva.

La calefacción central se encendió a las 5:45 y le dio un susto.

Nunca encendía el móvil antes de las 5:55 de la mañana. Estaba apagado cuatro horas por noche, sin falta. Era plenamente consciente de que podía ponerlo en silencio, pero en el fondo de su mente sabía que seguía conectado a un proveedor. La idea de que el teléfono durmiera cuando ella dormía le daba cierto consuelo.

A las 5:55, oyó la alarma de Tom en la otra habitación y entonces metió la mano en el bolsillo de su bata para coger el móvil.

Un mensaje de voz registrado a las 3:00. Un SMS de las 5:40.

El SMS era de Frank. Quería pasar a por Rylan para dar un paseo. Ya debía de estar en camino.

El mensaje de voz, sin embargo, era una incógnita.

Y la llenó de pavor.

Lo dejó sobre la mesa y suspiró.

—¿Todo bien? —Tom había abierto la puerta y asomado la cabeza.

—Sí, me he despertado temprano. —No se dio la vuelta para mirar a Tom por si veía la preocupación en sus ojos.

—No recuerdo que eso haya pasado nunca antes. Quizá tengamos que tachar algunas cosas más de tu lista más tarde.

—Sí —respondió—. *Aunque puede que eso no ayude.*

—¿Agua con gas o sin gas?

—Con gas. Gracias. Ayudará con la indigestión. Frank viene a por Rylan.

—Entendido —dijo él.

Ella se levantó para cerrar la puerta que él había dejado abierta.

Al volver, se armó de valor. No podía ignorar el mensaje. Pesaría sobre ella todo el día, empeorando la irritabilidad y la indigestión.

Respiró hondo y escuchó.

—Gerry, lo siento, sé que es tarde y sé que me pediste que no volviera a llamar...

Tres veces le he pedido que no llame.

—...Pero Gerry...

Su cortisol volvió a dispararse. El corazón le latía con fuerza. La sangre se retiraba de las extremidades.

Entonces, oyó algo. Ese sonido de su memoria que la hacía estremecerse.

El silbido del cuero cruzando el aire seguido de un chasquido repentino.

Un último gemido de pánico.

—...Tenía que hacerlo —continuó él—. Simplemente tenía que... seguir intentándolo...

—¿Por qué? —preguntó ella en voz alta, a pesar de saber que era un mensaje de voz.

—...porque me estoy muriendo.

¿Qué importancia tiene eso? Todos morimos. ¿Cómo va a evitar mi visita esa inevitabilidad?

—Cáncer de pulmón, etapa cuatro. Por tanto fumar, supongo. Tendré suerte si llego a los dos meses.

Por las decisiones que tomó.

Él no habló durante un momento. Oyó su respiración: fatigada, húmeda.

Decidió hace mucho tiempo que no volvería a verle jamás.

Su muerte no requería un cambio de planes.

Y Gerry, ni en sus mejores momentos, era una gran fan de los cambios.

—No quiero morir solo.

No era una razón suficiente.

De hecho, esto se reducía simplemente a su necesidad de control.

No me sentiré culpable.

—Eres lo único que me queda —decía ahora, con la voz quebrada por lo que podría ser una emoción genuina o una actuación excelente. A Gerry no siempre se le daba bien notar la diferencia cuando no podía ver a la persona y leer su lenguaje corporal.

—No —dijo ella en voz alta.

—Y no dejaré de intentarlo.

Eso lo ha dejado claro. Pero si está diciendo la verdad, entonces solo tengo que aguantar. Dos meses. Sesenta días. Puedo resistir ese tiempo.

Vio que aún quedaban treinta segundos de mensaje.

Su pulgar planeó sobre el botón de colgar; ni siquiera sabía si podía molestarse en escuchar. En su audacia de esperar a que él muriera, de repente se sintió empoderada.

Mejor de lo que se había sentido antes.

Fue a cortarlo...

—Tu casa parece muy bonita.

Su pulgar se detuvo en el aire. El aliento se le quedó atrapado en la garganta. Recibió una descarga de cortisol que hizo que la vista se le nublara.

¿Estaba ahí fuera cuando grabó este mensaje?

—Te ha ido muy bien en la vida.

Me ha estado observando.

—Tu prometido es apuesto... —Hizo una pausa para toser—. Te has convertido en una gran mujer... y ese hermoso labrador...

Lo sabe todo.

Nauseabunda, detuvo el mensaje y corrió al rellano. —¿Rylan?

Debería haber estado allí ya, o al menos haber subido las escaleras de un salto para ver cómo estaba ella.

—¿Rylan? —llamó ella hacia abajo.

¿Cómo podía no sentir su angustia?

Tom apareció al pie de las escaleras, con su botella de agua con gas en la mano.

—¿Dónde está Rylan?

—Ha salido con Frank...

Ella sacudió la cabeza. Eran las 6:05. Claro. Él había enviado el mensaje. ¿Cómo lo había olvidado? No era propio de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

Ella sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

—¿Gerry?

Volvió al portátil.

Aturdida, se sentó allí un momento, sin saber qué hacer a continuación. Su mano bajó automáticamente, el gesto que había realizado miles de veces. Encontró el aire vacío donde debería estar el pelaje cálido. La ausencia se sintió como una caída al vacío.

Anhelaba el peso de Rylan contra sus cuádriceps: sus veinticinco kilos y medio.

Tom estaba detrás de ella ahora. Lo sentía.

Se dirigió a la fila noventa, que estaba vacía. Sus dedos quedaron suspendidos sobre el teclado mientras consideraba cuál era la mejor forma de rellenar el cuadro en blanco del asunto.

¿Qué hacer si el tío Dennis aparece en la boda?

Tom le preguntó si estaba bien.

Ella no respondió, solo siguió pensando, pero no podía.

Todas esas hojas de cálculo. Todos esos planes de contingencia. Toda esa gestión cuidadosa de variables que podía controlar.

Y, sin embargo, la única variable que lo amenazaba todo parecía no tener solución.

—¿Es por lo del fotógrafo? —preguntó Tom.

Ojalá fuera eso, pensó ella.

Asintió, esperando que aquello le satisficiera.

10

El puerto apestaba a diésel y a la pesca del día anterior.

—Huele a casa, Rylan —dijo Frank, aferrando la bolsa de plástico con una mano.

Miró hacia abajo, al labrador dorado, que parecía observar el puente giratorio al otro lado del agua. En ese momento estaba cerrado; solo se abría durante un par de horas antes y después de la pleamar, cuando los barcos podían pasar.

Frank los guio entonces hacia Station Square, donde Rylan empezó a tirar un poco, intentando llegar a una farola.

—Tranquilo, fiera. No harías eso con Gerry, ¿a que no? No me veas como un blando...

Aunque probablemente sea por eso que me gustas tanto. La mayoría de la gente me ve como una especie de oso rabioso.

Caminaron atravesando los charcos anaranjados que proyectaban las farolas. Arriba, el graznido de las gaviotas argénteas resonaba en la cantería victoriana. Insistente y difícil de ignorar.

—Parecen dichosas alarmas de coche —dijo Frank en voz alta.

A su izquierda, la estación de tren victoriana se alzaba imponente. Las marquesinas de los andenes apenas eran visibles en la penumbra, mientras una sola luz permanecía encendida en la ventana de una oficina.

Giraron por Baxtergate, donde Rylan finalmente cumplió su sueño y logró olisquear con avidez una farola.

—Maldita sea, Rylan. La mitad de los borrachos de Whitby habrán pasado por ahí anoche.

Como respuesta, el propio Rylan levantó la pata y dio rienda suelta.

—Me parece justo. Si no puedes con el enemigo, únete a él.

Pasaron por multitud de escaparates. Todos con el cierre echado.

De la nada, Frank sintió una oleada de ansiedad y dijo:

—No puedo fallarle, Rylan. Simplemente no puedo.

Rylan estaba demasiado absorto en otra farola como para notar su ansiedad.

—Ya, ya lo sé —continuó Frank—. Es un discurso. Un dichoso discurso. Tengo que espabilar.

Pero es más fácil decirlo que hacerlo, pensó mientras pasaban por delante de un Boots.

Miró hacia arriba. —Especialmente cuando represento al finado. Quiero decir, me parece algo importante. ¿Sabes a lo que me refiero, muchacho?

La calle subía gradualmente. Sus rodillas se quejaron. Su cadera izquierda se unió al coro.

—Una palabra fuera de lugar, un taco accidental y bueno, le habré fallado a Gerry. Ya sabes cómo se pone con sus análisis. ¡Seguro que le pone nota! Suspendido... Oh, maldita sea.

Rylan volvió a tirar frente a Royal Fisheries y olisqueó la pared de ladrillo.

—Espero que eso sea olor a pescado con patatas y no otro rastro de algún borracho local...

Rylan lo miró con esos ojos marrones y melosos.

—¿En qué piensas, grandullón?

Rylan le dio un hociquito.

—Intentando consolarme... ¡Ja! Mira, ya sabes que soy un hombre moderno y todo eso, dispuesto a expresar mis emociones —bufó—. El caso es, Rylan, entre nosotros, que tengo que echarle narices, ¿no? ¿Habría estado su verdadero padre con tantas contemplaciones? Te apuesto a que no. Y aquí estoy yo, quitándole el puesto y lloriqueando como un bebé.

Continuaron pasando por Heron Foods, por la carnicería y la floristería; todos esperando a las ocho o las nueve, cuando se levantarían los cierres y Baxtergate se transformaría en algo irreconocible comparado con esta versión tranquila de la mañana.

Una mezcla de humo de leña y arenques flotaba desde Henrietta Street. Fortune's Kippers: un aroma que había marcado las mañanas de Whitby durante generaciones.

Por encima, un avión atravesó las nubes y Frank recordó la bolsa que llevaba en la mano.

La abrió y miró en su interior.

La maqueta de metal fundido captó la luz de las farolas.

Ventanillas de pasajeros minúsculas. Tren de aterrizaje móvil. Sorprendentemente pesado. Matrícula: G-XLEA.

Un A380 de British Airways.

Era de Maddie. O al menos, lo había sido cuando tenía siete años, durante su fase de interés por los vehículos pesados. Le habían gustado mucho los aviones, los trenes y los automóviles.

Solían ir en coche hasta el aeródromo de Eddsfield, cerca de Driffield, para ver despegar y aterrizar a las avionetas: Cessnas, Pipers y algún que otro bimotor. Maddie se quedaba junto a la valla, con la nariz pegada a la malla metálica, siguiendo cada movimiento. Frank le compraba un helado en la cafetería pequeña y se sentaban en la hierba a contar aviones.

Frank dejó atrás Baxtergate, giró por una de las calles laterales que subían hacia West Cliff y vio cómo Whitby pasaba de lo victoriano comercial a lo eduardiano residencial. Edificios de piedra refinada con ventanas generosas. Árboles visibles en los jardines traseros. Algún que otro jardín delantero con rosas de invierno y setos de aligustre.

Estaba un poco falto de aliento, pero no tanto como ayer. Por desgracia, no llevaba puesto su Garmin, así que no podría presentarle a Helen pruebas de su excursión matutina.

—¿Oyes eso, Rylan? —Ladeó la cabeza, intentando escuchar por encima del infernal chillido de las gaviotas—. Un mirlo... cantando.

Para cuando llegaron a Church Square, ya se oían puertas de coches abrirse y cerrarse, y la aguja de piedra de la iglesia de St

Hilda se alzaba hacia un cielo que ahora era gris en lugar de negro.

Frank consultó la hora en su móvil.

7:15.

Había llegado con tiempo de sobra.

Encontró su lugar de siempre —un banco que había vivido tiempos mejores— tres calles más allá.

Rylan no necesitó que le ordenaran sentarse; lo hizo por su cuenta, pero Frank siempre mantenía la correa en la mano. Rylan no era suyo y no podía correr riesgos.

Con la otra mano, sacó el avión de juguete de la bolsa.

La luz del día se filtraba sobre los tejados y el metal blanco de la maqueta destellaba.

Sonrió ante el recuerdo de las manos pequeñas de Maddie guiando el avión por el aire.

Rylan se presionó contra él de nuevo. —Todo bien, muchacho...

Frank dirigió su atención al Centro de Educación Infantil Sandcastle. Un edificio victoriano reconvertido cerca de la escuela primaria de West Cliff. A una buena distancia de la puerta. Lo suficientemente cerca como para ver los castillos de cuerdas a través de la valla.

Pero lo bastante lejos para ser simplemente otro viejo con un perro descansando.

Rylan apoyó la cabeza en la rodilla de Frank.

7:22.

Un joven pasó en bicicleta, con su luz trasera parpadeando en rojo, porque todavía estaba oscuro.

Una mujer con uniforme de enfermera se apresuraba hacia la parada del autobús, con las zapatillas chirriando sobre el pavimento húmedo.

Una furgoneta de reparto pasó retumbando por una calle cercana, con su motor diésel bronco y ruidoso en la quietud de la mañana.

Vida normal.

Todo parecía tan valioso...

¿Tal vez porque lo era?

Después de todo, Frank conocía las alternativas mejor que nadie.

Como lo de ayer, por ejemplo. Un cadáver abandonado a su suerte en un refugio de guerra abandonado en un túnel de tren. Recibió un disparo por la espalda, lo escondieron, y toda su existencia quedó reducida a bolsas de pruebas y un número de caso. Veintitantos años sin ser nadie, hasta que un equipo de topógrafos atravesó una abertura tapiada.

Un viejo en un banco con un avión de juguete y el perro de asistencia de su mejor amiga era algo normal.

Y la vida normal le sentaba de maravilla. Especialmente cuando la mayor parte de su carrera la había pasado observando el momento exacto en el que la vida normal se interrumpía bruscamente.

7:26.

Ahí...

Frank se inclinó hacia delante en el banco, abriendo mucho los ojos.

Ahí... en la esquina de Mayfield Road con Church Square.

Su mano se cerró involuntariamente sobre la correa de Rylan.

Ahí... una mujer y un niño pequeño.

Entonces, su corazón empezó a latir a mil por hora, y en su fuero interno reconoció que había sido una buena idea dejarse el Garmin en casa.

Observó a Sandra Nicholson. Una ejecutiva de cuarenta y tres años bien pagada que llevaba de la mano a su hijo adoptivo.

Sentía lástima por ella. No había podido tener hijos, pero había logrado adoptar, junto con su marido, Michael, hacía cuatro años...

Y aquí estaba Frank.

Apareciendo de la nada, asumiendo riesgos, potencialmente a punto de arruinar vidas.

¿Pero qué podía hacer?

Ese niño, George Nicholson, era su nieto.

Maddie había dado a luz a George hacía cuatro años, antes de entregarlo en adopción y desaparecer de nuevo en las profundidades de la adicción. Frank no lo había sabido hasta hace muy poco.

Esta adopción era legal. Definitiva. Los Nicholson eran buena gente, según todos los indicios.

George tenía una familia de verdad.

Frank no tenía derecho a estropearlo.

Sin embargo, esta era la decimoséptima vez que se sentaba en el banco a observar cómo se desarrollaba la misma escena.

Frank sabía que a George le encantaban los aviones, porque lo había visto en su jardín trasero jugando con su abuelo adoptivo.

O mejor dicho, su abuelo de verdad, porque era todo lo que George conocía.

Pero por muy mal que estuviera todo esto, Frank simplemente no podía evitarlo. Al fin y al cabo, nunca había tenido una oportunidad, ¿verdad?

¿Y no se merecía una?

Sandra y George cruzaron la carretera.

Incluso a esta distancia, podía ver la sonrisa del niño.

La comisura derecha se elevaba más que la izquierda.

Igual que Maddie.

Dio vueltas al avión entre sus manos. Su plan era sencillo. Tan sencillo, de hecho, que no era realmente un plan. Si el niño alguna vez se fijaba en el avión que Frank tenía en las manos, simplemente se lo daría. Le explicaría que el avión iba a ir a una tienda benéfica de todos modos y que dárselo a un jovencito interesado no era para tanto.

De parte de tu madre, pensaba a menudo. *Es todo lo que puedo hacer. Aparte de eso, no tengo poder alguno, pero nadie puede impedirme darte algo que significó tanto para ella...*

Y que significó tanto para mí...

Aunque siempre cruzaban casi justo delante de él, nunca se daban cuenta. Para Sandra, él sería invisible, y para George, bueno, George era claramente un soñador, como su madre.

Normalmente, Frank, por una mezcla de culpa y miedo, bajaba la cabeza, pero hoy se sentía diferente. Quizá fuera la escena del crimen de ayer y sus pensamientos sobre Maddie perdida en la oscuridad, a pesar de sus promesas de que los raíles siempre llevaban hacia la luz; o quizá fueran los sueños que lo habían atormentado toda la noche, pero de repente sintió hambre, incluso desesperación, por un reconocimiento.

Se levantó.

Y esto llamó claramente la atención de George cuando llegó al otro lado de la calle, a varios metros de él, porque giró la cabeza y dijo:

—¡Mamá! ¡Mira! ¡Un perro!

Frank sintió que todo su cuerpo se quedaba rígido.

Mientras tanto, causó el efecto contrario en Rylan; estaba moviendo la cola con entusiasmo y tirando de la correa.

—¡Uno dorado! —dijo George, tirando de su madre, que ya se estaba dando la vuelta para guiarlo en la dirección opuesta hacia la puerta—. ¿Puedo acariciarlo?

Sandra Nicholson miró a Frank. Su expresión era esa mezcla particular de disculpa educada y evaluación que ponían los padres cuando sus hijos se acercaban a extraños. ¿Es seguro este hombre? ¿Es seguro el perro? ¿Voy a ofenderlos si me niego, aunque sea la opción más prudente?

A Frank le costó todas sus fuerzas no gritar que no pasaba nada.

No podía.

Sería antinatural y sospechoso.

Tenían que venir ellos a él.

No estaba seguro de si George podía ver el avión en su mano, así que lo levantó un poco, pero de nuevo, tenía que tener cuidado; podría parecer que estaba atrayendo al niño...

Cosa que, para ser justos, era lo que estaba haciendo.

El niño señaló. —Eso es un...

—Lo siento, George —dijo Sandra, interrumpiéndolo—. Pero no tenemos tiempo. —Guió a George con suavidad pero con firmeza hacia la puerta de la guardería—. La señorita Patterson estará esperando.

—Pero mamá, tiene un...

—Ahora no.

El niño le lanzó una mirada anhelante a Rylan, que ahora estaba de pie, con la cola todavía moviéndose esperanzada. Entonces George se dejó guiar a través de la puerta de la guardería.

Frank respiró hondo.

La oportunidad se había esfumado.

Las campanas de la iglesia de St Hilda dieron la media: las siete y media.

Suspiró. —Vamos, Rylan.

Volvió a meter el avión en la bolsa y condujo al labrador hasta el borde de la acera para cruzar.

Detrás de él, en algún lugar de aquel edificio victoriano reconvertido, George probablemente estaba colgando su abrigo en una percha. Probablemente contándole a la señorita Patterson sobre el perro dorado que casi pudo acariciar, sobre el avión de juguete en las manos del viejo.

¿En otra ocasión?

—Seguramente no —le dijo a Rylan.

Cruzaron la calle, Frank cargando con el avión en la bolsa y Rylan trotando a su lado con ese paso acompasado de labrador que sugería una paciencia infinita.

11

El comisario jefe Donald Oxley se ha esmerado al máximo por tocarle las narices a Frank esta mañana.

Cuando Frank ha pedido un equipo más grande, Oxley le ha respondido:

—El dinero no crece en los árboles, Frank. Mira, te he dado la sala de incidentes más grande, por el amor de Dios. Sé agradecido.

Frank se ha marchado pisando fuerte, preguntándose qué mérito tiene una sala grande si, para empezar, no puedes dirigir una puñetera investigación en condiciones.

Aun así, al menos tenía a su pandilla de raros; un término cariñoso para referirse a su muy talentosa, aunque extraña, colección de colegas.

Al considerarse él mismo una de esas rarezas, creía que el término no era ofensivo; aun así, se lo guardaba para sí por si acaso.

Su pandilla de raros tenía talento. Juntos habían logrado un índice de éxito notable. Sin embargo, no dejaba de ser profundamente irónico que la única persona que parecía recibir algún mérito por sus éxitos fuera su mayor obstáculo: Donald Oxley.

La sala de incidentes más grande con el equipo más pequeño —cuyos miembros aún no habían aparecido— apestaba. Algún idiota había derramado café en la última investigación y no se había molestado en limpiarlo.

Ha observado a Gerry con curiosidad mientras sus manos volaban sobre el teclado.

Nadie lo diría al verla ahora, pero esta mañana en el coche se la veía bastante descentrada.

Había estado inquieta. Nerviosa, incluso.

Nada propio de Gerry.

En un momento dado, le había pedido que parara para poder sentarse atrás con Rylan. El perro se había pegado inmediatamente a su pierna y ella parecía haberse calmado un poco, pero la tensión había permanecido en sus hombros el resto del trayecto.

Al llegar, se había negado educadamente a hablar del tema.

Frank ha recordado a una antigua colega apodada «Noviazilla» por su mal genio a medida que se acercaba el día de su boda, y ha decidido que quizá ese fuera el motivo.

Ha sido una bendición que Helen hubiera conseguido los registros dentales tan temprano; eso le ha dado a Gerry mucho en lo que pensar y, con suerte, mantenía su mente alejada del estrés de la boda.

Ha consultado el móvil, ha visto que eran las 11:55 y ha sentido un arranque irracional de irritación al ver que la pandilla de raros aún no estaba allí, a pesar de que la reunión estaba prevista para las 12:00. Los quería sentados, con ojo de halcón y muertos de ganas de empezar.

Como si fuera una respuesta directa a su irritación, la puerta se ha abierto de golpe y el sargento detective Reggie Moyes ha entrado contoneándose.

—¿Cómo va eso, Reggie?

—¡Genial, jefe! ¿Y tú? —Llevaba una bolsa de tela con la frase «No soy solo un viejo» en unas agresivas letras rojas en el lateral.

Ja, qué suerte tienen algunos, ha pensado Frank. *Yo rara vez me siento otra cosa que no sea un puñetero viejo últimamente.*

—Todo bien —ha respondido.

Reggie ha dejado la bolsa sobre su mesa con una ceremonia innecesaria.

Frank sentía curiosidad por lo que contenía, pero no pensaba seguirle el juego a Reggie en su necesidad de atención; era una de

las cosas que más detestaba Frank.

Reggie ha mirado su bolsa con admiración.

—Un regalo para todos.

Lo que pasaba con Reggie es que no necesitaba que le siguieras el juego. Estaba más que dispuesto a exigir la atención.

Dios nos asista, ha pensado Frank. ¿Qué clase de regalo traería un hombre que rondaba los sesenta, que comprobaba sus seguidores de Instagram cada hora y marcaba músculo en los espejos de los baños?

Frank ha decidido que ya no tenía curiosidad.

El siguiente en cruzar la puerta ha sido el agente detective Sean Groves. Sean siempre parecía que acababa de salir de una pelea con un seto, pero hoy parecía que se había presentado voluntario para una segunda ronda.

Se han saludado antes de que entrara la agente detective Sharon Miller. Su aspecto, habitualmente pulcro, mostraba signos de las prisas: la chaqueta ligeramente torcida, el pelo no tan perfectamente arreglado como de costumbre. Solía estar allí antes que nadie, aparte de él y Gerry, obviamente.

—Perdón, el tráfico en la A64 ha sido un horror. Un camión ha hecho la tijera cerca de Malton.

—No llegas tarde —ha dicho Frank—. Me alegra verte.

—Igualmente, jefe.

Sharon era la menos rara de sus rarezas, pero no por ello menos eficaz.

Suponía que todo equipo necesitaba a una Sharon para mantener los pies en el suelo.

Especialmente cuando —ha echado un vistazo a la bolsa de tela que seguía posada en la mesa de Reggie— tenías a este exhibicionista en el equipo.

Se ha oído un carraspeo y Frank se ha girado para ver a la agente detective Clara Pemberton en una pantalla grande junto al tablero de incidentes; su especialista técnica residente, actualmente superpuesta a un fondo de playa tropical. Clara se había torcido el tobillo gravemente el fin de semana y estaba trabajando desde casa.

—Pensaba que estabas postrada en cama, no recorriendo mundo —ha bromeado Frank.

—¡Ja! —ha respondido Clara secamente.

—¿Cómo va ese tobillo? —ha preguntado Sharon—.

—Sigue pegado al cuerpo, que ya es más de lo que puedo decir de mi paciencia con la lista de espera de la Seguridad Social.

Frank se ha aclarado la garganta.

—Muy bien, equipo, me alegra veros. ¿Habéis leído todos las notas de la escena del crimen de ayer?

Todos han mascullado su asentimiento.

—Vale, entonces, primera página…

Los papeles han crujido mientras abrían los documentos grapados que él había preparado antes de su llegada. La primera página mostraba un primer plano del cráneo.

—Precioso —ha dicho Reggie.

—Parece una pieza de museo —ha añadido Sharon.

—Sí… pues bien, esta mañana hemos recibido la confirmación de la identidad: Kristian Kellerman, treinta y siete años. Residía en Leeds. Fue visto por última vez durante una visita a Whitby el 21 de septiembre de 2003. Se alojaba en el Royal Hotel de Whitby. No dejó pertenencias en el hotel, por lo que el gerente no se puso en contacto con la policía. Más tarde, su socio, Derek Holmwood, denunció su desaparición. Clara y Gerry han estado investigando las últimas dos horas —ha respirado hondo y los ha mirado a todos—. Y os advierto de antemano que no es nada agradable.

Se ha girado hacia la pantalla de la pared.

—Muy bien, Clara, ¿quieres hablarnos de Kristian Kellerman?

Ha suspirado para sus adentros.

Y de qué pedazo de mierda era.

12

En una sala diseñada para el silencio, Rachel Morrison podía escucharlo todo.

Así que, cuando oyó el tintineo del cuchillo de plástico para la mantequilla contra su envase, se detuvo y miró a Maya.

La niña estaba concentrada, colocando las mitades de su sándwich hasta formar un cuadrado perfecto.

Satisfecha, Rachel siguió recorriendo los puestos de trabajo; sus suelas blandas apenas hacían ruido contra el suelo de vinilo mientras supervisaba a sus cinco preparadores de sándwiches como un cirujano que vigila las constantes vitales de cinco pacientes.

El entorno estaba sin duda a su favor. Empezando por las paredes color crema, desnudas a excepción de tres paneles de comunicación, y las ventanas cubiertas con una lámina translúcida que convertía la luz gris de noviembre en algo más suave, menos agresivo. Incluso su propia ropa, elegida deliberadamente en tonos grises y blancos.

Todo estaba pensado para reducir la sobreestimulación.

Se fijó en que la tarjeta PECS que dividía la elaboración del sándwich en siete pasos se estaba escurriendo de la mesa de Connor. Con suavidad, volvió a colocarla en su sitio.

Él se mordía el labio mientras completaba el Paso 5: untar la mantequilla.

Se presentaba con verbos sencillos e imágenes claras. Nada ambiguo.

Mientras estaba allí de pie, contó diecisiete pasadas.

¿Se había quedado atrapado en un bucle?

Miró a su auxiliar de educación, Linda.

Linda hizo amago de acercarse.

Rachel negó sutilmente con la cabeza.

Todavía no. Deja que lo resuelva él solo —pensó—. *Si presionamos demasiado pronto, provocaremos un bloqueo; si esperamos demasiado, la frustración aumentará hasta que sea incontrolable.*

Era un equilibrio muy delicado.

Observó la tensión en los hombros de Connor. El cambio en sus patrones respiratorios. La forma en que se mordía el labio.

Alargó la mano lentamente y tocó el Paso 6. Connor dejó de morderse el labio, leyó el paso, soltó el cuchillo y fue a por el queso rallado.

—Fantástico —dijo ella en voz baja.

Connor sonrió. Se sentía orgulloso.

Un elogio no era moco de pavo para estos niños.

Sintiéndose ella misma orgullosa de que sus alumnos se estuvieran apañando tan bien, reemprendió el paso, pero se detuvo en seco al oír un gemido procedente del otro lado de la sala.

Sus ojos se dispararon hacia Aiden.

Sujetaba el mango del cuchillo de plástico, que se había quedado clavado profundamente en la mantequilla.

Parecía estar forcejeando con él, como si intentara sacar a Excalibur de la roca. La mirada distante y desenfocada de sus ojos era de esas que Rachel conocía demasiado bien.

La mirada de alguien que se desconecta cuando el mundo se vuelve demasiado abrumador.

Cuando las manos de Aiden empezaron a agitarse, le hizo una señal a Linda con dos dedos; ya no era una advertencia, aquello iba en serio.

Los dos dedos eran su señal para mover a los demás.

Con eficiencia —porque realmente no había nadie mejor que Linda para tener al lado—, la auxiliar empezó a reunir a los alumnos con voz suave y tranquila. —Al rincón sensorial, amigos. Vamos a darle su espacio a Aiden.

Maya, como siempre, fue de buen grado, y Connor la siguió sin rechistar, con su sándwich todavía en la mano.

James y Priya, sin embargo, necesitaron que los guiara con cuidado, pero en cuestión de segundos Linda los llevó con elegancia al rincón acolchado, con su lámpara de burbujas y su cascada de fibra óptica.

Ahora, Rachel podía moverse con rapidez, aunque todavía sin hacer ruido, hacia su mesa para pulsar un control preestablecido de la iluminación.

Las luces, ya atenuadas con cubiertas, bajaron su intensidad otro 40 por ciento, pasando a un ámbar cálido.

Aiden se golpeaba ahora rítmicamente la sien izquierda con la palma de la mano.

Rachel se maldijo por dentro. Había sido una fracción de segundo demasiado lenta en suavizar las luces.

Aun así, todavía no había terminado, ni había fracasado.

Los golpecitos de Aiden seguían un ritmo constante y suave. No era necesario el contacto físico, porque no se estaba haciendo daño.

Por ahora.

Pero los movimientos más erráticos estaban sin duda al caer.

Cuando llegó a su puesto de trabajo, retiró el pan, el cuchillo y la tabla en un solo movimiento fluido, dejando solo el...

La mano derecha de Aiden salió disparada, golpeando el envase de mantequilla. Apenas hizo ruido al caer sobre el suelo de vinilo, pero el movimiento repentino fue un sobresalto.

Ella miró hacia abajo, a la mancha de mantequilla de color amarillo pálido desparramada por el suelo.

En el rincón sensorial, Priya empezó a tararear con fuerza, y las manos de James volaron a sus oídos para bloquear los sonidos.

Aiden se golpeaba ahora la cabeza con las palmas izquierda y derecha, alternándolas.

Todavía con la suavidad suficiente como para no causarse lesiones.

Rachel se deslizó por la habitación y cogió una manta pesada de siete kilos de su gancho correspondiente.

Pero cuando volvió con Aiden, este ya se había dejado caer de rodillas, y pudo oír un lamento que venía de Connor, que inevitablemente estaba empezando a llorar.

Sabía lo fácil que sería ahora perder el control de la situación, pero intentó no inquietarse.

Incluso cuando Aiden gritó —no palabras, sino sonido puro, el tipo de ruido que emana de un sistema nervioso sobrecargado más allá del punto en el que el lenguaje significa algo—, ella se mantuvo firme. Tenía experiencia y se sentía segura.

Sus golpes se intensificaron, pero aún no eran lo bastante fuertes como para hacerse daño.

Reconoció, en ese momento, que hoy se había arriesgado demasiado con Aiden.

Demasiados pasos en una tarea lo abrumaban. Se le veía más animado de lo habitual, pero las apariencias engañan, y ella debería haber sido más cautelosa.

De cinco a siete pasos habrían sido suficientes.

Rachel colocó la manta a sesenta centímetros de donde él se había arrodillado. En sus primeros años se habría acercado más, pero no tardó en aprender a ser más precavida.

Cuando los límites de alguien ya han sido violados por su propia neurología, como le ocurría a Aiden, una cercanía excesiva puede acabar percibiéndose como una invasión total.

Se agachó en una posición equivalente a las diez de un reloj, a dos metros de él; también había aprendido por las malas que situarse justo enfrente podía interpretarse como una confrontación. Y el sentido común dictaba que nunca se debe entrar por detrás.

Él seguía gritando, y el golpeteo (izquierda... derecha... izquierda...) continuaba, pero finalmente sus ojos se encontraron con los de ella.

Estaba listo para conectar.

Aún está ahí —pensó para sí—. *Sigue aquí conmigo.*

Eso significaba que podía traerlo de vuelta.

Empezó a hacerse compresiones profundas en sus propios brazos: movimientos lentos y deliberados. Lo hizo de forma clara, esperando hasta que él fijara la vista en la demostración.

Presionar. Soltar. Presionar. Soltar.

Los golpecitos de él se ralentizaron hasta alcanzar el mismo ritmo que las compresiones de ella.

Eso es, Aiden. Muy bien hecho.

A continuación, empezó a tararear. Tres notas. CEG. El patrón exacto que había usado desde que Aiden se incorporó a su clase ocho meses antes. El sonido seguro que empleaba con todos ellos.

CEG. CEG. CEG.

El cordón que los unía de nuevo a ella.

Durante los siguientes minutos, los gritos bajaron hasta convertirse en un sollozo.

Dejó de golpearse y sus manos se estiraron hacia la manta pesada.

Le costaba llegar, así que Rachel se inclinó y la deslizó más cerca con un solo dedo, dejando que fuera él quien tomara la decisión final.

Él se la echó por encima.

Entonces se hizo el silencio absoluto, y cuando levantó la vista, vio que Linda ya se había llevado a los otros niños fuera.

Sacó una tira de comunicación de su bolsillo: seis símbolos plastificados en un cordón que llevaba a todas partes. Triste/Enfadado. Cansado. Hambriento. Lugar tranquilo. Ayuda. Fin.

La deslizó frente a él y esperó.

Pasó un minuto, más o menos, hasta que la mano de Aiden emergió de debajo de la manta y señaló el símbolo de *triste/enfadado.*

Ella asintió y esperó.

Un minuto después, él señaló el símbolo de *cansado* y, finalmente, el de *lugar tranquilo.*

Rachel asintió de nuevo. Se levantó y se dirigió en silencio a la tienda de campaña plegable de la esquina. Abrió la cremallera y

comprobó que sus auriculares de cancelación de ruido estuvieran dentro, junto con su almohadilla pesada para el regazo.

Lo miró, asintió una vez más y regresó a su escritorio.

Oyó cómo él gateaba detrás de ella y, al girarse desde su escritorio, vio sus pies justo antes de que desaparecieran tras la solapa de la tienda.

Rachel volvió a su mesa y sacó el formulario de incidentes. Antecedentes, comportamiento, consecuencias. Su caligrafía era pulcra, a pesar del ligero temblor de sus manos mientras escribía. El frescor en la nuca le indicó que había sudado mucho. No se había dado cuenta hasta entonces; se llevó la mano al cuello y se tocó el cuello húmedo de la camisa.

Calculó que la situación había durado siete minutos.

El alivio que sintió fue inmenso.

Creía que la contención física, con demasiada frecuencia, empeoraba las cosas.

Aunque algunos no estarían de acuerdo, ella estaba convencida de que dañaba la relación entre profesor y alumno.

Suspiró para sus adentros, contenta de haber mantenido bajo control su propio miedo y pánico, obligándolos a bajar y a ocultarse.

Pensaba que los niños recordaban el miedo en los ojos de los adultos. Lo llevaban consigo, en su interior, como desgarros microscópicos.

Se levantó y se acercó a la tienda. Podía oír la respiración de Aiden.

Se había estabilizado; la crisis había pasado.

Después de un breve descanso en el que los niños se regularían y se resetearían, volverían a intentarlo.

Podría haber otra crisis, o no.

Pero pasara lo que pasara, seguirían adelante.

Porque eso es lo que hacían allí. Cada día. Una y otra vez.

Seguir adelante, a toda costa.

Ella lo sabía mejor de lo que nadie llegaría a imaginar.

13

Para muchos, el aceite de lavanda era lo primero que notaban al entrar en el pasillo.

Sin embargo, para Maggie Whitworth, que había pasado veinte años de su vida laboral en el hospicio de St Hilda antes de su jubilación anticipada, la lavanda era un mero trasfondo para el aroma indefinible del final.

De dejarse ir.

A su alrededor, paisajes de Yorkshire enmarcados, ya familiares, adornaban las paredes; la mayoría donados por familiares agradecidos por la amabilidad del hospicio al supervisar el fallecimiento de un ser querido.

Ante la habitación tres, se detuvo brevemente.

Hola, Grace.

Maggie se aseguró de que Grace Garrett no muriera sola. Le había estrechado la mano durante seis horas seguidas mientras ella contemplaba la foto de los hijos que había perdido en Afganistán en el momento de expirar.

Ante la habitación siete, Maggie se detuvo de nuevo.

Hola, Amy.

Amy Rhodes, de dieciséis años, le había enseñado a Maggie que los jóvenes mueren de forma diferente: afrontándolo con humor negro, ojos en blanco y una lucha que dura hasta el último segundo.

Ante la habitación nueve, llegó a tocar la puerta.

Simon, aún puedo oírte.

Simon Parkes, ya bien entrado en los ochenta, se había reído y reído. Incluso cuando ya no podía respirar bien, se reía un poco más.

El humor era su mundo, y no pensaba irse sin él.

Recordó haberle puesto allí su primera vía: —Menos mal que no eres mi cirujano cardíaco.

Ella se había reído hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas, y él le dedicó unas amables palabras de consuelo: —¿Es tu primera vez?

Lo había sido.

—Irás mejorando. Todo el mundo lo hace.

La puerta de la habitación once ya estaba abierta.

Se apoyó en el marco de la puerta para serenarse.

Oh, Carrie…

Entró en la habitación y se sentó al lado de su amiga, reprimiendo un gemido al dejarse caer en la silla. A Maggie le dolía todo últimamente. Por dentro y por fuera.

Al sentarse ahora, todo le resultaba tan familiar...

¿Cuántas veces se habría sentado en esta misma silla, ofreciendo apoyo a los que partían?

Carrie Long entreabrió los ojos. Al principio estaban desenfocados, pero después encontraron el rostro de Maggie con esfuerzo.

La comisura de la boca de Carrie se curvó hacia arriba.

Era su señal.

La sonrisa más leve que significaba: *Te veo.*

Se miraron fijamente la una a la otra durante un largo rato, sonriendo, antes de que los párpados de Carrie temblaran y volvieran a cerrarse.

—Bueno, he traído tu favorito —dijo Maggie mientras sacaba un desgastado libro de bolsillo de su bolso—. *Jane Kenyon: Antología poética*. El lomo estaba quebrado por varios sitios tras años de uso. No solo con Carrie. Con docenas de pacientes que habían hallado consuelo en Kenyon, una mujer que había muerto de leucemia a los cuarenta y siete años.

Las páginas olían a viejo, pero tenían ese aroma dulce que solo desprenden los libros que han sido abiertos y cerrados mil y una veces.

Antes de leer, volvió a mirar a su amiga.

Sentía como si la conociera de toda la vida.

Pero, por supuesto, solo conoció a Carrie cuando esta tenía trece años.

Había estado tan enferma.

Leucemia linfoblástica aguda.

En un momento dado, los médicos habían estado seguros de que solo le quedaban seis meses.

Y aquí estaban ahora, más de treinta años después.

Maggie abrió el libro por el poema «Que llegue el anochecer». Se lo había leído a tantos pacientes moribundos que estaba segura de que podría recitarlo de memoria, pero nunca estaba dispuesta a arriesgarse.

A cometer un posible error.

Los moribundos merecían más.

El poema hablaba de la luz atravesando los listones del granero al final del día, del mundo natural sumiéndose en la oscuridad.

La respiración de Carrie se estabilizó ligeramente, siguiendo el ritmo de los versos. Su mano buscó la de Maggie. El agarre era débil pero estaba ahí.

Maggie continuó lo mejor que pudo. Su propia respiración era débil en estos últimos tiempos y ya no tenía fuerza en las cuerdas vocales.

Pero aún conservaba años de práctica y experiencia.

Sabía dónde hacer una pausa, dónde enfatizar.

Dónde dejar que un verso respirara.

La última estrofa trataba sobre la aceptación.

Carrie había luchado y vencido al cáncer tres veces.

Pero ahora la lucha había terminado.

Maggie alargó la mano y la puso sobre el rostro húmedo de Carrie.

Una enfermera entró en silencio: Kathy Mitchell, una de las enfermeras a las que Maggie había formado. Revisó el gotero, ajustó

la bomba de morfina, todo ello manteniendo en su rostro esa expresión que Maggie le había enseñado.

Compasión sin lástima.

Kathy sonrió a su antigua mentora y luego se marchó sin hablar.

Presencia sin intrusión.

Otra lección impartida por Maggie. En tiempos pasados.

La respiración de Carrie se hizo más profunda; no tardaría mucho en comenzar el patrón de Cheyne-Stokes, esos reveladores intervalos entre cada aliento.

Se quedó una hora más. Leyendo poemas. Sosteniendo la mano de Carrie. Ajustando la almohada cuando Carrie cambiaba de postura. Limpiándole la cara con un paño fresco. El trabajo que había realizado durante dos décadas. El trabajo en el que era buena.

Maggie se puso en pie. Y ese dolor profundo y sordo regresó.

El efecto de su propia morfina se había pasado por completo.

Llenó un vaso de plástico con agua de la jarra de la mesilla de Carrie y sacó un frasco de su bolso. Extrajo dos pastillas y luego se las tragó con un trago de agua.

En el umbral de la puerta, se dio la vuelta y sonrió. —Hasta mañana, Carrie.

Al salir, Maggie se detuvo tres veces para recobrar el aliento.

Últimamente, caminar un minuto le parecía como subir una montaña.

La primera parada fue en el cuarto de suministros donde había llorado hacía veintitrés años tras perder a su primer paciente (era tan nueva entonces, apenas llevaba un año en el puesto). La segunda parada fue en la sala de personal donde habían celebrado el cincuenta cumpleaños de Mark Grant con una tarta terrible y un buen vino.

Finalmente, llegó al baño, donde se sentó en una cabina durante cinco minutos hasta que la morfina hizo efecto.

Agradeció la cálida niebla en sus venas, pero esta ya nunca podía alcanzar el profundo dolor que sentía en los huesos.

Maggie salió de la cabina y se examinó en el espejo.

Demacrada. Con los ojos hundidos. Un pañuelo en la cabeza podría ocultar parte del daño, pero no el bulto del Port-a-Cath bajo

la clavícula.

Pensó en el aspecto que tenía Bobby en su ataúd abierto.

Tan guapo. Tan lleno de vida a pesar de haberse ido.

—Me alegro de que nunca me vieras así —dijo en voz alta.

Nunca había querido que llegara a este punto.

Pero Carrie la había mantenido aquí.

Le había prometido a Carrie que no se iría antes que ella. Y Carrie había sido como una hija para ella.

Se lavó las manos. Se enderezó el pañuelo. Caminó de vuelta por los pasillos que olían a lavanda y a despedidas, y salió a la lluvia de noviembre.

14

Sin aliento, Blessing Adeyami se sentó en la cama que acababa de hacer.

¡Estar a finales de los cincuenta no era ninguna broma!

Hacer la cama de Jamie Corrigan no formaba parte de sus obligaciones laborales, pero él estaba tan emocionado con su sorpresa que ella, sin más, se la había hecho. Y, para ser sincera, cuando se trataba de ir un paso más allá, no tenía ningún problema en ayudar a Jamie.

Aun así, ¿cuándo se había convertido su cuerpo en este compañero reacio?

Tras recobrar el aliento, se miró la cintura, cada vez más ancha, y sonrió.

Imaginó lo que su madre, una mujer que siempre fue arrolladora, habría tenido que decir ante tales reflexiones.

¡Blessing, hija mía, cállate! Una mujer africana como Dios manda se comporta con elegancia, no pidiendo perdón. ¿La talla? Eso no es más que el recipiente de tu espíritu.

Blessing se rio, pensando: *Ya, madre, la elegancia está muy bien, ¡pero sigo necesitando poder hacer mi trabajo!*

—¡Tengo facturas que pagar, ya sabes! —dijo en voz alta.

—¿Qué has dicho? —La voz de Jamie llegó desde el salón; ese distintivo tono plano que, de algún modo, aún lograba transmitir curiosidad.

Vaya, pensó. *Hablando sola otra vez, Blessing Adeyami. Me pregunto qué habría dicho madre sobre esto.*

Se puso en pie. El movimiento le provocó un pinchazo agudo en el lumbago, de esos que prometen empeorar al caer la tarde. —No te preocupes por nada, Jamie —exclamó—. ¡Tú céntrate en lo que sea con lo que quieras darme la sorpresa!

Frotándose la zona lumbar, se dirigió hacia el salón del bungaló de Jamie. Podía oírlo tarareando para sí una canción de los Beatles.

La melodía era un poco desafinada pero entusiasta, y saltaba entre notas con ese ritmo peculiar que Jamie aportaba a todo lo que hacía.

Blessing llevaba nueve años trabajando como cuidadora de Jamie y nunca le había oído tararear nada que no fueran canciones de los Beatles. Ni una sola vez. Algunos de sus otros residentes, también en este bloque de bungalós gestionado por Seaview Supported Living, pasaban por la música pop actual, clásicos de siempre o sintonías de programas de televisión. ¿Pero Jamie? Solo los Fab Four.

—¿«Here Comes the Sun»? —dijo Blessing, reconociendo la melodía a pesar de su creativa interpretación.

Él se reunió con ella en el salón. Su rostro de mediana edad, con sus ojos infantiles y su sonrisa boba, resplandecía de orgullo. Hizo un sonido como el de un pulsador de un concurso de televisión y asintió enérgicamente. —Correcto, Blessing-de-Lagos. ¿Quieres tu sorpresa ya?

—¡Claro que sí!

Él soltó una carcajada. Una risa tan peculiar, que parecía subir un peldaño de volumen y tono con cada repetición, como si subiera por una escala musical.

Se fijó en que el pelo rubio arenoso de Jamie, ahora con canas en las sienes, estaba de punta en ángulos extraños. Como si se hubiera electrocutado mientras dormía. —¿Te ha cepillado el pelo Marcus esta mañana, Jamie?

Marcus era su otro cuidador, que pasaba a verle cuando ella no estaba disponible.

Jamie tenía una verdadera aversión a cepillarse su propio pelo. Sacarse los nudos le dolía, así que se bloqueaba cada vez que

intentaba hacerlo él mismo. Por lo tanto, se había incluido terminantemente en su plan de apoyo.

—Sí… Lo ha hecho trece veces —dijo Jamie, volviendo a la cocina.

No hace falta que se lo digas, Jamie, él ya lo sabe, pensó ella, suspirando para sus adentros. *¿Qué le pasa a ese hombre últimamente?* Tendría que hablar con él más tarde.

Si Marcus le hubiera cepillado el pelo menos o más de trece veces, Jamie se habría retirado a despeinarse de nuevo. Tenían que ser trece exactamente. Doce o catorce lo inquietaban.

—¿Quieres que te lo arregle yo? —preguntó Blessing.

—¡Después de tu sorpresa!

—Vale, pero más vale que esta sorpresa sea buena, jovencito —le gritó hacia la cocina—, ¡o voy a peinarte como a un *punk* cuando te eche el guante!

Oyó el eco de su risa boba desde la cocina. —Loca Blessing-de-Lagos.

Era el apodo que él le tenía. Desde la primera semana que se conocieron, cuando ella le habló de Lagos, del recinto donde se había criado, de mercados tan abarrotados que no se podía ver el suelo. Estaba segura de que él lo había trazado todo en su mente. Probablemente lo dibujó después, con sus medidas precisas y sus etiquetas cuidadosas.

Entró sosteniendo algo a la espalda, con todo el cuerpo prácticamente vibrando de emoción contenida. —Te he hecho algo —dijo, y su monótono tono plano se las apañaba de algún modo para transmitir la emoción que su rostro mostraba tan claramente.

—¿Se come?

Él rebotó ligeramente sobre las puntas de los pies. —Sí…

—Entonces me conoces bien, jovencito.

Por supuesto, Jamie no era ningún jovencito; acababa de cumplir treinta y nueve años.

Era alto y de hombros anchos, pero tenía dificultades verbales. Podía ser asombrosamente capaz en un área y quedarse totalmente atascado en otra, como si diferentes partes del mundo hablaran idiomas distintos.

Le presentó su regalo comestible. —Tu sándwich favorito, Blessing-de-Lagos.

Ella le señaló con el dedo, fingiendo estar seria, pero incapaz de ocultar la sonrisa en su voz. —¿Exactamente como a mí me gusta?

Él se rio entre dientes. —Exactamente. —Enderezó la espalda, levantó la cabeza e intentó parecer orgulloso. El efecto era entrañable: un hombre adulto erguido como un escolar a punto de recitar para el profesor.

—A ver eso, que le eche un vistazo antes de que se acerque a mi boca.

Él volvió a reírse. Fue una serie de sonidos de «ja» ascendentes. Luego colocó el sándwich sobre la mesa frente a ella con un cuidado exagerado.

Se inclinó y rodeó el sándwich con el dedo. —Primero recorres el perímetro—

—¿El perímetro de un sándwich? —Blessing arqueó las cejas—. Esa es nueva.

Pero no lo era, en realidad. Él siempre hablaba con precisión de todo. Distancias medidas en pasos. Tiempo medido en segundos. Temperaturas con decimales. Su verdadera pasión era cartografiar. Y lo cartografiaba todo. Habitaciones, jardines, rutas para caminar, el parque local de diecisiete formas diferentes.

—Sí. —Esta vez no captó el sarcasmo y se limitó a asentir seriamente. Su dedo completó el circuito alrededor del sándwich. —El perímetro es esencial. Tienes que entender la forma completa antes de poder entender el contenido.

Con Jamie no se podía ganar siempre.

Jamie le explicó entonces paso a paso el sándwich que había creado, para demostrarle que la había escuchado con atención cuando ella se lo había explicado.

—Pan, luego mantequilla. Tiene que ser Lurpak… tu favorita… luego queso… debe ser Cathedral City curado… también favorito… luego tomate, exactamente dos rodajas. Las conté. Dos veces.

Blessing radiaba alegría. —Muchacho. —No lo pudo evitar. Su seriedad, su absoluta certeza sobre la arquitectura del sándwich, resultaban increíblemente entrañables. —Perfecto. Preciso.

—Después —continuó él, entusiasmándose con el tema—, cortado en cuatro triángulos precisos: dos ángulos de exactamente cuarenta y cinco grados, y uno de noventa. Exactamente.

Ella se inclinó hacia delante, examinando el sándwich con una sospecha teatral, entrecerrando los ojos. Era el momento de un poco de humor. —Es todo tan perfecto. Demasiado perfecto, quizá. ¿Estás tratando de darme una falsa sensación de seguridad a tu tía Blessing para quedarte con sus millones?

—¡Tú no eres mi tía, Blessing-de-Lagos!

Ella hizo el gesto de limpiarse el sudor de la frente. —¡Uf, qué alivio! ¡Pensaba que tendría que actualizar mi testamento!

Sin embargo, su rostro se puso serio por un momento, frunciendo el ceño. Una mirada familiar que ponía cuando procesaba algo que no terminaba de cuadrarle.

—¿Jamie? ¿Estás bien?

—Tú no tienes millones…

—¡Ahora me lo dices! ¡Tendré que cancelar la señal de mi nuevo yate! Y yo aquí planeando qué isla del Caribe comprar… ¡Claro que no los tengo! —Le acarició el brazo—. Tontorrón.

Entonces su rostro se contrajo en esa risa suya tan inusual —más como una serie de sonidos de «ja» ascendentes que una risa real, que subía más alto con cada sílaba—. Había aprendido a reconocer su tono humorístico con los años y esta vez se había asegurado de darle las pistas suficientes.

—¡Blessing-de-Lagos es muy graciosa! Estás haciendo un chiste. Porque eres pobre como yo.

—¡Oye! —Blessing retiró la mano de su brazo y le señaló con el dedo—. Menos «pobre», muchas gracias. —Se tocó el pecho, con la palma de la mano plana contra el esternón—. ¿Qué te he dicho antes?

—Perdona… ah, sí… —Él imitó su gesto, tocándose su propio pecho—. Aquí, somos ricos.

—Exactamente. —Cogió un triángulo y le dio un mordisco—. Madre mía. Incluso has elegido el tomate justo para evitar que el pan se reblandezca.

—Fresco y sin semillas, como dijiste.

—Mi Jamie —dijo ella con su cadencioso acento nigeriano, enfatizando cada sílaba como hacía siempre porque había aprendido que eso le ayudaba a procesar—. Esto es de-li-cio-so. Todo un hombre in-de-pen-dien-te eres ya, ¿eh? Haciendo unos sándwiches tan perfectos.

Todo el cuerpo de Jamie se iluminó, sus manos aleteando cerca de sus costados; ese movimiento de autoestimulación que significaba alegría, pura y sin filtros. —¿Perfecto?

—Si hubiera una palabra superior a «perfecto», entonces eso es lo que es —confirmó Blessing, dando otro bocado.

—¿Perfectioscrulento? —se arriesgó él, y la palabra inventada salió de su lengua con total confianza.

—Pues me gusta. Es una buena palabra. Deberíamos ponerla en el diccionario. —Le tendió un triángulo—. Pero recuerda ahora, compartimos lo que hacemos. Eso es lo que hacen los buenos amigos.

Él lo cogió con ambas manos, acunándolo como algo precioso, y le dio un mordisco con auténtico entusiasmo. Las migas cayeron por su pechera, acumulándose en su camiseta; la azul con el logotipo desgastado de los Beatles en Abbey Road. —Gracias, Blessing-de-Lagos —dijo con la boca llena de sándwich, mientras el zumo del tomate le corría por la barbilla.

—Qué chico tan amable. —Alargó la mano para darle una servilleta.

—¡Hombre! —corrigió Jamie.

—Por supuesto. Hombre —se corrigió ella. Sin embargo, su edad real no era barrera para cómo lo veía ella: un niño hermoso y radiante. Puro en formas que el mundo intentaba complicar. Pero, aun así, era comprensible que él no lo apreciara.

Comieron en un cómodo silencio durante un rato; la cocina solo se llenaba con el sonido de la masticación y el zumbido lejano del frigorífico. A través de la ventana, podía ver a otros residentes en el jardín comunitario: la señora Patterson con su andador y el joven Thomas, que daba patadas a un balón de fútbol contra la valla con precisión rítmica.

Al terminar, Jamie dijo: —¿Entonces puedo conducir tu coche ahora?

Él sonrió de oreja a oreja.

—A ver, ¿por qué ibas a querer conducir ese viejo cacharro?

—Porque hace mucho que no conduzco.

Ella se frotó la barbilla. Esta era una petición común, y él conocía el resultado, de ahí la sonrisa pícara en su rostro. —Vale, déjame ver tu carné.

—Sabes que no tengo. —Arrugó la cara.

Blessing se encogió de hombros. —Entonces, ¿qué puedo hacer yo? Espera… —Señaló su plato—. ¿Era esto un soborno? ¿Me has dado un sándwich perfectioscrulento para poder conducir mi cacharro?

Él negó con la cabeza y se tocó el pecho, sonriendo. Cerró los ojos. —No… yo… nunca.

—Hum —dijo Blessing, terminando su triángulo y limpiándose las manos—, ¿te vas a peinar ese pelo tú o lo hago yo?

Él abrió los ojos. —Tú. Trece veces.

—Trece.

—¿La mala suerte? —dijo Jamie.

—Pero para ti no, porque…

—Porque es la cantidad justa para sacar todos los horribles nudos.

—¡Has dado en el clavo!

—¿En el clavo? ¿Eh? —Su voz la siguió, genuinamente confundido.

—Significa que tienes razón —le gritó.

Dale cualquier cosa relacionada con las matemáticas y lo entendía. Ángulos de cuarenta y cinco grados, perímetros, medidas precisas… esos vivían en su cerebro como viejos amigos. Sin embargo, los modismos más simples eran imposibles de enseñar. Su madre lo habría llamado uno de los especiales que piensan en un nivel diferente, que ven el mundo a través de los ojos del espíritu. No roto, sino siguiendo un camino distinto.

Blessing lo vio marcharse, con su andar saltarín llevándolo por el pasillo hacia su dormitorio. La luz de la tarde iluminó su pelo,

haciendo que las canas fueran más visibles.

Cuando aceptó el trabajo hace nueve años, le advirtieron sobre sus crisis. Podía perder el control y ser un peligro para sí mismo y para quienes lo rodeaban. El cuidador anterior había durado tres semanas antes de pedir el traslado.

Pero Blessing apenas había tenido problemas. Oh, hubo momentos, por supuesto: la vez que saltó la alarma de incendios inesperadamente y él salió corriendo de la casa, o el día que perdió accidentalmente uno de sus cuadernos de mapas en una de sus salidas. ¿Pero la mayoría de los días? La mayoría de los días eran como este. Comida y canciones de los Beatles y bromas suaves que él disfrutaba.

En cierto modo, había sido mucho más fácil que sus propios hijos.

Se le revolvió el estómago.

Fácil.

Qué palabra para usar.

Qué traición a la memoria.

15

—Bien. —El rostro de Clara desapareció. Surgieron diapositivas—. Entre 1993 y 2005, Kristian Kellerman y su socio comercial, Derek Holmwood, dirigieron una agencia de publicidad. Kellerman & Holmwood. No conseguían muchos trabajos. De hecho, deberían haber estado en la más absoluta ruina. Era una tapadera para la empresa que gestionaban en realidad, Aphrodite Productions, un nombre que nunca apareció en ningún registro del Registro Mercantil.

—Madre mía —masculló Reggie—. ¿Porno?

Frank no respondió de inmediato.

—Pornografía —dijo al fin.

Sharon soltó un bufido sin pizca de gracia y puso los ojos en blanco.

La mirada de Frank se desplazó hacia Sean. Estaba incordiando el borde de su vaso de poliestireno con un lápiz, con la vista baja y la mandíbula tensa.

—Captaba a mujeres jóvenes vulnerables mediante anuncios fraudulentos de modelos en periódicos locales y en tablones de anuncios de tiendas. En un lugar de producción no identificado, realizó aproximadamente diez grabaciones pornográficas entre 1994 y 1996. La investigación indica explotación sexual de menores.

—Parece una joya de tío —comentó Reggie.

Frank vio que Sharon parecía especialmente irritada. El lápiz de Sean seguía ensañándose con el borde de su vaso.

—¿Y si lo devolvemos a donde lo encontramos? —preguntó Reggie—. ¿Y si luego lo tapiamos con mortero de cemento de verdad esta vez?

Sean soltó una carcajada.

Frank suspiró; sabía que este momento era inevitable.

—¿Puedo interrumpirla un momento, por favor, Clara?

—Sí, jefe.

—Hay una razón por la que he empezado por ahí. —Puso las manos planas sobre su escritorio y respiró hondo—. Mirad... está claro que no estamos tratando con la mejor de las personas.

Reggie bufó.

Frank lo fulminó con la mirada y Reggie bajó la cabeza, con las mejillas encendidas.

—Sí... es de lo peor, para ser sincero. Un auténtico parásito. —Miró los rostros de todos.

Sean estaba a punto de perforar el vaso.

—Y no os voy a mentir. La tentación de ser apáticos, bueno, no seríais los primeros. Desde luego, yo mismo habría sido culpable de ello en el pasado. Supongo que es la forma sutil que tiene el cerebro de proteger nuestra conciencia. Pero no vamos a hacer eso aquí. Somos mejores que eso. Vosotros sois mejores que eso... Así que... Sean, ¿quieres dejar ya el dichoso vaso?

—Está vacío, jefe. —Y, como para demostrarlo, lo atravesó.

—Me daría igual que estuviera lleno de ácido clorhídrico... para ya.

—Lo siento —dijo Sean, tirando el vaso a la papelera.

—Así que escuchad. Aquí no aplicamos eso de «el gilipollas ha tenido lo que se merecía». ¿Vale? —Miró sus caras de uno en uno. No lograba descifrarlos—. Bueno... quizá una vez, para desahogaros, pero nada más.

Todos se rieron.

—Habrá muchos sospechosos —dijo Reggie.

—Sí.

—Quizá deberíamos pedir un equipo más grande.

—Ya lo he intentado. Ha caído en saco roto... sin embargo, como veréis, se llevó a cabo una investigación bastante competente cuando desapareció, así que con suerte eso nos ahorrará trabajo de campo.

—Menos mal —soltó Clara—. Yo no puedo andar.

—Muy bueno —dijo Frank—. No obstante, Reggie, siéntete libre de pasarte por el despacho del Comisario Jefe otra vez al salir para pedírselo.

—Paso... —Se rio—. Acabaría acompañando a Clara en la cama si yo... —Se interrumpió, rojo como un tomate—. Perdón... no me refería a *su* cama..., quería decir que acabaría postrado en la cama de un hospital.

Todos se echaron a reír.

—No te preocupes, ya sabemos lo que querías decir —dijo Clara —. ¿Continuo?

—Por favor —dijo Frank.

Clara puso una diapositiva con muchos puntos clave.

—Estos son todos los delitos de los que se sospechaba que Kristian Kellerman era autor en los noventa y principios de los dos mil antes de desaparecer. No todos fueron investigados a fondo. Los que más se investigaron datan de principios de los dos mil, y luego se archivaron tras su desaparición.

Era una lista larga, así que solo leyó los tres primeros.

—Implicación en trata de personas. Retención de pasaportes de ciudadanos extranjeros, supuestamente para custodiarlos, para obligarlos a grabar películas y a prostituirse. Gestionaba líneas telefónicas de tarificación adicional a una libra con cincuenta el minuto, utilizando a las mujeres que había empleado.

A continuación, pasó a la siguiente diapositiva donde aparecía la foto de una mujer joven.

—Natasha Popescu era una chica de diecinueve años de Rumanía. Vino para lo que ella creía que era modelaje de catálogo. En una semana, Kellerman se hizo con su pasaporte. Le debía tres mil en concepto de gastos de gestión de empleo. Él le dijo que la única forma de devolverlo era a través de los vídeos. Cuando ella

intentó irse, él amenazó con enviar los vídeos a su familia en su país.

—Animal —masculló Sharon entre dientes.

—¿Consiguió volver a casa? —preguntó Reggie.

—Sí... los investigadores anteriores se pusieron en contacto con ella. Se negó a hablar. Es solo uno de muchos ejemplos. La investigación concreta que estaban armando involucraba a dos chicas vulnerables, una de las cuales estaba dispuesta a testificar. Los expedientes del caso están bajo llave, pero he solicitado el acceso.

—¿Bajo llave? —dijo Reggie, enarcando una ceja.

—Sí —dijo Frank—. Posiblemente porque implicaban a menores. Pero hasta que no los veamos, no podremos saberlo con seguridad.

—¿Podrían estar implicadas bandas de crimen organizado? A veces protegen los expedientes cuando hay una conexión con el crimen organizado —preguntó Sean.

—Bueno, si hay películas porno y trata de por medio, es lo lógico —dijo Reggie.

—¿Quizá lo mató alguna de las bandas? —sugirió Sean.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —dijo Frank.

—¿Cuál fue el resultado de la investigación sobre la desaparición de Kellerman? —preguntó Sharon.

—No gran cosa —dijo Clara—. Tuvieron que cerrarla finalmente, decantándose por dos posibilidades: cuerpo oculto donde nunca lo encontrarían, es decir, en el océano. La otra teoría era que estaba en el sudeste asiático con un pasaporte falso.

—Pues se equivocaron en ambas. El cuerpo ha aparecido. ¿Y el sudeste asiático? —dijo Reggie con una carcajada—. Es un poco descabellado.

—Planeaba jubilarse allí —dijo Clara—. Según su socio, Derek.

—Si pensaban que había acabado en el fondo del mar —dijo Sean—, es que de verdad sospechaban del crimen organizado...

Frank lo miró.

—¿Ah, sí?

—¿Zapatos de cemento? —dijo Sean, incorporándose.

—Ah —dijo Frank—. Esto no es una película de gánsteres de los años cuarenta, ¿sabes?

—Es más probable que acabara disuelto en una cuba de ácido, o descuartizado y repartido por ahí —dijo Reggie.

Frank puso los ojos en blanco y cortó por lo sano.

—Bueno, ya sabemos que terminó en un túnel ferroviario. Derek Holmwood, su socio, fue el principal sospechoso, pero luego acabó teniendo una coartada sólida. ¿Clara?

—Sí... resultó que su mujer había contratado a un detective privado para averiguar de qué trataban todos sus «viajes de negocios». El detective encontró imágenes de Derek y un hombre joven disfrutando de la cultura turca... estrictamente desde la habitación de su hotel. Un viaje coincidió con la desaparición de Kristian, dejando a Derek totalmente libre de sospecha.

Fue en ese momento cuando el pensamiento de Frank voló hacia Gerry. Había estado inusualmente callada esa mañana. A estas alturas, ya debería haber expresado alguna opinión. La miró. Parecía desinflada de algún modo. Incluso Rylan, pegado a su pierna bajo la mesa, parecía incapaz de animarla.

Volvió a centrar su atención en el caso.

—Muy bien, veamos el cómo. —Frank se levantó y se acercó al tablero de incidentes, golpeándolo con el nudillo—. Le dispararon por la espalda. —Se refirió a las imágenes de la carpeta que tenían sobre sus mesas, donde se veían las vértebras dañadas por donde había entrado la bala y, después, una imagen en primer plano del proyectil recuperado de su caja torácica—. Estamos esperando el informe de balística. —Explicó que la Científica creía que el asesinato tuvo lugar en otro sitio debido a la falta de salpicaduras.

—¿Por qué elegir ese túnel? Parece un engorro. Quiero decir, entiendo que esté bien escondido, pero aun así... —dijo Reggie.

—Es una pregunta muy buena. —Frank se volvió hacia el equipo, mirando a Gerry, esperando que diera la misma opinión que ayer, pero ella parecía demasiado distraída. Suspiró para sus adentros. No era solo porque ella fuera la carta ganadora en la mayoría de las investigaciones y necesitara que estuviera a pleno rendimiento, sino también porque la apreciaba profundamente.

—Conocimiento del terreno, supongo —dijo Frank, regresando a su asiento—. Alguien que lo conocía lo suficiente como para considerarlo una opción, pero estamos convencidos de que debieron ser dos personas.

—Tiene sentido —dijo Reggie.

Sean asintió.

—¿Entonces volvemos al ángulo del crimen organizado?

—Poco probable —intervino Gerry.

Su repentina oposición le produjo a Frank un alivio considerable.

—¿Por qué iba el crimen organizado a tener un conocimiento tan íntimo de esos túneles? —continuó Gerry—. No solo que existían, sino específicamente dónde estaba el refugio de guerra. La puerta estaba oculta incluso entonces. Esto sugiere a alguien de la zona, o a alguien con una conexión histórica con los túneles.

—¿Alguien descendiente de personas que los usaron durante la guerra? —sugirió Sharon—. ¿O alguien que trabajó en ellos? ¿Topógrafos, empleados de British Rail antes del cierre?

—Todo son posibilidades —asintió Frank—. Lo que nos lleva a la asignación de tareas. Como veis, esto está en su etapa inicial. Tenemos que abrir ese caso protegido y, hasta que lo hagamos, estamos dando palos de ciego, basándonos en la investigación de persona desaparecida de 2003. Así que sugiero que, ante todo, vayáis y os familiaricéis con la investigación original, para que no acabemos intentando reinventar la rueda. Estamos, como siempre gracias a los que viven en la torre de marfil, bajo mínimos de personal. Nos apoyaremos en lo que nuestros colegas recopilaron hace más de veinte años. Otras rutas que barajamos durante las discusiones previas: Sharon, vamos a centrarnos en los socios conocidos de Kellerman entre 2000 y 2003, los años anteriores a su desaparición. Sospecho que si amplía más el radio en este punto, se volverá inmanejable. Acabaría desenterrando a todo tipo de gentuza. Céntrese en cualquiera que tenga conexiones con Yorkshire. Esto cubrirá el ángulo del crimen organizado. —Asintió a Reggie y luego a Sean.

Sharon asintió, tomando notas ya: —¿Qué hay de las mujeres relacionadas con los delitos que mencionó Clara? Sin duda vale la

pena ver si alguna sigue por la zona.

—De acuerdo —dijo Frank.

Sharon asintió y tomó otra nota.

—Sean. Sigue el rastro del dinero. Tenía un negocio de publicidad que perdía fondos a espuertas, pero no le faltaba el dinero. Investiga lo que la investigación original descubrió sobre sus finanzas y luego mira si los sistemas modernos nos permiten profundizar más.

—A ello, jefe.

—Reggie, consulta con la Sociedad Histórica Ferroviaria sobre el acceso al túnel. ¿Quién sabía de esas cámaras de la época de la guerra?

—Buena idea. —Reggie se irguió.

—Gerry y yo entrevistaremos a su único pariente vivo, su padre, esta tarde. Le daremos la noticia y veremos qué opina. Parece ser que Kellerman afectó a muchas vidas...

—Destruyó —interrumpió Reggie.

—Sí. Pero a veces la verdad puede ayudar a los que quedan, como ya hemos visto antes. Aquellos que sufrieron por culpa de este hombre pueden encontrar una resolución, y paz, en lo que sea que le ocurriera.

Hizo una pausa, mirándolos a cada uno, esperando que su argumento disipara la nube de letargo.

—¿Pero y si una de sus víctimas fue el asesino? —preguntó Reggie.

Era la pregunta del millón y probablemente se volvería muy pertinente más adelante en la investigación.

Todos los ojos estaban puestos en Frank.

—Simplemente haremos lo que hacemos siempre: nuestro trabajo.

Se preguntó si alguien en la sala estaba realmente de acuerdo.

Se preguntó, brevemente, si incluso él estaba de acuerdo.

—Por difícil que sea, nuestro trabajo no consiste en quién murió, sino en quién mató. Para esto nos alistamos. En el momento en que empezamos a elegir quién merece justicia basándonos en si nos cae bien, no somos mejores que los justicieros. Ese camino lleva al caos.

Sharon asintió, al menos.

—Bien —dijo Frank—. Se levanta la sesión. Almorzad algo y a trabajar.

Todos se levantaron con expresión sombría.

Reggie, sin embargo, se incorporó rápidamente, esgrimiendo la dichosa bolsa.

«Este hombre acabará conmigo», pensó.

Reggie rebuscó en su bolsa de tela. —Como embajador de Scarborough para el nuevo producto para mayores de 50 años de BulkBlast, he traído muestras de «No simplemente un viejo» para todos.

Frank negó con la cabeza. «Olvídalo. No hay posibilidad de error. Este hombre me va a matar casi con total seguridad».

Reggie sacó botes de muestra y fue repartiéndolos. Empezó con Frank. —Uno para el jefe.

—Gracias —dijo Frank, examinando el llamativo envase. Lo abrió. Frank olió una vainilla artificial que luchaba por enmascarar algo químico y vagamente medicinal. Observó un mejunje blanco y espeso—. ¿Qué es esto? ¿Masilla para paredes?

Gerry leyó la etiqueta y anunció: —La proporción de proteínas y carbohidratos está mal equilibrada, y la adición de monohidrato de creatina sin las advertencias de hidratación adecuadas podría causar estrés renal en usuarios de edad avanzada.

—¿No decía que era para usuarios de más edad? —preguntó Sean.

—Hoy en día todo lleva advertencias —dijo Reggie, agitando la mano—. Ni caso.

—Me encantaría jugármela con el estrés renal —dijo Clara desde la pantalla, con un entusiasmo claramente fingido—, pero no puedo bebérmelo a través de un cable Ethernet.

—No te preocupes. Sin abrir, el producto dura más de un mes. —Reggie sonrió radiante.

—Estupendo... entonces me cargaré el otro tobillo —dijo Clara y sonrió.

Reggie abrió uno y se lo bebió de tres tragos, sin que su cara delatara nada, aunque Frank notó que se le humedecían un poco los ojos. —Seguro como una casa.

—Te creo —dijo Sharon, apartando su muestra—. Pero yo ni soy «vieja» ni soy «un hombre».

—Los beneficios para la salud son para todas las edades y géneros —dijo Reggie, guiñando un ojo—. Si quieres estar como yo a los cincuenta y tantos, esto es lo que tienes que hacer.

—¿Y por qué iba a querer estar como tú? —preguntó Frank—. Por el amor de Dios, si quisieras este trabajo tanto como te quieres a ti mismo, Reggie, ya estarías al mando de todo el cuerpo.

—Por favor, ¿alguien puede al menos probarlo? —pidió Reggie—.

—Lo que sea con tal de que me dejes en paz —dijo Sharon, y se lo bebió.

Su cara pasó por varias expresiones en rápida sucesión: sorpresa, arrepentimiento y la determinación de no vomitar delante de todos.

Finalmente, dijo: —Demasiado pastoso para mi gusto.

—Eso son los aminoácidos —dijo Reggie con orgullo—. Son fundamentales.

—Ya... —dijo Sharon con voz débil—. Me quedo con los huevos.

16

A juzgar por el olor, la directora de Rachel, Patricia Ellsworth, estaba bebiendo Earl Grey.

Rachel se sentó frente a ella y resopló inflando las mejillas.

—Debe de estar agotada, Rachel —dijo Patricia.

Rachel asintió—. ¡Pero no más de lo habitual!

Patricia se rio—. La historia de nuestras vidas. ¿Quieres tomar algo?

—Estoy bien, gracias.

—Mire. Gracias por venir a verme. Sé que está ocupada.

Y qué verdad era aquello. ¿Cuántas gráficas de comportamiento tenía que revisar? Además, tenía muchas ganas de hablar con los padres de Aiden para hacerles saber lo admirablemente que el niño había logrado autorregularse al final.

Patricia se inclinó hacia delante—. He estado viendo el incidente con Aiden en las grabaciones de videovigilancia.

Rachel sintió una subida de adrenalina. ¿Había hecho algo mal? —Ah. Espero haber tomado las decisiones correctas.

Patricia sonrió—. ¿Decisiones correctas? Rachel, fue impecable. Siete minutos. De una escalada total a la autorregulación. ¿Sabe cuánto tiempo tardó Sara con Stevie la semana pasada?

Rachel sabía que no había tenido éxito, a pesar de que Sara había utilizado las técnicas adecuadas.

Sin embargo, odiaba ese tipo de comparaciones. Sara era una mujer encantadora que se esforzaba al máximo.

—Más de media hora —continuó Patricia—. Tuvo que llamar al equipo de apoyo conductual. Hicieron falta dos miembros del personal para reducir a Stevie, y acabó en la sala de relajación el resto del día.

Rachel se sintió incómoda. No le parecía apropiado escuchar esas comparaciones de boca de su jefa.

—Los niños cambian. A veces a diario —dijo Rachel, sintiendo la obligación de defender a su colega—. Técnicas que funcionan un día pueden fallar de repente. Sara tuvo mala suerte.

—Tiene mala suerte con demasiada frecuencia —dijo Patricia.

Rachel hizo una mueca.

—Mire —dijo Patricia—. Veo que le incomoda hablar de Sara, así que lo dejamos ahí. Solo quiero señalar lo admirable que es su trayectoria. Su tasa de éxito es impresionante.

Y ahí estaba.

Tasa de éxito.

Métricas de rendimiento. Resultados cuantificables.

La reducción de las necesidades y comportamientos humanos a números y gráficos.

Patricia continuó, ajena a todo. —La forma en que cala a los niños —a nuestros alumnos— no tiene parangón.

—Es solo práctica.

Patricia soltó una carcajada. —¡Práctica! Bueno, veamos qué tienen que decir al respecto en los Pearson National Teaching Awards.

Ella tragó saliva. —¿Perdón?

—En los Pearson National Teaching Awards.

—Yo... yo...

—Voy a presentar su candidatura para el Premio a la Educación Especial y Práctica Inclusiva.

—¿Perdón? —Se estaba repitiendo, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Ya conoce los Pearson National...

—Sí. Sé lo que son, lo siento, yo... —Se interrumpió. De repente, las paredes del despacho parecieron cerrarse sobre ella.

—¿Se encuentra bien?

Ella asintió, aunque era evidente que no lo estaba. Sentía el sudor formándose en la base de la columna, entre los omóplatos. Un sabor acre le inundó la boca.

Se concentró en la ventana. Una bolsa de patatas vacía daba tumbos por el patio, arrastrada por el viento. Roja. Brillante. Real. Contó sus rotaciones. Una. Dos. Tres. La técnica que le había enseñado a Connor para la autorregulación... la estaba usando ella ahora. Cuatro. Cinco. Mantente presente. Seis. La bolsa se enganchó en la valla.

Patricia seguía hablando. Algo sobre estudios de casos. Progresos. —Tenemos los ocho meses de mejora documentada de Aiden. El desarrollo de la comunicación de Maya es notable...

—¿Es demasiado tarde? —Las palabras salieron más bruscas de lo que Rachel pretendía. Había cortado a Patricia a mitad de la frase.

—¿Para qué?

Suavizó el tono. —Ya sabe..., ¿para retirar mi nombre?

—Bueno, técnicamente aún no he enviado la solicitud.

Rachel suspiró aliviada, asintiendo. —Vale, bien, no quiero participar.

Patricia frunció el ceño. —¿Cómo dice?

—Yo... —Rachel se quedó mirando la ventana—. Bueno, ya sabe que no me gustan los jaleos.

—Sé que es modesta, pero no creo que eso deba ser un obstáculo...

—No, gracias —dijo Rachel con un tono que volvía a ser tajante. Miró de nuevo a Patricia—. Por favor.

Patricia arqueó las cejas. —No lo entiendo. Sus posibilidades de ganar son enormes, Rachel.

—De verdad, gracias por pensar en mí, pero no es lo que quiero. No va conmigo. Voy a rechazarlo.

Rachel intentó leer el rostro de Patricia, pero era difícil. ¿Confusión? Dios no lo quisiera, ¿sospecha? Después de todo, la mayoría de los profesores, si no todos, aprovecharían esta

oportunidad. —Pero Rachel... —Se interrumpió. El movimiento de cabeza de la directora lo decía todo. ¿Por qué alguien rechazaría un reconocimiento? —Nunca he conocido a una candidata más adecuada.

—Sé que parece extraño, pero ¿no hay nadie más? —preguntó Rachel.

—Siempre hay alguien más —dijo Patricia, y suspiró—. Pero nadie en nuestra escuela que tenga posibilidades reales.

Era algo duro de escuchar sobre sus colegas, pero se guardó el pensamiento para sí.

La expresión de Patricia empezó a endurecerse. —Mire, hay una beca de desarrollo profesional para el ganador. —Su tono estaba cambiando—. Para la escuela.

Qué rápido se retiraba la mentora afectuosa para dejar paso a la administradora.

—Piense en lo que podríamos hacer por la sala sensorial. —Patricia se inclinó hacia ella—. Ese columpio de presión que lleva meses pidiendo.

Rachel apretó las manos en el regazo. No quería dejar que Patricia la manipulara, pero ahora estaba echando cuentas a su pesar. El columpio ayudaría a Aiden. Ayudaría a Connor. Con el peso adecuado y bien instalado, podría evitar crisis. Podría significar menos incidentes.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Negó con la cabeza. —Lo siento.

—¿Incluso con estos beneficios? —Patricia había pasado a su modo persuasivo y persistente habitual. Rachel ya se lo había escuchado otras veces cuando intentaba conseguir financiación.

—He dicho que no —dijo Rachel. Las palabras salieron con una dureza que las sorprendió a ambas.

En el silencio que siguió, el rostro de Patricia pareció pasar por diferentes emociones. ¿Dolor? ¿Confusión? Luego algo más duro, tal vez. ¿Se sentía ofendida?

Aquello también era nuevo para Rachel. No estaba acostumbrada a ser tan cortante. Era una persona dócil por naturaleza, y todo aquello se había hecho añicos con cuatro palabras.

Los dedos de Patricia tamborilearon una vez contra el escritorio antes de quedarse quietos.

Estaba claro que su relación había cambiado de forma fundamental.

Patricia siempre se salía con la suya, pero esto era algo que no podía arrebatarle. Era demasiado arriesgado para Rachel y para todo lo que había construido.

Enseñar a niños a los que tantos otros no podían llegar era lo más real que había conocido jamás. Esta versión de sí misma. Merecía estar aquí. Y no podía ponerla en peligro.

—Se merece el reconocimiento —dijo Patricia, insistiendo aún en la ilusión de que se trataba de Rachel y no de la financiación escolar.

El reconocimiento.

El reconocimiento era el diablo.

Y había que tener mucho cuidado para evitarlo.

Se puso en pie. —Lo siento. —Se dirigió hacia la puerta.

Agarró el pomo.

—El plazo interno del centro termina el viernes que viene; tengo que enviar las candidaturas a los premios nacionales a finales de febrero. ¿Al menos se lo pensará? ¿Lo consultará con la almohada? —dijo Patricia.

—Agradezco la nominación —logró decir Rachel sin volverse. Su voz sonaba firme. Años de práctica para sonar firme cuando todo por dentro se estaba desmoronando—. Pero no me siento cómoda con ese nivel de atención. Enseño porque me encanta mi trabajo. Nada más. Lo siento.

Ya en el pasillo, siguió caminando. Pasó de largo la sala de profesores. Pasó el armario de recursos sensoriales. Entró en el aseo para discapacitados porque era el único que tenía pestillo.

Se sentó.

El reconocimiento era el diablo.

Y no recordaba que hubiera pasado un solo día en el que no pensara que el diablo la estaba esperando a la vuelta de la esquina.

17

Frank y Gerry mostraron sus placas.

La mayoría de la gente solía reaccionar con preocupación o sorpresa. Ernie Kellerman, de setenta y ocho años, rompió la tendencia. —Supongo que se trata de Kristian. —El tono era el de alguien que lo había oído mil veces antes.

—¿Por qué supone que se trata de Kristian? —preguntó Gerry.

—La única vez que he tenido algo que ver con la policía ha sido por culpa de Kristian. Y, como estoy seguro de que ya sabrán, no fue por mi comportamiento.

Frank asintió. —¿Podemos pasar?

—Sí, pero suéltenlo ya. Lo han encontrado, ¿verdad?

Frank no quería dar la noticia en el umbral de una puerta. —Bueno, quizá deberíamos...

—Su cadáver, me refiero —dijo Ernie—. No nací ayer. Lleva mucho tiempo fuera. No hay forma de que hubiera aguantado tanto sin reaparecer para pedir dinero.

Frank y Gerry intercambiaron miradas antes de que Frank asintiera y le sostuviera la vista. —Sí. Hemos encontrado su cuerpo, Ernie. Ahora, ¿podemos hablar de esto dentro?

—Por supuesto, por supuesto. Llámeme Ern.

Ernie retrocedió mientras se ajustaba sus gafas de montura gruesa. Frank se fijó en que la chaqueta de punto le colgaba sobre

su delgada figura: tenía los botones mal abrochados, por lo que un lado quedaba más bajo que el otro.

Mientras pasaban junto a él de camino al salón, Ernie dijo: —Perdonen el desorden. No esperaba visitas.

Una vez dentro, Frank intercambió una mirada con Gerry.

¿Desorden?

El lugar parecía impecable; ni una mota de polvo sobre nada.

Lo siguieron hasta una sala de estar llena de fotografías. Frank alcanzó a distinguir a una mujer de pelo oscuro que aparecía con frecuencia, pero los detalles se volvían borrosos a esa distancia.

Pensó en sus gafas de lectura, que se habían quedado en el posavasos del coche.

—Por favor, siéntense. ¿Quieren beber algo?

—No, gracias —dijo Frank, sentándose junto a Gerry.

Ernie se acomodó en un sillón. Sus manos descansaron en los brazos del asiento y sus dedos tamborilearon una vez antes de quedarse quietos. —Como les he dicho en la puerta, sabía que no había huido. Alguien con tantos problemas, con tanta gente... esa gente no escapa, no de verdad. El pasado, lo que uno ha hecho, siempre le alcanza.

Nunca se ha dicho una verdad mayor, pensó Frank.

Nada podía olvidarse de verdad. Por muy profundas que fueran las mentiras.

—Siento su pérdida —dijo Frank.

Ernie sonrió. —¿Ah, sí? No traía más que problemas.

—Lo sien...

—Muchos problemas —enfatizó Ernie. No dejó apenas espacio para llevarle la contraria.

La habitación se quedó en silencio, salvo por el suave zumbido de una estufa eléctrica. En una mesa al lado de Frank había flores frescas y una fotografía más grande; esta era bastante fácil de ver sin sus gafas. Había una mujer morena y atractiva sola, riéndose de algo que quedaba fuera del encuadre.

—Miren —dijo Ernie—, parezco frío, pero no lo soy. Es mi manera de afrontarlo. Que mi hijo saliera como salió nunca estuvo en los planes, como bien pueden imaginar. Es mejor llamar a las cosas por

su nombre y ser estoico ante estas situaciones. Y además, llevó a su madre, a la que yo adoraba, a una tumba prematura. En 1998. Solo tenía cincuenta años. Un derrame cerebral. Y él ni siquiera se presentó al funeral. —Lo dijo con naturalidad, como quien informa del tiempo.

—Bueno, siento mucho lo que ha sufrido —dijo Frank.

—Vale —respondió Ernie—. Eso tiene más sentido. —Suspiró—. El caso es que, si hubieran venido a darme esta noticia hace veinte años, se habrían encontrado con un hombre completamente distinto. Quizás hasta habría servido champán.

Frank respiró hondo.

Ernie se rió. —¡Lo sé! ¿Se lo imaginan? Pero yo era un impulsivo y pensaba que mi hijo era el demonio.

—Entiendo.

—Pero la edad tiene una forma de suavizarlo a uno, ¿saben?

¿Ah, sí?, pensó Frank. *¿Tienes un manual de instrucciones para eso?*

—He aprendido algo durante las últimas dos décadas. Algo importante. Y es que tengo que aceptar parte de la responsabilidad de cómo acabó siendo mi hijo. Así que sí, aunque el mundo esté mucho mejor sin él, sigue siendo trágico y no me produce ningún placer mi fracaso.

Gerry levantó la vista de su cuaderno. —¿En qué cree que le falló?

—Bueno, en primer lugar, cuando era un niño, no estuve ahí para él. Estaba demasiado absorto en mi propio negocio. Kellerman Wholesales. Solía suministrar condimentos a restaurantes de todo Yorkshire. Así que esa fue la primera vez que le fallé. —Se encogió de hombros—. Luego, bueno, tras la muerte de Sue, perdí el juicio y me hospitalizaron. Me encerraron durante seis meses. Cuando salí, cambié mi vida por completo. Vendí la empresa. Me volqué en el trabajo de caridad, ayudando a jóvenes delincuentes. Tratando de reencauzarlos.

—Fue muy noble por su parte —dijo Frank.

—¿Lo fue? Mirando atrás, ¿por qué intentaba salvar a los hijos de los demás en lugar de al mío?

—¿Quizá sintió que no podía salvar a su hijo? —preguntó Gerry —. En aquel momento, él estaba metido en muchas cosas y…

—No. —Ernie sacudió la cabeza con vehemencia—. Le odiaba por la muerte de Sue. No le deseaba nada bueno. Al menos no a un nivel consciente. Supongo que el subconsciente tenía otras ideas. Creo que intentaba expiar mis propios fallos, pero era incapaz de enfrentarme a mi verdadera responsabilidad: salvar a mi hijo. Así que supongo que volví a fallar.

—¿Qué organizaciones benéficas? —preguntó Frank.

—Programas dirigidos por la iglesia, principalmente. Me llevaron por todo el país. Al fin y al cabo, ya no tenía nada que me atara a Scarborough. Ayudé a supervisar sentencias de servicios comunitarios, clubes juveniles, ese tipo de cosas. —Hizo una pausa, con los dedos tamborileando de nuevo en el brazo del sillón.

Ernie miró a Frank a los ojos. Hubo un momento de silencio mientras se observaban con detenimiento el uno al otro.

Frank no pudo evitar pensar que tenía más en común con Ernie de lo que creía.

¿Había estado él presente para su hija?

¿Cuántas veces le había fallado a Maddie?

Frank oía a Gerry garabatear notas a su lado.

Entonces, Frank captó un destello en los ojos de Ernie. Su primera expresión real de dolor. Un dolor punzante, que calaba hasta los huesos. —¿Cómo murió mi hijo, inspector jefe?

Frank le explicó el descubrimiento: el túnel de Kettleness, el refugio de la guerra, el cadáver oculto durante décadas tras unas estanterías derribadas en el Almacén de Emergencias n.º 4. Ernie escuchó sin interrumpir.

Después, Ernie pidió un momento de silencio para ordenar sus pensamientos.

Frank asintió.

—Muy bien —dijo finalmente—. ¿Cómo puedo ayudar?

—No queremos quitarle mucho tiempo, Ernie —dijo Frank—. Pero cuanto más pueda decirnos sobre Kristian, más posibilidades tendremos de averiguar quién pudo hacer esto.

Él sacudió la cabeza. —Lo van a tener muy difícil. Se juntaba con mucha gente mala, muy mala. Y dudo que pueda arrojar mucha luz sobre nada. Yo no tenía nada que ver con las personas con las que él se relacionaba.

—Sin embargo, dice que se juntaba con mucha gente mala —señaló Gerry—. Así que debía de saber quiénes eran.

—Los hermanos McGinn —dijo Ernie.

Cristo, pensó Frank. No había oído ese nombre en unos cuantos años. Un par de matones que dirigían una red de extorsión en Leeds. Se pelearon por una mujer, nada menos. Jimmy mató a tiros a Leo y le cayó la perpetua.

A Sean y a Reggie les encantaría que esto resultara ser un ajuste de cuentas del crimen organizado, después de que él hubiera descartado la idea antes.

—Kristian se juntó con los McGinn cuando tenía veinte años. Cobro de deudas.

Sacarle el dinero a palos a la gente que no pagaba, pensó Frank.

—Sue no dejaba de sacarle de apuros, literalmente. Cargos policiales, multas judiciales. Echaba mano de nuestros ahorros. —Se miró las manos—. Una vez le dije que parara. Tuvimos una bronca terrible por eso. Le dije que nunca sería capaz de salvarlo, que si no le soltaba, nos arrastraría con él. Tenía razón. Pero no sabía cuánta razón tenía. —Se le quebró la voz—. Sue nunca superó que su hijo estuviera en líos. Le sometió a mucha presión el corazón. —Suspiró —. Desde los cinco años supe que algo no iba bien con mi hijo. Podía verlo en sus ojos. Sue no lo vio, al principio. No puedo culparla. Quiero decir que el noventa y nueve por ciento de la gente probablemente piensa que a su hijo le brilla el sol por el culo. Me pregunto si los padres de Hitler sospecharon alguna vez algo. Pero yo podía verlo. Se lo mencioné a Sue una vez. Le dije que veía algo malvado ahí dentro, y me dio una bofetada. Siempre fue su defensora más acérrima. Creo que ella lo achacaba a algún tipo de dificultad de aprendizaje. A medida que crecía, se hizo más evidente. Robar del bolso de Sue cuando tenía siete años. Ensuciar la cama deliberadamente hasta bien entrada la adolescencia. Rompía nuestras cosas. Cosas valiosas. Un jarrón que le había regalado su

madre. Una caja de música. Siempre decía que eran accidentes, pero yo le veía la cara después. Satisfecho. Orgulloso de sí mismo.

—¿Le evaluaron alguna vez por dificultades de aprendizaje? —preguntó Gerry.

Frank pudo ver la preocupación en su rostro. Se preguntaba si Kristian habría sido un incomprendido. ¿Podrían haberse abordado sus problemas antes? ¿Habría tenido apoyo para llevar una vida más feliz?

—Sí, le evaluaron de todo lo posible. Sue se encargó de ello. Pero él sabía cómo ocultar ese lado de sí mismo. Yo no soy médico, pero veía la maldad. Tal vez al principio solo me la mostraba a mí y se la ocultaba a los demás. —Ernie se inclinó hacia delante—. Luego fue de mal en peor. Traer chicas a casa. Mujeres, más bien. ¡De veinte, veinticinco años cuando él tenía quince! Teniendo sexo con ellas a un volumen desmesurado para que su madre lo oyera. Quise echarlo a los dieciséis, pero ella no me dejó. Luego estaban las drogas. La policía en la puerta más veces de las que puedo contar. Sue siguió intentándolo. Terapia, escuelas especiales, amor y límites, cada maldita cosa que decían los libros. —Se le entrecortó la voz—. El estrés, el desconsuelo. Y entonces, un día, ella simplemente... —Se dejó caer en el sillón—. Se fue.

La estufa eléctrica hizo un clic al cambiar de ciclo. Fuera, pasó un coche.

—Debió de ser muy difícil —dijo Frank.

—Lo fue. Pero lo que vino después... bueno, en cierto modo, fue aún peor. El infierno. Un infierno privado —dijo Ernie en voz baja—. Justo antes de que me hospitalizaran, le dije a Krist que había asesinado a su madre tan ciertamente como si le hubiera clavado un cuchillo. —Los dedos de Ernie buscaron su alianza de boda, le dieron una vuelta—. Ese fue el momento, creo, en el que murió toda esperanza de que yo llegara a ser el padre que él necesitaba. Cualquier esperanza de salvación desapareció. Dios, Sue se habría revuelto en su tumba. Así que ya ven por qué busqué el trabajo de caridad. Expiación. Pero supongo que había otra razón. Quería entender.

Jesucristo, pensó Frank. El comportamiento calmado de antes le había engañado. Aquí había un alma torturada, si es que alguna vez hubo alguna.

—Cuando empecé a trabajar con esos chicos, realmente intenté entender lo que Sue había estado tratando de decirme. Esos chicos a los que ayudaba... se portaban mal porque no sabían ser de otra manera. Pero no podía ignorar la diferencia fundamental. —Levantó un dedo—. Muchos de esos niños sufren negligencia, abusos, traumas. Krist nunca tuvo nada de eso. ¿Un padre negligente? Supongo que se podría argumentar eso. ¿Quizá ese sentimiento de abandono fue suficiente? Pero nunca pude olvidar la mirada de sus ojos cuando tenía cinco años. Quizá Krist simplemente estaba mal de nacimiento, y yo nunca habría podido ayudarlo de todos modos.

Frank sabía que Gerry no estaría de acuerdo. Citaría estudios, porcentajes, ventanas de intervención. Sin embargo, Frank no pudo evitar identificarse con los sentimientos de Ernie. Algunas personas simplemente nacían rotas. No tenían arreglo. No había salvación para ellas. Había visto demasiadas para creer lo contrario.

Gerry preguntó: —¿Ha estado alguna vez en los túneles de Kettleness?

—Sue y yo solíamos ir de picnic cerca de allí; le encantaba. Las flores silvestres, las vistas. —Hizo una pausa—. Nunca entramos, claro. Estaba oscuro como boca de lobo ahí dentro.

—Usted le dijo a su hijo que no quería volver a verlo —dijo Frank —. Pero volvió a verlo, ¿verdad?

—Así fue. En agosto de 2003. El mes antes de que desapareciera.

—¿Por qué? —preguntó Gerry.

—¿No es obvio? Estaba desesperado. Necesitaba ayuda.

—¿Qué dijo? —preguntó Frank.

—Dijo que la policía le estaba investigando. Tenían trapos sucios importantes sobre él. Sus palabras. Quería dinero. Dijo que necesitaba desaparecer antes de que aparecieran testigos y lo detuvieran. Pero le dije que no. Nunca me dijo qué eran esos trapos sucios, ¡pero le conocía lo suficiente como para saber que probablemente fueran algo muy grave! En aquel momento, yo era un feligrés, ¿saben? Empezaba a sentirme curado. Mejor. Quería

ayudarle, pero no metiéndole más en el fango. Me gritó. Dijo que le había abandonado toda su vida. —La voz de Ernie se mantuvo firme —. ¿Quizás tenía razón? El caso es que sabía qué teclas tocar. Aun así le dije que no. Le dije que no le ayudaría a huir de la justicia. Atravesó la pared de la cocina de un puñetazo. Dijo que me arrepentiría. Que desearía haberle ayudado cuando ya no estuviera.

—¿Y esa fue la última vez que lo vio? —preguntó Frank.

Él asintió y bajó la vista durante un rato. —Llamó una vez después de eso, pero no respondí. Sus colegas comprobaron mis registros bancarios. No hubo grandes retiradas de dinero. No podría haberle dado dinero aunque hubiera querido. Y no quería.

La habitación se quedó en silencio.

—Su temperamento —dijo Gerry—. ¿Era violento con los demás?

—Había agujeros en cada pared de nuestra casa mientras crecía. Puertas arrancadas de las bisagras. Me pasaba la vida reparando cosas. Le rompió la nariz a un chico en el colegio. Tiró un ladrillo por la ventana de un vecino porque su perro ladraba demasiado. —Ernie se frotó la cara.

—¿Algún amigo cercano? —preguntó Frank.

—No tenía amigos, inspector jefe. Solo socios. Gente a la que utilizaba. Veía a todo el mundo de esa manera: como objetos a los que manipular, controlar, explotar. Incluso a su propia madre. Conocí a su socio una vez. Derek se llamaba. Otro espécimen asqueroso. Despectivo, arrogante, creyendo que el mundo era suyo. Y admiraba a Kristian como si fuera una especie de dios. —Sacudió la cabeza.

Gerry se inclinó hacia delante. —Derek Holmwood habló con la policía en 2003 cuando Kristian desapareció. ¿Se puso Derek en contacto con usted después de aquello?

Ernie negó con la cabeza.

Frank no vio la necesidad de preguntarle a Ernie dónde había estado cuando desapareció Kristian. Ya lo sabían. En Southampton. Supervisando a seis jóvenes que hacían limpieza de playas. Todo documentado.

Después de unas cuantas preguntas más, Frank decidió que ya tenían todo lo que necesitaban por ahora.

Ernie se levantó para acompañarlos a la salida. Su mirada se posó en la fotografía que Frank había tenido al lado.

—Ella se esforzó tanto. Hasta el final, creyó que él podía cambiar. Supongo que eso es lo que hacen las madres. Tener esperanza. —Se volvió hacia ellos—. Me alegro de que no esté aquí para enterarse de esto. De que terminara de la forma más predecible y horrible posible.

—Es posible que tengamos que hablar con usted de nuevo —dijo Frank.

—Aquí estaré. Siempre estoy aquí. —Ernie los acompañó a la puerta. Cuando Frank puso un pie en el umbral, el anciano volvió a hablar—. ¿Inspector Jefe?

Frank se dio la vuelta.

—¿Por qué cree que lo mataron?

—Realmente no lo sé —dijo Frank.

—Quiero decir, ¿podrían haber tenido una razón válida?

—Nunca puede haber una buena razón para un asesinato —dijo Frank, mientras en su interior, se le revolvía el estómago. Las cosas rara vez eran tan blancas o negras.

—Bueno, espero que la tuvieran. Espero que lo hicieran porque no querían que Kristian hiciera daño a más gente. Y espero, si ese es el caso, que no los pillen.

Frank se quedó bastante desconcertado. Miró a Gerry, quien también parecía estar esforzándose por procesar lo que acababa de oír.

No recordaba haber oído nunca semejantes palabras de boca del padre de una víctima.

¿Cómo de malo debía de ser para que desearas eso?, pensó Frank.

—¿Puede entenderlo? —insistió Ernie—. No querer que la propia sangre de uno sea responsable de más atrocidades, sea cual sea el precio. La persona que hizo esto ha evitado mucho dolor.

Frank suspiró. —Pero es un asesinato, Ernie. Se mire como se mire. Y nuestro mundo y nuestro sistema no funcionan así. No pueden.

—¿Ah, no?

Fuera, Frank se detuvo en la acera, respirando el aire de noviembre que olía a humo de chimenea y a lluvia inminente. El coche oficial esperaba junto al bordillo. A través de la ventana, pudo ver la sombra de Ernie moviéndose de vuelta hacia el cuarto de estar. De vuelta a las fotografías de Sue. De vuelta a todo lo que le quedaba.

18

Sentada en el borde de la cama, Maggie sujetaba la caja marrón con sus manos esqueléticas.

—*Qué aspecto tan insignificante tienes* —pensó—. *Y, sin embargo, qué maravillosa eres en realidad.*

Acarició la etiqueta.

Una declaración de aduanas: *Suplementos vitamínicos-dietéticos.*

Cuando fue a recogerla catorce días antes a un apartado de correos, no esperaba que estuviera allí.

Pero allí estaba.

Pesaba menos que un paquete de harina, pero estaba cargada de promesas y alivio.

Se había enterado de su existencia en un hilo titulado «La calidad de esos últimos días» en un foro de cáncer de páncreas.

A lo largo de todo el hilo, había referencias a «la solución dulce» y menciones a «un viaje medicinal».

Los mensajes cifrados significarían poco para alguien con buena salud, pero ¿para alguien en su estado? Eran como un rastro de migas de pan hacia un mensaje final. Una auténtica casita de chocolate.

—*Enviadme un privado*.

El pago con bitcoines había sido lo más difícil. Los tutoriales de YouTube la habían hecho sentir anciana y estúpida mientras navegaba por las plataformas de intercambio de criptomonedas.

Bobby se habría sentido igual. Nunca había tenido paciencia para los ordenadores; seguía rellenando cheques en el supermercado hasta el día en que murió.

El paquete había pasado por la aduana. Muchos lo hacían, le habían asegurado en el foro, aunque le habían advertido claramente de los riesgos. Incautación. Investigación. Posiblemente, procesamiento; aunque afirmaban que esto era poco probable para una mujer moribunda.

Aun así, tomó precauciones y alquiló el apartado de correos bajo el nombre de Hope Reed.

Hope, porque era el nombre de su primera y única hija.

Reed, por el actor favorito de Bobby. Oliver Reed, cuyas películas veían en borrosas cintas de VHS. Bobby haciendo imitaciones de la escena de la muerte de *Gladiator* que la hacían reír hasta llorar, a pesar de que se equivocaba con el guion todas y cada una de las veces.

Abrió la caja. Mirar en su interior la mantenía con los pies en la tierra y le recordaba su plan.

No antes que Carrie.

Pensó en la respiración de Carrie durante su visita del día anterior. Los intervalos entre inspiraciones se habían vuelto más largos. No faltaba mucho.

Pasó los dedos por un frasco de vidrio marrón. No era más grande que un champú de viaje. En la etiqueta se leía: *Pentobarbital sódico. Solo para uso veterinario.*

Al lado, los antieméticos. Metoclopramida, recetada legítimamente para sus náuseas de la quimio. Ella misma los había metido en la caja tras haberlos acumulado durante tres semanas, diciéndole al Dr Grimsby que no controlaban del todo sus síntomas. Él le había aumentado la dosis sin rechistar.

Las instrucciones eran claras. Tomar los antieméticos. Esperar cuarenta minutos. Luego el pentobarbital en zumo; algo ácido para enmascarar el sabor. Sueño en cinco minutos. Parada cardíaca antes de treinta.

Sin despertar.

Cerró la caja y la dejó en su mesita de noche, junto a la bomba de morfina.

Acto seguido, alargó la mano hacia la fotografía enmarcada que había junto al joyero.

Bobby y ella en Fylingdales Moor. Una escapada por su decimotercer aniversario de boda. Él llevaba la chaqueta encerada que ella le había comprado por su cuarenta cumpleaños; tenía la cara encendida por el esfuerzo, el frío y la satisfacción. Ella estaba en avanzado estado de gestación, de siete meses. Pero se la veía rebosante de salud, y Hope, en su interior, había estado rebosante de salud según las ecografías. Moviéndose. Dando patadas. Creciendo fuerte.

Maggie dejó la fotografía con cuidado. Volvió a acariciar la caja.

—Ya voy, Bobby.

—Ya voy, Hope.

—No queda mucho.

19

El motor del Audi ronroneaba bajo sus pies. Era un contraste absoluto con los jadeos de Bertha.

—Ernie Kellerman parecía bastante resignado a todo —dijo Frank —. ¿Crees que deberíamos leer entre líneas o que ha sido sincero?

—Me ha llamado la atención su falta de dolor —dijo Gerry—. Incluso cuando has confirmado que Kristian estaba muerto, le he observado los ojos. Sin dilatación de pupilas. Sin microexpresiones asociadas a la pérdida. No mentía cuando ha dicho que esto no le sorprendía, que lo esperaba y que ya lo había asimilado.

—Aun así, estaba lejos de sentirse satisfecho. Su compostura ha empezado a resquebrajarse hacia el final.

Gerry asintió. —Se ha tocado la alianza tres veces mientras explicaba por qué no le daba dinero a Kristian. Creo que siente una culpa intensa.

Mientras conducía, Frank echó un vistazo a su dedo anular izquierdo, ahora vacío. Su propia alianza estaba guardada en un cajón en casa porque sentía un peso demasiado extraño cuando salía con Evelyn.

—He contado cuarenta y siete fotografías en su casa; ninguna de Kristian, de ninguna edad —continuó Gerry—. Sue aparecía en todas.

—Como si hubieran purgado la casa de su presencia.

—Sí. No puede vivir con la culpa por el camino que tomó su hijo. Sus afirmaciones sobre la maldad en los ojos de su hijo, la idea de que Kristian nació «estropeado»... suenan como excusas en las que necesita creer desesperadamente. Dice ser estoico y estar tranquilo, pero creo que la culpa y la ira lo están destrozando. A eso hay que añadir la pérdida de su mujer. La adoración absoluta. ¿Has visto esa fotografía grande de Sue a solas, con flores frescas al lado?

Frank asintió. —Sí.

—Son fresias. Las ha cambiado hace poco; los pétalos no están marchitos. Sospecho que mantiene ese ritual.

Frank sintió una punzada de culpa al pensar en las flores que solía llevar con regularidad a la tumba de Mary.

¿Cuánto tiempo hacía de su última visita? ¿Semanas? ¿Un mes?

El hecho de no poder recordarlo hacía que se sintiera aún peor.

Mientras tanto, el padre del «Villano del Año» mantenía fielmente su ritual, mientras que el bueno de Frank lo había descuidado.

Frank suspiró. Puso el intermitente y giró hacia la A64, dejando atrás Scarborough. Unas nubes grises se cernían a baja altura sobre los páramos.

La carretera se extendía ante ellos. La mente de Frank barajaba posibilidades: los hermanos McGinn, el socio de Kristian, Derek, las víctimas anónimas.

Su teléfono sonó a través del manos libres del coche.

Pulsó el botón del volante.

—¿Qué pasa, Sean? Estás en manos libres; Gerry está conmigo.

—Jefe —la voz de Sean chirrió por el altavoz—. Tengo algo. He estado revisando con lupa las transcripciones de los testigos de la investigación de 2003. Estaba mirando a Derek Holmwood. Ya sabes, ¿el socio?

—Sí —dijo Frank—. He sido yo quien te ha dicho en la reunión que él denunció la desaparición de su socio. —Miró a Gerry y puso los ojos en blanco—. En fin, sigue.

—Derek dijo, y cito textualmente: «Krist estaba preocupado por esa mujer. Decía que ella planeaba arruinarlo y que iba a ir a visitarla a Whitby para arreglar las cosas».

—¿Cuándo le dijo Kristian eso a Derek?

—Derek dijo que fue el día diecinueve, dos días antes de registrarse en el Royal Hotel, salir y no volver jamás.

Frank apretó las manos al volante. Whitby. No Leeds. No Scarborough. Su ciudad.

¿Arreglar las cosas? —repitió Frank—. ¿Le pidió el interrogador que diera más detalles?

—Lo intentaron, pero él se mantuvo firme en que no sabía nada sobre quién era esa mujer.

—Ya, claro —dijo Frank—. Señaló para entrar en una rotonda—. Así que va a Whitby para amenazar a esa mujer y que se mantenga callada.

—¿O para matarla? —dijo Gerry.

Frank chasqueó la lengua. Era una posibilidad muy real.

—A lo mejor esa mujer se defendió... —dijo Frank, y su mente regresó de inmediato a lo que había dicho Ernie:

Bueno, espero que lo hicieran. Espero que lo hicieran porque no querían que Kristian hiciera daño a más gente. Y espero, si ese es el caso, que no los atrapen.

—Bueno, sabemos que antes de que desapareciera, algunos inspectores estaban intentando preparar un caso contra él —dijo Frank—. ¿Podría esta mujer ser parte de la investigación? Clara tendrá acceso a ese caso reservado más tarde... Buen trabajo, Sean.

—¿Jefe?

—¿Dime?

—Tengo malas noticias. Sharon se ha ido a casa.

—¿Por qué?

—Ha empezado a vomitar.

Frank apretó la mandíbula al recordar a Sharon tomándose aquel mejunje de «No solo un viejo».

—El dichoso batido de proteínas.

—Sí.

—Reggie... viejo estúpido... ¡ya estamos bajo mínimos en esta investigación! Voy a hacerle un ahogamiento simulado con esa mierda blanca y espesa cuando le eche la mano a...

Se detuvo al ver los ojos como platos de Gerry.

Eso le obligó a respirar hondo. ¿Ahogamiento simulado? Quizá se había pasado un poco...

—Asegúrate de que toda esa porquería de polvos para tapar grietas vaya a la basura, Sean.

—Sí, jefe.

La comunicación se cortó. Frank exhaló.

Gerry dijo: —La combinación de polioles —concretamente sorbitol y maltitol— puede causar un trastorno gastrointestinal grave en personas con malabsorción de fructosa. Es probable que Sharon tenga un diagnóstico de...

—Gerry... si bebes mierda, te sientes como una mierda. La culpa es de Reggie.

Ella volvió a su tableta. Fuera, los páramos pasaban en tonos marrones y grises. Las ovejas salpicaban las laderas como trozos de algodón desechados.

Whitby. Septiembre de 2003.

¿A quién perseguías, Kristian?

¿Y mordiste más de lo que podías tragar?

Frank pensó en la casa de Ernie, purgada de la existencia de su hijo. En la fotografía de Sue rodeada de flores frescas. En todas las formas en que el mundo de alguien podía venirse abajo hasta quedar en nada.

Las nubes se abrieron al llegar a la A171 y la lluvia empezó a caer con fuerza.

20

Cuando Blessing entró en casa de Jamie para su visita de control de la tarde, oyó sollozos que venían del dormitorio. Lo encontró sentado en el borde de la cama, balanceándose, con el teléfono móvil apretado contra la oreja con tanta fuerza que el cartílago se le había quedado blanco.

Entre sollozos, murmuraba con voz tensa y mecánica: —Sé que no es domingo… sé que no es domingo…

Blessing se sentó a su lado. Él no pareció darse cuenta.

—Sé que no es domingo…

Blessing empezó a tararear «Strawberry Fields Forever».

—Sé que no es domingo…—.

Le pasó un brazo por encima del hombro, sin dejar de tararear la canción de los Beatles.

—Sé que no es domingo…—.

Ahora sonaba como una grabación reproducida a la velocidad equivocada.

Y aquel dolor abrió algo en el pecho de Blessing, y se vio de pronto recordando aquel día.

El día en que sacó a Chidi de una habitación en llamas. Con los pulmones llenos de humo y las yemas de los dedos llenas de ampollas. Después, su huida. El complejo ardiendo a sus espaldas: su hogar, sus vecinos, todo lo que habían conocido consumido por las llamas y el odio.

Mientras tanto, su hijo de siete años preguntaba, de la misma forma tensa y repetitiva que Jamie: —¿Dónde está Papá? ¿Dónde está Emeka?

Palabras dolorosas de oír de boca de un niño que acababa de ver cómo se quemaba la mayor parte de su mundo.

Aquí, en el presente, ella siguió tarareando. Sabía cómo traer a Jamie de vuelta.

Y al final lo consiguió, y Jamie acabó tarareando con ella.

Él se apartó el teléfono de la oreja.

—Quería contarle a Aurora lo de mi sándwich. Perfectio… perfectio… —su voz volvió a subir de tono, rozando el pánico—. Perfectio… perfectio…

—Perfectiosupendo —añadió Blessing con suavidad, rompiendo el bucle—.

—¡Perfectiosupendo! —los hombros de Jamie cayeron ligeramente, aliviados—.

—¿Y Aurora no te lo ha cogido?

Aurora era su hermana. Blessing nunca la había conocido en persona. No había surgido la oportunidad.

—No…

—¿Cuántos mensajes le has dejado?—.

—No estoy seguro.

Ella suspiró para sus adentros. El pobre hombre se había metido en un bucle de pánico. Habría marcado incontables veces, cada vez más angustiado por el hecho de que Aurora no respondiera. Ya lo había hecho antes.

¿Sabes que es mejor hacer estas llamadas cuando yo estoy aquí? —dijo Blessing.

Habían hablado de esto en muchas ocasiones, por supuesto.

—Lo siento, Blessing-de-Lagos, me he olvidado.

Blessing miró el mapa de la zona colgado en la pared. Estaba marcado con todas las rutas de colores por las que él había paseado. A ella también le encantaba pasear por su barrio allá en su tierra, hace mucho tiempo, pero ahora, cuando echaba la vista atrás, solo recordaba el correr.

La huida desesperada de Chidi y ella. Un pie delante del otro. Llegar a un lugar seguro. No mirar atrás. Intentar no pensar en los gritos que habían cesado demasiado pronto. Intentar no imaginar lo que había ocurrido en aquella habitación del fondo donde dormían Olufemi y Emeka.

—A lo mejor Aurora ya no quiere hablar conmigo. —Su voz estaba cargada de derrota—. ¿He hecho algo malo? He contado diez tonos cada vez antes de volver a intentarlo. He contado bien.

No servía de nada decirle que contar el número de tonos no garantizaba el éxito, pero sí servía de algo decirle: —Aurora te quiere mucho.

—¿A lo mejor está demasiado ocupada?

—No está demasiado ocupada para ti. A veces la vida es complicada, ¿sabes? A veces la gente tiene reuniones, o emergencias, o el teléfono cargando en otra habitación. Eso no significa que no te quieran.

—¿A lo mejor es que no soy importante?

—No, Jamie. Ninguna de esas obligaciones cambia lo que siente por ti. El amor no se detiene porque ella esté liada—.

Ya sé que a veces sí que pasa, pensó ella. *Cómo a veces el silencio parece un abandono, aunque no lo sea.* —¿Sabes lo que creo? Creo que te devolverá la llamada. Y cuando lo haga, podrás contarle todo sobre tu sándwich perfectiosupendo, ¿vale?—.

Él reflexionó sobre lo que ella había dicho; su rostro pasó por su rutina de procesamiento: las cejas se juntaron, los labios se movieron ligeramente mientras asimilaba la lógica. Entonces asintió. —¿Puedo tener un abrazo?—.

Extendió los brazos de esa forma rígida y torpe tan suya, como un niño al que le han enseñado la mecánica del afecto pero que no ha terminado de interiorizar la emoción que hay detrás.

Jamie se inclinó y rodeó con sus largos brazos la considerable cintura de ella. Apretó. Demasiado fuerte, como siempre. Como si intentara comprimirla para que tuviera una forma más manejable. Contó en voz alta: —Una estrella brillante, dos estrellas brillantes, tres estrellas brillantes, cuatro estrellas brillantes, cinco estrellas brillantes—.

Cinco segundos exactos. Ella lo había ayudado a idear aquello años atrás, cuando descubrió lo mucho que le gustaban las estrellas.

Cinco segundos era también una duración cómoda. Si pasaba más tiempo, podía sentirse inquieto. Si era menos, no contaba como un abrazo de verdad según la tabla de habilidades sociales que ella le había plastificado y colgado en la pared del dormitorio.

La soltó y dio un salto. Empezó a botar sobre las puntas de los pies. Era la forma que tenía su cuerpo de autorregularse, de encontrar el equilibrio tras la intensidad del contacto físico. —¡Abrazo perfectiosupendo! —dijo.

Ella soltó una carcajada.

Él parecía muy orgulloso de haberla hecho reír. —¿Adivinas qué he hecho antes?

—¿Dime?

—Me he vuelto a peinar. Yo solo. Trece veces.

Impresionante. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Pero de vez en cuando lo hacía para demostrar su independencia, igual que había hecho preparando el sándwich antes.

—Me he fijado —mintió ella.

—¿Qué tal está? —preguntó él—.

—¡Pareces un galán de cine!

—Galán… ¿eso no es malo? —su rostro se ensombreció de preocupación—.

Vaya. —Tú no, Jamie. Tú nunca podrías ser malo.

Nunca se han dicho palabras más ciertas, pensó ella. Cualquiera que fuera la capacidad de malicia o crueldad que existe en los seres humanos, Jamie parecía haber nacido sin ella. Podía sentirse frustrado, confundido, abrumado, pero nunca cruel.

—Eres un alma de Dios.

Antes también solía llamar a Chidi y a Emeka sus almas puras.

—Entonces, ahora que me he peinado, ¿puedo conducir tu coche?

¡Eso era un salto enorme! —¿Otra vez con lo mismo?

Él asintió, sonriendo de oreja a oreja.

Ella se preguntó si de verdad creía que acabaría cediendo. Quizá debería tomárselo más en serio, pero en lugar de eso optó por el

humor.

—¡Igual me llevas directa al lago que hay aquí cerca!

Él se rio, y el sonido subió de volumen como de costumbre. —¡Soy un buen conductor, Blessing-de-Lagos!

—¿Te enseñó tu padre?—.

—No. Mi padre murió cuando yo era pequeño. Mi madre me enseñó antes de ponerse muy enferma. Luego, cuando se puso realmente mal, yo podía llevarla en coche—.

—¿Por qué no te sacaste el carné entonces?

—¡Porque era demasiado joven, tontita! —sacudió la cabeza como si Blessing fuera la que decía locuras y él no hubiera dicho nada más racional en su vida—. Pero se me daba muy bien cambiar de marcha. —Hizo el gesto de cambiar de marcha.

—Bueno, mi coche es automático.

—Pues entonces es más fácil—.

Tenía razón, por supuesto, pero ella negó con la cabeza. —Pero requeriría cierta adaptación… —le guiñó un ojo—. Y un carné. En fin, ¿has ido a pasear hoy? —preguntó, ansiosa por cambiar de tema—.

Él asintió con entusiasmo. —Sí. Al lago. Se veía muy distinto a como se veía en octubre porque se han caído las hojas y las sombras son diferentes. He hecho un mapa—.

Por centésima vez, pensó Blessing. *Ha cartografiado ese lago en todas las estaciones, con todos los climas y a todas las horas del día.*

Aun así, para él cada mapa era distinto. Cada uno era necesario. Y servía para que saliera de casa y le diera el aire fresco.

—Los patrones de los gansos también han cambiado—.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, mirando el reloj. Tenía que hacer un par de comprobaciones en el bungaló. Que hubiera puesto la lavadora y que supiera qué iba a cenar—.

—Sí. Las bandadas son mucho más grandes ahora; han llegado más pájaros desde octubre. Y por la noche duermen en el agua en vez de estar solo de paso. Sus graznidos también suenan distinto en el aire frío de noviembre. Más fuerte, más urgente—.

Cuando ella salía de la habitación, él la llamó: —Gracias por comerte mi sándwich antes, Blessing-de-Lagos—.

—Gracias por hacérmelo, mi Jamie—.

Entró en la cocina. Vio que no había puesto la lavadora, así que la preparó, esperó a que empezara a girar y sintió un repentino arranque de satisfacción.

La pena era intensa. El peso de querer a personas que ya no estaban era casi insoportable.

Pero aún tenía su vida.

Con Jamie y otras almas puras como él.

No era la vida que había imaginado cuando era joven. No era la vida con la que su madre la había bendecido antes de tener que huir.

Pero era una vida que atesorar, a pesar de todo.

Escuchó a Jamie cantando en la otra habitación.

Uno de los especiales, habría dicho su madre.

Sí, madre. Sí, lo es.

21

Un hocico húmedo empujó la mano de Frank. Miró a Rylan. — ¿Qué pasa, chaval?

Era la primera vez que Frank miraba de verdad a los profundos ojos marrones de aquel labrador, y parecían rebosantes de sabiduría.

Le rascó detrás de las orejas y parte de la tensión de sus hombros se disipó.

Después, faltando cinco minutos para la reunión informativa, volvió a centrar su atención en la pizarra blanca que presidía la Sala de Incidentes.

En el centro estaba la foto de Kristian Kellerman.

A su alrededor: declaraciones de testigos solapadas con registros financieros; flechas que apuntaban en direcciones contradictorias; signos de interrogación garabateados junto a nombres que no habían sido investigados; notas adhesivas con abreviaturas que nadie más entendería; el nombre de Derek Holmwood rodeado tres veces en rojo; y una línea de tiempo que zigzagueaba por la pizarra como una telaraña tejida por una araña borracha.

Era un auténtico desastre, por no decir algo peor.

Se preguntó brevemente qué aspecto tendría la pizarra durante la investigación de personas desaparecidas de 2003.

¿Igual de vergonzoso?

La Sala de Incidentes tenía dos pantallas grandes montadas en la pared: una para videollamadas y otra para mostrar pruebas y

fotografías.

Abrió la imagen de Clara en la pantalla de su portátil, le hizo un gesto de aprobación con el pulgar a través de la webcam y luego encendió la primera pantalla para proyectar su rostro en la sala.

Acto seguido se dirigió a su equipo —o más bien, a lo que quedaba de él tras la metedura de pata de Reggie— y señaló la pizarra con el pulgar. —Sé que no llevamos ni un día, pero eso es una puta chapuza.

Notó que Reggie evitaba deliberadamente el contacto visual.

—Haber perdido a Sharon tampoco va a ayudar a poner orden —gruñó Frank.

Reggie levantó las manos. —Lo siento de nuevo. He hablado con BulkBlast. Se ve que lo de «No solo para viejos» no le sienta bien a todo el mundo...

—¿A lo mejor solo le sienta bien a los viejos estúpidos que lo beben? —gruñó Frank—. Y no ha sido solo un desacuerdo con Sharon. Parece una pelea en toda regla. Lleva vomitando casi tres horas.

—Lo siento... otra vez...

—No más disculpas. Pero no vuelvas a usar a nadie de mi mermado equipo de homicidios como cobaya humana, ¿entendido?

—Entendido, jefe.

—Bien. Lo primero, Ernie Kellerman. Gerry y yo lo hemos visitado esta tarde. Es bastante agradable. Llegamos a la conclusión de que, en este caso, la manzana *sí* cayó lejos del árbol. Resultó ser principalmente una visita de confirmación; no hemos aprendido nada nuevo, la verdad. Un padre distanciado. Supo de su hijo un mes antes de su desaparición por el asunto de esa investigación «reservada» que se estaba montando. Pero no ayudó. No hemos visto nada que sugiera que debamos comprobar dos veces su coartada, que de todos modos era con la iglesia.

Frank les dio más información sobre su reacción estoica, sus menciones a socios como los hermanos McGinn, el temperamento violento de su hijo y, finalmente, su propio y abrumador sentimiento de culpa. Culpaba a su hijo de la muerte de su mujer, pero también

se culpaba a sí mismo por haberle fallado a Kristian, por no haber estado allí.

Frank omitió el comentario final de Ernie sobre que el asesino podría haberle hecho un favor al mundo y que merecía quedar libre. No lo dejaba en muy buen lugar, pero Frank estaba seguro de que aquello no lo implicaba. Lo que le preocupaba era que Reggie, y posiblemente Sean, empezaran a jalear el sentido común de una declaración así, lo que socavaría totalmente las obligaciones de la unidad y lo que estaban haciendo allí.

—No ha sido el viaje más informativo del mundo, a decir verdad —dijo Frank—. Pero Sean nos animó el camino de vuelta.

Sean se enderezó tanto que Frank juraría haber oído crujir su espalda.

Sean explicó lo que había deducido de la declaración de Derek Holmwood: que Kristian había estado en Whitby para arreglar algo relacionado con una mujer.

—Bien, Gerry, ¿podemos tener más detalles sobre cuándo fue visto por última vez?

—El 21 de septiembre de 2003 —dijo Gerry—. En el Royal Hotel de Whitby. Se registró esa tarde; el libro de registro indica las 14:47. Nunca abandonó el hotel oficialmente. El personal de recepción lo vio salir con su mochila alrededor de las 16:00. Nunca regresó. No dejó nada, así que no sabemos si tenía intención de volver.

—¿Por qué otra razón iba a reservar la habitación? —preguntó Reggie.

Frank asintió. —Es un buen punto. El caso de desaparición no comenzó hasta tres días después, cuando Derek contactó con la policía para decir que no sabía nada de él y que no había vuelto a casa.

—Sean, ¿quieres hablarnos de tu inmersión en los datos financieros?

Sean sacó una carpeta, más animado de lo que Frank lo había visto nunca. —No ignoraron el rastro del dinero en la investigación de 2003, jefe, pero no llegaron lo suficientemente lejos. En su defensa, los sistemas modernos han mejorado mucho. He encontrado algo interesante. He investigado a su familia extensa. Lo

más interesante que hallé fue un guardamuebles en Scarborough. Seis unidades. Dos de las cuales estuvieron alquiladas a un tal Harold Louis Spencer entre 1994 y 1996. Justo cuando Aphrodite Productions hacía sus películas.

—¿Quién es Harold Louis Spencer? —preguntó Reggie.

—El tío de Kristian. Hermano mayor de su madre, Susan Kellerman, de soltera Susan Spencer. Harold murió en 1994.

—¿O sea que Harold trabajaba con su sobrino?

Sean negó con la cabeza. —No. Harold estaba enfermo. Muy grave. Estaba bajo cuidados, y tanto Sue como Ernie ayudaban. Supongo que Kristian vio la oportunidad de usar su identidad; tenía acceso fácil a los documentos.

—¿Creemos que podría ser donde se hacían las películas, en ese guardamuebles? —preguntó Reggie.

—Parece una apuesta segura —dijo Frank.

—Pero a ver —dijo Reggie—, ¿aunque no localizaran el guardamuebles en la investigación de desaparición de 2003, no lo habría detectado quienquiera que estuviera al mando de la investigación reservada?

—No lo detectaron —dijo Clara—. Como ha dicho Sean, los sistemas eran limitados por entonces. Los sistemas actuales pueden rastrear lo que hicieron sus antepasados varios siglos atrás un viernes lluvioso por la tarde.

—¿En serio? —preguntó Reggie.

—Está exagerando, Reggie —dijo Frank. Miró a Clara, que parecía sumamente seria—. ¿Verdad?

—De todos modos, eso no viene al caso —dijo Reggie antes de que Clara pudiera confirmar o desmentir—. Clara, ¿tienes acceso a los archivos clasificados de la investigación?

—Sí —respondió Frank por ella—. Y ya os dije que llegaríamos a eso… Sean, ¿qué tienes sobre esos trasteros?

Sean consultó su carpeta. —Las unidades tienen control de temperatura e insonorización. El recinto cerró en 2008. Ha estado vacío desde entonces. El edificio está a la venta desde 2010. Sigue sin venderse.

—¿Cuándo dejó de alquilar Harold, o mejor dicho, Kristian? —preguntó Reggie.

—1996.

Frank suspiró. —Vaya, así que siguió en uso doce años más. Es poco probable que ofrezca algo de los tiempos de cineasta de ese cabrón, pero es un gran trabajo, Sean, y le echaremos un vistazo.

Sean asintió. —Y el hombre que posee la propiedad sigue vivito y coleando. Alfie Combes.

—Fantástico —dijo Frank—. Vamos a comerle la oreja, a ver qué recuerda. —Miró sus notas—. ¿Reggie?

Reggie sonrió. —Me temo que lo mío no es tan glamuroso.

—Todo depende de cómo se cuente —dijo Frank con una sonrisa.

Reggie no pareció muy divertido. —La Sociedad Histórica del Ferrocarril… —Sacó su libreta con un floreo innecesario—. He hablado con la secretaria de la sociedad, Jen Arnold. Los túneles de Kettleness eran populares entre los «arqueólogos industriales» en los 80, 90 e incluso a principios de los 2000. Pero al parecer la cosa ha muerto en estas últimas décadas.

—¿Arqueólogos industriales? —dijo Frank, arqueando una ceja.

—Un término pedante para los exploradores urbanos que se las dan de historiadores —dijo Reggie—. Pues bien, guardan registros de los miembros interesados en los túneles. Era una lista razonablemente larga. Tenemos los nombres registrados por si alguno de ellos aparece en la investigación, pero encontrar un sospechoso ahí es buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, me llamó la atención un tal Phil O'Hara, de setenta años. Un historiador ferroviario. Simplemente porque es el que más tiempo ha pasado en los túneles. Por ahora no hay conexión con Kristian, al menos que yo sepa, pero he pensado que sería prudente concertar una cita con él. Analizar el caso. ¿Quién sabe? A lo mejor sabía de otras personas que andaban curioseando por el túnel y que resultaban sospechosas. O puede que alguien se le acercara pidiendo información. Sé que es poco probable, pero…

—No, está bien, Reggie —dijo Frank—. Es un comienzo. Se han resuelto casos partiendo de puntos mucho más pequeños. Buen trabajo.

Reggie asintió y Frank rodeó su escritorio para mirar directamente a su portátil para dirigirse a Clara. —Y ahora, el momento que todos esperábamos. ¿Clara?

—Ja. Preparaos para la decepción —dijo Clara—.

Frank, que ya sabía lo que venía, negó con la cabeza. —No es decepcionante. Solo su descubrimiento ya impulsa el caso más allá de la investigación de 2003.

Clara sonrió desde la pantalla grande.

—Ya tengo acceso a los casos —dijo Clara—, pero por desgracia falta información clave. Creo que se debe a que se manejaba de forma estrictamente confidencial.

Frank notó que Reggie y Sean intercambiaban miradas y asentían con complicidad. Sus caras de suficiencia gritaban: «Le dijimos que era el crimen organizado».

—Se estaba montando una investigación basada en dos testigos clave —dijo—. Resulta que dos chicas menores de edad sufrieron abusos por parte de Aphrodite Productions. —Hizo una pausa y Frank vio que se le tensaba la mandíbula mientras bajaba la mirada. Pasar el día investigando aquello seguramente le habría pasado factura.

—Empecemos por la parte frustrante —dijo, volviendo a mirar a cámara—. No tenemos los nombres de los testigos clave. Se los conoce simplemente como Testigo A y Testigo B. Un par de veces escribieron un nombre por error, pero fue tachado. En el archivo dejan claro por qué se hace así. Kellerman tenía contactos con el crimen organizado, así que no querían arriesgarse a que se filtrara demasiada información.

Frank puso los ojos en blanco al ver a Reggie y Sean asintiendo como esos perritos que se ponen en el salpicadero de los coches. Solo les faltaba chocar esos cinco sobre la mesa.

—Vale… —dijo Reggie—. ¿Entonces quienquiera que investigara sabrá sus nombres?

—Llegaremos a eso… —dijo Frank.

—En el momento de su desaparición, solo el Testigo A había aceptado testificar —continuó Clara—. Así que el caso estaba estancado por dos motivos. Primero, querían a ambos testigos. Y el

Testigo B no terminaba de decidirse. Segundo, seguían sin saber el lugar donde se grababan las películas de explotación.

—¿Pero no lo habrían sabido los testigos? —preguntó Sean.

Clara negó con la cabeza. —A las chicas siempre las llevaban al lugar con los ojos vendados. Era parte de los términos de Kellerman; una condición que imponía a rajatabla.

Sean sacudió la cabeza. — ¿Cómo pudieron aceptar algo así esas chicas?

Frank se inclinó sobre el escritorio. —Vamos a aclarar esto, Sean. Esas chicas no aceptaron nada. No de verdad. Tenían catorce años y eran demasiado jóvenes para consentir tales cosas.

Sean asintió.

Clara suspiró y todos miraron a la pantalla. —Sin embargo, la razón por la que nunca se resistieron fue la de siempre. El dinero. Esas chicas venían de familias con muchas necesidades.

—Los nombres de esos testigos lo van a ser todo —dijo Frank.

Clara asintió. —Ya tengo el nombre de los investigadores. Por desgracia, uno ha fallecido, pero la otra, Theresa Perdy, sigue viva. Ahora vive en Australia, tras jubilarse, así que estoy esperando a tener sus datos de contacto.

Frank asintió. —Así que, según Ernie, Kristian se enteró del caso que estaban montando contra él. Entonces, sin el apoyo de su padre y con la policía acechando, parece probable que decidiera tomar cartas en el asunto. Le dijo a Derek dos días antes, el 19 de septiembre, que alguien planeaba arruinarlo y que iba a visitar a esa mujer a Whitby para solucionarlo. ¿Quizá el Testigo A, ya que ella había aceptado testificar? Pero ¿cómo supo todo eso? ¿Quién le filtraba información? Al fin y al cabo, solo había dos investigadores y se estaban esforzando mucho por mantenerlo en secreto. ¿O no? ¿Acaso uno de los investigadores fingía que todo era «reservado» mientras filtraba información por otro lado?

—No sería la primera vez —dijo Reggie.

—No, no lo sería —dijo Frank, asintiendo.

—Hay otra opción —dijo Gerry—. ¿Y si el Testigo B contactó con él para chantajearlo?

Frank asintió. —Eso podría tener sentido. El Testigo B estaba indeciso mientras esperaba a que Kristian decidiera si iba a soltar la pasta.

—Un juego arriesgado —dijo Reggie—. Sabiendo lo peligroso que era ese hombre.

—Señor —dijo Gerry—. Sharon acaba de enviarme una información por correo electrónico.

—Madre mía —dijo Frank, sacudiendo la cabeza—. Esa chica no debería estar trabajando. —*Aunque ahora es difícil no tener curiosidad*—. ¿Qué ha dicho?

—Crimen organizado.

Sean y Reggie se giraron por completo para mirar a Gerry.

Frank volvió a poner los ojos en blanco, lamentando haber preguntado.

—Derek Holmwood y Kristian Kellerman tenían vínculos con la banda de los Dawson en Leeds. Usura, blanqueo de dinero. Proporcionaban seguridad para las operaciones de Kellerman, en general. Un momento… —Estaba pasando imágenes a la otra pantalla grande. Aparecieron fotos. Rostros duros, ojos muertos.

—Bryan Hall —dijo Gerry—. El líder. Fallecido en 2008, asesinado en una disputa de bandas. Vincent Dawson, el matón. Murió de un ataque al corazón. Y Iain Sterling, de sesenta y dos años. Dejó esa vida y ahora regenta un bar en Málaga.

—Vaya pintas tienen… —Frank se frotó la frente—. Se entiende por qué Theresa Perdy y el otro querían mantener su caso tan reservado y discreto como fuera posible.

—Bryan y Vincent nunca cumplieron condena a pesar de ser sospechosos de varios asesinatos —continuó Gerry.

—¿Sabemos con seguridad si estaban relacionados con «Aphrodite-lo-que-sea» cuando estaba operativa? —preguntó Frank.

—No ha llegado tan lejos todavía; le responderé al correo.

—¿En serio? ¿Se siente con ánimos?

—Eso dice en su correo —dijo Gerry—. Que ya se encuentra mejor.

—Vale, dile que investigue también la pornografía…

—No es lo mejor para ponerle a hacer estando enferma —interrumpió Clara—. Yo me encargo.

—Gracias, Clara. Aunque la prioridad es hablar con Theresa Perdy.

Clara asintió.

—Yo hablaré con Iain Sterling en Málaga —dijo Reggie—. Es poco probable, pero tal vez suelte algo. Algunos de estos viejos gánsteres desarrollan conciencia con el tiempo…

—Una vez más, Reggie, esto no es la edad de oro del cine.

Frank dio un paso atrás, examinando la pizarra. Múltiples vías ramificándose como venas desde una herida central.

—Bien. Analicemos dónde estamos. Tenemos:

—Uno: un guardamuebles en Scarborough que podría ser donde Kellerman grababa sus vídeos.

—Dos: unos misteriosos Testigos A y B cuyas identidades nunca fueron registradas. Una de ellas podría haber sido la mujer que intentaba «arruinar» a Kristian.

—Tres: conexiones con el crimen organizado a través de la banda de los Dawson. ¿Silenciaron ellos a Kristian? ¿Se filtró información al crimen organizado?

—Cuatro: un historiador ferroviario que conocía los túneles y que espero que nos ayude a no andar más perdidos que el barco del arroz.

—Cinco: Clara va a echar un buen vistazo al… material incriminatorio…

No parecía menos abarrotado y seguía pareciendo más un garabato que una imagen real tomando forma, pero cualquiera de esos puntos podría desenredar todo el asunto, y eso le daba cierto optimismo.

—Nos volveremos a reunir por la mañana.

—Adiós, Clara. —Apagó la pantalla uno con el mando a distancia.

Después de que todos se hubieran marchado, llamó a Gerry a un lado. — ¿Estás bien?

Ella levantó la vista brevemente para cruzar su mirada con la de él y luego volvió a bajarla. —No estoy mal.

¿Desde cuándo decía «no estoy mal»? Eso era algo que diría él. Con Gerry, debería ser un sí o un no rotundo.

Notó que le temblaban ligeramente las manos. Rylan se apretó contra su pierna, de la forma en que lo hacía cuando ella estaba angustiada.

—Sé que dijiste que no querías hablar… pero podemos hacerlo, ya sabes, si quieres. Las bodas pueden ser estresantes. Solo era para que lo sepas.

Ella consiguió establecer contacto visual de nuevo, brevemente. —Lo sé, pero estaré bien.

Le costaba recordar la última vez que Gerry le había mentido.

De todos modos, rara vez le mantenía la mirada, pero hoy era incluso menos de lo habitual. También vio la tensión en sus hombros y la forma en que Rylan se aferraba a ella más de la cuenta.

Sin embargo, también sabía que presionar a Gerry era una receta infalible para el desastre.

Había aprendido esa lección con Maddie, ¿no?

Había presionado demasiado y ella había vuelto a desaparecer.

A veces, lo mejor que podías hacer por las personas a las que querías era darles espacio, incluso cuando todos tus instintos gritaban que lo arreglaras.

En cuanto ella se fue, él volvió al escritorio.

—No está bien —dijo Clara.

Frank dio un respingo del susto y se llevó la mano al pecho. —¡Virgen santa!...

—No... solo soy yo, Clara.

Miró la pantalla de su portátil, dándose cuenta de que apagar la pantalla uno no la había desconectado a ella. —¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—No me he ido. Estaba escuchándole.

—Pues no debería haberlo hecho... —Se frotó el pecho—. Maldita sea... va a ser el último clavo de mi ataúd. Ya puede desconectarse.

—Aunque no está bien —dijo Clara—. Se le notaba en la voz.

No me digas. —Ya. Bueno…

—Llámalo intuición femenina.

Se puso furioso. — ¡Ya sé de sobra que no está bien, Clara, no necesito que me vengas con tus polvos mágicos de intuición femenina!

Después se sentó y le escribió un SMS a Evelyn.

Hoy he conocido a un padre que ha pasado veinte años ahogado en la culpa por su hijo; por haberle fallado, por lo que ese fallo le costó a su mujer. Me ha hecho pensar en el cementerio, en lo que cargamos a cuestas. Te echo de menos más de lo habitual. F x

Ella respondió:

Cargamos con lo que debemos, pero ya no tenemos que cargarlo solos. Descansa ahora, amor mío. E x

Frank se quedó mirando ese «amor mío» durante un largo rato. Ella nunca lo había usado antes. Se le encogió el pecho, pero no de forma desagradable.

Observó la foto de Kristian Kellerman, pero no sintió nada.

Escribió «Testigo A» y «Testigo B» en la pizarra. Dos chicas; mujeres ahora, si es que habían sobrevivido tanto tiempo.

El Testigo A había estado dispuesto a testificar a pesar del miedo, a pesar de las conexiones con el crimen organizado, a pesar de todo.

Pero ¿a quién había venido a ver Kristian a Whitby el 21 de septiembre de 2003?

¿Había sido a uno de esos testigos?

¿Y esa mujer —quienquiera que fuese— acabó con Kristian Kellerman de una vez por todas?

—Bueno, espero que lo hicieran —dijo Ernie—. Espero que lo hicieran porque no querían que Kristian hiciera daño a más gente. Y espero, si ese es el caso, que no los atrapéis.

Más tarde, Reggie llamó al marco de la puerta. —Lo siento, jefe. Olvidé mi bolsa.

Frank lo vio recoger la bolsa de tela con el logo de BulkBlast.

Puso los ojos en blanco. —¿Reggie?

—¿Dígame, jefe?

—Nada de más cobayas.

—Ya me lo ha dicho.

—Ya... pero escucha. Ese tema de Instagram. Lo de las publicaciones de fitness. Son buenas. No me haga caso. Seguro que ayudan a la gente. Siga así.

—Gracias, jefe.

Frank notó la sonrisa de Reggie al salir, pero no hizo ningún comentario al respecto.

22

Te mereces el reconocimiento.

Rachel recordó el desconcierto en el rostro de Patricia. Era comprensible. Le estaba ofreciendo un honor, pero ella lo recibía como una amenaza.

La voz de Martin llegaba desde el salón hasta la cocina. Su marido siempre hablaba solo cuando revisaba las facturas.

Parecía que en ese momento estaba lidiando con un trabajo que se había pasado del presupuesto.

De repente sintió envidia de que todos sus problemas se limitaran al presente. No había minas terrestres ocultas en su pasado.

El reflejo de Rachel oscilaba en la ventana sobre el fregadero. Un corte tipo pixie muy cuidado, teñido de cobrizo. Unas gafas que no necesitaba, pero que llevaba de todas formas.

Cárdigan sensato abrochado hasta el cuello.

Profesora. Esposa. Madre.

Rachel Morrison.

Pero el mundo había cambiado. Internet se había encargado de ello. Lo conservaba todo en ámbar. Y ahora, por si fuera poco, estaba la IA. El reconocimiento podía llegar desde cualquier parte.

—¿Rachel?

Ella se sobresaltó y se dio la vuelta.

Martin estaba en el umbral, con la carpeta de las facturas bajo el brazo y las gafas de leer en la cabeza. La miraba con esa expresión que ella reconocía perfectamente tras quince años de matrimonio.

Entonces, cuando las piezas no encajaban, hizo la pregunta de siempre: —¿Estás bien, cariño?

—Bien —su voz sonó demasiado cortante. La suavizó—. Ya sabes cómo es esto. Estaba en las nubes.

Él sonrió. —Ah...

—¿Conoces a las hadas de la planificación de clases?

Martin se rió y cruzó la cocina lentamente hacia el hervidor; sus botas de trabajo dejaban ligeras marcas de polvo en las baldosas. Su mano sobrevoló el asa, pero no la cogió. En su lugar, se giró hacia ella.

Martin era un hombre grande: un metro ochenta y ocho, de hombros anchos tras años cargando madera y placas de yeso. Tenía las manos callosas y los antebrazos fibrosos. Pero sus ojos eran gentiles. Siempre lo habían sido.

Las risas habían cesado y ella vio que la preocupación seguía allí. Tan clara como el agua. Tendría que inventarse algo mejor que las hadas de la planificación.

—Enhorabuena, por cierto.

—Perdona..., ¿enhorabuena por qué?

Él frunció el ceño. —Por la nominación, por supuesto.

La mano de Rachel buscó el borde del fregadero. —¿Cómo...?

—Patricia ha llamado antes, cuando aún no habías llegado a casa.

¡Patricia! ¡Zorra de dos caras!

—Es una noticia maravillosa —continuó Martin.

—No va a pasar.

Dios, si Martin no había percibido su inquietud antes, ahora sería evidente.

—Patricia me ha dicho que eres de las mejores que ha visto nunca —dijo, y se encogió de hombros, aún con gesto preocupado.

Seguro que lo ha dicho. Para meter cizaña.

—Nada que yo no supiera —dijo Martin—. Puede que no te haya visto en un aula, pero te he visto con Oliver y Dios sabe que él ya es

bastante difícil.

Su hijo de catorce años, Oliver, siempre había sufrido de una ansiedad extrema. No había sido lo suficientemente grave como para acabar en un colegio como Springhead, pero sus necesidades seguían siendo complejas.

—¿Qué pasa, cariño?

—Ya lo sabes.

Él se encogió de hombros, se acercó y puso una mano grande en cada uno de sus brazos. —Explícamelo.

—No me gusta ser el centro de atención.

Él asintió con simpatía. —Lo entiendo, pero probablemente todo el mundo se sentiría igual. Esto es solo un reconocimiento por todo lo que has hecho.

Ella se estremeció.

Ahí estaba la dichosa palabra otra vez.

Reconocimiento.

—Patricia ha dicho que era algo con mucho prestigio.

—Y te ha pedido que hables conmigo, ¿verdad? Para convencerme.

—No exactamente. Solo ha recalcado que sería una locura dejar pasar esta oportunidad.

El Premio a la Educación Especial y Práctica Inclusiva. Mujer manipuladora.

La puerta principal se abrió.

Oliver.

La puerta dio un portazo y Rachel volvió a sobresaltarse. Unos pasos subieron las escaleras con fuerza, rápidos y pesados. La puerta del dormitorio de Oliver se cerró de un golpe.

—Por ahí no paso —dijo Martin, dándose la vuelta para ir.

Rachel se adelantó y le agarró del brazo. —No... iré yo.

Arriba, Oliver estaba en su cama, con las rodillas dobladas y la frente apoyada en ellas.

Su americana y la corbata estaban por el suelo.

Rachel se sentó en el borde de la cama.

No habló. Él sabía que ella estaba allí. Eso bastaría para empezar.

Escuchar su respiración rápida y superficial le dolía, pero no podía acercarse demasiado rápido. Él necesitaba espacio.

Cuando estuvo segura de que ya no estaba hiperventilando, le preguntó: —¿Qué ha pasado?

—El señor Yates.

Otra vez no, pensó ella. Ya había tenido que vérselas con él una vez el año anterior. —¿Te ha vuelto a obligar a responder a una pregunta?

—Peor —dijo Oliver con la voz apagada contra las rodillas—. Me ha obligado a presentar mi proyecto de historia delante de todo el mundo.

—Él sabe que tienes una exención para las presentaciones. ¿Por qué te ha obligado a hacerlo?

—Porque me odia.

—Seguro que eso no es...

—No —Oliver levantó la vista—. Me odia. Piensa que hablo demasiado con mis amigos cuando debería estar trabajando, y que por eso la idea de que no puedo hablar en público es una tontería. De hecho, lo ha dicho tal cual. ¡Pregúntale a cualquiera! Ha hecho que la clase se riera con sus comentarios. —Las lágrimas le caían por la cara.

Rachel tensó la mandíbula. Sintió que el calor le subía por el cuerpo. Esto era totalmente inaceptable. Parte del trastorno de Oliver era una respuesta de ansiedad grave ante el hecho de hablar en público. Estaba en su expediente. Documentado.

Ese cabrón de Yates había ignorado sus necesidades a cambio de unas risas fáciles y una especie de venganza por hablar en clase.

¿Quién demonios se creía que era?

—No debería haber hecho eso —dijo Rachel.

Y cuando presente una queja, no volverá a hacerlo.

—No podía respirar —Oliver se tiró del pelo. Tenía los ojos inyectados en sangre—. Todo el mundo se me quedaba mirando.

Incluso Tyler se ha puesto a reír. Entonces salí corriendo y ahora todos piensan que soy un bicho raro.

Tyler. El mejor amigo de Oliver. Qué horror.

Rachel quería estrechar a Oliver contra ella, pero él odiaba que le tocaran cuando la ansiedad aún le dominaba. Así que se quedó sentada. Presente, pero sin presionar.

—No eres un bicho raro —dijo ella—. Tienes un trastorno de ansiedad. Es una condición médica diagnosticada, no un defecto de carácter. El señor Yates se ha equivocado. Yo me encargaré mañana. —Ella solo trabajaba cuatro días a la semana. El de mañana era su día libre.

—¿Puedo quedarme en casa mañana?

Quería decirle que sí. Quería envolverlo en mantas y mantenerlo a salvo de profesores que no comprendían, de chicos que se reían, de un mundo que te exigía levantarte y hablar incluso cuando se te cerraba la garganta y el corazón intentaba atravesarte las costillas.

Pero también sabía que evitarlo alimentaba a la fiera.

—A ver cómo te sientes por la mañana —dijo con cautela—. Pero te prometo que esa situación se ha terminado. No volverá a ocurrir.

La respiración de Oliver se estaba ralentizando. Lo peor había pasado. Se pondría bien. Por ahora.

Consiguió darle un abrazo.

Rachel se levantó, alisó el edredón aunque no le hacía falta y se dirigió hacia la puerta.

Pensó en sus propios ataques de pánico a los quince años.

Las causas habían sido muy diferentes, pero sabía lo debilitantes que podían ser. Cómo te obligaban a hacerte un ovillo. Y cuánto llegaban a convencerte de que todo había terminado y estabas a punto de desaparecer.

Siempre estaré ahí para ti, Oliver. Tenlo por seguro.

A diferencia de su padre, que se fue cuando ella era un bebé. O de su madre, que para cuando ella fue adolescente ya se había perdido en las drogas. O de su hermano: adorable, pero demasiado joven para apoyarla como ella necesitaba.

Oliver no sabía nada de su propia infancia. Martin tampoco; o al menos, no toda la verdad.

Pero no les hacía falta.

Lo que importaba era la consecuencia de aquel pasado.

Y la consecuencia era que nunca los abandonaría como a ella la abandonaron. Y si hacía eso, entonces, tal vez, solo tal vez, Oliver no tendría que esquivar minas terrestres cuando fuera mayor.

Ni esconderse en las sombras, temiendo el reconocimiento, como si fuera un monstruo.

23

Gerry estaba a mitad del camino de entrada, sujetando a Rylan por la correa, cuando reparó en la madera oscura y la empuñadura de goma de un bastón. Estaba apoyado contra la pared junto a la puerta principal.

La única persona que conocía que usara bastón era el padre de Tom.

Se giró, buscando el Volvo plateado de Reginald, pero lo único que vio fue el taxi que la había dejado, alejándose por la carretera.

Se quedó helada.

Inspiró profundamente y volvió a darse la vuelta.

Reginald podría haber venido en taxi. O podría haberlo traído la madre de Tom.

Pero estas opciones esperanzadoras se desvanecieron a medida que se acercaba y veía que el bastón era más oscuro que el de Reginald. Además, llevaba grabada una marca diferente.

Miró a Rylan, que se pegó más a su pierna.

Oyó su voz en su memoria: *¡Qué labrador más bonito!*

Inspiró hondo una vez más y sacó la llave del bolsillo. Le temblaba un poco la mano al abrir la puerta principal. Sus ojos buscaron de inmediato algo que estuviera fuera de lugar. Se posaron en un pesado abrigo encerado de color marrón.

Desde luego, no era de Reginald.

De repente, sintió que el móvil le pesaba en el bolsillo del traje.

Llevaba el peso de aquel mensaje de voz sin borrar de hacía unas horas. *Tienes una casa preciosa.*

¿De verdad estaba aquí? ¿Dentro de su casa?

Se acercó a la chaqueta encerada. Humo de tabaco. Tenue, pero inconfundible.

Recordó a su tío fumando cigarrillos. Uno tras otro. Una marca llamada Sovereign. Los paquetes eran cajas de cartón con tapa abatible y letras gruesas en el frente, de los de veinte por paquete, que dejaban un olor característico a humo rancio en todo lo que tocaban.

Oyó la risa de Tom en el salón.

Tu prometido es guapo.

Un sabor metálico le inundó la boca. Era el mismo que sentía de niña.

A cobre.

Se oyó una tos fuerte y familiar.

No era la de Tom.

Había oído esa tos por teléfono recientemente.

El tío Dennis estaba en su casa.

Cerró la mano sobre el pomo de la puerta del pasillo.

—¡Geraldine me dijo que tenía un sentido del humor mordaz! —dijo Dennis.

Solo que yo nunca te he hablado de Tom, ¿verdad?

De pronto volvía a tener ocho años y lo observaba a través de la puerta abierta de la cocina.

Dennis sostenía un cinturón de cuero marrón sin apretar en la mano derecha; la hebilla de latón captaba la luz de la ventana que tenía detrás. Su rostro estaba extrañamente tranquilo en medio de toda aquella rabia y aquellos gritos.

La agresión parecía calmarlo.

Su voz era mucho más joven, menos castigada por el cáncer de pulmón. —Ven aquí, Geraldine —dijo—. Ven aquí y dime qué crees que has visto.

Gerry era incapaz de moverse. Incapaz de hablar.

La pobre tía Bernie estaba arrodillada en el suelo, con las manos en las orejas. Llorando, balanceándose. Los restos de la cena en la

que se había desvivido estaban esparcidos por el suelo entre la vajilla rota. Le salía sangre de la nariz. Sus brazos al descubierto estaban rojos de ronchas.

Gerry intentó volver al presente, pero seguía teniendo ocho años, viendo cómo su tío se acercaba más y más, mientras ella hacía lo que le parecía obvio, lo mismo que hacía su tía. Ponerse de rodillas. Las manos en las orejas. Llorar, balancearse.

—Mantendrás la boca cerrada.

Luego, el silbido del cuero cortando el aire.

Y el chasquido de la hebilla contra una pared.

Cerca de ella.

Lo bastante cerca como para quedarse con ella hasta...

Gerry parpadeó. Seguía sujetando el pomo de la puerta del pasillo.

Y la tos carrasposa y las risas seguían en pleno apogeo.

Abrió la puerta y el olor que reconocía de su infancia amenazó con abrumarla.

Aftershave. Tan punzante como el sonido de la hebilla de un cinturón golpeando contra la pared.

Aquel olor se pegaba a todo: a los cojines del sofá, a las toallas, incluso a ella cuando salía de su casa.

Todo ello formaba parte de su intento por disimular su hábito de cincuenta Sovereign al día.

—Gerry —dijo Tom, mirándola desde el sillón individual frente al sofá—. ¡Mira quién ha venido!

Dennis estaba sentado en el sofá, de espaldas a ella.

Tenía el pelo blanco como la nieve y ralo.

Ella no entró en el salón. Rylan se situó un poco por delante de ella. A diferencia de Tom, él percibía perfectamente su miedo.

Dennis se puso en pie. Aún de espaldas. Estaba delgado, ligeramente encorvado.

—Hola, Geraldine —dijo, dándose la vuelta.

Y entonces volvió a ver a través de aquellos ojos de nueve años, porque sus padres la habían devuelto con él un año después, porque ella había respondido a su amenaza, porque no había dicho nada.

La tía Bernie estaba ante el fregadero, lavando los platos, con las mangas remangadas.

Sus brazos eran un amasijo de ronchas y moratones.

Todo accidentes, por supuesto. Accidentes torpes. La tía Bernie se lo había dicho.

Salvo que a Gerry se le daban bien los patrones. Y aquellos patrones no cuadraban. Las puertas contra las que chocas y los suelos sobre los que te caes son superficies planas.

No te marcan como puede hacerlo una mano.

Como puede hacerlo un cinturón.

—¿Gerry? —La voz de Tom la trajo de vuelta—. ¿Qué ocurre?

No estaba preparada para lo mucho que habría cambiado. El hombre que la había aterrorizado de niña solo tenía poco más de sesenta años, más joven de lo que ella habría pensado, dado lo mucho que el cáncer lo había consumido. Tenía los ojos legañosos y amarillentos. Sus pupilas estaban contraídas. El estertor húmedo de sus pulmones confirmaba lo que los cigarrillos le habían estado haciendo durante décadas. Se estaba muriendo, sin duda. Al menos en eso había dicho la verdad.

—Acércate, Geraldine. ¡Este viejo estúpido se dejó el bastón fuera!

Ella sacudió la cabeza. —No.

Él asintió.

—Bueno, si no vienes tú a mí, Geraldine, iré yo hacia ti.

Empezó a cojear hacia ella.

Su edad no la engañaba.

Oculto en lo más profundo, bajo la decadencia, estaba ese mismo cálculo. Esa misma certeza de control.

No parecía un hombre capaz de blandir aquel cinturón por más tiempo, pero ella podía sentir la insidia, y recordó aquel rostro tranquilo mientras la violencia lo calmaba.

Abrió la boca pero no pudo hablar. Las palabras estaban allí, en algún lugar de su cerebro, haciendo cola y esperando, pero el camino del pensamiento al habla se había cortado.

Oyó el estertor húmedo de sus pulmones dañados y una ola de frío la recorrió.

Miró hacia el cinturón de cuero que sujetaba sus pantalones anchos e imaginó que alargaba la mano hacia él, lo desabrochaba y lo hacía girar.

—No se acerque.

Su advertencia no lo detuvo.

Rylan gruñó. Su advertencia sí que lo hizo.

—¿Gerry? —dijo Tom.

Miró a Tom. Al principio había preocupación en su expresión, pero a medida que leía la situación con más atención, se transformó en algo más duro.

Y entonces todos se quedaron congelados. Los cuatro. En posturas agresivas. Todos listos para luchar. Y el único sonido era aquel horrendo estertor húmedo.

—Tiene que marcharse —consiguió decir Gerry.

Dennis sonrió. En su rostro marchito, resultaba peculiar; parecía como si hubiera sufrido un derrame y solo la mitad de su boca fuera capaz de curvarse hacia arriba.

—La familia debería conocerse —dijo.

Gerry quiso responder. Quiso ser más asertiva, pero el trauma suele bloquearte en el tiempo, atraparte en un bucle. En su mente, oscilaba entre sus ocho y sus nueve años.

Pero Rylan tiró y empezó a guiarla de lado para que pudiera esquivar a Dennis y llegar al sofá donde estaba Tom.

De repente Tom la sujetaba del brazo y le hablaba, pero ella solo oía la voz de su tío de hacía mucho tiempo:

—Si te sientas tranquila. Si no das problemas. Si haces lo que se te dice. Entonces tal vez…

Se sentó.

Tom se arrodilló frente a ella. —¿Gerry? Habla conmigo.

La mano de Tom buscó la suya. Sintió que él notaba lo fría que estaba. Vio nacer el entendimiento en sus ojos: no solo preocupación ahora, sino horror. El reconocimiento de lo que estaba presenciando.

—Solo le ha sorprendido verme —dijo Dennis.

—Tiene que irse —siseó Tom, mirando en dirección al tío.

—Lo siento. Solo quería conocerlo. Y ha sido agradable oír sus planes de boda.

Tom se puso en pie. —Váyase. Ahora.

Gerry cerró los ojos.

Tenía diez años. Estaba en la parte trasera del coche de sus padres, de camino a casa de su tío. Ellos tenían un viaje de negocios importante.

Nunca había estado tan aterrorizada.

Lo soltó de golpe. Les dijo la verdad. Les contó lo que le estaba pasando a Bernie.

Luego se quedó sola en el coche mientras madre y padre se enfrentaban a ellos.

Pero la tía Bernie estaba perfectamente. De hecho, salió hasta el coche, se asomó y dijo: —Vamos, Geraldine, ¿por qué te inventas esas patrañas?

Madre y padre pidiendo disculpas.

Padre especialmente horrorizado... con ella, por hacer tales acusaciones. Sacudiendo la cabeza decepcionado.

—No importa —dijo Bernie, metiendo una mano—. Veamos qué puede hacer un helado para arreglar esta situación.

Cuando abrió los ojos, Tom lo estaba acompañando fuera.

—He venido desde muy lejos. Y me estoy muriendo —protestó Dennis.

—Ahora mismo, por favor —la voz de Tom era firme. Sostenía al anciano suavemente por el brazo—. Apóyese en mí hasta que lo saque fuera.

Gerry se quedó donde estaba, respirando hondo, aceptando el consuelo de Rylan.

—Geraldine. —Estaba ya en el pasillo con Tom, y seguía intentándolo—. Tenemos mucho de qué hablar. Tu boda. Tu nueva vida. Si vendrás a verme antes de...

Tom cerró la puerta del pasillo tras ellos, cortando la voz.

Sin embargo, el tío Dennis alzó la voz. —¿Me vas a dejar morir solo? ¿Cómo se sentirían tus padres? —Oyó a Tom cerrar la puerta principal.

Inspiró profundamente varias veces y esperó hasta que vio a Dennis alejarse cojeando a través de la ventana, con su chaqueta encerada y usando ahora el bastón como apoyo.

—Ocho semanas —dijo cuando Tom volvió a entrar.

—¿Perdona? —dijo él, sentándose a su lado y tomándole la mano.

—Cincuenta y seis días. Eso es lo que le queda de vida. —Hizo una pausa—. Cuarenta días para la boda.

—¿Cómo sabes...?—

—Me lo dijo por teléfono.

—Ah.

—No lo quiero allí.

—Para entonces estará demasiado débil.

—¿Y si no lo está?

Él apartó la vista, pensó un momento y luego volvió a mirarla. Vio el cálculo que se desarrollaba tras sus ojos.

Aún no sabía lo que Dennis había hecho. Pero el hecho de que la justificación fuera irrelevante demostraba lo mucho que él la quería. No necesitaba ninguna justificación. —Estoy seguro. Nos aseguraremos.

Rylan se presionó contra su pierna. Cálido. Sólido. Real. Tiempo presente, no pasado. Estaba aquí ahora, a salvo. El bucle se había roto.

De momento, al menos.

24

A Maggie le costaba ahora treinta segundos bajar los catorce escalones.

Cada peldaño requería respeto, cuidado y cálculo.

Durante el proceso, tenía que asegurarse de que la barandilla aguantara más peso que sus propias piernas. Todo ello mientras respiraba a través del dolor que se había convertido en su compañero constante.

—Buenos días —dijo Jenny, dándole la bienvenida abajo para el desayuno.

Jenny Wilson llevaba durmiendo en la habitación de invitados más de una semana, cocinando platos minúsculos que Maggie apenas lograba digerir y, lo que era más importante, viendo películas antiguas con ella.

La fuerza del cariño y *Magnolias de acero* habían ocupado las dos noches anteriores.

Jenny y Maggie se habían conocido mientras estudiaban enfermería en 1983. A lo largo de sus carreras, siempre parecieron complementarse. Jenny, por ejemplo, tenía mejor memoria y un mayor conocimiento de la parte física y la medicación, mientras que Maggie se encargaba de lo psicológico; su aguda intuición le permitía comprender las necesidades y emociones de sus pacientes como ningún otro cuidador.

Se sentaron juntas en un silencio cómodo durante un rato. Las amigas íntimas, especialmente las más cercanas, eran capaces de hacer eso.

Maggie bebió un té suave en su taza de Royal Worcester. Fue un regalo de boda de la tía de Bobby, y el borde dorado ya estaba desvaído. El vapor ascendía en espirales perezosas; nublaba el aire y, de alguna manera, hacía que todo pareciera efímero. Pasó los dedos por la mesa de roble. Cada arañazo le resultaba familiar. Era la misma mesa en la que ella y Bobby habían comido innumerables veces, habían planeado escapadas románticas y se habían cogido de la mano tras perder a Hope.

Se dio cuenta de que los ojos de Jenny se llenaban de lágrimas.

Maggie alargó la mano y se la cogió. —¿Qué pasa, cariño?

—Creo que deberías volver a considerar lo del centro de cuidados paliativos.

Maggie le apretó la mano. —Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé, pero... —se interrumpió Jenny, y se secó las lágrimas.

—No voy a morir en un centro. Quiero morir aquí. Justo aquí. —Le apretó la mano por segunda vez—. Aquí es donde están Bobby y Hope Y tú, Jenny, por supuesto. Tú también estás aquí.

—Lo sé, pero me preocupa que algo salga mal. Y si ocurre, me sentiré patética, incapaz de ayudarte.

—Nada puede salir mal. ¿Quieres que lo repasemos otra vez?

Jenny retiró la mano y negó con la cabeza.

Maggie observó cómo la serenidad propia de una enfermera se instalaba en los rasgos de Jenny. Era una expresión que había visto miles de veces: la mirada de alguien que comprende que las malas noticias requieren pensar con claridad.

Fuera, las ovejas se llamaban unas a otras por el cerro. Sonidos que habían llenado la vida de Maggie durante tanto tiempo. Sonidos que continuarían mucho después de que ella se hubiera ido.

—Sé que es mucho pedirte, Jenny.

Jenny cerró los ojos. —Pero no es así, ¿verdad? No me estás pidiendo que haga nada. No realmente.

—En cierto modo, sí. Te pido que seas pasiva.

Jenny abrió los ojos. —Me estás pidiendo que sea tu mejor amiga. Y jamás te negaría eso.

—Te doy permiso para marcharte. Nuestra amistad trasciende esa decisión.

—¿Y dejar que mueras sola?

—Si es necesario.

—Pero no quieres morir sola.

Maggie tragó saliva. —Pero no te lo exigiré, porque no está bien. Tiene que ser un regalo que me hagas tú. —Respiró hondo.

Jenny guardó silencio durante mucho tiempo. Su respiración había cambiado. Era más profunda, más acompasada. Estaba tomando una decisión. —Pero no puedo mirar.

—Ya hemos pasado por esto. —Maggie volvió a coger la mano de Jenny—. No hace falta que lo hagas. Solo saber que estás aquí es el mayor regalo de todos. Simplemente oirás la canción "The First Time Ever I Saw Your Face". Bobby la puso en nuestra boda. Estará en bucle. Escúchala un rato. Unos treinta minutos. Piensa en mí, en nuestros momentos juntas. Luego llama al 111. Diles que tenía cáncer de páncreas terminal, que la muerte era esperada. El doctor Grimsby de la clínica de oncología tiene todo mi historial. Me vio la semana pasada. Él redactará el certificado médico de defunción. Sin intervención del forense. Ya conoces el resto...

Jenny asintió lentamente, con su mente de enfermera siguiendo el procedimiento.

Un médico de guardia o una enfermera de zona para la verificación. Se darían cuenta, pero no importaría. No habría nada que implicara a Jenny. El certificado médico llegaría en veinticuatro horas. La funeraria vendría a recoger el cuerpo.

Maggie añadió: —Tú limítate a informar a todo el mundo de que el funeral será en Lowson, en Malton. En la parcela de Bobby, en St Helen. Mi vestido de novia está colgado en el armario. Ahora me viene, de hecho. —Se le escapó una risa.

Se quedaron sentadas en silencio. Dos enfermeras que habían visto morir a cientos de personas, planeando una última muerte.

Le apretó la mano. —Pero por ahora, me tienes que aguantar. No me iré a ninguna parte antes que Carrie; necesita que le lea.

¿Podrás llevarme esta mañana?

—Por supuesto —dijo Jenny, girando su mano y apretando la de Maggie—. Ni siquiera tienes que preguntarlo.

25

Frank llamó al timbre de la casa de Gerry a las siete, con el motor de un Audi chisporroteando a su espalda.

Por segundo día consecutivo, Tom sorprendió a Frank al abrir él la puerta.

Era inusual. Gerry siempre estaba levantada y lista antes que nadie.

Tom tenía un aspecto pálido y cansado. Se frotó la cara con una mano, pero pareció contenerse y dejó caer el brazo.

—¿Cómo va eso, Tom? —Frank arqueó una ceja—. ¿Está lista Gerry?

—Frank. Pasa, ¿quieres? —Había algo extraño en su voz.

Frank entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Va todo bien? —preguntó, sabiendo perfectamente que no era así.

—No del todo. —Tom avanzó por el pasillo y Frank lo siguió hasta la cocina. Las luces daban la sensación de brillar demasiado, seguramente porque fuera aún estaba muy oscuro. Todo parecía bastante normal —el hervidor junto al fregadero, dos tazas en la encimera, la hoja de cálculo de la boda todavía abierta en el ordenador de Gerry—, pero no se respiraba normalidad.

Tom levantó un dedo y señaló al techo.

—¿Oyes eso?

Frank escuchó atentamente.

—¿Agua corriente? ¿Una ducha?

Tom señaló una silla con un gesto.

—Sí... bien... siéntate, por favor, no sé cuánto tiempo tenemos.

Frank se sentó. Empezó a sentir frío y náuseas.

—Esto no me gusta nada, Tom.

—Escucha, anoche pasó algo. Ella está... Dios, Frank, ni siquiera sé por dónde empezar. No quiere que hable contigo.

Frank sintió que se le revolvía el estómago. Mal asunto. *A lo mejor debería haberle hecho caso, entonces. Pero ya es tarde. Ha dejado que el genio salga de la dichosa lámpara.*

Tom tomó aire.

—Apareció su tío. Dennis. Sesenta y tantos. Se está muriendo —cáncer de pulmón, le quedan un par de meses— y la ha estado llamando.

—No sabía que tuviera un tío.

Tom cruzó los brazos y luego volvió a descruzarlos.

—Supongo que tú tampoco lo sabías.

—No.

—Ha estado recibiendo llamadas suyas, exigiéndole que lo vea. Yo no sabía nada.

—Pues ya somos dos. ¿Lo viste anoche? ¿Qué te pareció?

—Enfermo. Supone poca amenaza para nadie. Al menos, físicamente. Emocionalmente, bueno, eso puede ser un problema. Al principio parecía bastante amable. Pero tendrías que haber visto la cara de Gerry cuando lo vio. Nunca la había visto así. Frustrada, irritada, preocupada, sí... pero nunca... aterrorizada.

A Frank se le encogió el pecho.

—¿Aterrorizada? —Sintió que cerraba los puños—. ¿A qué está jugando ese tipo?

—Gerry me contó que solía abusar de su tía. Le daba latigazos. Había sangre, vajilla rota. Gerry era solo una niña —ocho, nueve, diez años— cuando vio todo aquello.

—¿Lo vio? —Frank hizo una mueca—. ¡Por el amor de Dios!

—Se quedaba allí cuando sus padres se iban de viaje de negocios.

Frank se inclinó hacia delante, y le dolían las manos de tanto apretarlas.

—¿Ese capullo le hizo daño a ella?

—Ella dice que no...

Frank soltó un suspiro de alivio.

—Acaba de librarse de un mundo de dolor.

—Frank, ya está sufriendo bastante; no creo que pudieras añadirle mucho más dolor.

—Lo intentaría. —Hablaba en serio.

A Tom se le quebró un poco la voz.

—Sé que lo harías. El problema es que él no dejaba de amenazarla para que no dijera nada. Al principio no lo hizo, pero cuando por fin se lo contó a sus padres, no la creyeron.

—¿De verdad? —Frank desvió la mirada y se quedó mirando la hoja de cálculo de la boda en la pantalla del portátil. Filas y columnas del desesperado intento de Gerry por mantener el control.

—Qué horror —dijo Tom en voz baja.

Frank tragó saliva.

—Sí. Todo suena traumático. —Pensó en Gerry a los ocho años, a los nueve, presenciando violencia y aprendiendo que los adultos que debían protegerla no iban a hacerlo. Aprendiendo a mantener la boca cerrada. Aprendiendo que el mundo no seguía las reglas. ¿Era por eso que había empezado a llenar su propio mundo de normas?

—Cielo santo —dijo Frank—. ¿Quién puede culparla por no querer estar junto al lecho de muerte de ese imbécil?

—El problema es —dijo Tom, con la mano temblándole ligeramente mientras agarraba el borde de la encimera— que se ha desvivido por averiguar dónde vive... ha estado llamando por teléfono...

—Vale. No hace falta decir más. Yo le pondré fin a esto.

—No puedes.

—¿Eh?

—No quiere que te lo cuente.

Maldita sea. Frank suspiró. —¿Por qué no me lo ha dicho ella? Suele decirme cuando las cosas van mal.

Le dolió que no confiara en él para algo que importaba.

—Le preocupaba que perdieras los estribos y actuaras a lo loco.

Silencio. Frank se quedó mirando la mesa. Tensó la mandíbula.

Luego asintió despacio.

—Es justo. Aun así, habría respetado lo que ella quisiera.

—No te lo tomes como algo personal. Yo me enteré anoche mismo y es mi prometida. No creo que tuviera intención de decírmelo tampoco.

—Así que lleva cargando con esto veintitantos años —dijo Frank. Sacudió la cabeza—. Maldita sea. Pobre chica.

Arriba, se cerró el grifo de la ducha. Las tuberías golpearon una, dos veces. El suave crujido de las tablas del suelo.

Frank se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas.

—¿Qué hago con esto, Tom? —susurró—. ¿Hablo con ella sobre el tema? ¿Le pregunto si está bien?

—No. —La voz de Tom fue firme—. No puedes decir que lo sabes. Se pondrá furiosa conmigo por habértelo contado. No quiere que la gente lo sepa. No quiere... —Hizo una pausa, buscando las palabras—. No quiere que la vean como alguien marcado, creo. Ni como alguien débil. Le gusta ser quien lo tiene todo bajo control.

Estupendo, pensó Frank. *Así que sé que mi colega más cercana carga con un trauma infantil, su acosador la está acechando antes de la boda y ni siquiera puedo mencionarlo.*

—Entonces, ¿para qué me lo cuentas? —preguntó.

—Por si acaso...

—¿Por si acaso qué?

Tom se encogió de hombros.

—Por si parece que no está en sus cabales y necesita que le des un respiro.

—Ya, ¿pero cómo voy a darle un respiro si se supone que no tengo ni idea de nada?

Tom se encogió de hombros otra vez, con aspecto de impotencia.

—¿Así que me limito a fingir que no lo sé? ¿Y ver cómo finge ella que está bien?

—Sí... creo que si sacas el tema, se cerrará en banda.

Frank se recostó en la silla. Miró al techo. La imagen de Maddie cruzó su mente. ¿Cuántas veces había intentado forzar

conversaciones para las que ella no estaba preparada? ¿Cuántas veces había insistido y la había perdido un poco más?

—Además, creo que me despellejaría vivo —añadió Tom.

Arriba se abrió una puerta. Pasos en el rellano, ahora más ligeros. Frank pudo oír la voz de Gerry, amortiguada, hablando con Rylan.

Tom se puso más erguido y se limpió la cara con una mano.

Frank también se levantó. Se ajustó la chaqueta. Intentó parecer normal, como siempre. Como si no supiera ni una palabra.

Regresaron a la puerta principal.

Gerry bajó las escaleras. Rylan trotaba a su lado. Iba vestida para el trabajo: pantalones oscuros, camisa blanca, el pelo aún húmedo por las puntas. Su rostro estaba sereno, perfectamente inexpresivo. Ni rastro de lo que había pasado anoche, ni rastro de la niña que había visto cómo golpeaban a su tía.

Se detuvo en la puerta, con una mano en el marco. Por solo un segundo —menos de un segundo—, algo cruzó su rostro. Luego desapareció. Cruzó el umbral y se convirtió en la DI que él conocía: controlada, competente, preparada.

—Lo siento —dijo ella—. Llevo diez minutos de retraso sobre el horario previsto. He tenido problemas con la presión de la caldera. Pero ya lo he arreglado.

Frank la miró. La observó de verdad. Ahora podía verlo: la tensión alrededor de sus ojos, la forma en que se mantenía demasiado rígida, la precisión en su hablar que indicaba que se estaba esforzando mucho por parecer normal.

Llevaba veinte años haciendo esto. Fingiendo que todo iba bien.

—No te preocupes, Gerry, muchacha —dijo él. Su voz salió con un tono compasivo. Tenía que vigilar eso. Se aclaró la garganta—. ¿Listos, Rylan?

—Sí.

—Muy bien, entonces. —Cogió la correa de la mano de ella. Sus dedos no se rozaron—. Vámonos.

Tom se adelantó y besó a Gerry en la sien.

—Que tengas un buen día.

—Tú también. —Ella lo miró un momento y algo pasó entre ellos —un reconocimiento, tal vez, o un agradecimiento— y luego se marcharon.

Caminaron hacia el coche. Rylan caminaba entre ellos, tranquilo y constante. Frank miró hacia atrás una vez. Tom seguía allí de pie, bajo el dintel de la puerta abierta, viéndolos marchar con el aspecto de un hombre al que le hubieran confiado algo preciado y frágil y no tuviera idea de cómo evitar que se rompiera.

Frank conocía esa sensación.

26

Blessing aparcó marcha atrás en Bagdale y rozó el bordillo.

—Eso sería un suspenso en el examen —dijo Jamie.

—¿Tú cómo lo sabes? Si nunca te has examinado.

—Sabía perfectamente cómo aprobar. A veces, cuando conducía para ir a por las recetas de mi madre, fingía que me estaban examinando.

Blessing sonrió. —¿Aprobaste a la primera, entonces?

—A la primera... siempre... ¿Quieres que te lo enseñe?

Ella le señaló con el dedo en tono de advertencia. —Ya te conozco yo a ti.

Caminaron el resto de la cuesta de Bagdale.

Blessing ya se había quedado sin aliento antes de llegar a la entrada de Pannett Park. Vio de inmediato que noviembre había dejado desnudos a los sicomoros.

Había tanto silencio en el parque, lejos del tráfico, que podía oír el castañeo de la multitud de lápices en el bolsillo del pecho de Jamie.

Jamie se detuvo y preparó un cuaderno. Tenía el número cuarenta y siete escrito en la portada. —¿Lista o no, Blessing-la-de-Lagos?

—Lista, Jamie-el-de-Yorkshire.

La guio hacia la esquina este, donde los jardines ornamentales se unían con el paseo arbolado. Cinco minutos después, ella estaba

apoyada en un sicomoro, jadeando. —¿No estoy segura de poder seguir tu ritmo, Jamie? ¿Es que intentas matarme?

—¡Aquí! —declaró él, señalando una losa descascarillada—. Cero-cero.

El punto de origen. Ya se lo había explicado antes. —¿Por qué no llamarlo simplemente el principio? —había preguntado ella.

Él le había dado una explicación que a ella le sonó a chino.

De su bolsillo, sacó un lápiz corto. Apenas medía diez centímetros.

—Eso no es más que una colilla de lápiz —dijo Blessing—. Tienes lápices más grandes. ¿Por qué no usas uno?

—Pasos pequeños, lápices pequeños. Pasos grandes, lápices grandes.

—Ah —dijo ella—. *Tiene todo el sentido del mundo.*

Él levantó el lápiz corto. —Lápiz de diez centímetros para distancias cortas. Un paso equivale a cero coma setenta y seis metros. Sesenta y cinco pasos al norte hasta el roble.

Se puso en marcha, contando en voz baja, haciendo pequeñas marcas en el margen del cuaderno. Caminaba con ese rebote tan característico suyo.

Ella recordó que Chidi también solía contar sus pasos. No por hacer mapas, sino simplemente porque tenía siete años y encontraba maravillas en los números. ¿Cuántos pasos había del dormitorio a la cocina? ¿Del portón del recinto a la escuela? Lo contaba todo hasta que ya no quedaba nada por contar.

Años después, no contó los pasos mientras huían del recinto en llamas. Para entonces, el conflicto ya había destruido la mayor parte de su inocencia y asombro infantil.

Jamie llegó a un roble grueso; era más ancho que tres hombres puestos hombro con hombro. Tocó la corteza con la mano libre, con los dedos extendidos.

—La corteza está fría por este lado —explicó—. Hoy el viento viene del norte. Siempre está más fría en el lado norte. —Rodeó el tronco—. El lado sur está más caliente. Uno coma siete grados más caliente.

—¿Cómo puedes saber eso?

Él se encogió de hombros, claramente sin saber qué responder.

Jamie sacó un lápiz más largo. —Ahora el tronco. Ciento setenta y tres palmos de perímetro: Lo mismo que en octubre. Lo mismo que en septiembre. Sin embargo... —apoyó la palma contra él, moviéndola despacio—. La corteza es más áspera en noviembre.

—¿Perdón?

—Se está apretando más, para poder dormir.

Blessing acarició el tronco rugoso. —Bueno, supongo que se aprende algo nuevo cada día.

Blessing lo observó mapear un árbol como si fuera un territorio inexplorado. —Aquí hay una grieta que no estaba el mes pasado. Aquí es donde la primera helada tocó el musgo.

—De verdad que ves cosas que los demás no pueden —dijo ella en voz baja.

Cuando llegaron a un cruce de caminos, sacó otro lápiz. De quince centímetros, esta vez. Se arrodilló sobre la grava, con el cuaderno apoyado en el muslo, y empezó a dibujar. Ella veía que estaba captando ángulos y medidas. Después, se lo explicó. Había anotado la distancia precisa desde el borde del camino hasta el parterre. Las cuarenta y tres losas entre el cruce y la fuente victoriana. Luego, la circunferencia y la profundidad del agua de la fuente misma.

Finalmente, dibujó el patrón de las hojas en la fuente.

—El mes pasado, las hojas tenían trazos amarillos. Ahora son completamente marrones.

—¿Muertas?

—Sí. —Hizo una pausa y la miró. Por un momento, pareció triste. Luego procedió a contarlas, sacándolas una a una—. Sesenta y siete.

Jamie volvió a poner las hojas muertas en la fuente.

Ella recordó cuánto le gustaba la naturaleza a Emeka: recoger flores, hojas... prensarlas en libros.

Ella alargó la mano y le tocó el brazo.

—*Ọmọ mi* —dijo ella, las palabras que su madre habría usado con él—. Hijo mío. Mi niño especial.

—Gracias.

—Me recuerdas mucho a ellos —dijo apartando la mirada, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos.

—¿A qué?

—A lo que amo.

A los que perdí en el fuego.

Pensó en Chidi en el campo de refugiados; su infección no respondía a las escasas medicinas.

Y luego la fiebre.

Pasaron entonces una hora en los jardines. Jamie mapeó cada parterre, cada camino, cada banco. Midió la sombra proyectada por el edificio del museo. —Cuatro coma dos metros más larga que en septiembre porque el sol está más bajo; la tierra se ha inclinado hacia otro lado. —Finalmente, la llevó al punto más alto del parque. La pequeña colina que dominaba el quiosco de música. El pueblo se extendía bajo ellos, con tejados de terracota y humo de chimeneas y el puerto apenas visible en la distancia.

Jamie se sentó en la hierba, con las piernas cruzadas, y sacó el lápiz más largo hasta el momento. —El lápiz más grande para las cosas más grandes. Cosas que necesitan más... que están demasiado lejos para tocarlas.

Empezó a dibujar. Esta vez no era el parque. Era algo distinto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Blessing.

—Mapeo las estrellas —dijo él.

—Pero si no es de noche.

—No necesito verlas. Siempre las recordaré. Solía tumbarme en el jardín con Aurora para verlas. A veces durante toda la noche. —Su lápiz se movía con absoluta certeza—. La Osa Mayor. Casiopea. El Cinturón de Orión. Ella solía decirme: «La tierra gira y pensamos que las estrellas están bailando, pero en realidad somos nosotros los que giramos».

Blessing se sentó a su lado. —Parece muy inteligente.

—Lo es. Quizá podríamos ver las estrellas una noche, Blessing-la-de-Lagos.

—No se me ocurre nada mejor.

Jamie continuó mapeando estrellas en la página, tarareando *Let It Be* en voz baja mientras lo hacía.

Cuando terminó, Blessing dijo: —Gracias por enseñarme cómo haces tus mapas. Ahora, tengo una sorpresa para ti para darte las gracias por el sándwich de ayer.

—¡Qué emocionante! ¿Qué es?

—Bueno, sígueme hasta el coche y lo verás.

Salió con el coche del centro del pueblo, pasó por Spring Vale y entró en una carretera estrecha que subía hacia los páramos. Después de un kilómetro y medio, giró por un camino de tierra lleno de baches y se detuvo ante unas puertas oxidadas que estaban medio abiertas.

Más allá se encontraba lo que antaño había sido un muelle de carga de una fábrica: asfalto agrietado que se extendía en un cuadrado de cincuenta metros, rodeado por muros de ladrillo desmoronados y los restos esqueléticos de un almacén de hierro corrugado. Las malas hierbas de noviembre brotaban por cada fisura.

—Vi este sitio hace unos meses —dijo Blessing—. Me perdí buscando un atajo.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Jamie.

Blessing atravesó las puertas y condujo hasta el centro del patio vacío. Apagó el motor y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Tu turno —dijo ella, saliendo del coche.

Se dirigió al otro lado. Cuando abrió la puerta, Jamie la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres conducir? —preguntó ella.

—¿En serio?

—En serio, pero no puedes pasar de treinta. Y te detienes si yo te digo que te detengas.

—¿Confías en mí?

Ella le entregó las llaves. —Dijiste que sabías cómo aprobar el examen. Que a la primera, siempre. Pues demuéstramelo.

Jamie salió del coche y fue hacia el lado del conductor.

Ella echó un vistazo rápido al recinto. El lugar estaba desierto y no había demasiados obstáculos. Se subió y ajustó el respaldo del asiento para acomodar su voluminosa cintura. Jamie comprobó los espejos, echó el asiento un poco hacia delante. Arrancó el motor. Blessing sintió de repente un subidón de adrenalina.

¿De verdad era tan buena idea?

Por un momento, una oleada de paranoia la invadió: ¿y si él le había estado mintiendo?

Pero, por supuesto, Jamie nunca le había mentido. No estaba en su naturaleza. Olvidaba cosas, pasaba cosas por alto —eso estaba documentado en su plan de cuidados—, pero nunca mentía deliberadamente.

—Este es el freno de mano —dijo ella, poniendo la mano sobre él.

—Lo sé. Solo estoy esperando a que digas... ¡ya!

Ella tragó saliva. *¿Qué demonios estás haciendo, Blessing?* —Vale, ve despacio al principio. Es automático, así que solo tienes que poner la directa.

Y entonces arrancó. Empezó a quince kilómetros por hora, maniobrando por el patio vacío como si llevara años haciéndolo. Frenaba con suavidad. Luego, aceleró con naturalidad hasta llegar a los treinta.

—Jamie —susurró ella—. Se te da de miedo.

Recorrió el perímetro del muelle de carga varias veces. Conducía como mapeaba: con confianza.

—De verdad que lo echaba de menos. —Una expresión triste nubló su rostro—. La última vez que conduje fue cuando la llevé al hospital aquella última vez.

Bajó la cabeza.

—Oh, lo siento, Jamie.

—Les dije en el hospital que había conducido yo. No quería mentir. Me dijeron que no podía volver a casa conduciendo y luego aparecieron los servicios sociales. —Hizo una pausa, con los dedos apretando el volante—. ¿Puedo dar otra vuelta?

A Blessing se le hizo un nudo en la garganta. Aquella confesión honesta le había cambiado la vida entera.

—Por supuesto —dijo en voz baja.

Era excepcional. Cada movimiento era deliberado, medido, controlado.

Después de cinco minutos, regresó al espacio original, puso el freno de mano y apagó el motor. Se quedó sentado un momento, con las manos aún en el volante, mirando al frente.

Luego se volvió hacia ella, con los ojos brillantes. —Gracias —dijo —. Gracias, Blessing-la-de-Lagos.

—De nada.

Blessing lo miró: aquel hombre amable que veía cosas que otros no veían, que lo contaba todo, que recordaba las estrellas. Por un momento, pensó en Chidi y Emeka. En cómo ellos nunca habían aprendido a conducir. En cómo Chidi había muerto antes de tener edad para hacerlo. En cómo Emeka nunca tuvo la oportunidad.

En que ninguno de los dos se sentaría jamás tras un volante, comprobando los espejos, recorriendo el patio de una fábrica abandonada en una tarde gris de noviembre.

Se estiró y le apretó la mano a Jamie.

Y entonces no pudo evitarlo. Las lágrimas empezaron a brotar.

Jamie la abrazó con fuerza, de la misma manera que ella solía abrazarlo a él.

—¿Qué pasa?

Contra todo pronóstico, ella soltó todo lo que llevaba dentro.

La historia de aquellos a los que había amado.

Y de aquellos a los que había perdido.

Después, se dio cuenta de que él escuchaba mucho mejor de lo que ella había supuesto.

27

Oliver había cerrado la puerta de su habitación con llave y se había negado a ir al instituto.

Después de la experiencia de ayer, Rachel no había tenido valor para obligarle. Martin ya se había ido temprano a trabajar, así que ella había optado por pedir el día por enfermedad. No quería dejar solo a su atormentado hijo. Además, sentía que necesitaba un descanso mental tras la difícil reunión de ayer con Patricia.

Quizás esto enviara una especie de mensaje a su implacable directora: que presionarla de esa manera no acabaría bien.

A las nueve y media, Rachel llamó a la puerta de su hijo.

—Estoy ocupado —su voz sonaba presa del pánico.

Su respuesta fue inusual. Cuando quería despacharla, normalmente se limitaba a decirle que se estaba vistiendo. Solo una vez le había dicho «déjame en paz» tras una breve discusión.

—Estoy ocupado —era una frase nueva.

Aun así, tenía catorce años. Ansioso por su privacidad, sin duda. No debería darle demasiadas vueltas.

—Solo quería saber si quieres desayunar algo.

—¡Por favor, te he dicho que estoy ocupado! —su voz no solo sonaba aterrada, sino que esta vez sonaba tensa.

Se alejó un paso de la puerta y se quedó petrificada mientras los pensamientos paranoicos se abrían paso.

Basta, pensó, dándose la vuelta. *Dale espacio*.

En lo alto de la escalera, se quedó inmóvil.

Las advertencias sobre niños que esquivan las redes de seguridad le pasaron por la cabeza.

Se miró las manos frías y vio que habían empezado a temblar.

Regresó a la puerta, pegó la oreja y captó el sonido de una silla de escritorio rechinando.

Sintió que el corazón le daba un brinco en el pecho mientras más pensamientos paranoicos se colaban por sus ya débiles defensas.

¿Y si se hubiera—?

El clic del ratón interrumpió ese pensamiento y se le cortó la respiración.

Dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza, dándose cuenta de lo ridícula que estaba siendo.

Es un chico de catorce años, se dijo. Está con el ordenador, ¿y qué? Necesita tiempo y espacio, ¡y tú pensando que está mirando pornografía!

Se dio la vuelta de nuevo y esta vez se obligó a bajar las escaleras; era como caminar por melaza espesa.

Intentó distraerse con la televisión matinal, pero era imposible. En su lugar, empezó a pensar en la llamada que le haría más tarde al Sr. Yates.

Veinte minutos después, oyó que se abría la puerta de Oliver. Sus pasos pesaban en la escalera.

Aliviada, se giró para ofrecerle el desayuno.

—Voy a dar un paseo para despejarme —dijo.

Rachel asintió.

—Me parece una buena idea.

Solo cuando la puerta se cerró tras él regresaron los pensamientos paranoicos.

No puedes hacerlo.

Se acercó a las escaleras.

Esto es irracional y no es justo para él.

Deseaba con todas sus fuerzas volver a la cocina, pero ya estaba agarrada al pasamanos, con la mano empapada de sudor.

Cuando llegó a su habitación, abrió la puerta. Conocía aquel cuarto como la palma de su mano, pero aun así sus ojos lo

recorrieron, como si estuviera invadiendo un territorio desconocido.

Miró los pósteres de Arctic Monkeys, The 1975 y uno nuevo de alguien a quien no reconoció: Yungblud.

Sus ojos se posaron en el monitor encendido.

Sintió una opresión en el pecho. ¿De verdad iba a hacer esto? ¿Imponer sus propias ansiedades en la vida de su hijo?

Tiene catorce años.

¡Catorce!

Déjalo en paz.

Pero la voz de la razón no era nada comparada con el escalofrío que le recorría la columna, así que se sentó en su silla y activó la pantalla con el ratón.

La recibió un icono de un escudo verde y un texto que decía: «Conectado: servidor de Países Bajos».

Sabía lo que era una VPN. No tenía ni idea de cómo configurar una, aunque parecía que su hijo sí.

Hizo clic en el icono del historial del navegador.

Las dos primeras entradas eran bastante inocentes: algo sobre The 1975 en YouTube y un sitio web de videojuegos.

Al leer la siguiente entrada, se agarró al escritorio con una mano y se tapó la boca con la otra, con el temor de que fuera a vomitar de repente.

28

Sharon tenía una cara de espanto, parecía un cadáver, pero Frank se sintió aliviado al ver que la detective estaba de vuelta. A menudo demostraba ser la voz de la razón. Un valor incalculable con Reggie en la sala.

Notó que le brotaban perlas de sudor en las sienes, a pesar del frescor de la Sala de Incidentes. Aun así, mantenía los hombros erguidos, mientras que su colega, Sean, se repantingaba a su lado.

Había querido decirle que se lo tomara con calma en cuanto llegó, pero le había sido imposible meter baza entre las incesantes disculpas y el servilismo de Reggie.

Al fondo de la sala, Gerry estaba ocupada tecleando con Rylan acurrucado junto a su pierna. Estaba sentada rígida en su silla, con el labrador pegado firmemente a ella. Su mano libre buscaba constantemente la cabeza de Rylan, acariciándolo con ese patrón repetitivo que Frank había aprendido que significaba que se estaba autorregulando. El trayecto al trabajo hoy había sido incómodo, sabiendo él lo que sabía sobre el tío de Gerry que maltrataba a su mujer. Había esperado que ella compartiera sus preocupaciones con él para aliviar la carga, pero no había ocurrido. Era un tonto por esperar que ella no hubiera notado su incomodidad, porque seguro que lo había hecho. ¡Se esperaba que ella le confrontara antes de que acabara el día, obligándole a dejar a Tom con el culo al aire!

En realidad, es culpa suya, pensó Frank. Aun así, cuanto antes estuviera él oficialmente al tanto, antes podría tener unas palabritas con ese misterioso tío Dennis.

—¿Y entonces? —preguntó Frank.

—Hablé con el gánster de Málaga, Iain Sterling —dijo Reggie—. O mejor dicho, exgánster. Al principio intentó quitarme de en medio, pero en cuanto le piqué con el hecho de que se explotaba a menores bajo su vigilancia, no hubo quien lo callara. Insistía en que nunca supo nada, que fue otro de su organización. Quería dejar esto muy claro. Para cuando se enteró de algo, toda la operación había terminado. Obviamente, no estaba dispuesto a decirme quién del grupo de Dawson estaba implicado. Cuando le expliqué que eso le convertía en cómplice de abuso infantil, me soltó una sarta de improperios. Finalmente, cuando le pregunté si tenían algo que ver con la muerte de Kristian, soltó un bufido y me dijo que de eso sí que se habría sentido orgulloso. Pero no. Nada que ver.

—¿Qué te dicta el instinto sobre seguir por ahí, Reggie?

—Estando él en Málaga, disfrutando de su jubilación, y con sus antiguos socios en las últimas en la cárcel, diría que sería una tarea ardua conseguir información útil. Creo que es más probable que el asunto afecte a estos testigos y al caso bajo secreto de sumario.

Frank asintió. Parecía que Reggie había cambiado de parecer.

—¿Así que lo dejamos en un segundo plano por ahora? —dijo Frank con una ceja levantada—. No nos sobra el personal.

Reggie asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo Gerry—. Los Dawson no eran de por aquí. El almacenamiento del cadáver sería algo demasiado rebuscado para ellos. Requería conocimiento local. Un conocimiento íntimo.

—Hablando de conocimientos... ¿cuándo te reúnes con el historiador ferroviario? —preguntó Frank.

—Phil O'Hara. Está en Irlanda en una especie de convención de historia del transporte —dijo Reggie—. Pero volverá esta tarde y estará encantado de reunirse mañana.

Frank asintió. —Gracias, Reggie. —Miró la pantalla de su ordenador portátil para ver lo que todos los demás veían en la

primera de las dos pantallas grandes: a Clara. Su expresión era sombría. Una noche investigando pornografía, parte de la cual incluía a menores, claramente la había dejado destrozada. Descartó la idea de intentar aligerar el ambiente con otra broma sobre el fondo tropical. No se podía aligerar lo que venía a continuación.

—Clara, gracias por tu trabajo. ¿Puedes compartir lo que has compartido conmigo antes? —Esperaba que él mismo pudiera digerirlo mejor esta vez. Esta mañana, al llegar, ver las imágenes de aquellas dos niñas siendo explotadas le había revuelto el estómago durante casi una hora.

No había podido evitar recordar a Maddie a los quince años. Enroscándose el pelo cuando estaba nerviosa y todavía riéndose de sus chistes malos. A los quince, todavía era, innegablemente, su niñita. ¿Y si esto le hubiera pasado a ella...?

Sintiéndose de nuevo con náuseas, se sentó.

Por supuesto, puede que Maddie no perdiera su infancia, pero cayó en la oscuridad poco después.

En la oscuridad. En la adicción. Y en lugares a los que a los padres les cuesta seguir.

Sin duda, ella también se habría topado con bastardos como Kellerman en su camino.

El mundo estaba lleno de parásitos como ese.

Clara sustituyó su propia imagen por dos fotogramas congelados, uno al lado del otro.

Dos chicas jóvenes. Ambas con uniforme escolar.

—Hablé ayer con Theresa Perdy, una de las dos investigadoras que prepararon el caso en 2003 contra Kristian Kellerman. Él hizo diez películas en total entre 1994 y 1996. En todas aparecía una de estas dos chicas, si no ambas. Testigo A y Testigo B.

Frank vio cómo Sharon bajaba la cabeza. Observó la mano de Gerry moviéndose sobre el lomo de Rylan, buscando más calma.

Hubo un destello de ira en el rostro de Reggie.

Frank leyó sus pensamientos; no serían muy distintos de los suyos.

Espero que no fuera rápido. Espero que sufriera.

Volvió a mirar a las dos chicas. La chica de la izquierda tenía el pelo corto y oscuro. Parecía demacrada, casi desnutrida, y quizá por eso parecía incluso más joven de catorce años. La chica de la derecha tenía el pelo rubio y largo. Parecía más sana, pero todavía inocente e ingenua.

—No son más que unas malditas niñas —masculló Reggie. Ahora estaba mirando por la ventana, frotándose la nuca con una mano.

—Theresa parecía destrozada, incluso ahora —dijo Clara—. Perdí la cuenta de las veces que mencionó que habían tenido a Kellerman a su alcance y que fueron demasiado lentos. Por lo que a mí respecta, si alguien filtró información, me es imposible ver cómo pudo ser Theresa. Todo este calvario, el fracaso de ellos, la ha dejado marcada. Sin embargo, habla muy bien del otro investigador, George Tait, que murió en un accidente de coche en 2015, y se niega a creer que él pudiera haber filtrado información. Así que no podemos estar seguros de cómo Kellerman obtuvo esa información.

—¿Por qué fueron demasiado lentos? —preguntó Reggie, negando con la cabeza—. ¿Si tenían un testigo?

—Porque querían a ambos testigos. Entonces el caso sería pan comido. No querían correr riesgos, y creían que la Testigo B estaba vacilando. Tampoco tenían la ubicación de la filmación y los abusos. Fue su compañero, George Tait, quien no se sintió lo bastante seguro.

—¿Y eso no hizo saltar las alarmas? —preguntó Reggie.

—No —dijo Clara—. Me dijo que él siempre había sido muy minucioso. Estaba en su naturaleza. Era reacio al riesgo.

—El dinero de los gánsteres puede ayudar con eso, supongo —dijo Reggie.

—Cuidado —dijo Frank—. Vivo o muerto, se trata de uno de nuestros colegas. Y podría haber estado tan consternado por todo esto como nosotros. No tenemos pruebas; no le echemos a los leones, ¿eh?

Reggie asintió, aceptando la reprimenda.

—Por curiosidad —dijo Sharon—. ¿Qué pensaba Theresa que le había pasado a Kristian?

—Pensaba que se había enterado de la investigación y había huido —dijo Clara—. Parecido a Iain Sterling, supongo, salvo que él se aseguró de cambiarse de identidad.

—Ya tenía experiencia en hacer eso, imagino —dijo Sean—. Cuando usó el nombre de su tío. Harold Louis Spencer.

—¿Entonces ya tenemos las identidades de las Testigos A y B? —preguntó Reggie.

—Bueno, aquí es donde se complica la cosa —dijo Clara—. Y es bastante frustrante.

Dímelo a mí, pensó Frank, quitándose las gafas y frotándose la frente. Él ya lo había oído antes.

—A cada investigador se le asignó un testigo distinto. Habían acordado mantener la identidad del otro testigo en secreto entre ellos. Ellos, como nosotros, sospechaban de un crimen organizado, así que la política de "necesidad de conocer" era pertinente. Theresa se comunicaba exclusivamente con la Testigo A. George con la Testigo B. Desgraciadamente, George ha fallecido, así que no tenemos su identidad, al menos por ahora.

—Vale —dijo Reggie—. Pero tenemos una. Y si hablamos con la Testigo A, ella debería poder ayudarnos con la Testigo B.

—En teoría —dijo Clara—. La chica de vuestra izquierda, la Testigo A, luchaba contra la leucemia. No tiene muy buen aspecto en la imagen. Contra todo pronóstico, la superó, pero a lo largo de su vida ha tenido recaídas en varias ocasiones.

Reggie cerró los ojos. Ahora se frotaba sus propias sienes. —Pobre chica. Ha muerto, ¿verdad?

—No —dijo Clara.

Reggie abrió los ojos.

—Todavía no, pero está muy enferma. En un punto en el que ya no puede comunicarse. Me he puesto en contacto con el hospicio donde está muriendo, y realmente no quieren que la visitemos.

—Pero seguro que... —empezó Sean—. Es—

Frank levantó la mano para silenciarlo. —Sean, estamos valorando las opciones. No ha tenido una vida fácil, como podemos ver; intentemos no importunarla en su muerte.

—Creo que se ha ganado algo de paz y tranquilidad —dijo Clara.

—Pero... —dijo Reggie—. ¿No es—

—Reggie, por favor —dijo Frank—. Todavía no se ha decidido nada. Se sopesará de la manera adecuada. La Testigo A está muy enferma y...

Sharon levantó la mano.

Frank notó que le brillaban los ojos.

¿Lágrimas, o los efectos post-intoxicación alimentaria de la mañana?

—¿Sí, Sharon?

—¿Sabemos su nombre?

—Sí, lo sabemos.

—Entonces, ¿podemos usarlo, por favor?

La sala se quedó en silencio. Finalmente, Frank asintió. —Claro que sí... Por supuesto que podemos.

Sharon sonrió.

—Se llama Carrie Long —dijo Clara.

29

En la habitación once del hospicio de St Hilda, Maggie observaba a Carrie respirar.

Su respiración se había vuelto más superficial e irregular desde su última visita.

Los ojos de Carrie se abrieron. —¿Maggie? —su voz era débil.

Maggie se inclinó hacia delante. La comunicación a estas alturas era poco frecuente. La dosis de morfina de Carrie era alta. Aun así, tratándose de la muerte, Maggie sabía que nada podía descartarse por completo. Más de veinte años de experiencia en aquel mismo hospicio se lo habían enseñado.

—Aquí estoy, Carrie..., cielo —Maggie forzó sus propias facciones, ajadas y doloridas, para mostrar algo parecido a la calma y la entereza.

Incluso en sus horas más oscuras, todavía era capaz de ajustarse la máscara de enfermera.

Buscó la mano de Carrie y le subió el anillo, que le quedaba holgado en su delgado dedo. El anillo había pertenecido a la madre de Carrie, que había fallecido no hacía mucho.

—Por favor..., lee... —susurró Carrie.

Sorprendida, Maggie buscó a tientas el libro desgastado en su bolso. *Selected Poems*, de Jane Kenyon. Apenas se mantenía entero.

Cuando volvió a levantar la vista, Carrie tenía los ojos cerrados de nuevo, pero sin duda estaba escuchando.

Maggie abrió el libro y se puso las gafas, pero las palabras no se veían tan claras como de costumbre. De hecho, bailaban en la página. La morfina estaba haciendo su efecto, solo que no el que ella necesitaba. Se tocó el abdomen; lo tenía dolorido e hinchado. Las pastillas apenas aplacaban ya el dolor.

Aun así, se sabía las palabras de memoria y pudo leer unas cuantas líneas antes de que Carrie emitiera un gemido largo y doloroso.

—Voy a buscar a Kathy —dijo Maggie, acariciándole la mano.

Los ojos de Carrie se abrieron ligeramente. —No...

—Necesitas más medicación.

—No... quiero sentir que estás aquí.

A Maggie le hizo falta toda su fuerza de voluntad para no echarse a llorar.

La petición de Carrie tenía todo el sentido del mundo y le recordó su propio final inminente.

Ella también quería sentir la presencia de alguien, y Jenny —*oh, mi hermosa Jenny*— había accedido a ello. Cuando Maggie pusiera por fin «The First Time Ever I Saw Your Face», podría morir sabiendo que no estaba realmente sola.

Sería capaz de sentir la presencia de Jenny.

Para contener las lágrimas, Maggie necesitaba continuar. Encontró el fragmento en la página. Empezó a leer. Sobre la tarde, sobre la oscuridad, sobre dejarse ir.

A las tres estrofas, Carrie volvió a abrir los ojos. Esta vez parecían más distantes, menos centrados. Tenía las pupilas muy dilatadas a pesar de la suave iluminación de la habitación.

—Aquí estoy, cielo. Estoy aquí mismo, contigo —dijo Maggie.

Esperó hasta que los ojos de Carrie empezaron a cerrarse de nuevo y volvió a centrarse en la página y sus palabras borrosas.

—No hubo elección... —La voz de Carrie seguía siendo débil, pero bastó para que Maggie se detuviera.

Carrie tenía los ojos más abiertos que antes, y en ellos había un miedo real. —Me hizo daño...

Maggie sintió que se le encogía el pecho.

Ahora no, Carrie. Por favor, ahora no. Al final.

Maggie alargó la mano y pulsó un botón para llamar a Kathy.

Luego, volvió a acariciar la mano de su querida amiga. —Aquí estoy, Carrie. Ya nadie puede hacerte daño.

—Nos hizo daño...

—Carrie... —Maggie endureció el tono. Si se mostraba firme, quizá podría alejarla de aquellos recuerdos—. Estás a salvo. Y él se fue hace mucho tiempo. Todos a los que amabas están aquí contigo ahora. Yo, y... —Hizo girar el anillo de bodas de la madre de Carrie en el dedo de su amiga—. Tu madre.

Los ojos de Carrie se llenaron de lágrimas. —Debería haberlo detenido —dijo.

Maggie se inclinó, apretándole la mano, y le besó la frente. —Lo hiciste, princesa mía —dijo.

—Evitar que hiciera más daño...

—No hizo daño a nadie más.

—No... no...

No era inusual que los pacientes entraran en una espiral negativa en sus últimas horas. Los sueños de morfina podían volverse crueles. En casos de agitación terminal grave, una dosis adicional de morfina podía ayudar a aliviar la angustia y permitir una muerte más apacible.

Kathy ya estaba en la habitación, por suerte. Maggie la miró y asintió. Kathy lo entendería. Se acercó a la máquina, le administró más morfina y Carrie cerró los ojos.

Maggie apoyó la cara contra la mano de Carrie. Aquella mujer a la que conocía desde que tenía trece años, que había luchado contra la muerte en cuatro ocasiones. Aquella persona a la que había querido como a una hija.

—Te tengo —susurró Maggie contra el ralo cabello de Carrie—. Siempre te he tenido.

Esperó un momento a que Carrie se sosegara y luego recitó dos versos de uno de sus poemas favoritos, de memoria. Christina Rossetti. «Remember».

—Es mucho mejor que me olvides y sonrías que recordarme y que estés triste.

Deja que cargue yo con ese peso ahora, al final. Tal como he intentado cargarlo durante veinte años. Deja que me lo lleve a mi propia tumba. No falta mucho.

Se recostó en la silla y cerró el libro que tenía sobre el regazo.

De pronto se sintió cansada. O más bien, agotada.

Todo a su alrededor pareció cambiar.

La iluminación se suavizó, volviéndose más natural, más dorada. El olor a aceite de lavanda fue sustituido por el olor a hierba recién cortada.

¡Y hacía calor!

Calor de verano.

Estaba en el páramo. Y allí estaba Bobby, a su lado, caminando, señalando el brezo púrpura que florecía hasta donde le alcanzaba la vista.

Y llevaba su chaqueta encerada favorita. La que ella le había comprado por su cumpleaños. Y aquella sonrisa también: la que la había hecho sentirse valorada, incluso en sus peores momentos. Si no fuera por esa sonrisa, ella ya no estaría aquí. La había mantenido entera cuando murió Hope.

Él habló sin mover los labios. No le hacía falta.

Se oyó alto y claro.

—Lo has hecho bien, Maggie.

La luz dorada se intensificó. Bobby se desvaneció en ella, pero el calor permaneció. La sensación de sentirse acogida, comprendida, perdonada por todas las cosas que había hecho.

Y de repente estaba en su jardín en Ivy Cottage. Las rosas que Bobby había plantado florecían rojas contra el muro de piedra. Y allí, sentada en el banco bajo el manzano, estaba Hope.

Veinteañera. Pelo oscuro, como había sido el de Maggie. La mandíbula fuerte de Bobby. Aquella sonrisa...

Dios, aquella sonrisa era de los dos.

En ese momento, no importaba que Hope nunca hubiera llegado realmente a los veinte. Que ni siquiera hubiera llegado a este mundo como es debido, ¡porque estaba allí!

Aquel no era el bulto silencioso e inmóvil que habían sostenido hasta que las enfermeras se lo llevaron con delicadeza. El sueño de

ocho meses que terminó en tragedia.

Aquella era Hope adulta. Hope como podría haber sido.

¡Como habría sido!

—Mamá —dijo, y la palabra llenó el pecho de Maggie de algo demasiado grande para contenerlo.

Se sentó junto a esa hija imposible, ese regalo de sueños moribundos. La mano de Hope buscó la suya. Cálida. Sólida. Real de la forma en que solo los sueños pueden ser reales.

—Has sido una madre maravillosa —dijo Hope—. Verdaderamente maravillosa.

—Pero nunca llegaste a conocerme.

—Te conocí. Observé y vi cómo eras. Maravillosa.

—No lo entiendo...

—Mucha gente, muchísima, se llevó una parte de ti consigo al final. Fuiste una madre para muchos.

—Solo quería ser madre para ti.

—Pero lo fuiste. Fuiste más madre de lo que jamás hubiera podido esperar. —Su apretón era firme. Reconfortante. Como debe de ser el apretón de una hija adulta.

El jardín se desvaneció. El olor a hierba cortada se desvaneció. Al igual que la luz dorada y natural.

Maggie abrió los ojos.

Carrie se había ido.

Pero en la habitación once, nada había terminado realmente.

Porque la esperanza siempre permanece.

Eternamente. Para los que viven y para los que mueren.

30

La imagen de los dos testigos en la segunda pantalla fue sustituida por una grabación amateur de los noventa. Las características interferencias y la saturación de los colores delataban su antigüedad. Frank atenuó las luces. Eso ayudó un poco a la imagen, pero no había nada que pudieran hacer con la calidad del audio, que era metálico y hueco.

La Testigo B, que seguía sin identificar, estaba sentada en una cama. El ojo de detective de Frank catalogó los detalles automáticamente: somier metálico, colchón fino, sin sábanas. Detrás de ella: las paredes de ladrillo del trastero, tuberías industriales recorriendo el techo, una única bombilla desnuda que proporcionaba una iluminación superior cruda, creando sombras profundas bajo los ojos de la niña de catorce años y volviendo oscuro y sin vida su resplandeciente cabello rubio de la foto escolar de antes.

Fuera de cámara, la voz de un hombre:

—Mira a la cámara, cielo.

Ella levantó la vista. Frank volvió a pensar en Maddie. Esos ojos infantiles e inocentes, antes de que… bueno, antes de que todo se desmoronara.

Lo más duro era la confianza en los ojos de la chica.

La creencia de que quienquiera que estuviera hablando con ella velaba por sus intereses.

—¿Cuántos años tienes?

Un acento de Yorkshire. De Leeds, tal vez.

Casi parecía paternal, digno de confianza.

—Páralo —dijo Frank, con la piel de gallina.

La pantalla se detuvo. La imagen congelada mostraba a la chica a medio parpadear, con la boca ligeramente abierta, atrapada entre la docilidad y la resistencia que se estaba debilitando, ya perdida en su interior.

—¿Se confirmó que era Kellerman el que hablaba?

—Sí —dijo Clara desde su equipo en casa.

—Vale, continúa —dijo Frank, sintiendo que las entrañas le hervían.

La chica bajó la mirada.

—Dieciséis.

Apenas audible.

Pausado de nuevo.

—Solo que no los tenía —dijo Clara—. No en ese momento. Tenía catorce.

Frank vio la mirada en los ojos de Sharon. A partes iguales desesperación y odio.

La adolescente se retiró el pelo rubio detrás de la oreja con ese gesto de timidez; de nuevo, lo reconoció en Maddie. Ella hacía lo mismo cuando se sentía cohibida.

—¿Y eres virgen? —preguntó él.

—¿Tenemos que ver esto? —dijo Sharon.

Clara pausó de nuevo.

—Si quiere marcharse, Sharon, lo entiendo —dijo Frank—. Creo que puede ser importante que nos familiaricemos con esta persona. Puede que nos ayude a encontrarla, a notar algo.

Sharon asintió.

Clara reanudó el vídeo.

La respiración de la chica había cambiado. Una comprensión empezaba a aflorar, la de que tal vez no podía confiar en esa persona. Frank podía ver su caja torácica subiendo y bajando más rápido bajo su fina camiseta. Activación de la respuesta de lucha o huida.

Incapaz de hacer ninguna de las dos cosas, se limitó a asentir.

—Dilo a la cámara, cielo.

—Sí —se le quebró la voz al decir la palabra. La colisión del honor y el miedo.

—Quítate la ropa.

Temblando, la chica se puso en pie y se desvistió. Despacio. Mecánicamente. Cada prenda quitada con cuidadosa precisión. Como si tuviera que tomar la misma decisión una y otra vez y, en cada ocasión, sucumbiera a ese mismo miedo. Al principio, estaba claro que intentaba no llorar. Intentaba mantener la compostura. Pero antes de que estuviera desnuda, Frank lo vio.

El momento preciso en que abandonó su cuerpo. Cuando desapareció en algún lugar profundo de su interior donde la cámara no podía llegar.

Se le quedó la mirada perdida, desenfocada. Miraba a la cámara pero no la veía. Se había ido a otra parte. A un lugar seguro. Era un mecanismo de supervivencia que Frank había visto antes: la mente protegiéndose simplemente desconectando.

—Para —dijo Frank—. Ya es suficiente. —Suspiró y asintió a modo de disculpa—. Más que suficiente.

Conocía el protocolo para esto. Descansos obligatorios entre visionados. Asesoramiento psicológico disponible a través de Salud Laboral. La opción de retirarse, sin preguntas. Pero conocer los procedimientos y experimentar la realidad eran dos cosas distintas.

—Un momento —Frank caminó hacia la ventana. Necesitaba aire, espacio. Necesitaba mirar algo real y normal. Observó Scarborough.

¿Pero era aquello real o normal?

¿O es que había niñas de catorce años, ahí fuera, en trasteros, siendo destruidas en este mismo instante?

¿En qué clase de mundo de mierda vivían?

Se dio la vuelta. Sharon tenía una mano apretada contra la boca. Sean estudiaba su libreta con la intensidad de alguien que no quería mirar la pantalla congelada bajo ningún concepto. A Reggie se le había puesto la cara muy roja, con la mandíbula tensa. La mano de Gerry se había detenido sobre la cabeza de Rylan, congelada a mitad de una caricia.

—Bien —dijo Frank—. Hemos visto lo suficiente para entender a qué nos enfrentamos. No voy a hacer que nadie pase por más de esto a menos que sea absolutamente necesario. —Se aclaró la garganta—. Veinte minutos de descanso. Obligatorio.

31

Rachel apenas podía respirar. La bilis le subía por la garganta.

La VPN. El servidor de los Países Bajos. La ocultación deliberada.

Le temblaban los ojos; las palabras de la pestaña del historial se volvieron borrosas.

Joven.

Adolescente.

Niñera.

Inocente.

Palabras utilizadas para vender una mentira.

Todas, tal vez, a excepción de la última:

Inocente.

Ella lo fue. Hace mucho tiempo.

Antes.

Antes de que se la arrebataran y se convirtiera en una mentira para siempre.

Rachel se apartó del escritorio y tuvo una arcada.

Se puso en pie a duras penas y, al salir de la habitación de su hijo, tuvo una segunda arcada.

A la tercera ya no pudo aguantar más, pero ya estaba frente al inodoro.

Vomitó, con espasmos hasta que no quedó nada, mientras su cuerpo intentaba expulsar algo que no podía ser expulsado.

La verdad.

Su vergüenza.

Y aquel momento en el que empezó todo:

Estar en una tienda de barrio, descolgar una postal de un tablón de corcho junto a la caja, con los bordes curvados y amarillentos, mientras Ace of Base sonaba en la radio: «The Sign». El cartón se sentía barato entre sus dedos, pero aun así contenía la promesa de un trabajo de modelo bien pagado. La dobló y se la metió en el bolsillo de la chaqueta del uniforme.

Rachel se arrastró por las frías baldosas del baño hasta apoyar la espalda contra la bañera, respirando con dificultad. Pensó que contar baldosas podría ayudarla, distraer su mente, evitar el ataque de pánico, pero los diminutos diamantes negros en las esquinas de los azulejos color crema ya no parecían decorativos. De repente se veían más afilados y agresivos, y parecían atacarla en lugar de darle estabilidad.

Cerró los ojos.

Oliver, su hijo, tenía catorce años.

La misma edad que tenía ella.

La importancia del dato no se le escapaba.

Catorce años, y en el umbral. La inocencia viviendo de prestado.

Él necesitaba aprender, ¿y dónde estaba aprendiendo?

En los lugares más atroces posibles.

En los lugares donde ella había aprendido.

¿Pero qué podía hacer? ¿Enfrentarse a él? ¿Decirle que había invadido su privacidad de esa manera? No eran acciones fáciles de perdonar.

¿Y Martin? ¿Podría tantear su reacción?

¿Pero no temía ella su reacción?

Después de todo, sabía que él había visto cine porno cuando era joven. Se lo había admitido.

Cosas de chicos, eso es lo que había dicho una vez, hace años.

Curiosidad inofensiva. Impulsos naturales.

Ella no pudo discutir aquello. No había querido hacerlo en aquel momento.

Si se alteraba demasiado, se le podría haber escapado todo.

Además, se sentía como una hipócrita. ¿Quién era ella para juzgar así a su marido y a su hijo después de las cosas que había hecho?

Y si Martin se enteraba de que había estado husmeando, ¿qué pasaría? Se indignaría. Defendería a su hijo a capa y espada.

Tras veinte minutos en el suelo, no pudo evitarlo. Necesitaba saber. Necesitaba ver lo que Oliver estaba viendo.

Regresó a su cuarto y abrió uno de los vídeos que él había visionado.

Aguantó cinco segundos —la sonrisa demasiado brillante de la chica, la iluminación artificial, las palabras ensayadas— antes de tener que pararlo.

¿Había tenido ella esa misma expresión en la cara todos aquellos años atrás? Una expresión que sugería curiosidad y disposición, a pesar de que cada célula de su cuerpo gritaba que aquello cesara.

Oh, Dios, esperaba que la joven fuera mayor de edad.

Aunque aquello tampoco lo hacía correcto, ¿verdad?

Los nuevos controles de edad deberían haber detenido a Oliver. Excepto que él había encontrado una forma de saltárselos.

Aprendiendo a conectar con ello.

A desearlo.

Maldijo la VPN.

Cerró el navegador y los ojos.

Y entonces se enfrentó al más oscuro de todos sus miedos.

Rachel se puso en pie. Caminó hacia la ventana de Oliver. La calle parecía normal: casas adosadas, coches aparcados, una mujer empujando un cochecito.

¿Cuántas chicas estaban actuando? ¿Cuántos chicos estaban aprendiendo?

¿Y cuántas personas se negaban a hablar de ello porque estaba en todas partes y en ninguna al mismo tiempo?

Entonces, se enfrentó a su pensamiento más oscuro de todos:

¿Y si un día Oliver abriese un vídeo solo para encontrarse con que su propia madre le devolvía la mirada?

32

Tardaron casi cuarenta minutos en despejar la mente tras el visionado del primer vídeo del Testigo B.

La mayor parte de su equipo fue a por una bebida caliente. Frank, sin embargo, optó por dos cigarrillos de liar y un poco de silencio en el exterior, incapaz de quitarse de la cabeza un pensamiento recurrente.

Menuda calaña estaba hecho Kellerman, pensó Frank. *Yo mismo lo estrangularía si todavía estuviera aquí.*

Cuando todos se reunieron de nuevo en la Sala de Incidentes, Clara solicitó poder leer parte de la declaración de la Testigo A, Carrie Long. —Se refiere a Kristian como Harold a veces. Así fue como Carrie lo conoció originalmente, bajo la identidad que le robó a su difunto tío. Cuando se prestó la declaración, a finales de 2002, Carrie ya había sido informada de su nombre real, así que, en ocasiones, intenta corregirse. Siento la confusión. Clara se aclaró la garganta e indicó que estaba a punto de leer la transcripción de la declaración de Carrie:

—Harold me dijo entonces que si no seguía haciendo las películas, enviaría los vídeos anteriores a mi familia. No parecía importarle que yo pudiera estar muriéndome. Recuerdo al cabrón sonriendo con suficiencia cuando dijo que esa era una razón más para que mi familia nunca lo supiera, para que no tuvieran que vivir con ese recuerdo. Luego, Harold, perdón, Kristian, siguió insistiendo

en que me había pagado de más en los dos primeros vídeos y que le debía 3000 libras. Intenté discutir con él y se limitó a decirme que le enseñara el contrato. Por supuesto, no había ninguno. Era un milagro que estuviera viva a los dieciséis años. El tratamiento había sido tan intenso… Había perdido muchísimo peso y, aun así, me obligó a rodar.

Clara se detuvo y dejó que las palabras calaran.

La sala estaba en silencio.

—Puto monstruo —dijo Sharon. La palabrota resonó como un disparo.

Sharon era la persona equilibrada del grupo, la voz de la razón, la que mantenía la compostura cuando todos los demás la perdían. Frank no recordaba haberla oído decir una palabrota nunca.

Todos asintieron en total acuerdo, incluido Frank, pero a este le preocupaba que estuvieran perdiendo la distancia profesional y entrando en terreno personal.

—Morir antes de que el mundo supiera lo que era… Demasiado bueno para este animal —dijo Reggie. Tenía los puños apretados sobre la mesa—. Me habría encantado verle la cara cuando por fin lo pillaran.

—Ya... —dijo Frank. *Al mundo se le robó ese placer.* Realmente no se podía rebatir aquello. Levantó la vista hacia la fotografía de Kristian Kellerman en el tablero. La sonrisa de suficiencia era sutil, pero estaba ahí, y la arrogancia traspasaba la imagen.

—No sé —dijo Sean—. Podría ser bastante apropiado que estuviera mirando a los ojos a una de sus víctimas antes de que le dispararan.

Todos en la sala miraron a Sean por decir lo impensable en una Sala de Incidentes. Pero nadie lo rebatió, y Frank no tuvo valor para cuestionarlo.

Frank había pasado cuarenta años en el cuerpo creyendo en el sistema. Creyendo que la justicia llegaba a través de los tribunales, los jurados y el procedimiento adecuado. Pero estando aquí, mirando esa imagen congelada de una niña de catorce años desapareciendo dentro de sí misma mientras un depredador le daba instrucciones, y luego escuchando a otra niña, luchando contra el cáncer, sometida a

la más despiadada de las manipulaciones... ¿cómo podía alguien no estar de acuerdo?

No era la primera vez que se encontraba con algo así, por supuesto, pero nunca de esta manera. Nunca a una escala tan atroz.

—Le dispararon por la espalda —dijo Gerry.

—¿Perdón? —dijo Sean. Su tono de voz sugería que no entendía a qué venía eso.

—Le dispararon por la espalda, así que no estaba mirando a nadie a los ojos antes de que le dispararan —añadió Gerry.

Tenía razón, por supuesto, pero a estas alturas no parecía ser lo importante. Para Frank, al menos. Entendía, sin embargo, que la precisión y los hechos eran cruciales para Gerry.

—Pero ¿y si sabía quién le disparó? —dijo Sean—. ¿O miró a quien fuera mientras se moría?

—En fin —dijo Frank, cortándolos—. Ya se han expuesto los puntos de vista. Pero, en cierto modo, Gerry tiene razón; volvamos a los hechos que tenemos entre manos y dejemos la filosofía para otros.

—Lo siento, pero tengo que atender una llamada —dijo Clara—. Creo que es sobre la investigación.

—Está bien, Clara —dijo Frank.

La pantalla de Clara se quedó en blanco.

—Bien —dijo Frank—. Supongamos que fue la Testigo A, o mejor dicho, Carrie Long, quien lo mató: no pasará nada.

—Pero el mundo seguirá sabiendo lo que hizo —dijo Reggie—. ¿Querrá morir sabiendo que todo el mundo piensa que es una asesina?

—Para ser justos —dijo Sharon—, a juzgar por esa declaración que acabo de oír, no creo que se sintiera muy mal por ello. No habría mucha gente que no vitoreara su nombre. Pero, aun así, odiaría hacerla pasar por algo estresante estando tan cerca de su final.

—Cierto —dijo Frank—. Así que intentamos encontrar a la Testigo B, ¿y si resulta ser ella? Podría ser defensa propia y...

—Le dispararon por la espalda —repitió Gerry.

—Sí, buen punto —dijo Frank, frotándose la cabeza—. Pero hay circunstancias atenuantes. Terror, amenazas… La fiscalía podría no

tener ganas —de hecho, diría que probablemente no las tendría— de meterse en esto.

Varios asintieron con la cabeza.

—Pero sospechamos —dijo Reggie— que él estaba persiguiendo a Carrie, porque ella era la única que aceptó testificar.

—¿A menos que —dijo Frank— la información nunca se filtrara y la Testigo B simplemente se tomara la molestia de chantajearlo y amenazarlo, y lo trajera hasta su puerta?

—En ese caso —dijo Reggie—, la fiscalía sí que podría tener ganas.

Frank suspiró, cerró los ojos y se frotó la frente. —Maldita sea —murmuró. Finalmente, volvió a abrir los ojos—. Lo siento, equipo, pero tenemos que hacer nuestro trabajo. Tenemos que hablar con Carrie o encontrar a la Testigo B cuanto antes. ¿O ambas cosas? ¿Alguien tiene algo?

Bajaron la mirada.

Lo típico.

La pantalla volvió a encenderse. Clara estaba allí. Parecía bastante conmocionada.

—¿Clara?

Ella suspiró. —Acabo de colgar con el hospicio de St. Hilda. Carrie ha fallecido hace nada.

Frank asintió.

Nadie en la sala habló. La mano de Gerry se detuvo sobre la cabeza de Rylan. La mano de Sharon subió a su boca.

Él no pudo evitar pensar que quizá era lo mejor. Que la habían dejado en paz al final y que ahora podía descansar tranquila, pero ¿se había llevado la verdad con ella?

Y si era así, ¿tan malo era?

Podrían dar vueltas unos días y luego cerrar el caso.

Pasado un minuto, Frank dijo: —Muy bien, ahora mismo solo veo una forma de que este caso avance. La Testigo B. ¿Alguna idea?

—El reconocimiento facial sería un comienzo —dijo Gerry.

Era bueno verla participar más, pensó Frank. Los hechos y el análisis parecían estar ayudando.

—Ya lo he estado intentando —añadió Clara—. Nada por ahora.

—Podría haber estado basada en Whitby si ella era la testigo que él buscaba —dijo Gerry—. Podemos aplicar un filtro de progresión de edad a su rostro. Alrededor de cuarenta y cuatro años. Luego lanzamos un llamamiento público.

—Es poco probable —dijo Frank—. Nunca he tenido mucha suerte con eso en el pasado.

—Las cosas han avanzado significativamente —dijo Gerry. Tecleó en su ordenador—. El algoritmo mapea puntos de referencia faciales: la distancia entre los ojos, el ancho de la nariz, la estructura de la mandíbula. Estas medidas permanecen constantes incluso con un envejecimiento significativo. Tiene en cuenta los patrones típicos de envejecimiento: dónde se forman las arrugas, cómo pierde elasticidad la piel o dónde suelen desplazarse los depósitos de grasa. Con la calidad de las imágenes que tenemos y los múltiples ángulos de los diferentes vídeos, deberíamos obtener una composición fiable. Sería reconocible.

Frank asintió y luego suspiró. —Gracias a alguien de su vida actual que no tiene ni idea de lo que la pobre muchacha sobrevivió en su adolescencia —pensó en aquella joven de catorce años del vídeo: el largo cabello rubio que la dura iluminación hacía parecer sin vida, el gesto cohibido cuando se lo colocó tras la oreja justo antes de que la cámara empezara a rodar, aquel momento en que sus ojos se perdieron en la distancia y desconectó por completo.

—Podría tener una familia ahora —dijo Sharon.

Frank asintió. —Sí.

—Haber construido algo bueno a partir de los estragos que Kellerman causó en sus años de adolescencia —dijo Reggie.

—Soy consciente de ello, Reggie —dijo Frank.

—No parece justo —dijo Sean.

—No, pero ¿cuál es la alternativa? ¿Ignorarlo? La Testigo B podría haber contactado con Kellerman, haberle exigido dinero y haberlo atraído hasta Whitby con la intención deliberada de matarlo.

Reggie abrió la boca para hablar.

—Ni se le ocurra —dijo Frank—. Dije desde el principio que haríamos nuestro trabajo. Y aceptar un asesinato premeditado no entra en la descripción del puesto.

—También recibiremos el informe de balística a primera hora —dijo Clara—. ¿Tal vez deberíamos esperar?

Frank se lo pensó. Su instinto le gritaba que esperara —por el bien de la Testigo B, al menos—, pero ese no era el enfoque correcto. El informe de balística podría no llevar a nada y entonces solo estarían retrasando la investigación.

No, tenía que dar ejemplo. Se había comportado como un rebelde muchas veces en su carrera, pero ahora no era el momento. Estos jóvenes le miraban en busca de guía. Llevarlos por el mal camino con comportamientos que a punto estuvieron de costarle caro a lo largo de los años podría tener repercusiones terribles en sus carreras mucho después de que él se hubiera ido.

—Lancemos el llamamiento público. —Los miró a cada uno por turno—. Hacemos esto correctamente. Según las normas. No importa lo que creamos que ella pudo hacer. No importa lo que sepamos que él le hizo a ella. Buscamos la verdad. Ese es nuestro trabajo. El resto... eso es decisión de otros.

Después de que volvieran a sus tareas, se quedó mirando fijamente a la Testigo B. La colegiala. Pelo largo y rubio y una cara inocente.

La línea entre el bien y el mal...

A veces se desdibuja…, pero, a veces, ¿está siquiera ahí?

Cerró los ojos y pensó en una chica desesperada con el pelo largo y rubio, de pie en un túnel con un monstruo, decidiendo que ya era suficiente.

33

La voz de Jamie traspasaba la puerta principal de su bungalow.

Desafinado, como siempre; entusiasta como nunca.

Blessing llamó a la puerta. El canto cesó. Ella abrió.

—Aún te queda mucho para los sesenta y cuatro —dijo Blessing, haciendo referencia a la canción que acababa de estar cantando o, mejor dicho, intentando cantar—. Sin embargo, para mí están a la vuelta de la esquina, así que ya te contaré qué tal se está.

Jamie estaba de pie en el salón, con una sonrisa de oreja a oreja.

—A juzgar por esa sonrisa, ¿supongo que la vieja Blessing de Lagos está a punto de llevarse otra sorpresa?

Él asintió y dio saltitos sobre las puntas de los pies.

—Mi madre diría que tienes el espíritu de un niño que acaba de descubrir miel en la despensa.

—Espera ahí. —Desapareció en la cocina.

«¿Otro sándwich?», pensó ella. Bueno, sería más que bienvenido. Tenía bastante gusa.

Cuando regresó, traía algo escondido tras la espalda.

—Te he hecho una cosa —dijo él—. Para darte las gracias por el viaje.

«Otro sándwich, fijo...».

Blessing sonrió. —¡Deja de tenerme en vilo!

Él sacó un trozo de papel enrollado de detrás de la espalda.

—¿Un póster?

Él negó con la cabeza y lo desenrolló. Era de tamaño A3 y, desde donde estaba ella, podía ver que estaba cubierto de líneas y garabatos, pero poco más distinguía.

—Uno de tus mapas —dijo Blessing.

—¡Bingo! —exclamó él, imitando lo que ella decía tan a menudo cuando él acertaba algo.

Fueron a la cocina y él lo extendió sobre la mesa. El papel crujió mientras sus dedos alisaban los bordes.

—¿De qué es el mapa?

—De Blessing de Lagos —dijo él.

—¿Eh?

—¡Tu constelación!

Intrigada, Blessing se inclinó más cerca. Notó que Jamie observaba su rostro. Debía de estar muy nervioso por ver su reacción.

Había docenas de estrellas representadas por círculos a lápiz de varios tamaños, conectadas por finas líneas. Había números y coordenadas en los márgenes, lo cual resultaba extraño, porque la constelación no existía.

Pero no lo cuestionó.

Jamie señaló una estrella que había dibujado en la esquina superior izquierda. Era la más grande. —Esta es la estrella más importante de la constelación.

—Ya veo, ¿y cómo se llama esa?

—¡Pues Blessing, tontona!

Ella se rió. —Claro.

Su lápiz se desplazó por la página hasta un círculo más pequeño. —Y esta que orbita cerca es Lagos. Población: quince millones cuatrocientas mil personas.

Blessing respiró hondo.

—Y estas tres —Jamie señaló tres estrellas más pequeñas situadas cerca de la estrella Blessing— son Chidi, Emeka y Olufemi.

Ella exhaló despacio y le miró.

Su rostro resplandecía de orgullo.

Ella le puso una mano en el brazo. —Te has acordado de sus nombres.

Él pareció confundido. —Claro. Me los dijiste antes.

—Aun así —le salió la voz pastosa—. Son nombres poco comunes en este país.

Él se encogió de hombros. —No olvidaría los nombres de las personas a las que Blessing de Lagos quería tanto. —Señaló de nuevo las estrellas que representaban a su familia—. Y mira qué cerca están de ti.

Ella asintió, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta. Reprimió las lágrimas, preocupada por si arruinaba un momento que significaba tanto para él.

—Así que, aunque ya no estén, siempre podrás verlos. Sentirlos cerca de ti. Igual que cuando murió mi madre. Supe que ella siempre estaría cerca de mí, aquí dentro. —Se tocó el pecho—. Y Aurora... aunque no pueda verla a menudo.

—¿Tú también tienes tu constelación?

—Sí —dijo Jamie—. Pero la he dibujado tantas veces ya —se señaló la cabeza— que siempre está aquí.

Ella tocó la estrella que era Chidi. Había una fórmula matemática debajo. La recorrió con el dedo. —¿Por qué?

—Porque me dijiste que quería ser ingeniero.

Una lágrima le resbaló por la mejilla.

Y bajo Emeka había un pequeño balón de fútbol. Lo tocó.

—Porque me dijiste que quería jugar en el Real Madrid —añadió Jamie.

Blessing se secó los ojos. Captó la expresión de preocupación de Jamie.

—¿Lo he hecho mal? —preguntó—. Puedo arreglarlo.

—Oh, Jamie… —A Blessing se le quebró la voz—. Es perfecto. Es lo más bonito que me han regalado nunca.

Él sonrió. —¿De verdad?

Ella se señaló la cara. —Sí, son lágrimas de felicidad.

Él se iluminó. —Pensé que, como los echabas tanto de menos, quizá ayudaría. A veces a mí me ayuda visitar mi constelación cuando echo de menos a mi madre y a mi hermana.

A ella se le empañaron los ojos. —Oh… —Le dio un abrazo.

Cuando se separó, se secó los ojos. —¿Estás tú en ella? ¿En mi constelación?

—¿No lo has visto? —Señaló una estrella cercana a la de ella.

Por supuesto. Era la que tenía un diminuto sándwich dibujado debajo.

—*Ọmọ mi* —dijo ella en voz baja—. Lo guardaré como un tesoro. —La sonrisa de Blessing era algo inestable, pero real—. Lo colgaré en mi casa donde pueda verlo todos los días. Así, cuando eche de menos a mis niños y a mi marido, podré mirar sus estrellas y recordar que están conmigo.

Jamie asintió. —Y yo también.

—Pero a ti no tendré que echarte de menos, tontuelo, ¿verdad? Podré verte todo el tiempo.

Él soltó esa risa suya tan única. —Me alegra mucho haberte hecho feliz. Me alegro mucho de tus lágrimas de felicidad.

Ella volvió a mirar su constelación extendida sobre la mesa. La fórmula matemática de Chidi. El balón de fútbol de Emeka. Las cuidadosas líneas que los conectaban a todos con su estrella.

La estrella de Jamie. Su sándwich «perfectidelicioso».

—No puedo dejar de mirarlos —dijo ella.

Él asintió y volvió a señalarse la cabeza. —Yo nunca dejo de mirarlos.

34

Una lluvia fina repiqueteaba en el parabrisas. Frank lo despejó con los limpias. —Hay previsión de lluvia intensa durante la noche.

Esperó a que Gerry respondiera desde el asiento del copiloto.

No lo hizo.

El ambiente en el coche era gélido, y la temperatura no había mejorado en los últimos veinte minutos.

Frank oyó el suave roce del pelaje contra la tapicería. Era Rylan, que se movía en la parte trasera. A continuación, se oyó un bostezo amplio que hizo crujir las mandíbulas.

Frank echó un vistazo al espejo retrovisor. —¡No te me duermas ahí, chaval! ¡Ya casi has vuelto!

La cola de Rylan golpeó dos veces y soltó un ladrido corto.

Frank estiró el brazo hacia atrás y sus dedos encontraron la cabeza del perro, rascándole detrás de una oreja. Rylan se inclinó hacia el contacto. La mano de Frank volvió entonces al volante y el silencio se reinstaló.

—Seguro que estás listo para la cena, ¿eh, Rylan? ¿Qué te da de comer Gerry últimamente? ¿Siguen siendo esas galletas tan lujosas?

Miró a Gerry buscando un reconocimiento, o al menos una señal de vida.

Nada.

¡Genial! No iba a ponérselo fácil, ¿verdad?

—¿Todo bien, Gerry?

Gerry permanecía perfectamente inmóvil, con las manos entrelazadas en el regazo, los ojos fijos en la carretera y el rostro sereno. —Sí.

Había visto a Gerry trabajar duro hoy.

Precisa en sus palabras. Controlada en sus movimientos. Cada gesto medido. Cada respuesta calculada.

Aunque, para ser justos, así eran todos los días.

Ella no tenía «días malos».

Al menos no por fuera.

—Estoy bien.

Era evidente que no lo estaba.

Pasaron el desvío del puerto. Frank aminoró la velocidad al acercarse a Windsor Street. Apareció la familiar hilera de casas victorianas. Las farolas se estaban encendiendo, proyectando charcos anaranjados sobre el pavimento mojado.

—Ya... ha sido un día largo. Supongo que estamos todos agotados.

—Sí —la voz de Gerry sonaba cada vez más monótona.

¡Esto es una puñetera tortura!

Después de que Frank aparcara el coche oficial cerca de la casa de ella, Gerry se desabrochó el cinturón de seguridad.

Él sacudió la cabeza y suspiró. ¿Cómo podía dejarla marchar a casa así como así, sabiendo lo que había pasado ayer? ¿Y si ese viejo loco del tío Dennis volvía? Puede que no supusiera una gran amenaza física, pero la amenaza psicológica parecía muy real.

Gerry echó mano a la manilla de la puerta del coche.

—Espera —dijo Frank, apagando el motor. Tenía que intentar algo.

Ella detuvo el movimiento de la mano. Se giró para mirarlo y, solo por una fracción de segundo, él vio algo cruzar su rostro. Recelo. Luego desapareció, sustituido por esa expresión cuidadosamente neutra.

Frank se frotó la cara con una mano. Sentía un nudo en la garganta. —Tengo que contarte... algo...

Ella se incorporó. —¿Sobre el caso?

—No. No sobre el puñetero caso —las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía. Suavizó el tono—. Algo personal.

Gerry asintió. —De acuerdo.

Si ella no estaba dispuesta a compartir sus penas y fatigas, quizá soltando él algunas de las suyas conseguiría que se relajara, que soltara las de ella.

A ver qué pasa, pensó, respirando hondo antes de aclararse la garganta. —En contra de mi buen juicio, y del tuyo, *y del de todo el mundo*, he estado yendo a ver a mi nieto.

Ella se quedó mirándolo. —¿A George?

—Sí. Solo hay uno, ¿recuerdas?

—Lo sé. Pero ¿verlo? ¿Cómo? ¿Has hablado con él?

Él negó con la cabeza. —Solo lo he visto. Cuando saco a pasear a Rylan. Por las mañanas. He empezado a observarlo, ¿sabes? Entrando en su guardería.

Era inusual ver a Gerry esforzándose por asimilar algo, pero era evidente que eso estaba ocurriendo. —¿Mientras paseabas a Rylan?

—Sí.

Ella bajó la vista hacia su regazo. —¿Lo que significa que mentiste?

—¿Eh? —sacudió la cabeza y dijo—: ¡No! Bueno, vale, técnicamente no. Nunca fue el plan. El plan siempre fue pasear a Rylan. Nunca mentí. Me gusta pasear a Rylan —miró hacia atrás, vio que el labrador aguzaba las orejas y le guiñó un ojo—. Me encanta, de hecho. Y espero que siga siendo así... es solo que... —volvió a mirar a Gerry— se me metió una idea en la cabeza, como les pasa a menudo a los tontos, especialmente a los que ya han pasado su fecha de caducidad, y una cosa llevó a la otra y...

—Mentiste —lo interrumpió ella.

—¡No! Solo... omití el destino...

Ella siguió mirando su regazo. —Porque yo te habría detenido.

Él se masajeó las sienes. —Bueno, sí, estaba eso. Pero nunca me dijiste explícitamente que me mantuviera alejado de él.

—No —dijo ella—. Porque no tenía que hacerlo. Fuiste tú quien llegó a la conclusión de que era mejor dejar las cosas como estaban. Que no era más que un niño pequeño. Esto no está bien.

Él asintió. —Ya, lo sé. La idea acabó instalándose aquí... —se señaló la cabeza—. Y simplemente se descontroló. Como suele pasar, ¿sabes?

Ella lo miró brevemente. —¿La idea?

Rylan gimió suavemente en el asiento trasero.

Él suspiró. Bueno, ya que había llegado hasta aquí, más valía contárselo todo. —Espera aquí.

Frank salió, rodeó el coche hasta el maletero y lo abrió. El avión de metal estaba allí, en su bolsa de plástico, exactamente donde lo había dejado esta mañana. No iba a ningún sitio sin él últimamente, lo cual, en sí mismo, era ridículo, ya que no era probable que se tropezara con George por el Cuartel General de Scarborough.

Volvió a la parte delantera y le entregó la bolsa. Ella sacó el British Airways A380. Él miró el número de registro —G-XLEA— visible en el fuselaje, y volvió a frotarse las sienes. —Cada vez que cierro los ojos, la veo, Gerry. Maddie a la edad de George. Ver a George es duro porque recuerdo lo feliz que era ella. Y este era el modelo de Maddie cuando tenía siete años. Solíamos ir en coche al aeródromo de Eddsfield, cerca de Driffield. Se quedaba junto a la valla con la nariz pegada a la malla metálica, contando cada avión que llegaba. Avionetas, sobre todo. Cessnas. Pipers. A veces uno de dos motores si teníamos suerte. —Tragó saliva con dificultad.

Los dedos de Gerry recorrieron el ala del avión.

—Cuando vi a George por primera vez, estaba jugando con aviones de juguete en su jardín, y... —la voz de Frank se quebró—. Dios, no puedo explicarlo. Me sentí como un prisionero mirando desde el otro lado de esa valla. Estaba con otro hombre. Su abuelo adoptivo. ¿Te imaginas cómo me sentí? Ese chiquillo es el único pedazo que me queda de Maddie, y ni siquiera sabe que existo.

—No es el único pedazo. Maddie todavía está ahí fuera en alguna parte —dijo Gerry.

—Los dos sabemos que es posible que nunca vuelva a verla.

—Ya lo hemos hablado. No debes perder la esperanza.

—Pero es difícil confiar solo en la esperanza, Gerry, cuando ves a ese chaval. Es un encanto. Lleno de energía. Como su madre, y...

—Frank —ella sacudió la cabeza—. ¿Pero qué puedes hacer? ¿Y para qué es este modelo? No pretenderás dárselo.

El hecho de que él no contestara fue suficiente para que Gerry lo dedujera.

—Eso no es sensato —dijo Gerry.

—Ya, es una locura.

—Entonces, ¿por qué?

—No siempre podemos controlar nuestra locura. —Las palabras salieron apenas en un susurro.

—Bueno, tendrás que intentarlo.

—Lo he hecho. Muchas veces. Sigo fallando y volveré a fallar.

El silencio se extendió entre ellos.

Frank sabía lo que venía; lo esperaba en forma de exigencia.

—No, Frank, tienes que parar ahora mismo —dijo ella.

Ahí estaba.

Él miró hacia otro lado y asintió. —De acuerdo.

—Inmediatamente.

—Lo sé —no podía volver a mirarla.

Ella se quedó callada un buen rato, con el avión todavía entre las manos. Luego, suavemente: —Entonces, ¿lo harás?

—Lo intentaré —*No es una mentira*, pensó. *Lo intentaré, aunque la intención esté condenada al fracaso... otra vez.*

La miró. Ahora era su oportunidad. Podía esperarlo. Una confesión recíproca. Frank tomó aire. —Eso ha sido difícil, pero me siento más ligero. Realmente vale la pena... —*Vale, Frank, no te pases de dramático*—. ...¿Hay algo que te gustaría desahogar?

—No siento que tenga mucha opción ahora —dijo Gerry.

—¿A qué te refieres?

Luego, en voz baja, dijo: —Bueno, sabía que sabías lo de mi tío, pero estaba intentando evitar hablar de ello. Supongo que es difícil hacerlo después de tu confesión.

—¿Cómo sabías que lo sabía? ¿Tom?

—No.

Oh, mierda, ¿acabo de meterlo en un lío?

—Pero no te preocupes, sabía que tenía que haber sido él. No hay nadie más.

Confundido, Frank sacudió la cabeza. Había sido sutil. ¿No? —¿Cómo has sabido que yo lo sabía?

—Uno —dijo Gerry, enumerando con los dedos—, me has estado tratando como si fuera de cristal desde que me has recogido esta mañana. Dos, le has hecho a Rylan varias preguntas que querías que respondiera yo; nunca lo habías hecho. Tres, no has hecho ninguna broma sobre mi aversión a Bertha en dos trayectos en coche; algo totalmente impropio de ti. Cuatro —lo miró fijamente con una expresión casi de diversión—, acabas de compartir una confesión profundamente personal sin ninguna razón aparente, excepto para conseguir que yo me sincerara sobre mi trauma. Cinco...

Frank levantó las manos. —Ya lo he pillado.

Supongo que tendré que redefinir lo que considero sutil, pensó.

—¿Y qué quieres decir con «sin ninguna razón aparente»? —hizo un gesto entre los dos—. Somos amigos íntimos, recuerda... Te voy a llevar al altar y...

—Ha sido manipulación emocional.

—¡Manipulación emocional! Válgame Dios. Un poco fuerte, ¿no? Solo estoy preocupado por ti.

—¿Por qué no has dicho simplemente que estabas preocupado por mí?

—Lo he hecho, ¿no?

—No. No has parado de preguntarme si estaba bien.

—Es lo mismo, ¿no?

—En realidad no. Siempre me preguntas si estoy bien. Nada fuera de lo normal.

Frank suspiró. A veces se preguntaba por qué se molestaba en estos tira y afloja; nunca tenía ninguna posibilidad, ¿verdad? —En fin, ¿cuánto vas a lisiar a Tom por habérmelo contado?

La expresión de Gerry no cambió. —No voy a criticarlo por querer ayudarme.

Frank parpadeó. —¡A mí me acabas de leer la cartilla por lo mismo!

—Tom estaba preocupado. Se lo contó a alguien en quien confiaba. No puedo culparlo por eso.

—Vale —Frank se rascó la mandíbula—. Pero ¿no acabo de decir que yo estaba preocupado...?

Se quedaron sentados en silencio un momento.

Frank se movió en el asiento y puso los ojos en blanco. —Vale, lo siento. ¿Podemos hablar de ello ahora? Porque estoy preocupado.

Gerry suspiró. —Podemos, pero no estoy segura de que sirva de algo hablarlo. No pude procesarlo de niña —la voz de Gerry era baja pero firme—. Me está costando procesarlo ahora como adulta también —se interrumpió, apretando las manos sobre el avión—. Esperaba no tener que hacerlo nunca. Pero no deja de llamar, y ahora ha venido a mi casa, lo que significa que tengo que procesarlo. ¿Y por dónde se empieza con algo así?

Frank lo pensó. Procesar algo era un concepto muy extraño para él. Pero una cosa de la que sí sabía mucho le vino a la mente. —Lo cortamos de raíz. Tiene que captar el mensaje.

Gerry sacudió la cabeza. —Le he estado enviando ese mensaje. No ha funcionado.

—¿Pero y si otra persona le entrega el mensaje?

Gerry lo miró. —¿Te refieres a ti?

Frank hizo una mueca. —Bueno, sí, ¿no vale la pena intentarlo?

Ella negó con la cabeza. —Por esto dudaba en contártelo.

—No le haría daño —dijo él. *A menos que no tenga más remedio*, pensó.

—Se está muriendo. ¿Crees que le asusta lo que digamos o hagamos?

Era un buen punto. Frank sintió ese dolor familiar e inútil en el pecho. ¿Así que volvíamos a lo de procesar? ¿Cómo funcionaba eso? —A mí me parece que te está amenazando. ¿Podrías poner una denuncia?

Gerry sacudió la cabeza. —Pero no está amenazando, ¿verdad? Me está suplicando que lo vea. Tengo que encontrar la manera de lidiar con esto yo sola.

—Nadie tiene por qué lidiar con nada solo. Y nos tienes a Tom y a mí. Viste a este hombre hacer daño a alguien, te intimidó... no se merece que le dediques tiempo.

—Puede, pero tengo que lidiar con esto yo sola, Frank —su voz era de acero—. Tengo que hacerlo. Es la única manera de afrontarlo, como he dicho. Y necesito hacerlo antes de la boda. Por si viene.

Frank sacudió la cabeza. —Por encima de mi cadáver —las palabras salieron antes de que Frank pudiera detenerlas.

Gerry palideció.

—Pero no se llegará a eso —dijo Frank, rectificando—. Porque, para entonces, ya habrás lidiado con ello.

Ella asintió. —Prométemelo —sus ojos estaban muy abiertos ahora, urgentes—. Prométeme que no te acercarás a él sin mi permiso.

Frank abrió la boca para discutir. La cerró. La preocupación en el rostro de ella era genuina.

No era preocupación por Dennis.

Sino preocupación por lo que él, Frank, pudiera hacer.

—Promételo —dijo Gerry de nuevo, ahora más bajo—. No podría perdonarte si te acercas a él sin mi permiso.

Eso le dolió.

Frank apretó los dientes y asintió.

Jamás haría nada que pusiera en peligro su relación con Gerry.

—Está bien —dijo, con las palabras saliéndole con esfuerzo—. Lo prometo.

Gerry escudriñó su rostro un largo rato. Luego asintió, satisfecha, y volvió a echar mano a la manilla de la puerta.

—Pero Gerry...

Ella se detuvo.

—Si llega a aparecer en tu boda —dijo Frank con cuidado—, entonces dejas que me encargue yo. El día es de Tom y tuyo, de nadie más.

Ella bajó la mirada, reflexionando.

Frank dijo: —Sabes que no podría contenerme en esa situación.

Ella seguía sin responder.

—Concédeme eso. Respetaré cualquier otro límite —se tocó el pecho—. Pero concédeme eso. No puedo permitir que te arrebate ese día.

Ella asintió. —Está bien, Frank, pero espero que no se llegue a eso.

Salió del coche sin decir nada más, con Rylan bajando de un salto tras ella. Frank los vio caminar hasta la puerta principal, vio a Gerry abrirla y desaparecer dentro con Rylan pisándole los talones.

El avión se quedó en el asiento del copiloto, olvidado.

Frank lo cogió, le dio vueltas entre las manos y luego lo volvió a meter con cuidado en su bolsa de plástico.

Pensó en el día de la boda y en el permiso que tenía.

Eso le produjo cierto alivio.

Se hizo crujir los nudillos.

—Puede que no se me den bien los discursos de boda, tío Dennis, pero ten por seguro que hay una cosa en la que sí soy mañoso.

Fue solo después de arrancar y alejarse de Windsor Street, con la mandíbula apretada, cuando se dio cuenta de que le dolían los nudillos.

35

Era de noche, y Maggie y Jenny estaban celebrando la vida de Carrie con un poco de salmón, patatas cocidas y una copa de vino.

Maggie, para su propia sorpresa, se las arregló para comerse casi todo el salmón, y se sintió orgullosa de sí misma por haberlo hecho. Comer se había vuelto todo un desafío últimamente. También se permitió un par de sorbos de vino, pero en cuanto sintió que la cabeza empezaba a pesarle, paró.

Jenny, sin embargo, se apañó para beberse casi toda la botella.

Se oía el suave golpeteo de la lluvia en las ventanas de la casita de campo. El pronóstico había sugerido lluvias intensas, pero aún no se habían materializado.

—Todavía recuerdo cuando la conocí como si fuera ayer —dijo Maggie—. 1993. ¿Te lo puedes creer?

Jenny asintió.

—Yo estaba en el turno de admisiones. Ella tenía trece años. Todavía no te habían asignado a Carrie. Pero pasaste por su habitación en pediatría y simplemente... te quedaste. Así que te la asigné.

—Porque estaba leyendo *Los chicos del ferrocarril*. Ya sabes cómo me pongo con *Los chicos del ferrocarril*. Ninguna de las dos podía dejar de hablar del libro.

Chocaron sus copas y Maggie tomó un pequeño trago de vino blanco. Maggie miró entonces a la lejanía y pensó en la sonrisa de

aquella joven, y en la fuerza y determinación de sus ojos. Estaría en remisión para cuando cumpliera los catorce, pero desgraciadamente, recaería por segunda vez antes de cumplir los dieciséis.

Aquella chica se había pasado la vida entera luchando, y, por mucho que Maggie estuviera decidida a seguir viva ahora, iba a echar terriblemente de menos su espíritu.

Maggie apartó la copa. —Ya es suficiente.

—¿Te apetece una manzanilla?

—¿Me has leído el pensamiento?

Mientras Jenny preparaba la infusión, Maggie pensó en Carrie, en la vida que había llevado. El padre de Carrie había muerto cuando ella tenía cuatro años, y su madre, luchando por llegar a fin de mes, se había visto obligada a trabajar todas las horas que Dios daba. Nunca había tenido una gran red de apoyo, e incluso cuando estaba enferma, su madre estaba trabajando y emocionalmente ausente.

En aquellos años, Maggie se había sentido atraída por ese vacío triste y solitario, y Carrie había acogido el apoyo con agrado. Desgraciadamente, el apoyo emocional solo llegaba hasta cierto punto, y mientras Carrie vivía un periodo de remisión a los catorce y quince años, y estaba de vuelta en el mundo real, había caído bajo el hechizo de Kristian Kellerman.

Cuando Jenny regresó y puso la infusión frente a ella, le apretó el hombro a Maggie. —En 1993, el pronóstico era espantoso —dijo Jenny—. Vivió otros treinta y dos años. Treinta y dos años. Experimentó el matrimonio. Viajó a Grecia y trabajó de camarera. Tuvo más aventuras que tú y yo juntas. No estoy segura de que nada de eso hubiera ocurrido si no fuera por ti.

Maggie se limpió las lágrimas. —No digas tonterías. Creo que los médicos que la trataron merecen algo de crédito.

Jenny se arrodilló para mirar a Maggie a los ojos. —Ambas sabemos que eso no es suficiente. que hace falta luchar. Tú siempre estuviste ahí, en su esquinita, animándola. Nunca subestimes eso. Y aparte de la enfermedad, tuvo otros momentos difíciles... y de nuevo, ¿quién estuvo allí? No fue su propia madre.

—A su madre la vida también la había decepcionado a su manera.

—Sí, no la estoy criticando. Solo te pido que te sientas orgullosa de la vida que tuvo Carrie.

Maggie asintió. —En general, quitando a Kellerman y el cáncer... tuvo una buena vida.

—Sí.

Maggie se miró sus manos de papel. —¿Y yo también la he tenido, verdad?

Cuando volvió a mirar a Jenny, ahora tenía lágrimas en los ojos.

—Sí —dijo Jenny—. Una vida maravillosa.

—Porque tuve a Bobby. Te tuve a ti. Tuve a Carrie. —La voz de Maggie era firme—. Y tuve a Hope. Solo durante ocho meses. Pero la tuve, ¿verdad? Dentro de mí. La conocía. Sabía cómo se movía por la noche, que prefería mi lado derecho. Sentí cada uno de sus hipos —hizo una pausa—. Yo fui la afortunada. Bobby y el mundo nunca pudieron estar con ella. Yo sí. Por eso, estoy agradecida.

Después, en el salón, Maggie estaba demasiado aturdida para ver una película. Una combinación de vino, duelo y morfina. Se preguntó cuánto tiempo podría mantener los ojos abiertos.

Se daba cuenta de que Jenny estaba desesperada por mantenerla despierta y a su lado, para retrasar lo inevitable. Ya le había dicho a Jenny que no sería esta noche, que este era el día de Carrie, pero Jenny no se lo había terminado de creer.

Juntas vieron *Look North*. Escucharon noticias sobre la cosecha de calabacines, eventos benéficos, los preparativos de los pueblos locales para los mercadillos navideños y, para colmo, robo de ovejas. Resultaba extraño escuchar el avance pausado de la vida ordinaria mientras la suya propia había entrado en su esprint final.

Podía ver la línea de meta, y arriba, en su habitación, tomaba la forma de un frasco marrón.

Sin embargo, cuanto más miraba, más consuelo encontraba en la continuidad. En que, aunque ella ya no estuviera, los calabacines

seguirían creciendo, la gente seguiría recaudando dinero para ayudarse unos a otros y celebrando la Navidad.

El robo de ovejas no era tan reconfortante, pero tres cosas positivas de cuatro no estaban tan mal.

Cerró los ojos y pensó en su primera Navidad con Bobby, y en lo enamorados que habían estado.

La lluvia llegó de repente y golpeó las ventanas en un aguacero violento. Los cristales de la casa vibraron en sus marcos con cada racha que empujaba el agua con más fuerza. Era la tormenta que el pronóstico había prometido, llegando finalmente con fuerza.

Abrió los ojos de golpe.

En la pantalla había una foto de una mujer. De unos cuarenta y tantos años, Pelo largo y rubio.

Y sumamente familiar.

—...túneles de ferrocarril abandonados en Kettleness —decía el presentador.

Se llevó la mano al pecho.

¿Se había sumido en algún sueño febril?

Miró a Jenny, que estaba concentrada en la televisión y no había notado su malestar. Parecía bastante real.

La lluvia era implacable ahora, azotando las ventanas en cortinas. No podía oír bien. Usó el mando a distancia que tenía a su lado para subir el volumen.

—...identificado como Kristian Kellerman, un caso de persona desaparecida de 2003. Si reconoce a esta mujer...

No, no puede ser…

Se inclinó hacia delante, todavía presionando su pecho con la mano. Tenía que ser la combinación de morfina y vino lo que hacía que todo fuera incierto, los recuerdos mezclándose con los sueños, el pasado y el presente enredándose como lana.

Un vínculo, tal vez, con el malestar de Carrie cerca del final, cuando recordaba que la habían herido y que debería haberlo detenido.

Cerró los ojos. Se frotó las sienes.

Kristian Kellerman.

Y entonces todo se desvaneció. La lluvia, el calor de su salón, la debilidad de su cuerpo y ella estaba…

Frío...

Sí, frío.

Sin lluvia ahora, solo viento, y el sonido lejano del mar contra los acantilados.

El aliento escarchándose con el viento.

Y los ojos de un depredador, dilatándose.

Y dilatándose.

—¿Maggie?

Jenny estaba de vuelta en el salón. En el sofá. La televisión estaba apagada.

—¿Estás bien, Maggie? —Jenny estaba inclinada sobre ella.

Abrió la boca para preguntar si aquello acababa de suceder. ¿De verdad acababa de ver esa cara, de oír ese nombre?

Se contuvo.

No.

Morfina y vino.

Viejos recuerdos burbujeando y subiendo a la superficie.

—Vamos a llevarte arriba.

Jenny la ayudó a levantarse.

Una vez en la cama, no podía quitarse a Kellerman de la cabeza.

Pero el agotamiento acudió en su ayuda y se quedó dormida.

Y soñó.

No con Kristian.

Sino con Fylingdales Moor en verano. El brezo floreciendo en púrpura hasta donde alcanzaba la vista. El olor a tierra cálida y tomillo silvestre. Bobby caminando delante.

Él se giró. Sonrió. Esa sonrisa. La que la había hecho sentir comprendida. La que siempre los había mantenido unidos en los peores momentos posibles.

—Pronto, Maggie —dijo sin hablar—. Pronto volveremos a estar juntos. Tú, yo y Hope.

Y en el sueño, ella le creyó.

Y en *este* sueño, sus manos estaban limpias.

36

Blessing había perdido la noción del tiempo.

Durante las últimas horas, se había sentado junto a Jamie a la mesa de la cocina, ayudándole a mejorar su mapa estelar añadiendo a amigos y parientes lejanos.

Su hermana, Folake, se había unido al conjunto. Veintitrés coma siete grados al sureste de su estrella, según Jamie, porque allí era donde estaba Ibadan, más o menos, en relación con Lagos.

En ese momento estaba añadiendo tanto a Abeni como a Olu. Dos de sus mejores amigos. Abeni venía acompañada de un boceto rápido de un edificio —una embajada— porque él la había ayudado en su huida del país. Debajo de Abeni estaba Olu, con una moneda de naira, porque le había dado dinero para ayudarla durante su huida. Fue muy generoso por su parte, ya que tenía tres hijos propios a los que cuidar.

También había un logotipo de WhatsApp debajo de ambos nombres, porque ella le había contado antes a Jamie que hablaba con ellos por WhatsApp todos los domingos después de la iglesia.

Después, ella se reclinó en la silla de la cocina, contempló su constelación y sonrió a Jamie.

—¿Es tan perfectioscrujiente como el sándwich? —preguntó él.

—No estoy segura de que exista una palabra para describir lo hermoso que es esto, Jamie. —Lo contempló durante un rato, con el

murmullo de fondo de la lluvia fina cayendo constantemente contra las ventanas del bungaló.

—¿Quieres ver *Look North*? —preguntó Jamie finalmente—. Empieza ahora.

No había ningún reloj en su cocina, así que ella consultó su reloj de pulsera para ver si tenía razón. Por supuesto, ya sabía que la tendría.

El tiempo vivía dentro de él. Lo medía todo según su propio ritmo y rutinas.

Uno de los elegidos.

Veía el mundo a través de los ojos del espíritu.

—Si vuelvo a casa ahora conduciendo, me lo perderé... así que supongo que podría quedarme hasta el final —dijo ella.

Él radiaba alegría. —¡Qué bien!

Se levantó y enrolló el mapa estelar. Contó tres rotaciones completas. Luego lo aseguró con dos gomas elásticas. Lo dejó sobre la mesa de la cocina y después, juntos, se acomodaron en el sofá. Usó el mando para que aparecieran los paisajes de Yorkshire deslizándose por la pantalla al son de esa música familiar.

Jamie le había dicho muchas veces cuánto disfrutaba con *Look North*. —Vivimos en Yorkshire. Y por eso, las noticias tienen más sentido cuando tratan sobre Yorkshire.

Empezó con una noticia sobre la inauguración de una nueva biblioteca en Scarborough. Él asentía mientras lo veía, absorbiéndolo todo.

Si después le preguntara por el tamaño del edificio, se acordaría, pensó ella. *E igual que de todos los nombres de los concejales locales que asistieron a la ceremonia.*

Cuando apareció una noticia sobre unas obras viales en la A171, Jamie dijo: —Esa es la carretera de Middlesbrough. En el verano de 2019. Dieciséis de junio. Veintisiete grados centígrados. Aurora me llevó en coche. Se paraba para que pudiéramos mapear. El asfalto estaba blando.

Aurora.

Blessing nunca había conocido a su hermana mayor en condiciones. Aurora solo venía los domingos, mientras Blessing iba a

la iglesia. Blessing pasaba las tardes en tranquila contemplación, reviviendo sus recuerdos y los tiempos más felices con la familia que había perdido.

Jamie, por supuesto, se moría de ganas de que conociera a Aurora. Sería algo que resolver en el Año Nuevo.

Tras una noticia sobre el robo de ovejas, la música cambió de repente.

Un ritmo entrecortado, que señalaba algo urgente y grave.

—*No* —dijo Jamie, lanzando la mano hacia los controles—. No me gusta esta parte.

—Vale, apágalo...

Jamie golpeó accidentalmente el mando y se le cayó del brazo del sofá. Rebotó contra el suelo y ella oyó cómo rodaban las pilas.

—No importa —le tranquilizó ella—. A mí me pasa todo el tiempo.

—¡No!

—¿Jamie?

La lluvia se intensificó de repente, martilleando el tejado y las paredes del bungaló.

Él se había levantado y salía de la habitación a toda prisa, con las manos apretadas sobre las orejas. —No me gusta esta parte... ¡apágalo! Ha pasado algo malo. No quiero oír cosas malas.

Blessing pensó en desenchufar la televisión, pero optó por ponerse de rodillas para recuperar el mando. La lluvia golpeaba implacable sobre sus cabezas, un rugido constante contra las tejas.

—Agua —dijo él, esquivándola—. En el vaso azul. El que tiene estrías.

—Buena idea...

La televisión atronaba. —Y ahora, un llamamiento de la policía de North Yorkshire en relación con un cuerpo hallado en unos túneles de ferrocarril abandonados...

—Ya está —dijo Blessing, metiendo de nuevo las pilas en el mando—. Apuntó a la televisión y pulsó. No pasó nada. En la pantalla aparecía la imagen de una mujer rubia de mediana edad.

—Los agentes solicitan ayuda para identificar a una mujer que podría tener información sobre la víctima.

Siguió pulsando, antes de darse cuenta de que debía haber colocado las pilas al revés. Empezó a cambiarlas.

—...identificado como Kristian Kellerman, un caso de persona desaparecida de...

Esta vez, cuando pulsó el botón, la televisión se apagó.

—Bien. Ya está apagada.

Un vaso se hizo añicos en la habitación de al lado.

—¿Jamie?

Él lanzó un alarido.

Y con el telón de fondo de cortinas de agua golpeando las ventanas, resultó verdaderamente horrible, un sonido distinto a cualquier otro que ella hubiera oído en este país.

En su hogar, en Lagos, tal vez, pero no aquí.

Incluso en los peores momentos de Jamie, nunca lo había oído tan angustiado.

Tan desgarrado.

Se le heló la sangre, pero consiguió llegar a la cocina para encontrar a Jamie de pie junto a la mesa. Su vaso roto yacía sobre ella. El mapa enrollado de su constelación flotaba en un charco de agua. Sin dejar de emitir aquel sonido horrible, él lo miraba fijamente, con los ojos desorbitados y las manos apretadas contra las orejas.

—No te preocupes, Jamie, cariño, podemos secarlo. Te prometo que se pondrá bien.

Pareció surtir efecto. Su alarido empezó a disminuir y luego cesó. Sus manos cayeron de las orejas.

Ella suspiró para sus adentros.

Pero cuando él volvió sus ojos hacia ella, vio que, después de todo, nada estaba bien.

Estaban muy abiertos y desenfocados.

—Jamie... —intentó decir ella, tratando de que volviera de dondequiera que se hubiera perdido de repente.

Intentó acercarse a él, pero fue demasiado lenta y él salió disparado, alejándose de ella hacia el otro extremo de la mesa.

Con la espalda pegada a la pared de la cocina, volvió a taparse los oídos, pero esta vez gimió en lugar de gritar y, al hacerlo, se

deslizó por la pared hasta el suelo.

La lluvia caía ahora a cántaros, y el ruido, por sí solo, provocaba ansiedad.

La situación requería que fuera a buscar los protectores auditivos a la otra habitación, pero la idea de dejarlo solo la aterraba, así que rodeó la mesa por su extremo y se acercó a él lentamente. —Jamie, soy yo, Blessing-la-de-Lagos.

El gemido cesó.

—Jamie. Estás a salvo. A salvo aquí conmigo.

Sus manos cayeron de sus orejas y sus brazos rodearon sus rodillas, para poder balancearse. —Oscuridad —dijo.

—¿Oscuridad?

—Oscuridad. —Su voz sonaba amortiguada contra sus rodillas—. Oscuridad —repitió—. Oscuridad.

Ella estaba a un metro de él. —Mira a tu alrededor, Jamie, hay luz...

—Oscuridad.

Dejó de mecerse y sus brazos cayeron de las piernas.

—¿Qué es oscuro, Jamie?

—Mis estrellas. —Se golpeó la frente con la palma de la mano izquierda abierta—. Mi mundo. —*Chas*—. Todo. —*Chas*—. Oscuro. —*Chas*.

—Para, Jamie. —Blessing se arrodilló a su lado—. Jamie, mi niño, para, por favor.

Chas. —Mis estrellas. —*Chas*. —Mi mundo. —*Chas*. —Oscuro. —*Chas*.

Su frente estaba ahora de un rojo encendido. Pudo ver el pulso en su cuello: rápido, errático. Su respiración salía en breves jadeos entre los golpes y las palabras, con el pecho sacudiéndose.

—Soy Blessing —dijo ella, tendiéndole la mano—. Tienes que dejar de hacerte daño.

Le agarró la muñeca. Su piel estaba caliente al tacto. Él la miró y tenía las pupilas dilatadas. El negro casi se había tragado el azul. Ella empleó su fuerza física para detener los golpes, pero sabía que él podría usar fácilmente la otra mano o, lo que era peor, reaccionar agresivamente contra ella.

Afortunadamente, no ocurrió nada de eso, y vio que los ojos y el rostro de él empezaban a suavizarse. Aprovechó la oportunidad para atraerlo hacia ella. Lo rodeó con sus brazos. Lo sujetó con fuerza. Presión. Presión profunda. El peso que le decía a su sistema nervioso: Estás a salvo. Estás protegido. Estás sostenido.

Fuera, la lluvia no daba señales de amainar, golpeando el bungaló con la misma fuerza implacable.

Él seguía rígido contra ella, y ella sabía que aún podía resistirse en cualquier momento.

Tenía treinta y nueve años, era bastante pesado y alto. Suponía un desafío para Blessing, pero en ese momento, con la adrenalina y la compasión por Jamie por las nubes, no le importó.

Estaría allí para él, de la misma manera que había estado para sus propios hijos. Nunca dejaría de intentar evitar que sus mundos girasen sin control. Evitar que se perdieran en la oscuridad a la que Jamie podría estarse refiriendo.

Empezó a acunarlo. El mismo movimiento que él estaba haciendo. De atrás hacia delante. De atrás hacia delante. Pero ahora más suave. Controlado. Relajante. Él se soltó y permitió que sus piernas se extendieran, de modo que ella ya no soportaba tanto peso.

Aquello liberó suficiente espacio en sus pulmones para permitirle respirar.

A sus propios hijos les habría cantado canciones yorubas. Nanas transmitidas de generación en generación.

Pero para Jamie, tarareó una canción que le había oído cantar muchas veces. Una sobre el sol que llegaba. Se acercó a su oído para que pudiera oírla por encima de la lluvia.

Su respiración empezó a cambiar. Se relajó.

Pero ella siguió tarareando.

Se sentía como su promesa hacia él de que alguien estaba allí. Alguien abrazándolo. Alguien que no lo soltaría.

Entonces, a pesar de la relajación, el peso de Jamie se hizo mayor. El sueño debía de estar llegando.

Su cuerpo mostraba clemencia tras la crisis y se estaba ralentizando.

Sintió el momento en que se quedó dormido. La relajación final. La rendición completa a la inconsciencia.

Blessing le besó la cabeza. Su pelo estaba suave bajo sus labios, erizado en ángulos extraños donde sus manos lo habían alborotado. —Ya está... ya está, mi niño.

Cerró los ojos.

—Mi niño... mi niño querido...

Y de pronto estaba de vuelta en aquel campo de refugiados. Y el niño en sus brazos no era Jamie, sino Chidi. Tenía siete años y ardía de fiebre.

Y ahora sí cantó en yoruba, mientras rezaba a Dios para que dejara vivir a este.

Solo a este.

Por favor.

Solo a este.

Pero él seguía y seguía calentándose más, y su respiración era cada vez más superficial, hasta que dejó de preguntar por su hermano y su padre, y pareció estar conversando con ellos en otro lugar.

Y tal vez eso sea bueno, había pensado ella. *Todos juntos, hablando y riendo, en algún lugar, lejos de este infierno.*

Pero cuando él se quedó quieto y ella se dio cuenta de que aquello no era bueno —que nada relacionado con la oscuridad en sus estrellas, en su mundo, podía ser bueno—, abrazó a su hijo muerto durante horas.

Mucho después de que los trabajadores del campo intentaran llevárselo. Mucho después de que los otros refugiados desviaran la mirada. Mucho después de saber, con absoluta certeza, que no iba a volver.

Y cuando finalmente se durmió aquel día, vinieron y se lo quitaron.

Blessing abrió los ojos. Jamie estaba dormido en sus brazos.

Y entonces se preguntó, durante más de una hora, qué clase de oscuridad había arrastrado a Jamie de vuelta a un lugar en el que un niño cálido y de buen corazón no tenía por qué estar.

37

Rachel estaba acurrucada en una esquina del sofá, sosteniendo una copa de vino.

Oliver estaba sentado a su lado; sus pulgares se movían por la pantalla del móvil con la eficiencia que solo poseen quienes han nacido rodeados de tal tecnología.

Martin ocupaba el sillón, con la mirada fija en la televisión.

Ella se terminó la copa de un trago, con la esperanza de que el alcohol ayudara. De momento, no lo había hecho. El historial de búsqueda de Oliver seguía pesándole. Pero no le había mencionado nada ni a él ni a Martin. Y le estaba costando hasta la última gota de su fuerza de voluntad.

Estaban dando *Look North*. Escuchó una noticia sobre el robo de ovejas cerca de Helmsley. Estaban haciendo un esfuerzo impresionante por presentarlo como una de las noticias más importantes jamás ocurridas en el Norte.

Martin dijo:

—¡Me cago en la leche! ¿Robo de ovejas?

—Sería una noticia importante si fuesen tus ovejas —dijo Rachel, y sonrió.

Martin se rio.

Oliver levantó la vista del móvil; sus ojos oscilaron entre su madre y su padre, pero el pulgar nunca se detuvo en la pantalla.

—Las ovejas valen bastante dinero, en realidad. Los ejemplares de cría con pedigrí pueden costar miles.

—¡Ja! ¡Mi hijo, el experto en ovejas! —dijo Martin—. ¿Y eso cuándo ha pasado?

Oliver levantó el móvil.

—Ahora mismo… Google.

Rachel sonrió. Así era Oliver. Siempre fascinado. Ávido de información. Los profesores siempre lo elogiaban por su curiosidad. Rachel se preguntaba cuánto de aquello se debía a la necesidad de dar sentido a un mundo que a menudo no tenía sentido para él.

—Quizá deberías hacerte detective privado de ovejas, hijo —dijo Martin—. Podrías cobrarles una pasta a esos granjeros por recuperar sus ovejas.

Por un momento, Rachel se atrevió a sentirse mejor. Puede que fuera por el vino, o puede que fuera aquel momento de normalidad: una familia viendo la televisión junta y haciendo comentarios tontos.

Se inclinó hacia delante, cogió la botella de la mesa de centro y se rellenó la copa.

Lo siguiente en *Look North* fue una recaudación de fondos benéfica en Whitby en la que participaba gente flotando en bañeras viejas por el puerto. —Seguro que se hunden —dijo Martin. Se rio para sus adentros y luego miró a Oliver—. ¡Ni se te ocurra buscarlo en Google!

Se produjo un cambio repentino en la música, que marcaba un giro serio en el telediario.

Rachel dio un sorbo, casi derramando la copa cuando un estruendo estalló contra la puerta del patio, ahogando la televisión por un momento. Ahí llegaba la lluvia torrencial prometida.

—Joder —dijo Martin—. ¿Habéis oído eso?

—Y ahora —dijo el solemne presentador—, un llamamiento de la Policía de North Yorkshire en relación con un cuerpo recuperado en los túneles ferroviarios abandonados de Kettleness.

La pantalla se llenó con la imagen de una mujer rubia de mediana edad.

La mano de Rachel se apretó alrededor de la copa. Todo lo que rodeaba a esa imagen pareció desvanecerse en la nada. Incluso el

estruendo del repentino aguacero.

—Los agentes solicitan ayuda para identificar a esta mujer que puede tener información sobre la víctima, identificada como Kristian Kellerman, un caso de desaparición de 2003.

No puede ser.

Sintió como si la pantalla del televisor la estuviera absorbiendo.

Aquellos eran los ojos de Jade, sin duda.

Y mis ojos también, por supuesto.

¿Este era el aspecto que habría tenido si no se hubiera tocado el pelo? ¿Si no hubiera optado por las gafas falsas?

Al menos ella se había cuidado la piel mucho mejor de lo que la imagen daba a entender.

—Si reconoce a esta mujer, o tiene alguna información sobre su paradero, por favor póngase en contacto con la Policía de North Yorkshire en el...

—La verdad es que se parece un poco a ti, mamá —dijo Oliver.

De repente, todo lo que rodeaba la imagen y la televisión volvió a cobrar nitidez.

La lluvia golpeaba las puertas del patio como puños que exigieran entrar.

Se quedó mirando a su hijo, que parecía mortalmente serio. Abrió la boca para hablar, pero no salió nada. Entonces, la risa de su marido atrajo sus ojos hacia él.

—Se parece un poco, sí —dijo Martin. Le guiñó un ojo—. El pelo oscuro te queda mejor. Nunca me han ido mucho las rubias.

Oliver se rio.

Su corazón dio un vuelco. Una y otra vez.

La lluvia azotaba.

Y entonces dejó de sentirse parte de su mundo. El mundo de Rachel Morrison.

La copa en su mano. No sabía decir si era demasiado pesada o demasiado ligera.

La temperatura. ¿Hacía demasiado calor o demasiado frío?

Y el aire. Lo respiraba; sabía que estaba viva, ¿entonces por qué de repente parecía irrespirable?

Malditamente irrespirable.

Rachel se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Martin.

—Sí —logró decir—. Solo necesito ir al baño.

—¡Es por el chiste de las rubias, papá! Pareces un misógino de los años setenta.

Él se rio.

—¡Ella sabe que yo no soy así, de verdad! Cualquier color de pelo me habría servido.

Oliver volvió a reírse.

Martin gritó: —No te vayas muy lejos, cariño. Ahora que sabemos que eres la más buscada de Yorkshire, igual podemos negociar algún tipo de recompensa para nosotros.

Arriba, amortiguó el sonido de las bromas de su marido cerrándose en el baño.

Sin embargo, aquello no detuvo la lluvia, que golpeaba contra la pequeña ventana de cristal sobre el váter.

Pero aquello podía soportarlo.

Esa risa era mucho más irritante.

Echó el cerrojo, se sentó en el váter y hundió la cara entre las manos.

Su mente le estaba gastando una broma pesada. Tenía que ser eso.

Por eso todo le había parecido tan irreal en el salón. Era todo fruto de una mente perturbada por la presión de Patricia sobre la nominación al premio de enseñanza.

No había forma de que su cara, o mejor dicho, una versión de su cara, estuviera ahí fuera, dando vueltas por todos los televisores de Yorkshire.

Y al igual que antes, cuando había mirado el ordenador de Oliver, se dejó caer del váter y se puso de rodillas.

Las baldosas decoradas con diamantes estaban frías.

Pero no tanto como lo había estado aquel suelo de la cocina en aquella casa de Chapeltown Road hacía tiempo.

Cuando tenía catorce años y les habían cortado el gas y la luz.

Y había tenido que prepararles sándwiches a su hermano y a su madre con las manos trémulas mientras tiritaba…

Ahora, en el suelo del baño, sacudió la cabeza.

No… no…

Había jurado no volver nunca allí. A ser Jade. Había sido una buena esposa, una buena madre, una buena profesora.

¿Cómo era posible que se mereciera esto?

Pero las baldosas presionaban sus rodillas y parecían enfriarse más y más, hasta que volvió a ser Jade. Catorce años, de pie en una tienda de barrio, arrancando una postal pinchada en un tablero de corcho junto a la caja, con los bordes curvados y amarillentos, mientras en la radio sonaba «The Sign» de Ace of Base.

Un hombre contestó al teléfono. Tenía acento de Yorkshire y parecía amable.

—Agencia Spencer.

—Había una tarjeta. En una tienda. Sobre un trabajo de modelo.

—Ah, claro. ¿Me da su nombre?

Ella había vacilado. —Jade Thornton.

—Encantado. ¿Y su edad, Jade?

—Dieciséis —mintió.

—Bien, soy Harold Spencer. Es mi agencia de modelos. Para ser sincero, está dando sus primeros pasos. Aun así, por eso mismo hay varias buenas oportunidades. Mire, ¿está libre mañana por la tarde?

—Sí.

Sábado. Centro de la ciudad de Leeds. Se había embadurnado de maquillaje. La hacía parecer mucho mayor.

Harold fue puntual. Era bastante mayor, pero era guapo. Parecía el tipo de hombre que su madre traía a casa a veces.

Llevaba traje. Ella solo veía a sus profesores masculinos llevar traje. Eso la hizo sentir a gusto. Cuando él le ofreció la mano, ella se preguntó si alguna vez le había dado la mano a alguien. Alguien le dijo una vez que los apretones de manos debían ser firmes y decididos. Aun así, el de él fue suave. Su piel era blanda y también olía bien. Le recordó al aftershave de su padrastro. Había muerto

hacía unos cuatro años, pero había sido un hombre amable y, si no fuera por él, no tendría a su hermanastro.

Sus ojos eran azules, muy azules. Y a ella siempre le habían gustado los chicos mayores de ojos azules del instituto.

—Por favor, siéntese. —Le señaló una silla. Ella se fijó en su reloj. ¿Era de oro? —. ¿Quiere un café?

—Té, por favor.

Le escuchó hablar durante mucho tiempo. Sobre la industria de la moda. Sobre las oportunidades para las mujeres jóvenes. Sobre lo difícil que era entrar en el negocio sin contactos. Él también hizo preguntas. Sobre sus notas en el instituto. Sobre su familia.

Nunca se había considerado una buena mentirosa, pero parecía que se había subestimado. Él asentía, aceptándolo todo sin comentar demasiado.

Ella le dijo que le gustaba estudiar, y equiparó cuarto de la ESO con la universidad.

—¿Qué hace cuando no está estudiando?

Decidió decir la verdad esta vez. —Me gusta pasar tiempo con mi familia.

—¿Su padre?

—Nunca conocí a mi padre, y mi padrastro murió. —Todo esto era verdad—. Tengo un hermano pequeño.

—¿Qué le parecería a su madre que trabajara?

—No creo que lo cuestionara. —Más verdad—. Nos cuesta llegar a fin de mes. Ella tampoco ha estado bien de salud. Si pudiera contribuir…

La expresión de él cambió ligeramente. No era exactamente compasión. Era algo más. ¿Una especie de avidez?

—Debe de ser difícil. Y a mí me gusta ayudar a los que pasan apuros.

Ella asintió ahora, comprendiendo por qué los ojos de él parecían haberse iluminado.

—Parece muy madura para tener dieciséis años. —No era una pregunta. Una afirmación que hizo que su piel se erizara de una forma que no sabía nombrar—. Muy responsable.

Fue solo en ese momento cuando se dio cuenta de cuánto miedo había estado viviendo. Una cantidad abrumadora y constante. Que si dejaba de cuidar de su madre y de su hermano pequeño, si se descuidaba aunque fuera un momento, todo se vendría abajo.

—Bueno, creo que es lo suficientemente atractiva para ser modelo —dijo él.

Ella se sonrojó. —Gracias.

—Y le alegrará saber que está razonablemente bien pagado.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Y lo mejor es que no necesitaríamos tanto tiempo como muchos otros trabajos.

Ella asintió. Ganar dinero, mantener a su familia y seguir teniendo algo de tiempo para pasarlo con ellos. De repente sintió que haber cogido aquel anuncio del tablón de corcho había sido el mejor movimiento de toda su vida.

—Un par de horas cada dos semanas.

—¿De verdad?

Él sonrió. —Sí. Es algo especializado, ya sabes. Pagamos por el talento que ofreces, más que por el número de minutos que trabajas. Es un trabajo afortunado. Trabajar en un supermercado te quitaría muchísimo tiempo, pero, mira —sacudió la cabeza y extendió la mano—, no nos adelantemos. Esta es una charla preliminar, y tengo a otras cinco mujeres jóvenes con las que hablar hoy. Solo tengo dos vacantes.

A ella se le hundió el corazón. Bajó la mirada.

—No se desanime tanto, tiene talento —dijo él.

—¿En serio?

—Llevo mucho tiempo en este negocio. Sé reconocer el potencial en cuanto lo veo. Es hermosa; realmente hermosa, no de esa forma fabricada. Pero más que eso, es inteligente. Responsable. Exactamente el tipo de persona a la que le va bien en esta industria. —Sonrió.

Ella asintió agradecida. —Gracias. Me encantaría el trabajo.

Él se rio. —Lo sé, se le nota. Mire, me encanta su determinación —dijo. Se inclinó un poco hacia delante, imitando la postura de ella. Se sintió vista. Especial.

Ella intentó pensar en cosas positivas que pudiera decir para venderse. A menudo veían solicitudes de empleo en clase de Tutoría.
—Soy trabajadora, concienzuda y seré entusiasta.

Él volvió a reírse. —Determinada, desde luego. Mire, tengo otra preocupación.

—Vale. —Ella asintió.

—Es una industria que se mueve rápido. Los bancos pueden ser bastante lentos. Todo es en efectivo. A veces, eso puede ser un problema, ya sabes, con lo de rellenar los formularios de la declaración de impuestos y esas cosas. Así que, si...

—No hay problema —dijo ella, pensando en lo perfecto que sonaba aquel plan. Salarios sin declarar. Además, sin riesgo de que él se enterara de la edad que podía tener en realidad.

Él sonrió de oreja a oreja. —Fantástico. Y huelga decir que nada de contratos. Son un lío. Pero pagaremos bien.

—Por mí bien.

—Excelente. —Escribió un número en la página en blanco de su libreta y se lo enseñó—. Esto sería por sesión durante tus tres primeras sesiones. A partir de ahí podemos negociar.

Ella abrió mucho los ojos. La cifra no parecía real.

—Siento que no podamos ofrecer más; como he dicho, estamos empezando.

¿Hablaba en serio?

—Antes de recibir a la siguiente entrevistada, creo que es importante decirte que el trabajo puede parecer extraño al principio, no lo que esperabas. Ya sabes, todos los trabajos nuevos son así. Recuerdo mi primer empleo. Me tenían de un lado para otro como a la chica de los recados, pero ahora mira: dirijo una empresa. Así que, a veces, hay que encajar lo inesperado. Si tienes éxito, pronto te entusiasmará el potencial. He trabajado con muchas mujeres jóvenes inteligentes y capaces y no recuerdo a ninguna que no haya mejorado su situación.

Sintió un subidón de adrenalina.

«Por favor», pensó. «¡No busque más!».

Deseaba tanto el trabajo que le dolía el estómago.

—Le garantizo que soy la mejor persona para el puesto —dijo ella, intentando venderse de nuevo.

Él se rio. —Eres tenaz. Me gusta mucho. Mira, tengo que estar seguro. Hay mucho que tener en cuenta por mi parte. Somos una industria competitiva. El trabajo requiere la máxima discreción. Tendrá que guardarlo todo en secreto. Ser reservada. Es otra cosa que busco en mis empleadas. Realmente tengo que confiar en ellas…

—No se lo diría a nadie.

Él sonrió y asintió.

—¡De verdad! —Hizo la señal de la cruz sobre su corazón.

—Tiene mucha personalidad. —Él asintió, apretando los labios, dándole vueltas—. Mire. Llámenme el lunes y le diré si la hemos seleccionado. Si la contacto yo, puede que contesten su madre o su hermano, y...

—Vale, no hay problema —dijo ella antes de que él terminara.

Hablaron otros veinte minutos. Él le había enseñado fotografías de un maletín de cuero. Chicas de su edad con ropa bonita, sonriendo a la cámara. Profesional. Legítimo.

—A todas les va bien ahora —había dicho él—. Una está en la universidad. Otra se ha comprado un piso. Es un trampolín, ya ves. Una forma de construir la vida que desea.

Se había guardado la tarjeta del quiosco. La sostuvo en el tren de vuelta a casa, dándole vueltas y vueltas entre los dedos, preocupada por si la perdía, pues la oportunidad desaparecería con ella, como si nunca hubiera existido de verdad.

También pensó en el dinero. En los zapatos desgastados de su hermano. En la factura de la luz. En su madre, en el piso de arriba, perdida en su neblina, nunca allí, nunca presente, nunca ayudando.

En la sonrisa de Harold. En su reloj caro. En la forma en que él había notado su talento.

Por una vez, parecía que alguien le sonreía desde arriba.

Lo llamó tres días después y se quedó atónita, sorprendida y agradecida al conseguir el trabajo.

Él le explicó la primera recogida y lo de la venda en los ojos.

—Es competitivo, recuerde. Tenemos que mantener nuestras ubicaciones en secreto con las nuevas empleadas, al menos hasta que podamos confiar en ellas; ya nos la han jugado antes empleadas de otras empresas.

Pero a esas alturas, ella estaba emocionada por los cambios que se avecinaban.

Su capacidad para ayudar a su madre.

Fue solo después de esa llamada telefónica, mientras bailaba por la habitación, entusiasmada, cuando se dio cuenta de algo.

En realidad nunca le había preguntado de qué iba a ser modelo.

Y él tampoco lo había mencionado.

RACHEL DEJÓ ATRÁS a Jade y volvió a sí misma en el suelo del baño.

La lluvia sonaba desesperada contra la ventana del baño.

Abajo, Martin y Oliver estarían esperando.

Riendo, y felices en su ignorancia.

Sin tener ni idea de la existencia de Jade.

Y del hecho de que esa cara por todo Yorkshire era la suya.

¿Cuánto tiempo pasaría, siendo realistas, antes de que alguien atara cabos?

¿Cuánto tiempo antes de que Martin y Oliver supieran que la mujer de sus vidas había estado viviendo una mentira?

Tenía que ser realista.

No sería mucho.

Pronto, todo el mundo sabría que solía ser Jade y que, a la edad de catorce años, había estado desesperada y había sido rematadamente estúpida.

38

Todos tenían una copia del informe de balística sobre su mesa. Frank empezó a explicárselo. —La bala que acabó con la vida de Kristian Kellerman era un proyectil de caza RWS de punta blanda del calibre .308 Winchester. Pasad la página para ver un primer plano de la base.

Se oyó un crujido de papel.

—¿Podéis ver el número de lote DE-4739-2003 grabado ahí? —preguntó Frank.

Hubo un murmullo colectivo de asentimiento.

—Bien, en la página siguiente podéis ver las marcas de estriado. Esta bala fue disparada por un rifle Tikka T3; de fabricación finlandesa, seis macizos y estrías, con paso a la derecha. El cañón se fabricó entre 2001 y 2002, apenas un año antes de que Kellerman desapareciera.

Observó a los miembros de su equipo asentir con la cabeza.

—Ha habido un descubrimiento en particular que ha entusiasmado a Helen —dijo Frank—. Ha sido mediante la espectrometría de masas. Reveló rastros de aceite de limpieza de armas incrustados en el núcleo de plomo blando de la bala. Algo que no es inusual. Aceite Ballistol, una fórmula alemana. Sin embargo, había un segundo compuesto... totalmente único... Aceite esencial de lavanda.

—¿Cómo dices? —preguntó Reggie—. He oído hablar de *Pimp My Ride*, pero nunca de tunear el aceite de limpieza.

—Pues ahí lo tenéis —dijo Frank, frotándose las manos—. Así que... —Miró su reloj—. Pasemos las próximas dos horas aquí familiarizándonos con el informe y viendo si podemos sacar algo en claro.

Menos de treinta minutos después, Sean anotó el primer tanto. —Vale, Highland Outdoors LTD. Eran los únicos importadores en el Reino Unido de munición RWS en 2003. Y escuchad esto... solo entraron cincuenta mil cartuchos de la punta blanda del .308.

—¿Solo? —soltó una carcajada Sharon—. Cincuenta mil me parecen un montón de ciervos muertos.

—O de productores de porno muertos —dijo Reggie.

—Al menos entonces se les habría dado un buen uso —dijo Clara.

Frank puso los ojos en blanco. —¿Qué más, Sean?

—Highland Outdoors solo distribuyó a seis tiendas en el norte de Inglaterra.

Frank sintió un subidón de adrenalina. —Parece que no eres solo una cara bonita, Sean. Vamos con las ubicaciones.

Sean continuó: —Voy un paso por delante, señor. Dales Fieldsports en Thirsk. Pennine Gun Shop en Ilkley. Yorkshire Sporting Arms en Malton. North Moor Firearms en Helmsley. Rigg & Sons en Richmond. Y Moorland Sports en Pickering.

—Tu cara se está volviendo cada vez más bonita —dijo Frank.

—No es difícil de lograr teniendo en cuenta su punto de partida relativamente bajo —dijo Sharon.

Reggie se rió.

Sean la miró con cara de pocos amigos. —Mira quién ha recuperado el sentido del humor después de un mal caso de cagalera.

—¡Maldita sea! ¿Pero esto qué es, el patio de un colegio? —reprendió Frank—. Todo el mundo a investigar esas seis tiendas.

Sharon fue la más rápida. —Dales Fieldsports —dijo, todavía con el teléfono pegado a la oreja—. Cerrada en 2007. El dueño murió. Se desconoce el paradero de los registros.

—Vale, fue después del asesinato, así que marcadla como una de nuestras posibilidades —indicó Frank.

Reggie fue el siguiente. —Pennine Gun Shop, cerrada en 2010. El edificio es ahora un maldito Tesco Express.

—Maldita sea —dijo Frank—. Otra dichosa posibilidad. Anotadlo.

—Yorkshire Sporting Arms —dijo Sean. Su tono de voz les preparó para lo peor—. Cerrada en 2012.

—Me cago en todo —dijo Frank—. ¿Por qué están cerrando todas? ¿Es que la gente ya no caza?

Suspiró y se sentó. Estaban persiguiendo fantasmas en tiendas que ya no existían. Era como intentar reconstruir una casa con cerillas cuando la mitad ya se habían quemado.

—North Moor Firearms, también cerrada —dijo Gerry en voz baja —. 2009. Incendio. Registros destruidos.

—Estupendo —dijo Frank, frotándose la frente.

Sharon colgó el teléfono. —Rigg & Sons sigue funcionando. El contestador dice que hoy está cerrado, mañana abren.

—Bueno, al menos podemos hablar con ellos mañana —dijo Frank—. Una posibilidad entre seis. ¿Qué hacemos con las cuatro anteriores? En fin, la última...

—Estoy hablando con Moorland Sports, en Pickering —dijo Sean, tapando el auricular—. Sigue activa. Sigue comercializando.

—¡Alabado sea el Señor! —rugió Frank.

—Me han puesto a la espera.

Todos miraron a Sean.

—Ya que estás, pon el manos libres, Sean —dijo Frank—. Todo lo demás han sido callejones sin salida.

—Hola —tronó el manos libres—. Soy Arthur Links, de Moorland Sports.

Frank escuchó cómo Sean se presentaba y luego explicaba lo que buscaban.

Una pausa. Y luego: —Madre mía. Ja. No piden ustedes poco. 2003. ¿Cuánto hace de eso? ¡Veintidós años! ¿De qué se trata?

—Bueno, no se trata de un maldito ciervo muerto —masculló Frank entre dientes.

—Estamos investigando unos restos humanos —dijo Sean—. La bala recuperada era una RWS .308 Winchester, del número de lote DE-4739-2003. Creemos que se vendió en su tienda.

—2003 —dijo Arthur lentamente—. Yo tendría unos, ¿qué?, ¿veinticinco años? Trabajaba para mi viejo. Él llevaba el negocio entonces. Murió hace dos años.

—Siento oír eso.

—Gracias.

Frank agitó la mano y le dijo a Sean gesticulando en silencio: «registros».

—¿Aún conserva los registros de ese periodo? —preguntó Sean.

—Es un requisito legal. Ventas de armas de fuego y munición, lo guardamos todo. Deme un minuto.

Frank se contuvo de soltar otro grito de alegría; no quería adelantarse a los acontecimientos. Había una posibilidad entre seis de que la bala hubiera salido de ahí. Una entre seis. Como tirar un maldito dado...

La línea se quedó en silencio.

—¿Sigue Arthur ahí? —preguntó Frank.

—Sí —dijo Sean, subiendo el volumen. Se oía movimiento y el crujido de una puerta. Y pasos.

—Lo está comprobando —dijo Sean.

Debieron de pasar otros cinco minutos esperando antes de que Frank dijera: —¿Qué está haciendo Arthur? ¿Se está preparando un sándwich?

Sharon se rio.

Pasó otro minuto.

Frank miró hacia arriba. —Señor, dame paciencia.

Al bajar la vista, vio que Sharon se mordía la uña del pulgar y que Reggie se había quedado paralizado con la botella de su batido

de proteínas a medio camino de la boca.

Mary solía decir que no tenía paciencia. —No puedes apresurarlo todo, Frank —le decía—. La vida no se rige por tu horario.

—Bien, ya tengo el libro de registro. —Arthur había vuelto—. 2003. Menudo armatoste es esto. La letra de mi padre... Jesús... había olvidado lo mala que era. Vale. RWS .308... —Crujido de páginas, un chasquido de lengua—. Más de cien clientes compraron esta munición aquel año...

Frank habló, lo bastante alto para que Arthur seguramente lo oyera. —¿El lote DE-4739-2003 específicamente?

—Perdone —dijo Sean—. Es mi superior. Está usted en manos libres. Lote DE-4739-2003. ¿Cuántas personas compraron esa munición?

Más crujidos. Una larga pausa. —Treinta y tres... perdón... treinta y cuatro.

Frank suspiró. Treinta y cuatro personas que habían comprado munición del lote exacto que mató a Kristian Kellerman; eso sonaba a un día de trabajo larguísimo y algo más... por no mencionar que esta era solo una de las seis tiendas.

—Pregunta por el aceite esencial de lavanda —dijo Gerry.

Frank empezó a descartarlo con un gesto —*¿qué importaba la lavanda en el gran esquema de las cosas?*—.

Pero entonces se fijó en que ella estaba inclinada hacia delante, golpeando su cuaderno con el bolígrafo en grupos de tres. Tap-tap-tap. Pausa. Tap-tap-tap. Había visto ese patrón antes cuando ella estaba tras una pista. Así que dejó que siguiera.

—Esto va a sonar extraño —dijo Sean—, pero tenemos pruebas de que la bala fue limpiada con un aceite para armas personalizado. Ballistol mezclado con aceite esencial de lavanda. ¿Le dice algo eso?

—Cielo santo... ¿en serio? —dijo Arthur.

Frank enarcó una ceja. Bueno, supuso que era una pregunta bastante rara.

—Vale, perdón por preguntar —dijo Sean—. Era poco probable.

Arthur se rio. —¡Poco probable, dice!

Frank se inclinó hacia delante en su silla, con los ojos muy abiertos. Su pulso se aceleró un poco.

—El Especial Moorland —dijo Arthur, todavía riendo—. Mi madre. Hacía productos de aromaterapia: jabones, aceites, todas esas cosas hippies. Pensó que sería bonito que los clientes de mi padre tuvieran un aceite para armas con «olor agradable». Como si alguien fuera a notarlo cuando estás con el barro hasta las rodillas disparando a los ciervos.

—Dios bendito —masculló Frank entre dientes mientras se ponía en pie. Tenían la tienda correcta.

—Entonces, ¿me confirma que su tienda vendía Ballistol con lavanda añadida, señor Links?

—Sí, durante un par de años. ¿2002 hasta 2004, quizá? Luego mi madre se aburrió y se pasó a la fabricación de velas. Dejamos de mezclarlo. Los clientes volvieron al Ballistol normal. ¡Era más barato y tenía más lógica!

Frank ya estaba junto al manos libres. —Aquí el Inspector Jefe Black. Gracias por su ayuda, Arthur. ¿Podría decirme cuántos de esos treinta y cuatro clientes que compraron la RWS .308... compraron también parte de su mezcla especial?

—El Especial Moorland —corrigió Arthur.

Lo mismo da, pensó Frank, poniendo los ojos en blanco.

—Espere un momento. —Más páginas pasando. El sonido era insoportable. El corazón de Frank martilleaba —martilleaba de verdad— de una forma que seguramente haría que Helen lo llevara al hospital si no se hubiera quitado el dichoso reloj...

—Once —dijo Arthur finalmente—. Once clientes compraron tanto la munición como el Especial Moorland.

Once.

De cincuenta mil cartuchos que entraron en el país, a treinta y cuatro clientes, a once.

¿Podría una de esas once personas haber apretado el gatillo?

Gerry tenía la mano levantada.

Frank la miró y asintió.

—De esos once —dijo Gerry, con voz pausada y precisa—, ¿cuáles vivían a menos de cincuenta millas de Sandsend?

—Caray. Deme un segundo. Tendré que comprobar las direcciones. Y usar internet. La geografía no es lo mío, ya sabe.

Frank no podía sentarse. Caminó hacia la ventana y se quedó mirando la gris mañana de noviembre. Al menos las lluvias habían parado. Cuando se dio la vuelta, vio que todos estaban sentados muy rectos, preparados para moverse si la pista daba resultado.

—Tres —dijo finalmente Arthur—. Tres en un radio de cincuenta millas.

Tres. De cincuenta mil a tres.

A Sean le temblaba un poco la mano mientras escribía. —¿Puede darnos los nombres?

—Harold Cummings, de Scarborough. Peter Finch, de Harrogate. Y Robert Whitworth, de Sleights.

Frank respiró hondo.

A veces, este trabajo parecía como ver caer fichas de dominó a cámara lenta; aburrido de narices...

Hasta ese satisfactorio chasquido final...

Y ese chasquido nunca se había sentido tan cerca.

Tras terminar la llamada, la sala estalló en actividad.

—Harold Cummings —declaró Clara—. Fallecido en 2015. Setenta y ocho años al morir. Sin antecedentes penales. Compró el rifle y la munición para el rececho de ciervos, según... sí, aquí está. Certificado de buena conducta de su médico de cabecera. Un pilar de la comunidad, el tío...

—¿Qué rifle? —preguntó Frank.

—Un Remington 700. También de calibre .308. Aunque con estriado diferente: cuatro macizos y estrías.

—Peter Finch —anunció Sharon—. Setenta y tres años, vive en Harrogate. Sigue vivo. Rifle registrado... vendido en 2010. Se lo vendió a un distribuidor en Leeds, transacción registrada en el registro de armas de fuego. Si me dais un momento... ahí está... mierda, no es un Tikka T3. Es un Browning X-Bolt. Características del cañón totalmente diferentes.

—Cielos, queda uno —dijo Frank, caminando de un lado a otro—. Entradas de cine para quien cante bingo primero.

—Bingo —dijo Reggie.

Frank puso los ojos en blanco; tenía que haber sido él.

—Robert Whitworth. Conocido como Bobby. Fallecido. Ataque al corazón. 2009. Dirección registrada: Ivy Cottage, Sleights. Y orgulloso dueño de —levantó la vista— un rifle Tikka T3, calibre .308. Comprado en marzo de 2002.

La habitación se quedó en absoluto silencio.

Frank oyó caer el chasquido de la última ficha de dominó.

Llevó un tiempo reunir toda la información necesaria sobre el registro del rifle.

—Bobby era todo un cazador —dijo Sean, y enumeró varios rifles que fueron entregados para su destrucción por la esposa de Bobby, Margaret Whitworth, tras su muerte en 2009—. No se menciona el Tikka T3.

—¿Cómo dices? —preguntó Frank.

Sean se encogió de hombros. —Se le preguntó a la esposa, pero simplemente informó de que había desaparecido.

—¿Cómo se pierde un rifle? —preguntó Frank.

Sean se encogió de hombros. —Dijo que no estaba allí cuando las autoridades fueron a recogerlos. Estando él muerto, no podían interrogarlo y preguntarle. Le habrían dejado claro que sería un delito mentir y quedárselo.

Frank miró fijamente la pizarra. A la cronología que habían construido. A la fecha: 21 de septiembre de 2003.

—Quizá ya había sido destruido. Desechado después de cometer el asesinato.

Clara intervino desde su pantalla. —He encontrado algo —dijo, y mostró una imagen en el monitor principal.

Un boletín de un club de caza. Marzo de 2002. Robert Whitworth en Fylingdales Moor, con un rifle al hombro y un ciervo de seis

puntas a sus pies. Estaba sonriendo, con una chaqueta sahariana encerada, con el aspecto de cualquier otro cazador feliz tras un rececho exitoso.

—Esperad... —dijo Sean. Alternó la mirada entre su pantalla y la imagen que Clara había facilitado—. Creo que ese es el Tikka T3. —Lo comprobó dos veces—. Sí... lo es.

—La dirección —dijo Gerry—. Bobby Whitworth, Ivy Cottage, Sleights. Su viuda, Margaret, todavía vive allí. Nació en 1963. —Los dedos de Gerry volaban—. Sesenta y dos años. Enfermera de cuidados paliativos en el hospicio de St Hilda durante veinte años. Jubilada en 2021. Viuda: Bobby murió de un ataque al corazón en 2009, a los cincuenta y un años. Se casaron en 1990. Sin hijos.

Frank cogió su abrigo del respaldo de la silla. El cuero estaba frío, todavía húmedo por la lluvia de esta mañana. —Bien. Gerry, vienes conmigo. Tenemos que hablar con la viuda de Bobby Whitworth.

39

Maggie cerró la puerta de su dormitorio por lo que sería la última vez. Se giró y miró el frasco de vidrio marrón que había sobre su mesita de noche. Estaba junto a un vaso de zumo de naranja, listo para camuflar el sabor amargo.

El funeral de Carrie sería dentro de una semana, pero a Maggie no le quedaban ánimos para más esperas. Ya se había despedido de Carrie en la intimidad y ahora se sentía más que preparada para su propio final. Además, el llamamiento policial de anoche en *Look North* le había despertado recuerdos bastante escabrosos y no tenía ningún deseo de quedarse para ver qué rumbo tomaba aquello.

Su último desayuno había sido maravilloso. Huevos revueltos poco hechos. Había logrado comerse casi todo, además de dar un breve paseo por el jardín trasero donde vio amanecer junto al árbol de Hope.

También hubo tiempo para una breve charla con Jenny sobre películas antiguas. Encontró fuerzas para reír varias veces recordando sus visitas semanales al cine, donde siempre colaban una botella de vino o dos y solían volver a casa dando algún traspié.

No quería que resultara demasiado obvio para Jenny que esta era la mañana elegida, aunque seguramente ella lo sabría. Aun así, una vez que las aguas volvieran a su cauce tras lo que estaba por venir, recordaría con cariño aquellos últimos momentos juntas.

Al igual que Maggie, Jenny preferiría eso a la alternativa.

Cogió la foto enmarcada de Bobby y ella en Fylingdales Moor. Estaba ya muy embarazada de Hope y adoraba esa imagen por ese motivo.

Los tres estaban juntos en aquel momento capturado.

Sacó la fotografía de su marido del marco y debajo estaba la ecografía de los seis meses de Hope. Deslizó el dedo sobre la silueta.

Luego buscó «The First Time Ever I Saw Your Face» en su teléfono, se aseguró de que estuviera en modo repetición y la mandó al altavoz Bluetooth.

Jenny la oiría.

Intentó no imaginar la desesperación de Jenny en este momento, pero no pudo evitarlo.

Sin duda habría lágrimas.

Aun así, se recordó a sí misma, una y otra vez, que dentro de unos meses Jenny sentiría un gran alivio al saber que no había habido apenas sufrimiento al final.

Maggie dejó el teléfono junto al frasco marrón. Entonces, mientras la voz doliente y tierna de Roberta Flack llenaba la habitación, Maggie se apretó las fotos contra el pecho, donde su corazón aún latía, irregular pero decidido, y sus pies recordaron el ritmo incluso cuando sus piernas flaqueaban. Bobby había sido alto; ella siempre apoyaba la cabeza contra su pecho, sentía sus latidos a través de la camisa. Maggie cerró los ojos y sintió la mano de su marido en la rabadilla, dándole estabilidad.

Entonces, contra todo pronóstico, sintió un movimiento en su interior. Primero, un leve meneo. Luego, un golpe. Finalmente, una patada.

Y se sintió más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Cuando la canción terminó por primera vez, Maggie se sentó en el borde de la cama y susurró a las imágenes: —Os quiero muchísimo a los dos —dijo antes de que la música empezara de nuevo y ella alargara la mano hacia el frasco marrón.

Llamaron a la puerta de la calle.

Respiró profundamente.

Roberta seguía cantando y Maggie se preguntó si ella también debería seguir adelante.

Sin embargo, el segundo golpe fue más insistente.

—¿Será el cartero? ¿Habrá pedido Jenny algo para que se lo traigan a casa? —pensó.

La mano de Maggie se posó junto al frasco marrón, sabiendo que, si no hubiera visto aquel llamamiento público de anoche, sus dedos ya se habrían cerrado alrededor de él.

¿Y si el rastro conduce de alguna manera hasta mí?

¿Podría realmente dejar a Jenny ante esa posibilidad?

Maggie se incorporó. Cruzó hacia la ventana y descorrió la cortina lo justo para ver.

Dos figuras estaban ante su puerta. Un hombre y una mujer. Ambos con traje. El hombre era mayor, canoso y algo entrado en carnes, aunque sin sobrepeso. La mujer que estaba a su lado era más joven, alta, de gestos más decididos.

Vio las placas de identificación.

Se le cortó la respiración.

Después de tanto tiempo.

No podía arriesgarse a quedarse aquí arriba. ¿Y si exigían entrar?

¿Y si veían lo que estaba a punto de hacer?

¿Y si a Jenny se le escapaba algo y decía lo que no debía?

La mañana había sido tan perfecta... Y sin embargo, en el lapso de dos golpes en la puerta, todo se había desmoronado.

Y cuando llegó el tercer golpe, no pudo evitar temer que todo estaba a punto de empeorar.

40

Frank estaba seguro de que la casa estaba ocupada.

Había dos coches en la entrada. Además, era un día gris e incluso había luces encendidas en el interior.

Llamó por cuarta vez.

La puerta la abrió una mujer de rostro enrojecido y ojos llorosos que rondaba su edad.

La canción *The First Time Ever I Saw Your Face* inundó el ambiente y le produjo un respingo. Era un tema que conocía íntimamente debido a su propia vida. Logró mostrar su placa, pero por un momento se quedó sin palabras.

Afortunadamente, Gerry tomó las riendas y los presentó. —Soy el inspector Carver y este es el inspector jefe Black. ¿Hablamos con la señora Margaret Whitworth?

—No... no —la voz de la mujer se quebró ligeramente.

El sonido de la música seguía hurgando en los recuerdos de Frank. En su mente, se encontraba en la pista de baile, el día de su boda, hacía tanto tiempo...

—¿Con quién hablamos, por favor? —preguntó Gerry.

—Jenny Wilson.

—Buenos días, señora Wilson. ¿Se encuentra la señora Margaret Whitworth? —preguntó Gerry.

—Bueno... yo... —la mujer levantó la vista hacia su izquierda. La música parecía venir de la planta de arriba—. Ella está...

La mirada de Frank bajó a las manos de Jenny. Estaba temblando. Aquello sacó a Frank de su propio ensimismamiento. —¿Ella está qué? —preguntó.

—Ella está... —Jenny interrumpió la frase, incapaz de terminar, todavía mirando hacia arriba.

—¿Va todo bien? ¿Se encuentra bien la señora Whitworth?

Jenny bajó la mirada.

—¿Señora Wilson? —dijo Frank, alzando el volumen de su voz para intentar que reaccionara. Parecía estar en estado de *shock*—. ¿Pasa algo aquí?

—Sí... —sus ojos se dirigieron rápidamente hacia arriba—. Sí...

—Entonces, ¿dónde está la señora Whitworth? —preguntó Frank con cautela.

Y, de nuevo, Jenny miró hacia el piso de arriba.

—¿Poniendo música? —preguntó Frank.

—Sí...

De repente, la música se detuvo a mitad de la canción.

Ante el súbito silencio, Frank intercambió otra mirada con Gerry. Luego volvió a mirar a Jenny. Algo estaba cambiando en su actitud.

Frank no estaba seguro, pero parecía una especie de alivio. Como si de pronto se hubiera quitado un gran peso de encima.

Los ojos de Jenny bajaron hacia la placa de Frank y luego regresaron a su rostro. —Policía, de acuerdo —dijo, como si acabara de darse cuenta a pesar de que ya se habían presentado—. De acuerdo... —inspiró profundamente—. Mire. Lo siento. Esto debe de parecer muy extraño.

Frank asintió. *Vaya si lo parece*.

—Está enferma, sabe, ahí arriba.

¿Enferma de qué?

—Muriéndose. Y...

Frank oyó que se abría una puerta y unos pasos. Una voz llegó desde la planta superior. Era débil. Quebradiza. Pero firme. —¿Quién es, Jenny, querida?

41

Robert Whitworth sonreía radiante desde las numerosas fotografías expuestas en el salón. El hombre tenía una sonrisa impresionante. Frank se preguntó si seguiría sonriendo ahora mismo con dos detectives en su casa; si hubiera sobrevivido al infarto que se lo llevó en 2009, claro está.

Había al menos una docena de fotos enmarcadas solo en la repisa de la chimenea. Robert con botas de pescador, sosteniendo un salmón del tamaño de un niño pequeño. Robert con una escopeta abierta sobre el brazo, sonriendo a la cámara con un fondo de brezo. *Eras todo un cazador, ¿verdad? Aun así, me pregunto hasta dónde llegaste en la cadena alimenticia. ¿Quizás hasta un hombre llamado Kristian Kellerman?*

Con todas esas fotos, Frank no pudo evitar recordar la adoración que Ernie Kellerman sentía por su difunta esposa, Susan. El viudo y padre también había llenado cada espacio disponible con imágenes de su único y verdadero amor.

Frank se sintió culpable por un momento al pensar en la única fotografía de Mary que tenía en su salón. Se sacudió la sensación. No necesitaba impresiones en color para recordar lo que sentía por su propia esposa fallecida.

Maggie todavía no había entrado en el salón. Se había quedado atrás un momento para hablar con Jenny, su extraña invitada.

Frank y Gerry se sentaron.

—¿Sabías que se estaba muriendo? —preguntó Frank en voz baja.

—No pedimos su historial médico.

—Se ha comportado de una forma bastante extraña en la puerta, ¿no crees?

—Hemos interrumpido algo —dijo Gerry, asintiendo—. Algo serio.

Frank se encogió de hombros. —Bueno, morirse es un asunto serio, supongo, pero aun así, eso ha hecho que me salten algunas alarmas.

—Sí.

En ese momento, la puerta se abrió y entró Maggie. Con una mano esquelética recorría la pared en busca de apoyo. Parecía ahogarse en su propia chaqueta de punto. Estaba hecha de una lana gruesa que probablemente le sentara bien en su día, pero que ahora colgaba de unos hombros que parecían lo bastante afilados como para cortar el tejido. Llevaba un pañuelo en la cabeza. El Port-a-Cath era visible justo por encima del cuello, un pequeño bulto circular que evocaba hospitales, salas de quimioterapia, sillas de plástico y tiempo que se agota.

Frank se puso en pie de inmediato. —Déjeme que la ayude.

—Puedo arreglármelas sola. —La voz de Maggie era firme a pesar de su fragilidad. Le guiñó un ojo—. Aunque no lo parezca.

—Oh, no lo dudo. —Frank reconoció en la voz de Maggie el mismo tono decidido que había oído en Evelyn cuando se recuperaba del ictus.

Ella sonrió. —¿Sabía que todavía puedo bailar?

¡Eso sí que ha venido de la nada!

—Me alegro por usted. —Frank sonrió—. Sabe, yo nunca he sabido bailar.

—Ja. Si me dieran un céntimo por cada vez que un hombre me ha dicho eso... —dijo Maggie—. Incluyendo a mi marido. Y era el mejor bailarín que he conocido.

—Puede que sea así, pero le aseguro que yo *definitivamente* no miento. —Frank siguió observándola con cautela mientras llegaba al sofá por si se caía.

Se sentó. —¿Ve? Sin problemas.

—Tiene razón —dijo Frank, sentándose y echando un vistazo a Gerry, que tenía su libreta abierta y el bolígrafo preparado.

¡Maldita sea, Gerry... ¡Directa al grano! ¡Dale un respiro a la mujer!

Siguió entonces la mirada de Gerry mientras ella escudriñaba el lugar. Haciendo inventario.

Casi siempre se fijaba en algo que a él se le había pasado por alto. Y casi siempre resultaba ser muy significativo.

Notó que Gerry miraba un reloj de sobremesa que ticteaba con fuerza en aquella silenciosa casita. Si había visto algo raro en él, Frank no tenía ni idea de qué era.

Enigmático.

Sus ojos pasaron entonces a una cita impresa en un lienzo con un pájaro posado en una rama.

«La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma». —Emily Dickinson

Frank reconoció la cita. A Mary le encantaba la poesía. Tenía un gastado libro de bolsillo con sus obras completas junto a la cama. A veces le leía algo. Sus versos eran cortos, lo que significaba que podía tolerarlos, aunque pasaran por él sin dejar mucha huella.

Debajo de la cita figuraba la fecha: *15/11/03.*

El mismo año de la desaparición de Kristian. No mucho después, de hecho. Se preguntó qué significado tendría.

—Debo decir —empezó Frank—, que Roberta Flack me ha dejado descolocado en la puerta.

—¿Le gusta la canción?

Frank asintió. —Era la favorita de mi mujer, Mary. La ponía constantemente.

—Mary tiene buen gusto.

Frank asintió. *Tenía.* Se hundió por dentro. Aun así, no sacó a Maggie de su error. No le pareció necesario hacerlo. Y ya había suficiente muerte en la habitación.

—Sí —dijo Frank—. También fue la canción de nuestra boda.

—¿De verdad? Qué coincidencia. También fue la nuestra.

Frank respiró hondo. No veía nada más allá de la coincidencia que era. Sin embargo, hablar de sus difuntas parejas y de bodas le

hacía sentirse bastante vulnerable. Prefería volver al plano profesional. Asintió. —Quién lo iba a decir, ¿eh?

—La pongo a menudo —dijo ella, como si intentara justificar por qué la escuchaba hoy, en este lúgubre día de noviembre—. Me ayuda a recordar.

—La música es uno de los desencadenantes de la memoria más potentes —dijo Gerry.

—Sí... —dijo Maggie, con la mirada perdida en el espacio—. Y todos esos sentimientos que regresan de golpe. Todo el día, toda la persona. No puedo oírla sin verle a él. La forma en que me miraba durante nuestro primer baile. Como si yo fuera lo único en el mundo que valiera la pena mirar. Puedo moverme igual que entonces... al menos, siento que lo hago, aunque no sea verdad.

—La música activa el hipocampo y la amígdala simultáneamente —continuó Gerry—. Los centros de procesamiento de la memoria y las emociones. Los estudios muestran un 73 por ciento de precisión en el recuerdo del contexto emocional a partir de estímulos musicales, frente al 31 por ciento de las señales visuales u olfativas.

Maggie sonrió. —Es usted muy lista.

—¿A que sí? —dijo Frank.

—Siento su pérdida, señor Black —dijo Maggie, clavándole de repente la mirada.

Frank se estremeció.

—La de su esposa —dijo Maggie—. La de Mary.

Él respiró hondo. —En realidad, no he mencionado que hubiera fallecido.

—No ha hecho falta.

Frank tragó saliva y asintió, dejando que pasara un momento entre ambos. Dos personas que habían amado y perdido y que habían cambiado, dejando que fuera evidente para el mundo que los rodeaba.

Sus ojos se dirigieron de nuevo a la cita de Emily Dickinson.

La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma.

Maggie debió de notar el movimiento de sus ojos del mismo modo que él había notado los de Gerry, porque dijo: —Hope.

Frank asintió. *A veces escasea*, pensó.

—Siempre está ahí —dijo ella, como si de algún modo leyera su pensamiento y lo rebatiera.

La observó un momento. —Sí. Supongo. Porque, si no, ¿entonces qué? Quizás nos rendiríamos.

Ella sonrió. —El nombre de mi hija. Hope.

La habitación pareció quedarse estática. El sonido del reloj de sobremesa se hizo momentáneamente más fuerte.

Frank bajó la vista hacia las notas de Gerry, pero esta había dejado de escribir.

Gerry dijo: —No sabíamos que tuviera hijos.

—Una. Hope Whitworth. Nació muerta a los ocho meses.

Frank sintió una sensación de frío por dentro. —Siento mucho oír eso.

—El quince de noviembre de 2003.

Los ojos de Frank volvieron a subir hacia la fecha que había bajo la cita. 15/11/03.

—Sí, la fecha de debajo de la cita —confirmó ella siguiendo claramente su mirada.

Él asintió. Dos meses después de la desaparición de Kellerman.

La miró de nuevo. *¿Tienes idea de que mientras estabas embarazada de seis meses, tu marido estaba cometiendo un asesinato?*

—Llevábamos años intentándolo —dijo Maggie.

Frank volvió a mirar a los ojos de la mujer agonizante.

—Nos casamos en 1990 —continuó ella—. Y durante doce años, nunca perdimos la esperanza, así que cuando en la ecografía de los seis meses supimos que era una niña, bueno, nos pareció el nombre más apropiado. El nombre correcto.

Frank no sabía muy bien qué decir en ese momento, así que se limitó a asentir.

—Volver a encontrar la esperanza después de eso parece una tarea imposible, ¿verdad? —continuó Maggie—. Pero nosotros, las personas, quiero decir, siempre encontramos la manera, ¿no? Bobby y yo volvimos a ser felices, durante un tiempo, un tiempo breve. Hasta 2009. Aun así, pronto estaré con los dos de nuevo.

Sintiéndose incómodo, Frank miró a Gerry. Verla garabatear notas sobre algo tan personal y trágico le hacía sentirse peor.

Pero el método de Gerry era el método de Gerry. Solo estaba haciendo su trabajo. Y cuando se trataba de su trabajo, era apasionada, comprometida y minuciosa.

—Como le he mencionado en la puerta, estamos aquí en relación con el cuerpo hallado en los túneles de Kettleness.

—Ah, sí. —Maggie asintió—. ¿Chris Keller?

—Kristian Kellerman —corrigió Frank.

—Ah, sí. Bueno, como ya les he dicho, no conozco a esa persona, pero siéntanse libres de hacer sus preguntas. Ya veo por la forma en que su inspectora está garabateando que creen que algo huele a podrido en Dinamarca.

Frank arqueó una ceja. —¿Cómo dice?

—Es una cita de *Hamlet* —dijo Gerry, deteniendo su bolígrafo por primera vez en un buen rato.

Frank asintió. —Ah. ¿Qué significa?

—Que pasa algo raro —dijo Maggie—. Pero les aseguro que yo no tuve nada que ver con la muerte de ese pobre hombre.

Frank sacudió la cabeza. —Ah... no... no estamos sugiriendo eso. —Resopló—. Pero... bueno, esto es un asunto bastante delicado.

—Prosiga, inspector jefe.

—Es de su difunto marido de quien tenemos que hablar.

Ella se tocó el pecho. —¿De Bobby? —Parecía atónita.

—Sí..., lo siento.

Entonces ella soltó una carcajada bastante teatral. —Mi Bobby. ¿Qué podría tener que ver él con un cadáver en los túneles del tren?

Gerry, que había dejado de tomar notas por el momento, preguntó: —¿Su marido sabía manejar armas de fuego, verdad?

Ella resopló. —¡Sí, hija, eso creo! ¡Caza aparte, estuvo en el ejército hace tiempo! Así fue como nos conocimos. El cuartel de Catterick. Yo tenía diecinueve años y trabajaba tras la barra del King's Head en Richmond. Las noches de los sábados siempre eran una locura... soldados de permiso, todo ruido y fanfarronería. —Una sombra de sonrisa—. Bobby vino con sus amigos del cuartel. Todos estaban presumiendo, intentando impresionar. Pero Bobby era un

poco más mayor, un poco más calmado. Se limitó a sentarse al final de la barra y... —Sus ojos se elevaron y se perdió en el recuerdo. Finalmente, volvió a bajar la mirada y frunció el ceño—. Pero eso no indica que disparara a alguien fuera de una zona de guerra. De hecho, ni siquiera sé si disparó a nadie allí tampoco. No le gustaba hablar de esas partes de su pasado.

—¿Después de dejar el ejército se hizo guardabosques? —preguntó Frank.

—Bueno, sí. Pero entonces se trataba de animales, inspector jefe, no de seres humanos. Más tarde, también tuvo su propia empresa, llevando a grupos a los páramos. Tipos de empresas, sobre todo. Hombres con peinados caros que no sabían distinguir un ciervo de un corzo. —Sonrió a Gerry—. Así que sí, sabía manejar un arma, hija. ¿Qué les hace pensar que tuvo algo que ver con ese muerto de los túneles, de todos modos? Kristian Keller.

—Kristian Kellerman —dijo Frank, pensando que se le estaba agotando la paciencia con la forma en que ella olvidaba su nombre. Ciertamente hacía que todo pareciera *aún más podrido* en Dinamarca.

Inmediatamente después sintió una oleada de culpa.

A lo mejor estoy siendo injusto, pensó.

Al fin y al cabo, estaba claro que estaba muy enferma. Pálida, demacrada, con el dolor marcando las comisuras de su boca cada vez que se movía. Quizás su memoria a corto plazo también estaba fallando.

—¿Mencionó Bobby alguna vez a Kristian Kellerman? —preguntó Frank.

—No sé cómo ser más clara. No tengo ni idea de quién es ese hombre. —Se encogió de hombros—. Miren, Bobby enseñó a mucha gente a lo largo de los años. Técnicas de caza, seguridad con las armas, rastreo. No los conocía a todos por su nombre. A algunos los mencionaba. A la mayoría no.

—¿Entró alguna vez en los túneles de Kettleness? —preguntó Gerry.

—Que yo sepa, no. Además, mi marido conocía muy bien los páramos. Creo que si fuera a deshacerse de un cadáver... lo cual

suena y resulta ridículo salir de mi boca, por cierto... no tendría ningún motivo para molestarse con unos viejos túneles sucios.

Frank asintió. —Entonces, ¿él nunca, que usted sepa, se acercó a esos túneles?

Maggie parecía un poco nerviosa ahora. —Caminamos cerca de los viejos túneles del tren muchas veces. Un tramo de costa precioso. Pero no puedo decir que nunca nos apeteciera ignorar las señales de advertencia de la entrada y meternos dentro para que nos enterraran vivos, la verdad.

—En realidad son estables —dijo Gerry.

—Le tomaré la palabra, hija. Las señales de advertencia sugerían lo contrario. Yo no tenía ganas de poner a prueba la teoría, y dudo que Bobby las tuviera. Miren, ¿por qué mi marido? Algo les ha metido en una vía muerta. Me siento cansada. No sé cuánto más me queda de fuerzas.

Frank no tenía ganas de hacer esto. Lo que estaba a punto de mostrarle iba a llevar las cosas a un nivel totalmente nuevo. Más allá de la sospecha, posiblemente hacia una acusación en toda regla.

Sacó su teléfono. Buscó una fotografía de un rifle Tikka T3. Giró la pantalla hacia ella. —¿Reconoce esto?

Ella se inclinó hacia delante, haciendo una mueca de dolor.

Él también se inclinó hacia delante, haciendo otra mueca.

Ella entornó los ojos. —Es un rifle. —Arqueó la ceja—. No creo que haga falta ser la mujer de un cazador para darse cuenta de eso.

—¿Tuvo Bobby un rifle como este? —preguntó Frank.

Ella miró de nuevo. —Bobby tuvo bastantes rifles. Todos me parecen iguales. Así que lo único que puedo decirle es que es posible.

—¿Por qué su marido tenía tantos rifles? —preguntó Gerry.

Ella se rió. —¿No han investigado lo suficiente a su sospechoso? Era cazador. Le gustaban los rifles. Miren, no quiero parecer grosera; después de todo, ¡créanme, yo solía preguntarle lo mismo! ¿Para qué tantas malditas armas? Su razón: diferentes calibres para diferentes piezas. Cada cliente tenía sus propias preferencias. No estoy segura de habérmelo creído siempre del todo. Supongo que simplemente era un entusiasta de las armas. —Una pausa.

Demasiado larga—. De todos modos. Ya no queda ninguno. Los entregué cuando falleció. —Sonrió—. ¡Yo no soy una entusiasta de las armas!

—Este modelo específico —insistió Gerry— era un Tikka T3 de calibre .308. De fabricación finlandesa. Popular entre los cazadores de ciervos.

—¡Sabe usted más que yo, hija!

—Su marido era cazador de ciervos, ¿verdad? —preguntó Gerry.

Ella hizo una mueca. —Sí. No es su rasgo más encomiable. Nunca estuve segura de cómo se podía disfrutar con algo así. Pero nunca me involucré. No me gustaba nada. Pero... —Levantó un dedo —. Les aseguro que eso era lo único a lo que disparaba. Ciervos y otras piezas de caza. Y sobre si tenía un Tikka lo que sea... bueno, realmente le están preguntando a la persona equivocada. Y aunque lo tuviera, ¡les garantizo que nunca mató a nadie! Ahora, por favor, vayan al grano sobre por qué están tan interesados en mi marido.

Frank tomó aire. —Siento mucho decirle esto, señora Whitworth, pero el rifle utilizado para matar a Kristian Kellerman, un Tikka T3, pertenecía a su marido.

Sus ojos se movieron de un lado a otro. Tras reflexionar sobre esto, frunció el ceño. —¿Pero cómo demonios pueden saber eso? Estoy segura de que mi marido no es la única persona que compró un Tikka 3 o lo que sea.

Frank explicó el proceso por el cual habían identificado a Bobby como el propietario. El número de lote de la munición. El aceite para armas con aroma a lavanda.

Después de esto, se produjo un largo silencio en el que el reloj marcó el compás y Maggie procesó —o al menos fingió procesar— estas pruebas.

Finalmente, la mano de Maggie se dirigió a su pecho. Abrió la boca. La cerró. —No. Deben de estar equivocados. Balística, dicen. Tiene que haber un margen de error.

Frank sacudió la cabeza. —Desde el punto de vista forense, esto es bastante... —Se detuvo antes de decir "irrefutable". Sonaba

demasiado crudo—. ...concluyente.

—Pero Bobby nunca... —Sacudió la cabeza—. Él no pudo... —Ahora respiraba más rápido. Cerró los ojos—. Lo siento, pero esto no puede ser correcto.

Si estaba al tanto de todo, concluyó Frank, era una actriz fantástica. Aun así, mantuvo las defensas en alto. No sería la primera vez en su carrera que se encontraba con actuaciones dignas de un Oscar.

Gerry sacó una fotografía impresa del boletín del club de caza. —Esto se tomó en marzo de 2002. Su marido sostiene su Tikka T3 en esta fotografía.

Maggie cogió la foto y la miró fijamente. —Sí. Me acuerdo. Pensaba que la foto le hacía parecer gordo.

Cuando le devolvieron la foto, Frank le echó un vistazo y pensó que el hombre parecía rebosante de salud. *Maldita sea, si ese hombre se consideraba gordo, ¿en qué lugar me deja eso a mí?*

Una mirada lejana volvió a instalarse en la expresión de Maggie.

Era evidente que se estaba fatigando tanto física como emocionalmente.

Frank miró a Gerry, tratando de indicarle con un rápido movimiento de cabeza que le diera un momento.

—Discúlpenme —dijo ella.

—Por supuesto —dijo Frank.

Se puso en pie con esfuerzo y salió de la habitación.

Al recordar sus protestas cuando entró en la sala, Frank se abstuvo de levantarse para ayudarla.

Cuando Frank oyó un grifo correr en la cocina, miró de nuevo a Gerry. —¿Qué te parece?

—Sabe algo —dijo Gerry en voz baja, sin dejar de escribir notas.

—¿De verdad? —Frank ya no estaba tan convencido, pero sabía que era mejor no cuestionar el instinto de Gerry—. ¿Estás segura?

—Sí. Lo está protegiendo. Y no me sorprendería que también se estuviera protegiendo a sí misma.

—¿Porque ella lo sabía?

—Lo sabía... o podría haberlo matado ella…

—Seguro que no. —Frank se quedó desconcertado. Ni siquiera lo había tomado en consideración. Miró hacia donde ella había salido de la habitación—. No puedo imaginar...

—No siempre estuvo así —dijo Gerry—. Habría sido más que capaz en 2003.

—Lo entiendo. No soy imbécil —siseó Frank—. ¿Pero te olvidas de tener en cuenta que estaba embarazada de seis meses? —Señaló la cita en la pared como si eso fuera de algún modo una prueba de ello.

—Estar embarazada de seis meses no te convierte en una inválida.

—No, pero hace que sea difícil arrastrar cadáveres.

—Sí —dijo Gerry—. Pero ¿y si eres tú la que no los arrastra?

Maggie interrumpió la conversación al regresar con un vaso de agua en la mano.

—Perdonen. Necesitaba unos analgésicos. —Se sentó.

—No tiene por qué disculparse —dijo Frank.

—También estoy agotada. Es demasiado para asimilarlo. Se fue hace dieciséis años, y esto, bueno..., lo que dicen..., parece una especie de sueño febril.

—Lo comprendo —dijo Frank.

—Y no puedo comprenderlo. Ojalá pudiera ayudar de alguna manera, pero no sé nada. Solo puedo decirles lo que sí sé. Bobby era un hombre maravilloso. El hombre más amable. No puedo dar fe de lo que pasó en tiempos de guerra, pero nunca hizo daño a nadie en los años que estuvo conmigo.

Frank asintió. —¿Pero puede entender cómo se ve todo esto?

—Por supuesto, pero aun así, les diré con toda certeza que él no mató a un hombre a tiros. Yo lo sabría.

Quizá lo sepas, pensó Frank. *Gerry ciertamente sospecha que algo no cuadra.*

—Usted entregó todos sus rifles después de que él muriera —dijo Frank—. ¿Es así?

—Sí, todos y cada uno. No me guardé ninguno, si es lo que está insinuando. Nunca he sido aficionada a esas cosas. ¿Qué iba a hacer

con ellos de todos modos? Él me dejó bien provista. No me faltaba de nada.

—¿Guardó alguna de sus pertenencias? —preguntó Gerry.

—Bueno, por supuesto. Guardé nuestras pertenencias compartidas, ¡incluyendo esta casita! Construimos una vida juntos, querida. Pero sé por dónde vas. No hay rifles por aquí.

——Noto que hubo un ligero retraso en la entrega de los rifles tras su muerte —dijo Gerry—. Once meses…

—No hablará en serio, querida.

—Sí —dijo Gerry—. Tengo el informe...

—No, no niego que fuera así, ¡pero encontré a mi marido sufriendo un infarto masivo tras cortar leña ahí fuera! ¡Estaba de duelo, en medio de una crisis nerviosa, si quiere saberlo! Creo que es perfectamente razonable que me llevara un tiempo poner mis asuntos en orden, ¿no cree usted?

—Desde luego —dijo Frank. Lanzó una mirada rápida a Gerry, sugiriendo que ya era suficiente.

Maggie se inclinó hacia delante. Esta vez no solo hizo una mueca de dolor. También gimió. ——Bobby era un hombre tierno, inspector jefe. Un hombre amable. Un marido maravilloso.

Tierno. Maravilloso. Amable.

¿Cuántas veces ya?

¿Creía que eso, de alguna manera, lo haría verdad?

Gerry tenía razón, algo no cuadraba.

Entonces, ¿por qué se sentía tan culpable por insistir en el asunto?

Treinta y cinco años en el cuerpo y rara vez había dudado de su derecho a hacer preguntas, a perseguir la verdad sin importar el coste. Pero ver a una mujer tan cerca de la muerte defender a su marido difunto le resultaba muy desagradable.

Le hacía dudar de todo. ¿Qué estaba resolviendo realmente aquí? ¿Hacer justicia por un depredador? ¿O solo estaban sembrando sal donde había estado la vida de una buena mujer?

Aun así, aunque quisiera, no podía parar. No estaba hecho así. Y había algo que le reconcomía ahora y que no sería capaz de callarse.

Porque brillaba con la intensidad de lo obvio.

¿Por qué no ha expresado ningún interés en la víctima? ¿En lugar de limitarse a mencionar su nombre vagamente un par de veces? Seguramente, si alguien viene y sugiere que su marido asesinó a alguien, ¿sus primeros pensamientos no serían sobre quién era?

—Señora Whitworth —dijo Frank—, ¿puedo hablarle de Kristian Kellerman?

Ella cerró los ojos, suspiró y se reclinó. —Dudo que sirva de ayuda, pero si debe hacerlo...

No suena convincente. ¿Se ha encontrado una bala del rifle de su marido alojada en el hombre y usted simplemente lo ignora?

Animado, relató la existencia de Aphrodite Productions. La pornografía. La explotación de niñas de apenas catorce años.

Lo expuso todo.

Maggie pareció debidamente horrorizada.

—Era abuso sexual organizado —dijo Frank—. Sistemático. Calculado. Destruyó vidas.

Ella se llevó la mano al pecho. —Eso es horrible. Verdaderamente horrible.

—¿Algo de eso le trae algún recuerdo? —preguntó Frank—. ¿Conocía tal vez a alguien involucrado? ¿Había afectado este abuso a sus vidas de alguna manera?

Ella sacudió la cabeza. —No, por supuesto que no.

—Pero si lo hubiera hecho —dijo Frank—, sin que usted lo supiera... —*Lo cual parece improbable,* pensó—. ¿Cree que Bobby sería capaz de tales cosas?

—¡Absolutamente no! Les sigo diciendo lo tierno que era.

Díselo a los animales a los que disparó, pensó Frank. *Y al enemigo durante la guerra.*

—¿Usted trabajó en el hospicio de St Hilda en Scarborough durante veinte años? —preguntó Gerry.

—Sí, hasta 2021.

Alargó la mano hacia su vaso. Era típico. Un intento de demostrar que la pregunta no tenía relevancia priorizando alguna otra acción.

—Acabamos de descubrir que una de las víctimas de Kristian Kellerman murió recientemente en St Hilda. —La voz de Gerry era

más baja que la de Frank, pero siempre era más afilada y mucho más directa.

Los ojos de Maggie se desviaron. Tardó un momento en reanudar el contacto visual. La señal más clara hasta el momento de que ocultaba algo.

—Carrie Long —insistió Gerry—. Cuarenta y cinco años. Leucemia.

De nuevo, los ojos de Maggie se desviaron. Sus gestos la estaban traicionando. Así que Frank hizo lo necesario. —¿Conoció a Carrie Long, verdad, señora Whitworth?

Esta vez, ella cerró los ojos. Frank y Gerry esperaron hasta que Maggie volvió a abrirlos.

—Lamento mucho saber que falleció —dijo Maggie—. Sí, conocí a Carrie cuando era más joven. Tenía trece años cuando la conocí, y yo trabajaba en una planta de oncología. Leucemia. Una chica valiente. La superó, pero tuvo unos años muy difíciles. Siento saber que volvió. Y lamento saber que falleció. Demasiado joven.

Frank se contuvo de señalar que esto tenía que ser algo más que una coincidencia. No quería ser demasiado agresivo. Sondear era la mejor opción. —¿Sabía lo que le estaba pasando a ella, fuera del hospital?

Maggie frunció el ceño. —¿Fuera?

—Ya sabe. El abuso. ¿Kristian Kellerman?

—Por supuesto que no. Pero ¿seguro que no? Quiero decir, ¿cómo? Estaba muy enferma. ¿Estaba en condiciones de hacer esos vídeos de los que hablaba?

—Desgraciadamente, sí —dijo Frank y suspiró—. Kellerman lo sabía y aun así la obligó a hacerlos.

Maggie sacudió la cabeza. —Monstruo.

Frank asintió. No habría desacuerdo en ese punto.

—Apoyé a Carrie cuando estuvo con nosotros en el hospital aquellos años, pero no estaba involucrada en su vida privada. Oír estas cosas ahora me revuelve el estómago.

¿Así que nunca lo mencionó?

—No.

—¿Y cuándo la vio por última vez en esa planta?

—A los quince... dieciséis, quizá.

—Tuvo una recaída en 2005 —dijo Gerry.

Maggie bajó la cabeza. —Qué triste. Nunca lo supe. Para entonces ya trabajaba en St Hilda.

—¿Cuándo vio a Carrie por última vez? —preguntó Frank.

—Hace mucho tiempo, ya. Mantuvimos el contacto y hablábamos de vez en cuando por teléfono, pero ha pasado tanto tiempo. —Ahora se miraba las manos—. Miren... no puedo recordar exactamente. El tiempo es extraño cuando te estás muriendo. Los días se confunden.

—¿Y ni usted ni Bobby tuvieron nunca idea de lo que le había pasado?

Ella abrió mucho los ojos. —Bueno, Bobby no la conocía. Y si yo lo hubiera sabido, lo más seguro es que habríamos dicho algo, ¿no creen?

Bueno, sí, pensó Frank, *a menos que usted, o su marido, o ambos, optaran por tomarse la justicia por su mano.*

—¿Dónde estaban usted y su marido los días 21 y 22 de septiembre de 2003? —preguntó Gerry, con el bolígrafo preparado.

La risa de Maggie no tenía humor. Fue más bien un suspiro de agotamiento. —¿Habla en serio? Fue hace veintidós años. Con mi dosis actual de morfina, apenas recuerdo el martes pasado. Sé con certeza que estaba embarazada de seis meses, y pasé la mayor parte del último trimestre en casa, sintiéndome como pueden imaginar... agotada.

—Desde luego, eso suena razonable, pero debido a las pruebas que tenemos, tengo que preguntarle... —Frank se inclinó hacia delante. Momento de la pregunta directa. La que importaba—. ¿Mató su marido a Kristian Kellerman para proteger a Carrie?

Se le tensó la mandíbula. —¿Cuántas veces se lo tengo que decir? ¡Bobby no conocía a Carrie!

—¿Y usted? —preguntó Gerry—. ¿Lo mató usted?

Frank se estremeció. No le sorprendía la franqueza de Gerry, pero no estaba preparado para ella.

Ella entrecerró los ojos y miró fijamente a Gerry. —Es evidente que usted no ha estado embarazada antes, querida.

Gerry no pareció inmutarse. —No, no lo he estado, pero estar embarazada no te impide disparar un rifle.

—Me imagino que lo hace bastante difícil —replicó Maggie.

—Hay muchos casos en los que mujeres en avanzado estado de gestación han disparado armas y cometido…

—Está bien —dijo Frank, intentando cortar el intercambio antes de que se calentara demasiado.

Llegó tarde.

—Así que, estando muy embarazada —dijo Maggie—, aprendí a disparar un rifle, maté a esta escoria de la tierra, Kristian Kellerman, a quien nunca conocí, como he dicho innumerables veces. ¿Y luego qué? ¿Lo arrastré por esos túneles? Puede que perdiera a nuestro bebé, pero fue meses después de las fechas que acaba de decir.

Frank se sintió fatal ahora que ella vinculaba su tragedia a aquel suceso. —Nadie está...

Gerry le interrumpió. —Nunca dijimos que le dispararan fuera de esos túneles.

—No, pero... —Maggie dio un respingo—. Es obvio. ¿Por qué iba alguien a encontrarse con alguien allí abajo? ¿No sabrían que algo pasaba?

—Está bien —dijo Frank, hablando antes de que Gerry pudiera continuar—. Tenemos que hacer estas preguntas. Creo que ha sido muy amable, señora Whitworth, gracias.

Maggie miró a ambos detectives. —¿Pero no me creen?

Frank sacudió la cabeza. —No he dicho eso.

—No específicamente. —Miró a Gerry—. Pero su tono de voz dice mucho.

—Siento si mi colega ha dado esa impresión, señora Whitworth, ciertamente no era su intención. —Frank le entregó una tarjeta—. Si se acuerda de algo, ¿podría llamarnos?

—Supongo que tendría que ser pronto, ¿verdad? —Entrecerró los ojos—. Teniendo en cuenta mi situación actual.

—Siento que no se encuentre bien. —Frank se levantó, pero algo más le inquietaba. No quería seguir, pero si no lo hacía, esto le molestaría más tarde—. Ah, solo una cosa más. Hubo otra víctima. Otra chica que sufrió abusos. Era joven, como Carrie. Catorce años.

Recientemente descubrimos que Carrie estaba dispuesta a testificar contra Kristian, pero esta otra testigo no.

Gerry mostró a Maggie la imagen de la segunda testigo editada por ordenador en su teléfono.

Maggie la miró bien y luego sacudió la cabeza.

—¿Nada? —preguntó Frank.

—Lo siento, no la reconozco.

Gerry recuperó su teléfono.

—Antes de que se vayan —dijo Maggie, mirando directamente a Frank—, ¿puedo hacerle *yo* una pregunta?

—Por supuesto. —Él asintió.

—Todo esto es horrible. Carrie y esta otra chica... —Sacudió la cabeza—. Sencillamente espantoso. —Suspiró—. Entonces, ¿por qué se molestan siquiera en investigar esto? ¿No está nuestro mundo mejor sin ese monstruo vil en él?

Inesperado.

—Es nuestro trabajo —dijo Gerry.

—Pero si las tornas cambiaran y fuera usted quien estuviera sentada aquí, ¿cuál sería su opinión? No estoy sugiriendo que mi marido estuviera involucrado, por supuesto, pero ¿realmente creen ustedes que encontrar al asesino de un hombre que hacía pornografía infantil es justicia?

Frank respiró hondo. —Como dijo la inspectora Carver. Es nuestro trabajo.

—¿Y le gusta su trabajo?

—Supongo que hay de todo. Nuestro trabajo es la verdad. Solo eso, en realidad. Lo que sintamos al respecto es irrelevante.

—¿De verdad? ¿Irrelevante? ¿Así que sus sentimientos carecen de relevancia?

Frank resopló y suspiró. —Señora Whitworth, en mi experiencia, la verdad es casi siempre mejor, sin importar el coste. Y las mentiras, por muy buenas que sean sus intenciones, casi siempre acaban saliendo mal. A menudo, empeoran las cosas...

—¿Pero la palabra que usó entonces... "casi"? Eso crea una zona bastante gris, ¿no cree? A mí me parece que un hombre malvado

está muerto; me cuesta pensar en algo peor que tenerlo todavía haciendo lo que estaba haciendo.

—Tal vez —dijo Frank—. Pero supongo que es precisamente eso, no podemos responder a esa pregunta sin la verdad, así que ¿qué elección tenemos? No se preocupe por llamarnos. Ya salimos nosotros.

Contempló la cita de la pared una vez más.

Esperanza.

Ciertamente, él sentía muy poco de eso en este momento.

42

Debido a la enfermedad de Maggie, Gerry había optado por no solicitar la presencia de Rylan en el interrogatorio. Frank localizó un antiguo camino rural para que el labrador dorado pudiera hacer sus necesidades. Frank también aprovechó para lo suyo: fumarse un par de cigarrillos de liar seguidos.

Mientras Frank y Gerry paseaban por el camino, analizaron el interrogatorio. Él le admitió a Gerry que había terminado por darle la razón. Maggie se había guardado muchísimas cosas.

—Tiene todo el sentido del mundo —dijo Frank—. ¿Por qué iba a querer que el nombre de su difunto marido fuera arrastrado por el fango?

—O el suyo propio —añadió Gerry.

—Ya. Sabe que le queda poco, y que la verdad se irá con ella. Probablemente siente que puede darnos largas el tiempo suficiente. Sin embargo, por cómo hablaba al final... Bueno, sugiere que piensa que alguien debería recibir una medalla por esto, en lugar de que su nombre se vea manchado. Aunque, a decir verdad, la mayoría de nosotros probablemente pensemos lo mismo.

—Yo no —dijo Gerry—. Estoy de acuerdo con lo que usted dijo. La verdad es lo más importante.

Frank giró la cabeza y soltó una bocanada de humo. —Ya. Creo que tengo razón. Pregúntame mañana y puede que haya cambiado de opinión. Soy un indeciso.

—Lo es —afirmó Gerry.

—¡Ja, perdona por ser humano! Venga, Gerry, muchacha, vamos a escuchar esa teoría.

—¿Está seguro de que tengo una? —dijo ella con una sonrisa.

—¿Eso ha sido un intento de sarcasmo? —Él le devolvió la sonrisa—. Siempre tienes una teoría.

—Está bien. Carrie era algo más que una amiga. Era una amiga íntima. Había una conexión muy fuerte. Me he fijado en que hay varias fotos de ella y de Carrie en el pasillo.

—¿Es que no se te escapa nada?

—No. Me he fijado en que está volviendo a fumar mucho.

Él la ignoró. —¿Y qué hay del reloj de sobremesa? —preguntó Frank, desechando a regañadientes su segundo cigarrillo a pesar de no haber llegado aún al filtro—. Me he fijado en que lo estabas examinando.

—¿El reloj de sobremesa?

—Sí. Tic-tac, tic-tac. ¿Sabes?

—No, nada de eso. Solo me ha parecido bonito. He pensado en poner uno en la lista de regalos de boda.

Él puso los ojos en blanco ante la inesperada respuesta. —Así que creemos que Carrie, el Testigo A, estaba lista para testificar. Se había descubierto el pastel y ella corría peligro. ¿Kristian vino aquí para arreglar la situación, pero se topó con la horma de su zapato con Bobby? ¿Con Maggie? ¿Con los dos?

—¿No hemos mantenido todo este tiempo que esto no podía ser el trabajo de una sola persona?

—Ya... —Frank se detuvo y miró un árbol desnudo de hojas; vio movimiento en las ramas. Una ardilla, quizá—. ¿Crees que, bueno, es horrible, pero pudo este encuentro, este estrés, causar lo que le pasó a su bebé? ¿A Hope?

—La muerte fetal tiene múltiples causas potenciales —explicó Gerry—. Complicaciones placentarias, problemas con el cordón umbilical, infecciones, preeclampsia, restricción del crecimiento fetal. Se ha demostrado que los niveles altos de estrés psicológico duplican el riesgo. Pero en aproximadamente un tercio de los casos, nunca se identifica la causa.

Frank asintió despacio. —Así que no podemos saberlo.

—Podemos especular, pero no. Correlación no implica causalidad. El estrés de descubrir que su marido había matado a alguien podría haber contribuido. O podría haber sido algo totalmente inconexo. No hay forma de establecer un vínculo veintidós años después.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Frank.

—Sé que no le va a gustar, pero una orden para registrar la propiedad, ¿quizá para recuperar el rifle?

Frank suspiró. —No. Sabes que no me gusta. No va a quedar nada bien si nos presentamos y salimos con las manos vacías, después de haber estado acosando a una mujer moribunda y bondadosa por el asesinato de un monstruo salvaje que se aprovechaba de niños. ¿Quieres consultárselo a Oxley?

—Él esperará que usted hable con él.

—Esta vez estaba siendo sarcástico.

—Oh, entiendo. No debería enfadarse. Al fin y al cabo, aquí es donde reside la verdad, con Maggie Whitworth. O al menos parte de ella... —dijo Gerry.

—Ya —Frank se detuvo—. Pero la indecisión. Ha vuelto.

—¿Por qué?

—Piénsalo, Gerry. ¿Somos los únicos a los que esto les preocupa?

—No lo entiendo.

—Lo de no remover las aguas.

Ella miró a Rylan, que ya había terminado sus asuntos. —¿No remover las aguas?

—Es un decir: mejor no mentes al diablo. Significa que probablemente deberíamos dejarlo estar. Como he dicho, ¿quién va a condenar a nadie por esto? ¡Se me ocurren muchísimas personas que nombrarían a Robert Whitworth caballero a título póstumo si lo hizo!

Ella parecía confundida.

—Lo sé, lo sé, olvídalo.

—Si está empezando a sentirse así, deberíamos decírselo a Oxley y quizá pasar el caso.

Frank soltó una carcajada. —¿Hablas en serio? ¿Y dejar que ese cabrón se regodee en mi indecisión? Me lo imagino con los peces

gordos, riéndose a mandíbula batiente de que Frank Black se ha ablandado con la edad.

—Estoy segura de que eso es solo su imaginación.

—Ja. Treinta y cinco años, Gerry, muchacha. Treinta y cinco años. —Se señaló la cabeza—. Mi imaginación no miente.

Se dirigieron de vuelta al coche.

Frank dijo: —Aseguró que no tenía ni idea de que Carrie había muerto, ¿no?

—Otra mentira.

—Sí, por las fotos que has visto.

—Y por la forma en que hablaba de ella. Además, teniendo en cuenta que perdió a su propia hija, no se habría mantenido ausente de la vida de Carrie.

Frank llamó a Sean. —Necesito que te pongas en contacto con el hospicio de St Hilda en Scarborough. Averigua si Maggie Whitworth ha estado en contacto con ellos hace poco. Registros de visitas. Llamadas telefónicas. Cualquier cosa de las últimas semanas.

Colgó. Miró su reloj. Sacó otro cigarrillo de liar pero volvió a guardarlo cuando vio que Gerry arqueaba una ceja.

43

Maggie estaba de pie junto al serbal del jardín trasero y se apoyó en el muro de piedra que rodeaba el perímetro de su propiedad. Ya estaba agotada antes de esa entrevista inesperada, pero ahora, tras enfrentarse a una pregunta tras otra, cada una de ellas un campo de minas, se sentía completamente aniquilada.

¿Qué revelar? ¿Qué proteger? ¿Cuánta verdad podía coexistir junto a las mentiras necesarias?

A eso se sumaba que, cuando por fin se marcharon, Jenny la había acribillado a preguntas, ¡obligándola a iniciar otro ciclo de mentiras!

Intentó, a pesar de estar exhausta, hacer un balance interno de la situación.

¿Ha funcionado? ¿He desviado la atención lo suficiente por el momento? ¿Tengo margen para terminar lo que empecé, arriba, con el frasco marrón y las palabras de Roberta?

Miró hacia abajo, a la sencilla placa de latón colocada en el suelo junto a las raíces del serbal: *Hope Whitworth. Nuestra hija. Siempre amada, siempre añorada.*

Recordó a Bobby cavando la tierra, mientras ella apretaba la urna contra su pecho. Ambos habían estado llorando demasiado como para poder hablar.

Habían plantado el serbal y depositado las cenizas de Hope en la base.

Estaba allí para protegerla. Para ahuyentar el mal.

Hope nunca había conocido el mal. *Que Dios la tenga en su gloria.*

Carrie, por el contrario, se había topado con él de frente.

Al igual que Maggie, una fría noche de septiembre de 2003.

Al lado de la placa de Hope:

Robert «Bobby» Whitworth. 1958–2009. Amado esposo. Ausente, pero nunca olvidado.

Aquí también estaban sus cenizas. Ella misma las había esparcido, sola, en una mañana gris no muy distinta a esta.

—Creen que fuiste tú, Bobby —susurró ella—. De verdad lo creen. Lo vi en los ojos de esa joven. Y en los del Inspector Jefe también. Aunque en él percibí compasión. Él sabe que todo esto es un error. Que esta es una verdad que es mejor dejar en manos del tiempo y del polvo.

Miró a su alrededor, a su jardín, y pensó en los rosales que florecían en verano, que ahora no eran más que tallos desnudos. Esperando una primavera que la propia Maggie nunca vería. El invierno sería su última estación.

Su mirada se posó en la caseta donde él había pasado horas trabajando con sus manos, construyendo cosas, arreglando cosas, evitando desmoronarse tras la muerte de Hope.

Y la caseta en la que, finalmente, él había muerto.

—Lo he intentado, Bobby. Lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero no creo que se den por vencidos. Sin embargo, es curioso cuántas de las cosas que he dicho son, de hecho, la verdad. Les he dicho que eras amable, atento. Les he hablado de lo maravilloso que eras. De cuánto detestaba que cazaras —rio, pero su regocijo se desvaneció rápidamente—. Pero volverán. No se les puede culpar. Es su trabajo. Como el mío en el hospicio. Si lo llevas en la sangre, pues sencillamente sigues con ello, ¿no? Así que, ¿qué debo hacer cuando regresen?

Bajó la vista con tristeza. Pensó en el club de caza de Bobby. Incluso ahora, brindaban por su memoria cada año en la cena anual. Antes de enfermar, ella solía asistir como invitada de honor.

Colin Westerly siempre contaba la misma historia. Esa sobre Bobby enseñando al nieto de Colin a disparar. *«¡La paciencia que tenía aquel hombre, cómo logró que fuera divertido en lugar de aterrador!».*

La fotografía de Bobby con aquel ciervo de seis puntas, la que él creía que lo hacía parecer gordo, aún colgaba en el club con una placa de latón debajo: *En memoria de Bobby Whitworth. Maestro, cazador, amigo...*

Asesino...

No sonaba igual de bien.

Resopló y suspiró. —Llegado el momento, no dejaré que arrastren tu nombre por el fango. Tú nunca mataste a nadie. —*Fuera de la guerra, al menos—.* —¿Destruir tu legado, cariño? Por encima de mi cadáver. —Y no pudo evitar reírse en ese momento ante la naturaleza ridícula de su comentario, porque eso era exactamente lo que pronto sería ella.

El dolor en su abdomen se retorció. Se presionó con una mano, respirando por la nariz hasta que remitió. La morfina estaba perdiendo su efecto. Pronto necesitaría otra dosis.

Entró en la caseta y se quedó un momento mirando a su alrededor.

Herramientas colgadas en tableros perforados, clasificadas por tamaño y función. El banco de trabajo limpio y organizado.

A menudo entraba a quitar el polvo.

Sus gafas de lectura aún estaban sobre el estuche junto al banco, al lado de una casita para pájaros a medio terminar. Podía ver las marcas de lápiz en la madera, las medidas cuidadosas con su caligrafía nítida. El propio lápiz yacía al lado, desgastado hasta ser un tocón, con marcas de dientes en la madera de cuando lo mordisqueaba mientras pensaba.

Se dirigió a la esquina más alejada, donde estaban apilados botes de pintura viejos y sacos de fertilizante. Los apartó, dejando a la vista las tablas del suelo. Una tabla era ligeramente diferente a las otras: más nueva, con la veta en un ángulo extraño.

Le hicieron falta tres intentos para levantarla con una palanca; tenía los dedos débiles y la madera se resistía. Había pasado tanto

tiempo... La madera finalmente cedió, pero también lo hizo su piel de papel. Los dedos le sangraban. Se limpió la sangre en la rebeca y continuó.

Por fin se levantó, revelando la cavidad poco profunda que había debajo.

El estuche de cuero que contenía el rifle seguía allí.

Tras su muerte en 2009, ella había entregado todas las demás armas de fuego de Bobby para que fueran destruidas, tal como exigía la ley. Había rellenado los formularios, observado cómo catalogaban cada arma y recibido los recibos. Pero con esta… no podía arriesgarse. Por lo que podría revelar.

Había pensado en deshacerse de ella cien veces. ¿Tirarla al Mar del Norte? ¿Enterrarla en los páramos?

¿Pero y si algún entusiasta de los detectores de metales la encontraba? ¿Y si alguno de esos pescadores con imanes la sacaba del puerto? ¿Y si salía a la superficie de alguna manera, en algún lugar, y conducía a la policía directamente de vuelta a Ivy Cottage?

No.

Esto siempre había sido más seguro.

Al saber dónde estaba, podía vigilarla. Controlarla.

Pero ahora le aterraba haberse equivocado.

¿Volverían con una orden de registro?

¿La desenterrarían?

Recordó aquella tarde en la que todo cambió:

Frío.

Sí, frío.

Ya sin lluvia, solo viento, y el sonido lejano del mar contra los acantilados.

El aliento escarchándose con el viento. El rifle también frío, incluso a través de los guantes.

Y los ojos de un depredador, abriéndose más y más al darse cuenta de que, después de haber perseguido y cazado durante tanto tiempo, ahora le tocaba a él.

Firme en su agarre. La bala en la recámara. El seguro quitado. El dedo en el gatillo.

Ella siempre había sentido lástima por los ciervos que Bobby acechaba en Fylingdales Moor; se lo decía.

Ahora, en este momento, no sentía compasión alguna.

Obligó al recuerdo a marcharse. Ya era suficiente.

Necesitaba pensar.

¿Debía llevarse el rifle ahora? ¿Deshacerse de él? ¿Como probablemente debería haber hecho hace todos esos años?

Pero Jenny podría verla.

¿Y se encontraba lo bastante bien como para salir en secreto y deshacerse de él?

Parecía un riesgo demasiado grande en este momento.

Volvió a colocar la tabla del suelo en su sitio. Empujó los botes de pintura sobre ella. Se quedó allí, bajo la tenue luz de la caseta, respirando con dificultad, con el corazón golpeándole las costillas. El esfuerzo le había pasado factura. Se agarró al borde del banco de trabajo, esperando a que el mareo pasara, a que sus piernas volvieran a sentirse sólidas.

Intentó ponerse en pie. No pudo. Sus piernas no querían cooperar. Se quedó allí, en el suelo frío, durante lo que pudieron ser minutos u horas, rodeada por la caseta de Bobby con los secretos de Bobby debajo de ella, y se preguntó si así sería como acabaría todo. Encontrada allí, en el suelo, todavía protegiéndole.

Finalmente, apoyándose en el banco de trabajo, se incorporó.

Deseaba con todas sus fuerzas que esto terminara de una vez.

Poder descansar.

Antes de la policía, había estado a un paso de cerrar este capítulo.

¿Pero ahora qué?

La reputación de Bobby le había sobrevivido dieciséis años. Su memoria estaba limpia. Honrada. Respetada.

Si moría ahora, dejaría esa reputación vulnerable.

A ella no le importaba ni lo más mínimo su propia reputación, ¿pero la de él?

Era profundamente injusto.

Salió de la caseta, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic que sonó como una cuenta atrás.

No.

Decidió que, si alguna reputación tenía que ser sacrificada, sería la suya.

Nunca la de él.

Jamás la de Bobby.

44

Sentada a la mesa de la cocina, Rachel contemplaba en su portátil la imagen generada por ordenador de sí misma.

La forma de la mandíbula. La separación de los ojos. El modo en que su labio superior se curvaba ligeramente hacia un lado.

Acercó el portátil. Lo alejó. Giró la cara hacia la izquierda, luego a la derecha, otra vez a la izquierda, como si la respuesta se escondiera en los ángulos. No era así. La tecnología había atravesado treinta años como si fueran papel de fumar.

Si le quitabas el pelo rubio, le ponías un corte de pelo estilo «pixie» oscuro y unas gafas de montura gruesa, casi todos los que la conocían estarían llamando a la policía; incluidos Oliver y Martin.

Recordó el comentario de Martin: *Te queda mejor el pelo oscuro. Nunca me han ido mucho las rubias.*

Cerró el portátil de golpe.

No te vayas a ninguna parte, cariño. Ahora que sabemos que eres la más buscada de Yorkshire, igual podemos negociar algún tipo de recompensa para nosotros.

Se apretó un pañuelo contra los ojos y lloró.

Había una espantosa sensación de inevitabilidad.

Harían la conexión. No era cuestión de *si* ocurriría, sino de *cuándo*.

Y eso la dejaba con pocas opciones: *Tengo que decírselo*.

Cerró los ojos e imaginó la confesión a la hora de la cena. —Mi nombre era Jade. Lo siento, Martin, me lo cambié antes de conocerte. Quería ser una persona distinta. Por ti. ¿Por qué? Bueno, a Jade, a ella..., o mejor dicho, a mí..., nos engañaron, ¿vale? Aunque quizá no fue un engaño, porque para cualquier otra persona habría sido obvio. Así que dejamos que nos engañaran y...—

—Jade ya no existe. Martin, Oliver, soy vuestra esposa y vuestra madre. Soy Rachel Morrison. La mentira. Lo siento. Me pareció necesario. ¿Las gafas? No, no las necesitaba. Pero ahora sí. ¿Y el pelo? No, no es natural, y ha sido muy difícil mantenerlo así durante tanto tiempo. He estado suplicando que me salieran canas desde que tengo uso de razón, ¿porque esas raíces rubias? Han sido la cruz de mi vida. Dios, lo siento...—

—No, mi madre ha muerto. Nunca conocí a mi padre. Jamás mentí sobre eso, lo juro. Sí, tengo un hermano, lo sé, y sí, sigo viéndolo...—

Abrió los ojos.

—Así que sí —dijo en voz alta—. ¿Tu mujer, Martin? ¿Tu madre, Oliver? ¿Sabéis qué? Es una puta mentirosa.

Dio vueltas por la cocina, mordiéndose un nudillo. Un hábito de la infancia. Uno de los de Jade. Estaba volviendo.

El calendario de trabajo de Martin en la nevera, con su aniversario rodeado en rojo.

Una foto de sus vacaciones en Cornualles, los tres sonriendo en la playa.

La cocina de Rachel Morrison. La vida de Rachel Morrison.

A punto de arder.

Jade Thornton resurgiendo de las llamas y las cenizas.

Y no como un puto fénix, eso desde luego.

¿Y cómo sería su vida después?

¿Si es que llegaba a sobrevivir?

Negó con la cabeza. Por esto mismo se había negado a testificar allá por 2003. El Inspector George Tait. Había insistido tanto... No paraba de hablar de justicia.

¿Qué clase de justicia sería si me arruinara la vida por completo?, había pensado ella.

Tait le había suplicado. Alguien más había accedido también. Supuestamente, Carrie. Él lo había utilizado para hacerla sentir culpable. —*Si usted también se pone de nuestra parte, el destino de él será inevitable. Tiene que pagar, evite que haga daño a otras personas*.

¿Por qué me toca a mí, después de todo lo que he pasado, sacrificar mi anonimato? ¿Por qué debería cargar yo con el coste final? ¿Y quedarme con una vida llena de vergüenza?

Tait había sido implacable. —*No debería sentir vergüenza*.

Pero yo hice esas cosas, ¿no? ¿Acepté hacerlas?

—*Tenía catorce años* —había insistido él—. *La gente no la condenará. Sentirán lástima por usted*.

Quedarme con una vida llena de lástima, entonces; no es precisamente la mejor alternativa a la vergüenza.

Mirando atrás ahora, se preguntaba si quizá debería haber aceptado, sin más. Al fin y al cabo, ahora que habían encontrado el cuerpo del cabrón, su mundo se iba a desmoronar de todos modos.

Si hubiera hecho lo correcto entonces, lo habrían arrestado. Encarcelado. Habría sido bajo sus propios términos. Habría tenido treinta años para sanar.

Rachel volvió a abrir el portátil, impulsada por una fuerza, un deseo de saber algo que había logrado reprimir hasta ahora.

Buscó a Carrie Long.

Había muchas.

Pero la encontró, a pesar de todo. Una foto real de ella en la edad adulta. No una generada por ordenador.

En Facebook, el perfil estaba abierto al público; algo *inusual*. Hizo clic y entró en su página.

Fotos. Cientos de ellas. Carrie de vacaciones. Carrie con un marido. Carrie trabajando tras una barra. Carrie en una graduación. Carrie viviendo.

Leyó algunas publicaciones y comprendió por qué su página se había abierto al público. Ahora era una página de homenaje.

—Descansa en paz, Carrie. Luchaste con todas tus fuerzas. El cielo ha ganado un ángel hoy.— Daisy Long.

—No puedo creer que te hayas ido. Te querré siempre, Car. Gracias por ser la mejor amiga que podría haber tenido.— Michaela Green.

—El mundo es más oscuro sin ti. Te merecías algo mucho mejor. — James Caulfield.

—Aún no puedo procesar esto. He llamado a tu número tres veces hoy antes de acordarme. Ya te echo mucho de menos.— Keeley Hall.

—Vuela alto, preciosa. Tu dolor ha terminado.— — Amanda Morton.

Rachel siguió bajando. Más de lo mismo. Docenas. El cementerio digital de una vida.

Su visión se nubló. Sentía dolor, pero también una tremenda sensación de aislamiento. Sin Carrie, ahora se sentía sola en su condición de víctima.

Una vez más, cerró el portátil y se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

Subió las escaleras y, en el cajón inferior de su mesilla de noche, sacó su joyero y lo abrió.

Extrajo el trozo de papel doblado con aquel número de teléfono.

La cafetería. York, finales de 2003. Recordó la forma cuidadosa en que habían deslizado el papel sobre la mesa. —Por si alguna vez se tuercen las cosas.—

Aquí estaban. Veintidós años después. Las cosas se habían torcido.

Se habían ido a la mierda, de hecho.

Rachel se sentó al borde de la cama, con el papel temblando en la mano, y miró fijamente su teléfono. Marcó el número.

—¿Dígame?

—Soy Rachel Morrison.—

—Ah, Rachel. —Se oyó un suspiro—. Cuánto lo siento. No estaba segura de si llamarías.—

45

Blessing contaba en silencio mientras cepillaba el pelo de Jamie.

Uno. Dos. Tres.

Sus movimientos eran expertos. Lado izquierdo, lado derecho, parte de atrás.

Cuatro. Cinco. Seis.

El cepillo se enganchó en un enredo. Él hizo una mueca de dolor, pero dejó que ella continuara.

Siete. Ocho. Nueve.

Sus hombros parecían relajarse progresivamente con cada pasada. Aquella era su paz.

Diez...

Jamie giró la cabeza bruscamente. —Basta, Blessing-de-Lagos.

—Pero si aún no he llegado a trece.

Él volvió a girar la cabeza y la observó en el espejo. Su pelo rubio arena sobresalía en varios ángulos. Parecía agotado.

Se produjo un largo momento de silencio. Algo iba muy mal.

Ella estaba deseando devolverle al pelo cierta forma de caos controlado.

—Necesito caminar —dijo él.

Blessing asintió. —Está bien.

Él fue hacia un cajón. —Mis lápices. Cuando regresó junto a ella, se fijó en que los llevaba en el bolsillo superior.

No estaban por orden de altura. Todo estaba mal. Ella no dijo nada, pero lo siguió fuera de la habitación.

Él entró en la cocina, se detuvo un segundo, sacó los lápices y los golpeó contra la mesa. Rodaron y se separaron unos de otros.

Se quedó mirándolos fijamente. —Pasos pequeños, lápices pequeños. ¿Pero qué pasos? —Entonces, juntó los lápices en un grupo—. No puedo.

Blessing se acercó más. —¿Jamie? ¿Qué no puedes hacer? ¿Estás bien?

Mantuvo un dedo tembloroso sobre uno de los lápices más cortos. —Uso este para los bordes de los parterres. Me gusta cómo encaja perfectamente en la palma de la mano.

—Eso está muy bien.

Desplazó el dedo tembloroso hacia el lápiz más bajo. —Diez centímetros equivalen a un paso, que equivale a cero coma setenta y seis metros.

—Lo recuerdo.

—Pero... —Dio un paso atrás.

Ella se apartó para no estorbarle.

—Pero —repitió él.

—¿Jamie? ¿Pero qué?

Él la miró fijamente, con los ojos muy abiertos. —¿Y si ahora los pasos son diferentes? ¿Y si todo ha cambiado y he medido mal todo este tiempo?

Ella no tenía ni idea de a qué se refería, pero no quería que se quedara atrapado en sus cavilaciones, así que optó por intentar distraerlo. —Tus mediciones siempre son perfectas, Jamie. Creo que estás cansado.

—No. —Sacudió la cabeza y volvió a dar un paso al frente.

No había funcionado. Cogió un lápiz mediano. El temblor de sus manos se intensificó.

—Siempre para los cruces de los caminos —susurró.

Ella no supo qué responder, así que permaneció en silencio.

—Mediciones intermedias —continuó Jamie—. ¿Pero y si...? ¿Y si...?

Ella esperó, conteniéndose para no añadir más preguntas a su caos mental.

—¿Y si hay cruces que se me han pasado? —dijo finalmente—. ¿Lugares que nunca he cartografiado porque no sabía que estaban allí?

Blessing se acercó despacio. Lo único que se le ocurrió fue intentar tranquilizarlo más. —Tú lo cartografías todo, Jamie. Cada parterre, cada camino, cada...

—No todo. —Las palabras salieron afiladas. Desesperadas. La miró un momento. Más silencio. Aquello la asustó.

—Hay lugares oscuros. Lugares que ni siquiera los mapas pueden mostrar. —Se llevó la mano a la sien de golpe. Con la palma abierta. Un golpe. Ella esperaba que fuese el único—. Lugares donde los lápices no funcionan porque no hay luz con la que medir. Donde las estrellas no pueden ver. Donde las cosas se van y no vuelven.

Hizo ademán de golpearse otra vez. Blessing le sujetó la muñeca con suavidad. —Eso no lo hacemos, ¿recuerdas? En su lugar, presión profunda.

Por un momento, sus músculos se tensaron bajo los dedos de ella. Luego, lentamente, bajó el brazo, aunque se negó a mirarla a los ojos. —Estoy bien, Blessing-de-Lagos.

No lo estás, pensó ella. *Estás de todo menos bien.*

—¿Te gustaría ir al parque? ¿A tu sitio favorito junto a la fuente?

Se lo pensó, asintió y después seleccionó solo tres lápices.

Dejó diez atrás, algo totalmente impropio de él. Luego la siguió afuera.

46

Combes Lock-Up se encontraba al borde de un polígono industrial. La maleza se abría paso entre el hormigón que lo rodeaba.

—El edificio parece a punto de venirse abajo —dijo Sharon.

—Ja. No te dejes engañar —dijo Reggie—. Con su hierro corrugado y su amianto, se veía igual de feo allá por los ochenta; diseñado para sobrevivirnos a todos. Hace falta muchísimo para echar abajo estos sitios.

Alfie Combes esperaba junto a la entrada. Estaba cerca de los ochenta. Tenía los brazos cruzados. Sus tatuajes eran de una época pasada. Tinta de un azul grisáceo desteñido que se extendía por unos antebrazos robustos. Rosas y mujeres semidesnudas.

Qué clase, pensó Sharon, preguntándose si esos hombres mayores sabían lo mal que quedaban esos tatuajes. Quizás esa era la razón por la que nunca se los retocaban. Por qué no los oscurecían. Si llevar a una mujer semidesnuda en el brazo no te hacía sentir cierto tipo de vergüenza en el mundo de hoy, supuso que nada lo haría.

Alfie tendió una mano callosa y estrechó la de Reggie, pero saludó a Sharon con un asentimiento y un cortés:

—Señora.

Sharon sacó su placa.

—¡No hace falta! Ya me imaginaba quiénes eran. A menos que me haya equivocado y sean gente que viene a comprar el sitio —

guiñó un ojo.

—Me temo que no —dijo Sharon.

—Es una verdadera lástima. Siento que no me libraré nunca de este lugar.

—Gracias por recibirnos, Sr. Combes —dijo Reggie—. Y por ser tan comunicativo por teléfono hace un rato.

—No hay de qué.

Alfie los guio al interior. El pasillo olía a humedad y a metal viejo, y le recordó a Sharon el paso subterráneo cerca de la casa de su infancia, donde había aprendido a caminar rápido y con la cabeza baja. Sus pasos resonaban contra las paredes desnudas. Él se detuvo en la unidad siete, la abrió y empujó la puerta de par en par.

—Ya he intentado decirles que en realidad no hay nada que ver —dijo Alfie.

Sharon asomó la cabeza al interior. Vacío. Completamente desmantelado. Suelo de hormigón, tuberías a la vista que recorrían el techo.

Ella entró primero. Las tuberías goteaban de forma constante en el rincón más alejado, un rítmico tac-tac-tac. Se le oprimió el pecho al ver la pared de ladrillos del fondo y fue transportada de inmediato a la Sala de Incidentes del día anterior, donde había visto las grabaciones que probaban el abuso infantil.

Se dio cuenta de que tenía las manos heladas a pesar de los guantes.

—Esta unidad no se ha usado en más de diez años —dijo Alfie. Giraba distraídamente la sencilla alianza de oro de su dedo anular—. Llevo intentando dar salida a toda la propiedad casi quince años. Sin mucha suerte, pero algún día pasará; ¡con suerte, antes de que me vaya al otro barrio, para poder llevar a la mujer a ese crucero que siempre ha querido! Será más bien una compra de terreno cuando alguien finalmente muerda el anzuelo. He oído rumores de que se acerca el momento. Simplemente arrasarán este edificio y construirán un almacén mayorista o algo así.

Sharon avanzó más hacia el interior de la unidad. La temperatura parecía bajar con cada paso hacia dentro. Su aliento se volvía cada vez más brumoso.

Carrie y la Testigo B.

¿Había puesto Kristian al menos una estufa para aquellas pobres chicas?

¿Había gastado dinero en la comodidad de sus víctimas?

Una rabia surgió en su interior, calentándola ligeramente.

—Como me dijo por teléfono, su hermano gestionaba el lugar en la época en cuestión —dijo Reggie. Parecía dirigir su afirmación más a Sharon que a Alfie, quizá temeroso de que ella no fuera capaz de contener su asco.

Ella ya había admitido durante el trayecto que sería un desafío, pero insistió en que siempre veía el panorama general. —Despedazarlo podría no darnos la visión de conjunto —le había asegurado a Reggie.

—Sí —dijo Alfie—. Y tengo la intención de dejar eso muy claro. Como dije, cuando me enteré de todos estos tejemanejes, el contrato de alquiler se cortó —hizo un gesto de corte con la palma de la mano en el aire—. Muerto. Terminado.

Mi héroe, pensó Sharon, mirando hacia otro lado para poder poner los ojos en blanco.

¿Quizá podría explicarnos cómo terminó? —preguntó Reggie.

Los ojos de Alfie se movieron de un lado a otro. —Eso fue hace mucho tiempo.

—Lo es —asintió Reggie.

Sharon suspiró para sus adentros. La actuación de ángel vengador la había sacado de quicio. ——La cuestión es —dijo Sharon —, que me alegro de que le pusiera freno, pero antes de que se felicite a sí mismo, ¿recalcamos que estas chicas solo tenían catorce años...?

—Dieciséis —interrumpió él.

—Dieciséis cuando terminó —dijo Sharon—. Tenían catorce cuando empezó.

Él tragó saliva.

—Todo ello en su propiedad —añadió ella.

Él desvió la mirada.

—¿Y bien? —lo instó ella.

Él suspiró y volvió a mirarlos. —¿Y no me meteré en líos? Quiero decir, ya soy viejo, y mi mujer también. Demasiado viejos para sobrevivir a cualquier escándalo. ¿Saben a qué me refiero?

—Cuéntenos qué pasó —dijo Reggie—. Y si creemos que se comportó correctamente..., sinceramente, probablemente decidamos que no nos interesa seguir con esto. Le agradeceríamos la información.

—Sin embargo, prolongar esto —dijo Sharon—, podría no caernos muy bien.

—Todo es culpa suya, saben —dijo Alfie, asintiendo.

—¿De su hermano? —dijo Reggie.

—Sí. Sabía que llegaría este día. El día que le dije a mi hermano que se fuera a paseo fue el día en que le dije que de aquellos polvos vendrían estos lodos, y aquí están. ¿Y saben qué? No ha vivido lo suficiente para verlo. Solo el tonto de turno que tienen delante. —Suspiró y se pasó una mano por la calva—. Por favor, créanme, todavía se me revuelven las tripas cuando pienso en aquello. Hasta el día de hoy.

Sharon miró al centro de la unidad, aproximadamente donde había estado aquel sofá, donde una de las víctimas había sido entrevistada. —A todo el mundo se le revuelven las tripas.

—Esas chicas. Dos, creo. ¿Cómo están ahora? ¿Tuvieron buenas vidas?

—Solo conocemos la identidad de una —dijo Reggie—. Desgraciadamente, falleció hace poco...

—¿Falleció? —Parecía desolado—. Santo cielo. Pobre muchacha.

—Cáncer —dijo Sharon.

—No podía tener más de, ¿qué?, ¿cincuenta años ahora?

—Cuarenta y cinco —dijo Sharon.

Volvió a suspirar. —Y no saben quién es la otra.

Sharon negó con la cabeza.

Su mano volvió a su alianza de boda, haciéndola girar una y otra vez.

—Antes de llegar a cómo terminó, ¿podría decirnos cómo empezó todo? —preguntó Reggie.

—Conocí a Harold Louis Spencer una vez, al principio.

—Kristian Kellerman —corrigió Reggie.

—Sí, usted lo dijo por teléfono. Todos nuestros documentos tienen su nombre. Estaba con su socio, un tal Derek no sé qué. Me dieron escalofríos, los dos. Demasiado relamidos. Demasiado amables. Como políticos. Pero mucha de la gente que nos alquilaba unidades entonces era así. Después de todo, eran los que tenían el dinero, ¿no?

Y lo siguen siendo, pensó Sharon.

—Obviamente, cerré el trato. Unos doce meses iniciales, pero la responsabilidad de supervisar pasó a ser de mi hermano. —Se rascó la barba canosa—. Mi hermano se encargaba del día a día del lugar y, como estamos dejando al descubierto, simplemente no tenía los mismos valores que yo. Yo tenía una hija joven, saben. Ya no es tan joven, evidentemente, pero si lo hubiera sabido entonces, bueno, ya saben, no habría pasado de los doce meses.

—¿Hasta convertirse en tres años? —dijo Sharon, intentando no poner los ojos en blanco.

—Se renovó bajo la palabra de mi hermano por dos años más. Pero yo nunca sospeché nada de lo que estaba pasando.

Sí, pensó Sharon. *Se empeña usted mucho en seguir diciéndonoslo.*

—Fue solo hacia el final de su tercer año, cuando el contrato tocaba renovarse otra vez, cuando mi hermano decidió finalmente compartir algo de lo que estaba pasando conmigo... Quiero decir, menudo imbécil, ¿eh? Casi tres años antes de que yo oliera algo turbio. Solo lo hizo para cubrirse las espaldas. Le preocupaba no poder ocultar sus pequeños sobornos por mucho más tiempo. Sospechaba que yo le cortaría los huevos y, sí —abrió mucho los ojos—, tenía razón.

—¿Cómo se le acercó para contarle esto? —preguntó Reggie.

—Dijo que había oído un escándalo en una de las unidades. Las persianas estaban bajadas y oyó cómo tiraban cosas. Gritos también. Ese tipo de cosas.

Sharon sacó su bloc de notas, agradecida por tener algo que hacer con las manos en lugar de apretarlas en puños.

—Mi hermano dijo que se acercó para escuchar —dijo Alfie—. Dijo que oyó que el cabrón le estaba cantando las cuarenta a una muchacha allí dentro. Diciéndole que no existían las bajas por enfermedad. Que no importaba lo enferma que estuviera, que haría su trabajo.

—Dios —dijo Reggie.

Sharon notó que él también tenía las manos apretadas. *Menos mal que soy yo la que toma notas*, pensó.

Alfie se frotó de nuevo la calva. —Sí. Lo sé. Horrible. Creo que eso fue lo que convenció a mi hermano de dejar de mirar para otro lado y de cobrar sobres.

¿Sabe que le estaban pagando? —dijo Reggie.

—Sí... lo admitió después de que yo —se hizo crujir los nudillos— fuera más firme con él.

—¿Le dijo algo más entonces? —dijo Sharon.

Alfie se frotó la cabeza y suspiró. —Más de lo mismo. El cabrón, Harold, Kellerman o como se llamara, le gritó a esa chica que iría al hospital y la sacaría a rastras si hacía falta. —Hizo una pausa y tragó con dificultad—. Sí, lo sé, frío, ¿eh? Que podía dedicar un par de horas a la semana, sin importar cómo se sintiera. Joder. —Sacudió la cabeza y bajó la vista. Sharon pudo ver la vergüenza—. Que esa chica solo tenía que sonreír y actuar como si se estuviera divirtiendo. —Alfie se interrumpió y se frotó los ojos. Había un temblor en sus manos callosas—. Si lo hubiera sabido antes. Lo juro. De verdad. Mi hermano y yo éramos diferentes, siempre lo fuimos. Yo habría echado la puta persiana abajo. Al menos él finalmente se quebró; se confesó conmigo. —Respiró hondo y apartó la mano de sus ojos—. Eso sí, solo cuando conocí al padre de esa pobre chica me di cuenta de lo serio que se había vuelto todo.

El bolígrafo de Sharon dejó de moverse. Levantó la vista bruscamente. Sharon y Reggie intercambiaron una mirada.

—¿Padre? —preguntó Sharon. Su propia información sugería que el padre de Carrie había muerto cuando ella tenía cuatro años.

—Sí. Bueno, él dijo que lo era, al menos. No había razón para no creerle.

—¿Cómo lo conoció? —preguntó Reggie.

—Bueno, yo ya había cancelado la renovación y estaban en su último mes. Mi hermano estaba enfermo, por mi culpa... —Se miró las manos—. No me había tomado bien la noticia. Así que yo estaba en el lugar, cubriendo su puesto por primera vez en años. *Jesús.* Nunca olvidaré lo que vi. —Miró más allá de ellos, viendo algo que ellos no podían—. Esa pobre chica. —Entornó los ojos y sacudió la cabeza, ahora con aspecto más enfadado que triste—. Los vi llegar. A ese cabrón de Harold. En un BMW. Todo elegante. Y la vi a ella, con una venda en los ojos. Una puta venda en los ojos. Pensé que iba a vomitar.

Sharon no pudo evitarlo. —¿Conveniente, no? —Hizo un gesto a su alrededor—. Esa fue la razón por la que nunca se encontró este lugar entonces.

Alfie se encogió de hombros. —Me siento fatal, de verdad, pero le puse fin.

—Ponerle fin habría sido llamar a la policía.

Alfie desvió la mirada. —¿Pero y mi hermano? Era un imbécil, ¿pero creen que podría haber hecho la llamada que lo metiera en la cárcel?

—Es su propiedad —añadió Sharon—. Así que...

—¿Cuántas veces tengo que decirlo? —Sus ojos se agrandaron—. Sepan que después de que lo eché, no volví a hablar con él en veinte años hasta el día en que bebió hasta morir en un bar de Bangkok. También cargué con la culpa de eso.

—Termine la historia —dijo Reggie.

—La chica se veía pálida. Enferma. Fue horrible. Me acerqué al cabrón de Harold y...

—Kristian —corrigió Sharon, una vez más.

—Le solté de todo, ya saben, me despaché a gusto. Dije que se había acabado el juego. Que no me importaba cuántos sobornos le estuviera pasando a mi hermano, aquello se había terminado. Él intentó discutir. —Sus puños estaban apretados de nuevo—. Pero no tuve oportunidad de insistir más. De la nada apareció aquel tipo grande, de cara curtida, llegando en un Land Rover, con un puto rifle enorme en las manos.

Dios mío, pensó Sharon, intercambiando otra mirada con Reggie.

—Se acercó directamente blandiéndolo, ¡y pensé que estábamos muertos los dos! Créanme, si hubiera tenido que hacerlo en ese momento, habría tirado a mi hermano bajo el puto autobús allí mismo antes que morir por su incompetencia. Su hombre no estaba para discusiones, pero le hizo ver que se estaba metiendo con la gente equivocada. El tipo grande le apuntó con el arma y dijo: «La gente despreciable como tú merece estar muerta». Pero no disparó. Dijo que era el padre de la chica y que los había seguido en su Land Rover. La muchacha parecía aturdida, pero se fue con él sin hacer preguntas. Después, Harold, perdón, Kellerman, parecía haberse cagado encima. Me dieron ganas de darle un repaso yo también por si acaso, pero había habido veneno en sus palabras sobre «meterse con la gente equivocada», así que opté por ir sobre seguro. Kellerman preguntó si podía recoger sus cosas de la unidad. Le dije que tenía quince minutos. Tardó menos de diez y nunca volví a ver a ninguno de los dos. Dejó un sofá espantoso. Recuerdo haberlo sacado. Llamé a mi hermano, que estaba hecho una piltrafa, y le obligué a venir y prender fuego al sofá. Le hice quedarse al lado y toser hasta echar los hígados, aun teniendo una costilla rota.

Qué bien, pensó Sharon.

Reggie sacó su teléfono, navegó por él, y Sharon anticipó lo que estaba haciendo.

Sería aquella foto de Bobby Whitworth con su equipo de caza.

—¿Es este el padre? —preguntó Reggie.

—Dejen que mire más de cerca. —Alfie entornó los ojos hacia la pantalla. El silencio se prolongó. Sharon se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración—. Sí, ha pasado mucho tiempo, ojo, pero creo que es él. —Se tocó la cabeza—. Cosas así no se olvidan fácilmente, saben. De hecho, llevaba esa misma chaqueta de algodón encerado; recuerdo haber pensado que yo tenía una parecida.

—¿Algo más que pueda recordar? —preguntó Reggie.

Él miró hacia otro lado. —No.

—¿No le preocupaba que le hiciera esto a otras chicas? —preguntó Sharon—. ¿En alguna otra unidad en otra parte? ¿Una llamada anónima podría haber ayudado? Algo.

—Miren. —Se giró y fulminó a Sharon con la mirada, mostrando unos dientes amarillentos—. Supongo que ya no importará de todos modos. Pero sí, quise hacer algo, pero tenía una mujer y una hija a las que proteger. Una noche, mi mujer le abrió la puerta a Vincent Dawson. Sí, veo por sus caras que saben quién es. Le dio un aviso para que me lo entregara. Cuando Vinnie Dawson te da un aviso, agachas la cabeza. —Su voz bajó hasta ser apenas un susurro, y miró hacia la entrada como si Vincent Dawson pudiera seguir allí, décadas después. Ahora apretaba su alianza, con los nudillos blancos.

Reggie dijo: —Entiendo.

—¿Entiende? —siseó Alfie—. ¿Como si ustedes hubieran hecho algo diferente?

Reggie se encogió de hombros.

Alfie sacó pecho. Cuando volvió a hablar, le temblaba la voz. —Describió con detalle lo que le haría a nuestra hija. Cómo lo había pensado. Dejó claro que sabía exactamente a qué colegio iba, a qué hora salía, qué ruta hacía al caminar. El tipo de detalles que demuestran que un hombre ya lo tiene planeado y solo está esperando una excusa.

—Está bien —dijo Sharon, pensando en lo inútil que se estaba volviendo aquel alarde—. Lo entendemos y...

—No piensen ni por un segundo que no me siento fatal. La culpa ha sido una sombra sobre mi vida desde que tengo memoria. Pero cuando alguien amenaza a tu hija, tu sufrimiento se vuelve irrelevante.

¿Y qué hay del sufrimiento de aquellas dos menores?, pensó Sharon, antes de preguntarse si quizá estaba siendo un poco dura con él. Después de todo, la mayoría de la gente habría respondido de la misma manera ante tales amenazas.

Reggie le mostró una fotografía de la Testigo A y la Testigo B. Alfie cogió la foto con manos temblorosas y se la acercó a la cara bajo la tenue luz. Identificó a la Testigo A como la chica que había visto. —Era ella. Aunque nunca supe su nombre.

—¿Vio alguna vez a la otra chica?

Alfie la estudió y negó con la cabeza. —Nunca. Mi hermano me dijo que había una segunda. Si él todavía estuviera aquí, yo mismo se lo traería a rastras para ayudarles a sacárselo.

Sharon cerró su bloc de notas con un chasquido que resonó en el espacio vacío.

Cuando salieron de la luz artificial hacia la grisácea luz de noviembre, Sharon se giró y vio que Alfie tenía los ojos enrojecidos. Quizás había derramado alguna lágrima.

Optó por no cargarle con más culpa. Ya era suficiente.

Sin embargo, no tenía ganas de escuchar más lamentaciones.

Se alejó ella primero, dejando atrás a Reggie. El polígono industrial se extendía ante ella con su pavimento agrietado, maquinaria oxidada y maleza. Todo parecía haberse rendido. El cielo de noviembre pesaba sobre ellos, denso y gris.

Oyó a Reggie despedirse y oyó a Alfie gritar más disculpas en su dirección.

Al llegar al coche, se giró y miró hacia el trastero. Desde aquí, no parecía nada. Solo otro edificio en decadencia en un polígono olvidado. Pero allí habían herido a niñas. Y el hombre que había rescatado a una de ellas, Robert Whitworth, se había contenido; al menos aquel día.

Quién sabe, pensó Sharon, *¿quizás tuvo más contención de la que habría tenido yo?*

¿Así que Robert Whitworth había optado por terminar el trabajo siete años después? La balística ciertamente indicaba eso.

Cuando Reggie llegó al coche, ella preguntó:

—¿Qué es la justicia en un caso como este?

Reggie lo pensó, hizo ademán de responder, pero luego se limitó a encogerse de hombros y subió al coche.

47

En Pannett Park, Jamie contaba las hojas muertas alrededor de la fuente.

—No está bien —murmuró—. No está bien. No debería haber más de cien. Nunca hay más de cien aquí.

Blessing respiró hondo.

Lo llevó hasta un banco. Al cabo de un par de minutos, agradeció ver que Jamie parecía un poco más calmado.

Luego empezó a tararear. Al principio, ella supuso que era una canción de los Beatles e intentó identificarla. Ciertamente le resultaba muy familiar...

De repente cayó en la cuenta.

Era la sintonía de *Look North*.

Y entonces no pudo evitarlo. La preocupación y la curiosidad se fundieron en desesperación y la abrumaron en aquel instante. —Ese cadáver que han encontrado. En los antiguos túneles del ferrocarril... ¿por qué te ha afectado tanto?

Al principio no hubo respuesta. Ella inspiró profundamente y se dispuso a preguntar de nuevo...

Él giró la cabeza bruscamente, de modo que la miraba directamente a los ojos.

—¿Jamie?

Tenía la mirada perdida.

Mierda. ¿Qué estoy haciendo? ¿Provocándole otro episodio?

Vieja tonta.

—No pasa nada, cielo, olvida lo que...

Él la interrumpió: —Las estrellas no pueden verme allí.

Ella tragó saliva. —¿Dónde?

—Allí. Bajo tierra.

—¿En los túneles del ferrocarril?

—¿Y si los mapas están mal? ¿Y si los lápices no han hecho lo que debían?

—No te entiendo.

—No, no, no, no, no… —Las palabras se atropellaban. Era terreno conocido; ya había pasado la noche anterior. Se tapó los oídos con las manos—. Oscuridad.

A Blessing se le secó la boca.

El cuerpo de Jamie se balanceaba. —Mis estrellas, mi mundo. —Tenía la palma de la mano en el aire. Estaba a punto de abofetearse, sin duda—. Oscuridad.

¡Otra vez no!

—¡Jamie, para! —Blessing le sujetó la mano con las suyas. Esta vez él no opuso resistencia.

—Estoy aquí.

—¿Quién?

—Blessing-de-Lagos.

Él empezó a temblar y a sollozar.

48

Frank tenía un poco de tabaco entre el pulgar y el índice y el papel curvado en la otra mano cuando llamaron de repente con fuerza a la puerta de su despacho.

Le dio tal susto que se le cayó el tabaco.

—Maldita sea —siseó—. Adelante.

Gerry abrió la puerta. Rylan estaba junto a ella.

—¡Me habéis dado un susto de muerte!

—¿Por qué? Sigues insistiendo en que llame antes de entrar.

—Pero no tan fuerte como para necesitar un desfibrilador.

—Lo siento... ¿Te encuentras mal? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Da igual... pasad. —Ella entró y se sentó en el otro escritorio—. ¿Tienes noticias? —Frank recuperó el tabaco y siguió liándolo de nuevo.

—No, solo quería ver cómo estabas —dijo Gerry.

—Ja. ¿Dándome unos sustos de muerte?

—No hace falta que nadie lo haga si vas a seguir fumando como lo has estado haciendo...

Él la fulminó con la mirada. —Me mantiene tranquilo, ¿vale? ¡Ya habría acabado si no fuera por esto! —Sintió un latido en las sienes—.

Su teléfono sonó. —¿Y ahora qué?

Comprobó el identificador de llamadas, soltó el papel y respondió. —¿Reggie? —Sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja.

—Jefe, acabamos de terminar de hablar con Alfie Combes.

—Ajá. —Frank continuó liando, sus dedos trabajaban automáticamente. *Relajante*, pensó. *¿Ves? Liar es un ritual relajante.*

—Bobby Whitworth fue a esa unidad de almacenamiento en 1996 —dijo Reggie.

Los dedos de Frank se detuvieron a mitad de la tarea. —¿Qué has dicho?

Miró a Gerry. Rylan, que tenía la cabeza en el regazo de ella, también había vuelto los ojos hacia él.

Frank escuchó la historia con el corazón a mil. Terminó el cigarrillo mientras lo hacía. Sin efecto relajante.

Tras colgar el teléfono, contempló su cigarrillo terminado. —Así que... Bobby rescató a Carrie de aquel lugar. Sin embargo, según Maggie, Bobby no la conocía... Ja...

—¿Señor?

Frank miró a Gerry. —Sí.

—No he oído nada de eso. ¿Cómo ocurrió ese rescate?

—Tienes razón. —Entonces la puso al corriente de la historia—. Y después de todo aquello, en septiembre de 2003 —dijo Frank, poniéndose en pie—, terminó lo que empezó. Bobby Whitworth. Sin darle a Kristian ninguna oportunidad de terminar lo que él había empezado, que era silenciar a Carrie. Sí... —asintió—. Blanco y en botella, Gerry, muchacha. Kellerman aparece muerto en un túnel con la bala de Bobby en la columna. Maggie lo sabía perfectamente. ¡Toda esa patraña de que Bobby no conocía a Carrie! Ese Alfie Combes pensó que él era su maldito padre.

Hizo girar el cigarrillo en su mano. —No me gusta decir que es un cigarrillo de celebración, porque ¿quién puede culpar a este Bobby? Pero creo que podemos decir con seguridad que ya casi hemos terminado. Así que voy a bajar a fumarme un cigarrillo *relajante*.

—Pensé que estabas pensando en dejarlo.

Él asintió y miró el cigarrillo. —Sí... y sigo pensándolo.

El teléfono de Frank volvió a sonar. —Si es que alguna vez me dejan en paz... Sean —respondió—. ¿Qué tiene?

—Jefe, he hecho el seguimiento en el hospicio de St Hilda. Maggie Whitworth ha estado visitando a Carrie Long regularmente durante meses. El personal dice que estuvo allí casi todos los días hacia el final. Estaba presente cuando Carrie murió; estuvo sentada con ella todo el tiempo. Las enfermeras dijeron que fue hermoso, de hecho. Le puso música, leyó poesía. Se aseguró de que Carrie no estuviera sola.

Tras colgar, le dijo a Gerry que su corazonada de que Maggie había estado cerca de Carrie hasta su muerte era correcta.

El despacho se quedó en silencio, a excepción de la respiración de Rylan y el murmullo lejano de voces de la Sala de Incidentes.

La mirada de Gerry estaba demasiado perdida para su gusto.

—¿En qué piensas?

—En que Maggie estaba involucrada.

—Bueno, sí, ya lo dijimos, ¿no? Trabajo de dos personas. Pero Bobby apretó el gatillo. Juntos escondieron el cuerpo. Ella se aferra con fuerza al secreto. Pero nosotros mismos lo hemos sacado a la luz. Tenemos montones de pruebas...

—¿Seguiría siendo responsable? —preguntó Gerry.

—Sí. —Frank se encogió de hombros—. Pero, aun así, no va a vivir lo suficiente para rendir cuentas por ello de todos modos... ¿para qué hacerla pasar por...?

—¿Y si fue ella quien apretó el gatillo? ¿Y Bobby vino a ayudarla?

—Era *su* arma —dijo Frank.

—A la que ella tenía acceso.

Frank se frotó la frente. Sabía por dónde iba esto. —Aun así, ¡es lo mismo! ¿Qué sentido tiene? No vivirá lo suficiente para ir a juicio de todos modos... Puede que ni siquiera esté aquí para cuando se produzca el arresto. —Se dio cuenta de que su tono era brusco. Percibió la inquietud de Gerry y, con ella, le invadió la sensación de que las cosas aún no habían terminado.

—De verdad creo que deberíamos volver a hablar con ella primero —dijo Gerry.

Frank suspiró. *¡Madre mía!...*

Tiró su cigarrillo de celebración sobre la mesa.

¿Pareces irritado?

Frank se tocó el pecho. —¿Yo? —Se sentó—. ¿De dónde sacas esa idea?

—Por tu tono.

—¿Ah, sí? Pues no estoy irritado. —Aplastó el cigarrillo con firmeza con la palma de la mano—. Estoy... profesionalmente disgustado.

Ella asintió. —Creo que lo entiendo. Pensabas que estaba claro y...

—Sí. —Se inclinó hacia delante y miró fijamente a Gerry—. Estás intentando agotarme.

Ella pareció confundida.

—Creo que deberíamos dejar el caso ya.

La mano de ella cayó sobre la cabeza de Rylan de forma automática, pasando los dedos por su pelaje. El perro se pegó más a su pierna. —Yo no lo creo.

—No creo que se vaya a ganar nada —dijo Frank—. Me pregunto si esta situación con tu tío...

Ella levantó la palma de la mano. —Ahora no.

—Bueno, quizá estés buscando una distracción, y esto distrae, pero...

Ella negó con la cabeza. Rápido. Tajante. Demasiado veloz. Él necesitaba aflojar.

Ella dijo: —Creo que no deberíamos asumir que esta es la verdad definitiva solo porque seguir investigando parezca inútil. Eso va en contra de todo en lo que creéis.

—Sí, pero...

—Y en todo lo que yo creo.

Él se frotó la frente. —No lo hagas.

—Además, nadie merece cargar con la responsabilidad de un asesinato si no lo cometió —dijo Gerry.

—Él está muerto. Ya no carga con nada.

—¿Te gustaría que la gente pensara que lo hiciste tú después de muerto?

Frank reflexionó sobre ello. —No estoy seguro de que me importara.

—¿Y a Evelyn? ¿A tu hija?

Él hizo una mueca. Realmente sabía cómo darle donde duele, ¿verdad? —Aun así... ¿le queda a Bobby alguien, aparte de Maggie, que fuera a quedar destrozado?

—Sencillamente, no lo sabemos. No sabemos cuánta gente todavía le tiene estima. Ella parecía querer protegerlo, proteger su legado, por alguna razón... Creo que deberíamos darle la oportunidad de que diga la verdad.

Frank suspiró. —¿Crees que lo hará?

—Creo que con esta nueva prueba resulta más inútil mentir. O bien confirma que fue él o bien descubrimos quién fue el verdadero responsable.

Miró a Gerry fija y prolongadamente.

Ella no lo dejaría pasar; él lo sabía.

Además, en cierto nivel, estaba de acuerdo con ella, aunque su cerebro y sus huesos cansados intentaran protestar.

—Que venga, entonces —dijo Frank, e infló las mejillas.

Treinta y cinco años, y a esto se reducía todo: ¿a arrastrar a una mujer moribunda a una sala de interrogatorios?

—La verdad está por encima de todo —dijo Frank asintiendo—. Dale la dignidad de contar su versión antes de que se vaya.

Miró el cigarrillo aplastado, deseando no haberlo destrozado.

Echó mano del paquete de tabaco.

—Quizá ahora sea un momento tan bueno como cualquier otro para dejarlo —dijo Gerry.

—¿Cómo va a ser este un buen momento? —dijo él, buscando los papeles.

49

El correo electrónico de Patricia Ellsworth emitió un pitido.

Era de Recursos Humanos.

Lo abrió con mano temblorosa…

Ser la directora de una escuela para alumnos con necesidades educativas especiales como Springhead conllevaba una buena dosis de retos de protección infantil, así que Patricia Ellsworth siempre intentaba dormir bien por las noches.

Ayer, sin embargo, el programa *Look North* la dejó totalmente descolocada; se pasó la noche dando vueltas en la cama, levantándose periódicamente para consultar la página web de la policía de North Yorkshire, así como la fotografía de la plantilla de Rachel Morrison en el directorio interno del colegio.

Había intentado convencerse de lo contrario, centrándose en el pelo largo y rubio, pero no había funcionado.

Era la expresión de los ojos.

Resultaban innegables.

La imagen de progresión de edad mostraba a una mujer de unos cuarenta y muchos años. La policía no buscaba a alguien con un corte de pelo estilo «pixie» castaño y gafas gruesas, pero eso no era más que cosmética. La mujer tendría unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años.

Rachel Morrison tenía cuarenta y cinco.

Y esos ojos.

Innegables.

Un rato antes, había solicitado a Recursos Humanos el expediente laboral de Rachel, alegando una auditoría rutinaria. Ella no había formado parte del equipo que la había contratado; eso fue hace siete años, antes de que Patricia llegara. Rachel ya trabajaba allí cuando ella se incorporó. Establecida. Querida. La profesora que todo el mundo quería para sus hijos.

Patricia pensó en el aula sensorial. Pensó en Aiden, que no había hablado durante tres años hasta que Rachel trabajó con él. Pensó en las crisis de Connor, que bajo la paciente guía de Rachel pasaron de ser diarias a semanales, y después apenas mensuales. Pensó en todos los padres que le habían escrito tarjetas de agradecimiento, los que habían llorado en su despacho describiendo lo que Rachel había hecho por sus hijos.

Leyó el archivo de contratación con el estómago revuelto. Se presionó el abdomen con una mano, sintiendo el dolor sordo de haber tomado demasiado café y haber dormido demasiado poco, esperando que no hubiera nada allí…

Cambio de nombre: 23 de abril de 1998. De Jade Rachel Thornton a Rachel Lutkin. Por acta notarial.

Motivo alegado: empezar de cero tras unas circunstancias familiares difíciles.

Leyó la declaración añadida por Rachel: *Quería distanciarme de mi pasado. De una vida con una madre que era adicta a las drogas y murió como consecuencia de ello. Un borrón y cuenta nueva. Nombre nuevo, persona nueva.*

No obstante, los controles policiales no habían arrojado nada sobre ninguno de los dos nombres; era apta para el empleo. Tenía derecho a tomar tales decisiones.

En aquel momento, Recursos Humanos se había dado por satisfecho.

Sin embargo, a la luz de la investigación policial, ante el retrato de una mujer con los mismos ojos que Rachel, Patricia no estaba satisfecha.

Este nuevo contexto convertía aquello en algo sospechoso.

Encontró otra foto de Rachel; una anterior, de hace cinco años, cuando el colegio organizó una recaudación de fondos. La foto se había hecho en el exterior, con luz natural, sin filtros.

Miró de nuevo la foto de la plantilla de Rachel. Esa sonrisa cálida. Esos ojos amables. La mujer que se quedaba hasta tarde para ayudar a los alumnos con dificultades. La que organizaba la colecta de alimentos de Navidad. La que hacía de su aula un lugar seguro. La que había rechazado el premio a la enseñanza con una intensidad que le había parecido extraña en su momento. Excesiva. Desproporcionada. Sospechosa también.

En esta —la foto de exterior— la luz era más brillante. Amplió la imagen. Justo a la izquierda de la ceja derecha había una pequeña marca de una cicatriz de varicela, ligeramente sombreada.

Volvió a la imagen generada por ordenador de la policía y la aumentó.

Patricia se reclinó en su silla. El cuero crujió. Tragó saliva y sacudió la cabeza.

Allí estaba la más minúscula de las cicatrices blancas, posiblemente una marca profunda.

Cogió el teléfono y marcó.

—Policía de North Yorkshire, ¿en qué puedo ayudarle?

50

Por imposible que pareciera, Maggie Whitworth se veía aún más frágil de lo que se había mostrado en Ivy Cottage.

Frank lo achacó a la implacable iluminación de la Sala de Interrogatorios 3, que resaltaba cada hundimiento de su rostro y cada sombra bajo sus ojos.

Hizo amago de ayudarla a sentarse, recordando, demasiado tarde, la reacción de la mujer la última vez que lo había intentado en su casa.

Ella le señaló con el dedo y luego apuntó a una bomba de morfina enganchada a su cinturón. —Tengo toda la ayuda que necesito, gracias.

Antes de esta reunión, un profesional sanitario la había declarado apta para el interrogatorio, siempre que se le concedieran descansos regulares. Estaba seguro de que la abogada, Collette Styles, una mujer severa de unos cincuenta y tantos con un impecable traje gris, estaría deseando recordárselo a cada momento.

Frank esperó a que se sentaran. También se percató de un fino tubo que desaparecía bajo la manga de Maggie; el conducto, supuso, por el cual la morfina accedía ahora a su cuerpo.

Señaló una cámara montada en la esquina de la sala, con la luz roja fija. También explicó el funcionamiento de la unidad de grabación digital instalada en la pared junto a la puerta, cuya interfaz de pantalla táctil resplandecía.

Tanto Maggie como Collette asintieron. Frank finalmente se sentó, y entonces Gerry entró en la sala para unirse a ellos.

—Siento haberle pedido que viniera con tan poca antelación, señora Whitworth —comenzó Frank—. Pero, debido a descubrimientos recientes, consideramos necesario aclarar algunas discrepancias de nuestra conversación anterior.

—¿¿Discrepancias? —Collette se inclinó hacia delante—. ¿Es usted consciente de que mi cliente está recibiendo cuidados paliativos?

—Sí —asintió él—. Sí, señora. Sin embargo...

—¿Y de que las discrepancias son algo muy factible bajo dosis altas de morfina?

—Por supuesto —dijo Frank, asintiendo de nuevo—. Pero ha salido a la luz más información referente a Robert Whitworth. Tenemos un testigo presencial que lo vio amenazar a Kristian Kellerman con un rifle en 1996.

La abogada se recostó y se cruzó de brazos. Intentó parecer indiferente, parte de su formación sin duda, pero Frank detectó sorpresa en sus movimientos.

Frank bajó la vista hacia sus notas. —Fue al almacén de Combes el dieciocho de agosto de 1996. Había seguido a Kristian hasta allí mientras este llevaba a Carrie Long con los ojos vendados en el coche...

—Basta —dijo Maggie. Tenía los ojos muy abiertos. La luz resaltaba la ictericia en ellos, pero también captaba su seriedad. Se inclinó hacia delante.

—Señora Whitworth... —dijo Gerry.

—He dicho que basta. —Sus ojos se dirigieron a Gerry y luego volvieron a Frank.

Se inclinó aún más hacia delante. No hizo ninguna mueca de dolor. De hecho, parecía más concentrada y decidida que nunca.

Frank sintió el pulso martilleándole. Tragó saliva.

La abogada puso una mano sobre el brazo de Maggie.

Maggie se la quitó de encima y se recostó en la silla.

Asintió una vez y sus ojos recuperaron la normalidad. —Está bien. Quisiera confesar el asesinato de Kristian Kellerman.

51

Tras leerle sus derechos a Maggie, Frank indicó que iba a grabar el interrogatorio. Pulsó la pantalla táctil. La interfaz parpadeó en verde.

Para la grabación, se identificó y enunció la fecha, la hora y el lugar. Permitió que todos los demás se presentaran.

Miró a Maggie. —Señora Whitworth, ¿ha tenido oportunidad de consultar con su abogada?

—Así es.

—¿Y comprende sus derechos?

—Los comprendo. Voy a renunciar a mi derecho a guardar silencio. —La bomba de morfina emitió un suave chasquido, como un latido mecánico que marcaba el final del tiempo—. Y a confesar el asesinato de Kristian Kellerman la noche del 21 de septiembre de 2003.

Frank asintió. Echó un vistazo al bolígrafo de Gerry, que se movía por la página catalogándolo todo: fecha, hora, participantes, lectura de derechos.

Era su forma de ser. Cómo se mantenía centrada en estas situaciones, especialmente ante la ausencia de Rylan.

Frank sentía ahora el pulso en cada rincón de su cuerpo. Se llevó la mano a la nuca y se secó el sudor que empezaba a brotar.

Quizá debería tomar ejemplo de Gerry. Tomar notas inútiles.

Maggie tomó aire. —Tengo que empezar por Carrie.

—Su apellido, por favor —dijo Gerry.

—Long. Carrie era una paciente de la planta de oncología del Hospital General de Scarborough cuando tenía trece años. Leucemia linfoblástica aguda. Era 1993, y me di cuenta de que solía estar sola y, a menudo, aterrorizada. Pronto se hizo evidente que su madre tenía sus propios problemas de salud. Psicológicos. Le costaba salir adelante incluso en los mejores momentos. Con aquella enfermedad, se vio totalmente superada. Quise ayudar en lo que pude. A menudo me sentaba con Carrie mientras estaba allí... para suplir la ausencia de su madre. —Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas—. Nos hicimos buenas amigas. —Bajó la cabeza—. Amigas íntimas. —Levantó la vista y las lágrimas brotaron libres por sus mejillas—. Casi una relación maternal.

Frank se secó más sudor del cuello.

¿Por qué tenía que estar pasando esto?

¿Una confesión desgarradora de alguien que disparó a un depredador para proteger a una mujer vulnerable que había sufrido abusos, a la que consideraba una hija?

Dios, pocas veces se encontraban con algo tan duro.

Y todo resultaba bastante irónico, en realidad, considerando sus propios fracasos.

Si hubiera hecho un mejor trabajo protegiendo a su propia hija, quizá ella no habría desaparecido en los bajos fondos de Leeds.

Maggie gimió de repente. La bomba de morfina volvió a chasquear.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Frank.

Ella abrió los ojos, respiró hondo un par de veces. —Sí. —Bebió un trago de agua—. Bien... Estuve al lado de Carrie cada vez más. Acompañándola durante los tratamientos, dándole la mano cuando las náuseas eran abrumadoras, interrogando a los médicos... traduciendo lo que querían decir para una niña de trece años que necesitaba desesperadamente a una madre a su lado en todo momento. —Sus ojos se nublaron, presumiblemente mientras fijaba la vista en el pasado. Luego, sacudió la cabeza—. El pronóstico no era bueno desde el principio. —Sus manos esqueléticas se cerraban y abrían sobre la mesa—. Pero mi niña entró en remisión. Fue un milagro. Y a los catorce, le habían dado una segunda oportunidad.

Estaba frágil, física y emocionalmente, pero la oportunidad estaba ahí...

Frank hizo una mueca. *Hasta lo de Kellerman*, pensó. *El mundo podía ser un lugar sombrío y despiadado.*

Frank observó el movimiento del bolígrafo de Gerry, deseando desesperadamente esa capacidad de abstracción en ese momento.

—Sabía que cargaba con su madre —continuó Maggie—. No tenía padre, y también había problemas económicos. Intenté estar ahí para ella, lo intenté, pero claro, es difícil. Ella tenía su familia, yo tenía una carrera que proteger, y tenía que comportarme de forma apropiada también. —El rostro de Maggie se ensombreció—. Ella tampoco quería ser una carga para mí, a pesar de mis esfuerzos por insistirle en que lo hiciera. No sabía que Kristian le había hincado el diente. Si lo hubiera sabido, lo habría detenido en ese mismo instante... —Hizo una pausa, cerró los ojos y esperó a que la bomba le suministrara morfina. Cuando ocurrió, suspiró y abrió los ojos—. Antes de que me diera cuenta, había cumplido los quince y se había vuelto cada vez más retraída. Había dejado de lado los estudios y ya no confiaba tanto en mí. Yo seguía ofreciéndole dinero, pero ella no lo aceptaba. No paraba de decirme que tenía un trabajo a tiempo parcial —trabajando para un hombre de negocios, haciendo recados, enviando correos electrónicos a clientes, ese tipo de cosas— y que estaba intentando mejorar su asistencia escolar. —Se frotó la frente con sus manos esqueléticas—. Todo mentiras, por supuesto. No se estaba cuidando y, bueno, ahora todos sabemos en qué andaba metida. Debería haberme esforzado más.

—Luego, cuando tenía dieciséis años, quedó conmigo para tomar un café y me dio la terrible noticia. La leucemia. Fue devastador escucharlo. Pero me mantuve positiva... por ella. Al fin y al cabo, por eso acudió a mí, ¿verdad? Ya había vencido las probabilidades antes, le dije, y volvería a hacerlo. Pero, ya saben, a la segunda, las probabilidades están más en tu contra.

—Así que empezó el tratamiento. Me aseguré de estar en su planta. Era agradable ver a Carrie tan a menudo de nuevo, y pasar tanto tiempo con ella, aunque las circunstancias no fueran las

ideales. Reíamos, leíamos juntas. Era como si se hubiera ido durante mucho tiempo y ahora hubiera vuelto.

—Entonces, un día, bueno, dijo que necesitaba contarme algo... y... —Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

La sala se quedó en silencio durante un tiempo prudencial, puntuado por los chasquidos ocasionales de la bomba de morfina.

Finalmente, Frank miró a Collette, intercambió un asentimiento con ella y dijo: —Deberíamos tomar un...

—No. —Maggie apartó las manos—. Tengo que terminar. —Respiró hondo—. Debo hacerlo. —Bebió otro sorbo de agua—. Me lo contó todo. Todo sobre ese monstruo y lo que estaba haciendo. —Sus labios temblaban en ese momento—. ¿Por qué entonces? Bueno, estaba débil por todo el tratamiento, comprende. Muy enferma. Tenía pocas fuerzas y creo que se le había agotado la esperanza... No tenía a quién más recurrir... y Dios, fue espantoso... ¿cómo no me había enterado? ¿Dos años de explotación y se me había pasado por alto? ¿Cómo? ¿Y me hago llamar madre? —Hizo una pausa y miró a Frank.

Él no la corrigió. O bien sabía ella que había sido un desliz, o simplemente lo afirmaba porque, en el fondo, creía que así era.

—Harold Louis Spencer. O, al menos, así se hacía llamar entonces. Fue mucho más tarde, cuando un detective se acercó a Carrie para que testificara, cuando supimos el verdadero nombre de ese bastardo. Le dije que no lo hiciera, ¿saben? —Tragó saliva—. ¿Testificar? ¿Es malo? ¿Es horrible? —Miró a Frank con atención. Quería una respuesta, pero quizá sabía que Frank no se la iba a dar, así que simplemente trató de buscarla en sus ojos.

Asintió, tras haberla encontrado.

Sí, si fuera mi hija, yo me habría sentido igual. Testificar contra hombres como esos no siempre acaba bien.

—Incluso en aquel momento —continuó Maggie—, cuando tenía dieciséis años, yo estaba en contra de que fuera a la policía. Obviamente, quieres que ese cabrón esté fuera de las calles, pero ella estaba tan frágil... tan cerca de... bueno, parecía posible en aquella etapa. Creo, incluso ahora, que si se hubiera sometido a tal nivel de escrutinio, habría sido su fin. Estoy segura. ¿Y miren la vida

que llevó después? Creo que, tal vez, fue la decisión correcta en aquel momento. Aun así, entonces, aquello no podía continuar, obviamente. Él la obligaba a trabajar, y ella estaba destrozada, y... así que... —Miró hacia la mesa y volvió a quedarse en silencio.

Collette tocó la mano de Maggie. —Lo está haciendo muy bien, pero ¿quizá deberíamos hacer un descanso?

Maggie retiró la mano. —He dicho que no. No puedo. Si paro ahora, no creo que sea capaz de volver a empezar jamás. —Entonces, más lágrimas rodaron por sus mejillas—. Dios, nunca podré quitarme de la cabeza aquella expresión de vergüenza que tenía cuando me lo contó. —Respiró hondo, se secó las lágrimas y se enderezó—. Así que... hice lo único que se me ocurrió. Hablé con Bobby. Él la conocía de hacía muchos años, de tomar cafés y comidas principalmente conmigo, y se tenían cariño. Así que, por supuesto, él se indignó por completo pero, como ya les dije, era, en el fondo, un hombre apacible y sabía que podía confiar en que no haría nada impulsivo.

—Ella nos indicó el aparcamiento desde donde la llevaban con los ojos vendados. Y en cuanto se concertó la siguiente cita, Bobby estuvo allí para seguirlos. —La voz de Maggie cobró algo de fuerza —. Y se la trajo de vuelta. Bobby. Fue un héroe. Estaba claro que tratábamos con gente peligrosa, pero él no se amilanó. Entró y rescató a *nuestra* niña. —Sonrió—. Y si no hubiera sido por ese momento, no creo que ella lo hubiera logrado. No creo que hubiera llevado esa vida. Trabajó en el extranjero un tiempo, ¿saben? Detrás de una barra. Se fue de fiesta como deberían hacer todos los adolescentes. —Le guiñó un ojo a Frank—. Dejó atrás esa puta vida. Gracias a la fortaleza de Bobby aquel día.

Ayudada por aquel rifle que le puso delante, pensó Frank. *Pero, sí, al César lo que es del César, el hombre se portó sacándola de aquel infierno.*

—Sin embargo, Bobby y yo no nos hacíamos ilusiones. Eran personas peligrosas. Hablamos de ir a la policía en varias ocasiones cuando ella volvió a estar bien, y yo estuve a favor durante un tiempo, pero la discusión, o la pelea, siempre terminaba de la misma forma. Esa gente tenía formas de contraatacar si se los provocaba.

Siempre me pregunté cómo sabía tanto Bobby. Solo me lo contó años después, cuando las cosas parecían haberse calmado. Al fin y al cabo, había estado desesperado por no preocuparme demasiado, siendo el hombre que era. Se le había acercado, comprenden, un tipo peligroso. Un gánster de algún tipo. Dijo que no sabía su nombre, pero yo no le creí. Aun así, era irrelevante. Lo relevante eran las amenazas. Amenazas contra mí y contra Carrie si alguna vez decidíamos acudir a la policía. Eso facilitó mucho la decisión de Bobby.

»Así que esa es nuestra vergüenza. Y durante todo este tiempo supimos dónde estaba aquel maldito local, lo que había pasado, pero lo mantuvimos en secreto y, por lo que sabíamos, podría haberle pasado de nuevo a otra pobre gente. Fue algo duro de llevar, pero, ya saben, tuvimos que hacerlo. O, al menos, así nos pareció. No pasa un día en que no lamente no haber podido salvar a todo el mundo de aquel monstruo... —Asintió con resolución—. Supongo que es parte de la razón por la que fui capaz de hacer lo que hice en 2003.

Tras ese frío recordatorio de que se dirigían hacia la confesión de un asesinato, Frank sintió un repentino subidón de adrenalina.

—Una pregunta —dijo Gerry—. Cuando Carrie aceptó testificar, ¿por qué no le dijo al investigador dónde estaba el local? Tras ser recogida por Bobby, ya no habría ido con los ojos vendados.

Maggie asintió. —Sí, pero estaba débil, traumatizada. Bobby me contó que pasó la mayor parte de aquel viaje en el asiento trasero, llorando. Bobby nunca me dijo la ubicación, y se negó a decírselo a Carrie cuando ella aceptó testificar en 2003 simplemente porque no quería que ella siguiera adelante con eso. Al igual que yo, pensaba que todo era peligroso y temerario. Bobby esperaba que, al mantenerlo en secreto, evitaría que llegara a un juzgado. Impedir que esos depredadores salieran de las sombras. —Miró a la distancia —. Resulta que no se equivocaba. El peor de todos volvió de todos modos.

Frank pensó en la declaración de Derek Holmwood de septiembre de 2003. Kris estaba preocupado por esa mujer. Dijo que ella planeaba arruinarlo y que él iba a visitarla a Whitby para arreglar las

cosas. Lo habían sacado de las sombras, desde luego; por desgracia para él, aunque no para el resto de nosotros, lo habían sacado a rastras y lo habían liquidado.

—En septiembre, ese cabrón se enteró. No sé cómo.

No, nosotros tampoco, pensó Frank. Una filtración a través del detective que le había preguntado parecía la única vía razonable.

La bomba de morfina hizo clic dos veces en rápida sucesión.

—Pero se enteró. La llamó a su casa. Le dijo que se reuniera con él en un aparcamiento cerca de los antiguos túneles del ferrocarril. Que le pagaría para que se callara.

Frank intentó ocultar su expresión de incredulidad. *¿Por qué iba nadie a ir?*

—Como incentivo, dijo que tampoco enviaría todos los vídeos a sus amigos y familiares. Y ella aceptó.

—Aun así, incluso con esas amenazas, ¿por qué iría? —Frank no pudo evitarlo—. Debía de saber lo peligroso que era aquello. ¿Un aparcamiento oscuro y apartado?

Maggie asintió. —Por supuesto. Pero nunca tuvo la intención de ir, en realidad. Vino a verme, aterrorizada. Fuera de sí.

Y fue usted en su lugar, pensó Frank.

—La cita se fijó a las ocho. Realmente era el medio de la nada. Cerca de esos malditos túneles de tren. Yo estaba aterrorizada, pero no dejaba de esperar que solo fuera una advertencia y que, tal vez, él no llegara tan lejos... A día de hoy me pregunto si ese fue el caso. Al fin y a cabo, él no llevaba un arma, ¿verdad? —Se quedó mirando sus manos un momento, como si recordara el instante en que ella misma sostuvo un arma—. Mire… nunca salí con la intención de matarlo… al menos, no creo que lo hiciera. Quizá a nivel subconsciente, tal vez. Sabe, estaba embarazada de seis meses por aquel entonces y tenía la cabeza bastante nublada. —Se señaló la cabeza—. Me convencí a mí misma de que usaría el rifle como una amenaza, una demostración de fuerza; una señal de que no nos echaríamos atrás. —Se frotó la cara—. ¿Quizá me estoy engañando a mí misma? —Se encogió de hombros—. Quizá sabía, en el fondo, como sabemos ahora, que nunca se habría detenido a menos que

alguien lo detuviera. Supongo que su estúpida cita clandestina simplemente me dio la excusa que necesitaba.

—Así que no se lo dije a Bobby. Simplemente cogí su rifle del armero. ¿Sabe cuál? El que me enseñó.

—¿El Tikka T3? —preguntó Frank.

Ella asintió. —Ese.

—En realidad nunca había disparado un rifle, pero sabía cómo usarlo. Bobby me había enseñado. Una vez me llevó fuera para intentar disparar. Nunca contra nada, entiéndalo. Solo tenía curiosidad por ver qué se sentía. Aquella vez me acobardé. No tenía ninguna confianza. Además, ya estaba bastante pesada con Hope y no era la persona más ágil. —Hizo una pausa y gimió un par de veces. La bomba de morfina hizo clic. Le temblaban las manos.

El bolígrafo de Gerry rascaba el papel.

Collette se inclinó más cerca. —De verdad creo que—

—Ya casi he terminado, ¿vale? —espetó Maggie—. Aquella noche, en el último momento, Carrie me dijo que venía. Que no iba a dejar que alguien que estaba embarazada se reuniera con ese psicópata. Por supuesto, tenía razón, pero aun así le dije que ni hablar. Habíamos tenido nuestras diferencias por lo de testificar, pero creo que esa fue la única vez que discutimos de verdad. Hubo gritos. Se dijeron cosas que no se deberían haber dicho… bueno, sea como sea… me quedé sin elección. Me dijo que, a menos que fuera ella, se lo contaría a Bobby y, bajo ninguna circunstancia, quería yo arrastrarlo a él a esto. No quería que terminara con las manos manchadas de sangre. Ya se había visto demasiado involucrado en todo esto por mi culpa. Ella no paraba de llamarme irresponsable por Hope, y supongo que tenía razón. Al final, cedí. —Hizo una pausa para terminar su agua. Hizo un gesto hacia el vaso vacío—. Sabe, creo que es la mayor cantidad de líquido que he retenido en mucho tiempo. —Pasó un dedo por el borde del vaso—. Llegamos temprano. No aparcamos en el aparcamiento, sino cerca. Entonces, Carrie me dio otra sorpresa. —Esbozó una sonrisa—. Ella siempre estaba llena de sorpresas. Podía ser muy aguerrida… Salió del coche, se asomó hacia dentro y me dijo que se reuniría con él, que le diría que se echaba atrás en lo de testificar y que dejaría que todo

volviera a la normalidad. Aterrador. Increíblemente aterrador. ¿Cómo podía ver a esa mujer, a la que quería como a una hija, marcharse sola? Pero ella insistió y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Era mucho más ligera de pies. —La respiración de Maggie se aceleró—. Cuando llegué al aparcamiento, sin aliento por el embarazo y cargando con ese maldito rifle, Kellerman estaba allí y Carrie se estaba acercando a él. Me quedé rezagada detrás de un árbol. El cabrón parecía de lo más engreído… le sonrió a Carrie como si fueran viejos amigos. Como si no hubiera destrozado su infancia. Como si no hubiera tratado a una niña vulnerable como un trozo de carne. —Hizo una pausa para controlar su respiración—. Todo el tiempo mantuve la vista fija en sus manos, decidida a salir de detrás de aquel árbol si él buscaba un arma. Su conversación se volvió más animada, pero yo no oía con claridad. Intenté acercarme más sin que me vieran. Lo oí amenazarla mientras ella exponía sus razones. En un momento dado, él se dio la vuelta para marcharse y pensé que aquello podría terminar ahí… Recuerdo haber suspirado de alivio. —Negó con la cabeza—. Entonces él se volvió y le propinó una bofetada fuerte en la cara.

Frank sintió una sensación de frío en el estómago.

—Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, Carrie estaba de rodillas y él le estaba gritando. Ya había sido suficiente. Pensé que había esperado demasiado. Que él le haría algo antes de que yo me acercara, así que simplemente empecé a gritar y gritar mientras avanzaba hacia ellos. Todo es algo confuso, pero recuerdo que intenté parecer decidida, comprometida, como si fuera en serio. En realidad, estaba petrificada, muriéndome por dentro. Debía de parecer idiota. Muy avanzada en el embarazo, sin aliento, prácticamente arrastrando un rifle en lugar de empuñarlo. Él se reía. El imbécil. Aun así, le apunté con el rifle, lo cual parecía estar bien, porque Carrie estaba de rodillas y no se interponía.

—Pero su risa empeoró, ¿saben? Se volvió más insidiosa. Ese hombre era repugnante. Me llamó zorra… dijo que yo era igual que la chica moribunda a sus pies… que solo servía para una cosa. Me preguntó si siquiera sabía de quién era el bebé. —Se frotó la frente —. Estaba muy lejos de ser agradable.

Frank asintió. *Me sorprende que tardara tanto en apretar el gatillo.*

—Entonces… —Se detuvo. Hubo un momento de silencio y un clic de morfina—. Entonces… —Se interrumpió de nuevo.

—¿Señora Whitworth? —la animó él, incapaz de contener su curiosidad.

—Entonces le dio un puñetazo a Carrie en la cara, ella cayó al suelo y él se giró para encararme…

Collette volvió a cogerle el brazo. —No se esfuerce más.

Esta vez Maggie apartó el brazo de un tirón. Entonces, su voz bajó hasta ser casi un susurro. —Dios… es todo muy borroso… el arma pesaba tanto. Él venía directo hacia mí. —Se frotó la cara con las manos—. El culatazo cuando disparé. Me sobresaltó. Casi se me cae.

La habitación se quedó en silencio a excepción del zumbido de la unidad de grabación.

Collette dijo: —Voy a tener que insistir—

—El sonido resonó en los árboles y entonces él cayó. Carrie gritaba. Me pitaban los oídos… —Clavó la mirada en Frank—. Tanta sangre, formando un charco a su alrededor, negra en la oscuridad. Carrie gritaba. Creo que yo estaba de rodillas en ese momento… temblando tanto que apenas podía tenerme en pie. No podía soltar el rifle y… —Levantó la mano—. Solo un minuto.

Alargó la mano hacia la bomba de morfina y pulsó algo. Hubo una sucesión de clics y cerró los ojos. Cuando los abrió, tenía la mirada vidriosa. —Escuchen… yo lo maté… ya lo tienen grabado. —Se encogió sobre sí misma, abrumada por la medicación y el agotamiento.

Su cuerpo le estaba fallando. Frank tenía que dar por terminada la entrevista.

—Pero necesité ayuda para esconder el cadáver… —dijo desde su posición encogida—. Estaba embarazada.

Collette se puso en pie. —Ahora—

—*No* —dijo Maggie, incorporándose—. Váyase a la mierda, Collette.

Su abogada pareció horrorizada.

—Esta es la parte más importante. Todos se quedarán y todos escucharán.

Collette, con los ojos como platos, volvió a dejarse caer en su asiento.

—Bobby no tuvo más remedio que ayudarme entonces. Ninguna otra opción. Podría decirles que Carrie ayudó, ¿pero me creerían? No. Carrie y yo no teníamos ni idea. Así que me puse en contacto con él y vino a asistirnos.

Lo cual, pensó Frank, *a ojos de la ley, es lo peor después de haberlo hecho uno mismo.*

—Estábamos cerca de los túneles así que… bueno, el padre de Bobby había sido maquinista de tren en su día. Conocía los túneles y Bobby había crecido interesado en ellos, aprendiendo también sobre el tema. Había un túnel ramal, al parecer, que apenas se usaba, con un viejo refugio antiaéreo al fondo. Podíamos esconder el cadáver allí. —Hizo una pausa. Respiró hondo—. Bobby y Carrie hicieron el trabajo pesado. Obviamente, yo no podía. Finalmente lo llevamos a ese túnel ramal.

Los tres, pensó Frank. Aquello sí que era una sorpresa.

Frank miró a Gerry. Ella no había levantado la vista de sus notas, pero su bolígrafo había dejado de moverse.

—¿Por qué entrada? —preguntó Gerry.

Maggie frunció el ceño. —La del este, creo.

—¿Cómo consiguieron entrar? —insistió Gerry.

Sus párpados flaquearon. Estaba a punto de desconectar, sin duda.

—Había una puerta de acero en esa ruta —presionó Gerry.

—Ah… sí… —Se sacudió el mareo repentino—. Entramos a la fuerza.

—¿A la fuerza? ¿Cómo? —preguntó Gerry.

—Fue hace mucho tiempo… —dijo Maggie—. Bobby se encargó de eso.

Frank vio a Collette inquieta; estaba claro que dudaba si volver a intervenir. Maggie le había asestado un golpe bastante venenoso.

—¿Seguro que no puede recordarlo? —dijo Gerry.

—¿Es esto necesario? —preguntó Collette, sintiendo claramente lo mismo que Frank, para ser honestos, que ya era suficiente.

—Cizallas. —La voz de Maggie se había fortalecido ligeramente, como si la morfina hubiera aflojado su agarre—. Bobby tenía unas cizallas en el maletero. Debió de romper el candado con eso…

Hizo una pausa y se tambaleó, inclinándose hacia delante. A Frank le preocupó por un segundo que simplemente siguiera inclinándose hasta golpearse la cabeza con la mesa.

Cuando se detuvo, él respiró aliviado, pero esta entrevista realmente se estaba alargando demasiado.

—Así que… lo metimos dentro… y salimos de allí y… —Se interrumpió y se quedó mirando al vacío. Estaba exhausta.

Frank miró y vio a Gerry hojeando hacia atrás las tres páginas de su cuaderno que había llenado. No era una simple transcripción; Frank la conocía lo suficiente como para reconocer cuándo estaba analizando algo. Preguntas en los márgenes. Frases subrayadas. Cálculos de cronología.

—Durante años fue difícil… pero ella era mi niña… y él era mi hombre y con el tiempo… —Daba bocanadas de aire entre palabra y palabra.

Gerry hizo contacto visual con Frank. Levantó una ceja. Él sabía qué buscaba. Quería hacer *más* preguntas.

Frank hizo contacto visual con la abogada, que lo miraba con furia.

—Entrevista suspendida —dijo Frank— a las catorce horas y cincuenta y siete minutos. —Se estiró y pulsó la pantalla táctil. La luz roja se apagó.

En la repentina ausencia de la grabación, los clics de la bomba de morfina parecían más fuertes. A Maggie Whitworth le quedaban semanas de vida y acababa de confesar haber disparado a un hombre para salvar a Carrie. Dentro de unas semanas estaría muerta. No quería que pasara nada de ese tiempo encarcelada.

No habría justicia en eso.

Miró a Gerry, quien evitó deliberadamente devolverle la mirada.

La había cabreado.

Aun así, después de echar otro vistazo a la agotada Maggie, se dio cuenta de que podía vivir con ello.

52

Blessing estaba frente a la habitación de Jamie, escuchando el sonido de cajones al abrirse y el crujido de papeles. Le costó cada ápice de su fuerza de voluntad no irrumpir allí para averiguar qué tramaba. Pero él había exigido privacidad y, a menos que estuviera sufriendo un episodio o gritara de agonía, ella tenía que respetarlo.

Al final, el crujido cesó y siguió un periodo de silencio.

—¿Quieres beber algo, Jamie? —preguntó ella en voz alta.

—No, gracias, Blessing-from-Lagos. Ella reconoció ese tono más ligero y alegre.

Sintió una inmensa sensación de alivio mientras se dirigía a la cocina para servirse un vaso de agua.

Mientras bebía, consideró la posibilidad de que lo peor ya hubiera pasado.

Al dejar el vaso, esperó sinceramente no estar siendo demasiado optimista. Al fin y al cabo, aquellos cambios de comportamiento habían sido significativos. El cepillado de pelo interrumpido. Los lápices desordenados. Y esa frase que él había susurrado en el parque —bajo tierra, en la oscuridad— todavía le pesaba en el pecho. Llevaba nueve años trabajando con Jamie y nunca le había oído hablar así. Jamás había visto esa mirada en sus ojos: distante, atormentada, como si estuviera viendo algo que ella no podía ver.

Debería llamar a su psiquiatra o, al menos, comunicárselo a su supervisora. Ese era el protocolo. Los cambios significativos de

comportamiento requerían documentación, evaluación y una posible revisión de la medicación.

Pero si hacía esa llamada ahora y Jamie estaba saliendo de ello por su cuenta... Bueno, ya lo había visto antes. Una crisis que alcanzaba su punto álgido y luego se resolvía sola. Presionar demasiado, involucrar a demasiados profesionales, podría contrariarlo. Podría desencadenar otro brote. Podría echar por tierra cualquier frágil paz que hubiera encontrado en esa habitación.

Y, sin embargo...

Bajo tierra. En la oscuridad.

¿Qué le había pasado? ¿A qué lugar oscuro no habían podido llegar las estrellas?

No lo sabía. Pero no podía ignorar la sensación de que algo estaba enterrado allí; algo que llevaba enterrado mucho tiempo.

Consultó la hora y decidió esperar otra media hora más o menos, solo para confirmarlo, antes de marcharse a visitar a otro paciente.

Una vez pasado ese tiempo, dijo: —Jamie, me voy. Volveré a llamar más tarde.

Esperó una respuesta.

Al no recibir ninguna, una sensación gélida le recorrió la espalda.

—¿Jamie?

Seguía sin haber respuesta. Se le revolvió el estómago.

Abrió la puerta y lo vio durmiendo en la cama. Al principio sintió alivio, pero cuando vio los mapas apilados en el suelo a los pies de la cama, se llevó la mano al pecho y ahogó un grito.

Se acercó.

Muchos de sus hermosos mapas estaban estrujados. Algunos, rotos.

Se arrodilló y recogió uno que le resultaba familiar. El jardín de Seaview, con sus medidas precisas de los parterres de rosas y la anotación del reloj de sol.

Solo que ahora había violentas líneas diagonales que lo tachaban, aniquilando meses de cuidadoso trabajo. —Ay, Jamie — dijo por lo bajo.

Desarrugó otro mapa. Un sendero costero hacia la abadía. De nuevo, líneas diagonales y violentas borraban las minuciosas

mediciones.

Hacía nueve años que lo conocía. Nueve años de rutinas apacibles, de canciones de los Beatles, de mapas estelares y progresos cuidadosos. Nunca le había visto destruir su propio trabajo. Jamás.

Aquello no era una crisis que remitía. Era algo que se quebraba.

Tenía que hacer esa llamada.

—¿Blessing-from-Lagos?

Le dio un susto de muerte. Se llevó de nuevo la mano al pecho. Jamie le sonreía desde donde estaba tumbado en la cama.

Ella respiró hondo.

—¿Estás bien, Jamie?

Él no respondió.

—Todos tus mapas... —Miró los restos a sus pies—. ¿Qué ha pasado?

—Estaba buscando los lugares oscuros —dijo sin levantar la vista —. Pero no he podido encontrarlos.

—¿Dónde están los lugares oscuros?

—No dejo de decírtelo: donde las estrellas no llegan. Donde las cosas desaparecen.

A Blessing se le cerró la garganta. Se sentó en el borde de la cama. —Tengo que llamar a alguien, Jamie.

—¿Por qué?

«Para informar del cambio de comportamiento. Para que te vea un psiquiatra y pueda ajustarte la medicación».

—Para ayudarte.

—Tú puedes ayudarme, Blessing.

Ella se acercó un poco más. —La verdad es que no sé cómo puedo ayudarte ahora.

—Yo puedo decírtelo.

—Te escucho.

—Ayúdame a dibujar otro mapa.

—¿Un mapa de qué?

—No lo sé. Intentaré acordarme.

Ella asintió.

—Prométeme que no llamarás a nadie. Todavía no.

Ella miró su reloj, dándose cuenta de que corría el riesgo de perder su siguiente cita. —Necesito usar el teléfono para cancelar una cosa, ¿de acuerdo?

Él asintió. —¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Y lo decía en serio. Jamás traicionaría esa confianza que había forjado.

Llamó a su supervisora y le dijo que tenía que irse a casa. Que se encontraba mal. Mientras lo hacía, Jamie se incorporó, cogió una hoja de papel en blanco y unos lápices y desapareció en la cocina.

Cuando se reunió con él después, estaba de pie ante la mesa, mirando el papel en blanco.

—Muy bien, ¿por dónde empezamos?

—No lo sé —dijo Jamie.

—Bueno, ¿tendrá estrellas? —preguntó Blessing.

—No. Esta vez no.

Alcanzó su lápiz más largo, el que usaba para cartografiar las cosas más distantes, las que estaban fuera de su alcance. Empezó a abrir la boca. La cerró. En su lugar, miró el lápiz. Y entonces empezó a tararear.

No eran los Beatles.

Tampoco era nada de *Look North*.

Era una sintonía que ella no reconoció.

De hecho, ni siquiera era una melodía, no realmente.

Era solo un patrón de notas graves y repetitivas, como un código Morse para algo terrible. Como un sonido que surgiera de lugares oscuros donde las estrellas no podían llegar.

Algo lúgubre, sin ritmo y equivocado.

53

Llevaron a Maggie al hospital bajo supervisión policial mientras Frank llamaba por teléfono al sargento de guardia, Ray Singleton, a su oficina.

Ya habían hablado antes, después de que una evaluación médica confirmara que Maggie se encontraba lo suficientemente bien como para ser interrogada.

Frank intentaba ahora conseguir que la pusieran en libertad.

—No hay riesgo de fuga.

—¿Y qué hay del riesgo para el público?

Frank suspiró. —¿En serio?

—Sabe que tengo que preguntarlo.

—Mató a ese hombre hace veintidós años para proteger a alguien a quien amaba. Estoy convencido —es más, estoy seguro— de que no ha vuelto a delinquir desde entonces. A eso añada que no tendría fuerzas, Ray... está en las últimas.

Frank oyó a Ray teclear notas.

—¿Así que me confirma que la investigación ha concluido? —preguntó el sargento de guardia.

—Ha prestado confesión completa. Bobby Whitworth está muerto. Carrie Long está muerta. No queda nadie. Ella es la última superviviente, a duras penas.

Aparte del Testigo B, quizá, pensó. *Si es que sigue viva. Si es que estuviera dispuesta a hablar.*

—Bien —dijo Singleton—. Llamaré al fiscal de guardia. Mi recomendación será la libertad bajo fianza con cargos. —Tenía ese tono de voz que sugería que estaba tomando la decisión moral. Frank puso los ojos en blanco. Era la única decisión realista.

—De acuerdo... domicilio habitual, requisitos de comparecencia, necesidades médicas —continuó Ray—. Realmente no tiene sentido mantener a una mujer moribunda en una celda cuando no representa un riesgo.

¡Exactamente lo que llevo diez minutos diciendo!

—Aun así, consiga su pasaporte para estar seguros.

Frank suspiró para sus adentros. —Lo haré. —También se dio cuenta de que no habían tenido oportunidad de preguntar dónde estaba el arma del crimen. Podría hacer ambas cosas una vez que ella hubiera regresado a casa.

Tras la llamada, se recostó con los ojos cerrados.

Oyó el crujido de la puerta de su oficina. No abrió los ojos. —¿Qué ha pasado con lo de llamar a la puerta?

—Te quejaste de que te hacía dar un respingo —dijo Gerry.

Él suspiró. —Me quejé de que aporrearla hasta casi sacarla de sus goznes era probable que me provocara un infarto. Unos golpecitos son aceptables.

Oyó el repiqueteo de cuatro patas. Las uñas de Rylan haciendo clic sobre el linóleo.

Bien. Sospechaba que él mismo iba a necesitar al perro de terapia en dos minutos.

—Jefe, yo...

—Por favor, no lo hagas —dijo Frank. Seguía con los ojos cerrados.

—¿No el qué?

—No digas lo que ibas a decir.

—¿Qué crees que iba a decir?

—Que está mintiendo.

—Exacto.

Él abrió los ojos. —Tengo un dolor de cabeza de mil demonios, Gerry, muchacha.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Gerry.

Él suspiró. —¿Qué hacemos? Bueno, le darán el alta en el hospital en una hora. Quizá dos. Iremos a su casa más tarde para recoger su pasaporte. También me gustaría preguntarle dónde está el arma del crimen.

Gerry se adentró más en la oficina. —Pero está mintiendo.

Frank se frotó las sienes. —Ya... bueno... sí... puede ser...

Gerry dio otro paso adelante, con Rylan a su lado. —Seguro.

Frank extendió las manos. —Está bajo los efectos de la morfina. De mucha morfina. Estaba embarazada la noche del asesinato y probablemente sufre un trauma, así que se ha equivocado en algunos detalles.

—Le dispararon por la espalda, no por delante —dijo Gerry.

—La memoria es difusa. El trauma, la morfina y todo lo demás —dijo él, aunque en el fondo sabía que aquello era un error de bulto.

—¿Y qué hay de la segunda mentira?

—¿Segunda mentira?

—Sí.

¡Mierda! ¿Había otra?

Aquello iba a acabar con él.

—Continúa.

—La verja de acero con candado. No era un candado; era un cerrojo industrial deslizante con un portacandado de seguridad. Requería una llave, no unos cortapernos. Y tampoco se podía atravesar a la fuerza. Habrían tenido que usar la entrada oeste.

Frank se encogió de hombros. La miró esperanzado. —¿Supongo que podríamos achacarlo a lo mismo?

—¿Y qué me dices del hecho de que alguien tuvo que volver para tapiar la puerta con ladrillos? De acuerdo, fue una chapuza, pero habría sido un trabajo físico muy duro para alguien en un estado de gestación tan avanzado.

Frank exhaló. —Antes estabas convencida de que ella estaba implicada...

—No digo que no esté implicada, solo digo que está mintiendo —repitió Gerry.

Frank puso los ojos en blanco. —Muy bien, entonces está protegiendo a su marido, que de todos modos ya está muerto.

Protegiendo su memoria. Quizá sea lo único que le queda por darle. ¿Tanto importa? Está tomando esa decisión en plenitud de sus facultades. ¿No hay algo de dignidad en respetar sus últimos deseos?

Frank no esperaba que hubiera una pausa. El hecho de que la hubiera sugería que Gerry se lo estaba pensando. Eso ya era algo, supuso él.

Finalmente, ella dijo:

—Tenemos un deber.

Inevitable.

Él se frotó las sienes. —¿Un deber humano de no seguir adelante? —intentó.

—No puedo no seguir el procedimiento.

La miró, notó que los músculos de su cara se tensaban repetidamente y reconoció que estaba siendo sumamente injusto. No podía esperar eso de ella. Que hiciera la vista gorda. No estaba hecha de esa pasta, y si la quería en su equipo —y, por supuesto, así era, la tenía en la más alta estima—, iba a tener que respetar eso.

Tragó saliva y suspiró. —Te entiendo, Gerry, muchacha, y desde luego podemos comunicárselo a Donald; estoy de tu parte, pero no va a soltar ni un céntimo más para esto. Te lo advierto.

—Lo sé —dijo ella—. Pero tienes que ser tajante al decir que ha sido una mentira y que ella no lo mató. —Se dio la vuelta y salió.

Él se levantó y la llamó. —¿Gerry?

Ella no respondió.

Maldita sea.

Rylan lo contempló. Él le espetó:

—¡Ni se te ocurra empezar tú también! ¿Quieres que me declare en guerra con el dichoso Donald Oxley?

Rylan gimió y salió trotando tras Gerry.

Él cerró los ojos. *Ahora necesito mi propio perro de terapia que se ponga de mi lado. ¿Dónde está el formulario de solicitud?*

—¿Frank?

Abrió los ojos.

Donald Oxley estaba allí, sonriendo de oreja a oreja. —Confesión completa, en acta, grabada en audio, con abogado presente. De lo

mejorcito que has hecho.

De lo cual te llevarás todo el mérito, a pesar de no haber dado un palo al agua, pensó. *Bueno, puedes quedártelo, de todos modos no vale nada. Ni una sola palabra.*

—Quizá deberías dejar que tu equipo se marche antes a casa; volveré a asignarles tareas por la mañana.

Qué amable.

Donald se dio la vuelta para irse.

Frank sintió una repentina e inesperada oleada de ira.

Aunque, otros dirían que era bastante previsible.

La decepción de Gerry, su crítica por esa deslealtad a la verdad y la honestidad, el regodeo de Donald.

Era demasiado para soportarlo.

Aun así, podría dejarlo pasar...

Fácilmente.

Dejar que Maggie se lleve su falsa confesión a la tumba.

Dejar que Donald se apunte otra victoria.

Dejar que la estima de Gerry hacia él decaiga.

¿Quizá era lo mejor?

Sí.

Déjalo pasar.

Fácilmente.

Suspiró.

O podrías hacer tu maldito trabajo, Frank Black.

—Señor, hay algunas inconsistencias.

Caja de Pandora abierta. Tapa fuera. Serpientes por todas partes.

Donald se detuvo en el umbral y se giró de perfil para que Frank pudiera verlo. —¿Inconsistencias?

—Sí, dos, de hecho... —Inspiró profundamente y pensó: *¿Suavizo?*

Qué va.

Destaca.

Más valía disfrutar del proceso. —Dos embustes de órdago, señor.

54

Oliver Morrison estaba sentado solo en su mesa habitual junto a la ventana. Sándwich de queso. Cortado en diagonal, como a él le gustaba.

Su madre había estado más callada de lo habitual esta mañana. Había seguido pendiente de él, asegurándose de que estuviera bien, pero él había percibido algo diferente. No podía dejar de pensar en aquel extraño incidente relacionado con *Look North* y en la imagen de aquella mujer que se le parecía. Su padre había hecho algunas bromas y todos le habían restado importancia entre risas, pero algo había cambiado en el comportamiento de su madre.

Oyó reír a Tyler Brennan y soltó un gruñido.

El gilipollas estaba a solo tres mesas de distancia; demasiado cerca para su gusto. Siempre se estaba metiendo con Oliver, y no le cabía duda de que por eso había elegido sentarse tan cerca.

Tyler tenía a un pequeño grupo de amigos apiñados a su alrededor. Estaban mirando algo en su teléfono móvil, cosa que se suponía que no debían hacer. Oliver miró a su alrededor. No había ningún profesor cerca para poner fin a aquello.

Típico.

Las risitas parecieron volverse más fuertes y estaba seguro de que Tyler y sus secuaces le lanzaban miradas de reojo.

«Eres un paranoico», se dijo.

Intentó concentrarse en su sándwich. La textura del pan. El sabor del queso.

—Ya lo he pillado —dijo Tyler a pleno pulmón. Su voz cortó el ruido del comedor como un cuchillo.

Se hizo el silencio y todo el mundo se giró hacia él.

«A propósito», pensó Oliver, suspirando, intuyendo que algo se avecinaba. Algo dirigido a él.

Oliver dio otro bocado. Masticó. Se concentró en la textura del pan. En el sabor del queso.

Cerró los ojos, esperando estar equivocado.

—Ya sé a quién se parece —dijo Tyler. Esta vez su voz no cortó el ruido. Cortó el silencio. Y Oliver sintió que se le revolvía el estómago. Sería sobre aquella imagen en *Look North*. ¿Cómo no iba a serlo? Era demasiada coincidencia.

—¿A quién?

Esa voz.

Jake.

Supuestamente uno de sus mejores amigos, metido en aquel maldito corro. ¿Cuándo había pasado eso?

Entonces, regodeándose obviamente en el momento, Tyler dijo:

—¡A Rachel Morrison! ¡A la madre de Oli!

Unos cuantos jadeos de sorpresa.

Algunas risas.

Abrió los ojos y miró hacia allí.

Su primer pensamiento fue: «Jake. ¿Tú también te estás riendo?».

No lo hacía. Al menos eso era algo.

Su amigo le sostuvo la mirada. Oliver vio compasión en sus ojos.

Más tarde, vendría una disculpa.

—Estás loco, Tyler —dijo Susie, una chica a veces amable y a menudo segura de sí misma—. Es una mujer cualquiera del crimen ese que salió ayer en las noticias.

Oliver respiró hondo. Supuso que era reconfortante saber que no todo el mundo estaba en su contra. Que incluso algunos de la pandilla de Tyler sabían distinguir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—Te digo yo que sí, mira. —Los dedos de Tyler se deslizaron por la pantalla de su móvil.

¿Dónde estaban los profesores? ¿Es que nadie iba a poner fin a eso a estas alturas?

—Y este es el colegio donde trabaja. El que está lleno de retrasados.

¿Retrasados?

«Madre mía, parece sacado de la Edad Media. ¿Por qué es tan popular?».

Oliver apretó los dientes.

—Miradlas una al lado de la otra —continuó él.

—A lo mejor tienes razón —dijo Susie.

«No tan amable después de todo».

—Te lo dije —dijo Tyler—. Y Brad me contó algo. Ha visto unos vídeos. Unos muy turbios, la verdad.

Oliver sintió que su visión empezaba a nublarse. Los bordes del comedor se difuminaban. El ruido blanco de las risas se hacía más fuerte.

—Y esta mujer, la madre de Oliver, salía en ellos.

La rabia solía aflorar cuando estaba solo. Cuando había intentado, sin éxito, racionalizar el mundo que le rodeaba. Cuando podía procesar las cosas en privado, analizarlas, entenderlas.

Pero aquí no había nada que racionalizar.

Tyler era simplemente un malnacido.

—Vídeos de follar en condiciones, en serio —dijo Tyler.

Las manos de Oliver se cerraron bajo la mesa. Sus uñas se clavaron en las palmas. El dolor le hacía mantener los pies en el suelo. Pero no era eso; lo estaba consumiendo por dentro.

«¿Cómo puede ese gilipollas decir algo así?».

«¿Cómo puede todo el mundo quedarse ahí sentado, escuchando y aceptando semejantes barbaridades?».

«¿Y dónde cojones están los profesores?».

—Pornografía. Brad cree que la buscan por asesinato, por cargarse al chulo que la metió en esas pornos. Lo tiró a la vía del tren.

—No es mi madre —dijo Oliver.

—¿Cómo has dicho? —siseó Tyler.

Oliver sacudió la cabeza.

—Que no es mi madre.

—Ja. Vi a tu madre en la reunión de padres. Sí, ahora es vieja, pero es ella, sin duda. He visto algunos de los vídeos de Brad. Estaba buena, de verdad.

La silla de Oliver chirrió contra el suelo al levantarse.

Miró a su alrededor. La mayoría tenía la cabeza baja —Tyler intimidaba a todo el mundo—, pero también vio sonrisitas, risas.

Y alguien le estaba señalando.

Le temblaban las manos. Se le cerraba la garganta.

Era la misma sensación que tenía antes de las presentaciones, antes de hablar en clase, antes de que todo saliera mal.

Tyler continuó:

—Desde luego, parece más en forma sin ropa.

Una ansiedad así solía nacer del miedo.

Oliver cerró los puños con fuerza.

Pero esto era diferente.

El comedor volvió a quedar en silencio. Evidentemente, la gente notaba su furia.

Cruzó el comedor.

—Cállate. —Su voz sonó mal. Estrangulada. Aguda.

No sabía si aquello provocó más risas o más silencio; ya no era consciente de lo que le rodeaba.

Sin embargo, veía a Tyler sonriendo de oreja a oreja.

—Dame ese puto teléfono —dijo Oliver.

Tyler miró su móvil.

—No seas ridículo.

Oliver temblaba de pies a cabeza. Estaba fuera de sí y, desde luego, debía de parecerlo.

Y entonces lo vio. Miedo en los ojos de Tyler.

Algo desconocido.

No recordaba haber provocado eso en nadie antes, y mucho menos en el matón del instituto.

Debería haber hecho que se diera la vuelta, pero, en lugar de eso, sintió el impulso.

—Ahora.

—Relájate, gilipollas.

Oliver alargó la mano para coger el teléfono. Tyler lo retiró.

—Más vale que tengas cuid—.

Le soltó un puñetazo al imbécil en la boca.

Oliver nunca se había peleado. Ni siquiera había empujado a nadie. A él lo habían empujado mucho: contra las taquillas, le habían puesto la zancadilla en los pasillos, le habían dado empujones «accidentales» en el hall. Pero nunca se había defendido. No le veía el sentido. Nunca había sentido tanta rabia, ni tanto miedo, solo desdicha, como si nada tuviera importancia.

Ahora sentía que este momento lo era todo.

Lanzó puñetazos, sin saber muy bien qué esperar.

La cabeza del idiota se echó hacia atrás. El teléfono salió volando de su mano, deslizándose por el suelo. Luego se protegió la cara y retrocedió tambaleándose.

Pero Oliver quería seguir.

—¡Venga! —gritó, golpeando las manos de Tyler mientras este se cubría la cara—. ¡Esto es lo que quieres! ¡Venga!

Tyler bajó las manos.

Sangre.

Toda por sus labios.

Tyler hizo una mueca.

También tenía los dientes cubiertos de sangre.

«¿He hecho yo eso?».

A su alrededor, el comedor había estallado.

Sillas que se arrastraban. Gritos.

Móviles asomando en el aire.

Oliver Morrison dándole una paliza a Tyler Brennan era contenido. *Contenido del bueno.*

Le dolían los nudillos. Miró la sangre de Tyler, sintió una oleada de satisfacción y volvió a golpear.

Y otra vez.

El comedor parecía rugir a su alrededor como un ser vivo.

En algún lugar a su espalda, la voz de un adulto cortó el caos. Luego unas manos lo sujetaron por los hombros. Firmes. Tirando de

él hacia atrás.

—¡Oliver, para! —Era la voz del señor Russell.

Cerró los ojos y pensó en su madre. En lo rara que había estado esta mañana. En *su* cara en *Look North*.

En «vídeos de follar en condiciones».

Matando a su «chulo».

Tonterías, por supuesto.

¿Cómo iba alguien a no conocer a su propia madre?

Las piernas de Oliver flaquearon.

El señor Russell lo agarró antes de que cayera al suelo.

55

Después de que Donald le hubiera soltado de todo y declarado, sin margen de discusión, que el caso estaba cerrado, Frank decidió, o más bien se sintió impelido, a salir fuera a echar un cigarro.

Estaba a mitad de un pasillo cuando le sonó el teléfono. Era Reggie.

—¿Jefe? —Su voz tenía ese tono típico de Reggie. Ese entusiasmo vertiginoso que le entraba cuando creía que estaba tras la pista de algo.

Un poco tarde ya, chaval.

—Dime, Reggie —dijo, intentando no aguarle la fiesta.

—Acabo de colgar el teléfono con Phil O'Hara.

—¿Quién?

—El historiador ferroviario. Ha pasado más tiempo en los túneles de Kettleness que nadie en la Sociedad Histórica Ferroviaria.

Frank suspiró y se apoyó contra la pared del pasillo.

—La fecha de la desaparición de Kellerman le ha recordado una anécdota que puede que sea algo o puede que no. El hombre está acostumbrado a que la gente le consulte cosas, pero recuerda a este chaval, al cambio de milenio, que estaba obsesionado con la cartografía. Quería mapear los túneles él mismo, pero necesitaba a alguien que lo acompañara, lógicamente. Phil lo hizo gratis. Dice que el chaval tenía necesidades especiales, y que su propia sobrina era similar, así que accedió a la petición. Tardaron una semana o así.

Dice que fue la semana más extraña de su vida, pero que aprendió mucho. Este chico lo sabía todo. Los túneles, las entradas, las salas ocultas.

Frank suspiró para sus adentros. Podría ser algo, pero probablemente no fuera nada. Y tal como estaban las cosas, aquello no era precisamente un faro irresistible hacia el que tuvieran que marchar.

—El chaval se llama Jamie Corrigan, ahora andará por los treinta y tantos largos, y vive en la residencia Seaview.

—Vale... buen trabajo, pero mira, Reggie, tenemos una confesión de Maggie y...

—Ya —dijo Reggie—. Acabo de hablar con Gerry. Dice que son gilipolleces.

¿Ah, sí? Esbozó una sonrisa. —¿Con esas palabras?

—Claro que no. Pero me ha dicho que es mentira.

—Ya, pero Don ha dado el tema por zanjado, así que yo...

—Jefe, Phil ha dicho que este chaval era *muy* diferente de lo normal.

—Neurodivergente es la palabra, Reggie.

—Dijo que nunca había visto tal habilidad espacial. Dijo que el escondite de ese cadáver era recóndito, pero que si alguien, aparte de él mismo, podía encontrarlo, entonces...

—¿Entonces sería este joven cartógrafo? —Frank intentó que no se notara el tono irónico en su voz, pero supo que había fallado.

—O sea, ¿que la respuesta es que no vamos a investigar eso? —Reggie parecía desinflado.

—Lo siento. Es que...

Oyó la carcajada atronadora de Donald al doblar la esquina. Ese sonido rebuznante y autocomplaciente. Como uñas sobre una pizarra. Como todo lo que estaba mal en el cuerpo policial resumido en un solo sonido.

Luego vino otra carcajada, no muy distinta.

Otro cabrón de los altos mandos, sin duda.

—No pasa nada por charlar un rato, ¿verdad? —dijo Frank.

—No, jefe.

—Pues ya me contarás. Pero no uses términos como «necesidades especiales» o «diferente de lo normal»; no sé si podría soportar las represalias por algo así ahora mismo. En realidad, llévate a Sharon.

—¿Está sugiriendo que no se puede confiar en mí?

Exactamente. —Solo digo que Sharon tiene un don para este tipo de cosas. Talento natural. A este paso llegará a inspectora antes de los cuarenta.

Silencio al otro lado.

—¿Reggie?

—Vale —dijo Reggie con voz plana.

Tras colgar, se dirigió hacia la fuente de las risas y asomó la cabeza por la esquina.

Donald estaba alternando con la plana mayor. Otro cabrón baboso tenía la mano puesta sobre el hombro de Donald, sonriendo como si fuesen los mejores amigos del mundo. Una oportunidad fotográfica, probablemente. Una historia de éxito para la rueda de prensa.

Señor, dame paciencia. Donald sin duda ya tendría preparado su discurso, salpimentado con estadísticas.

La mente de Frank regresó de golpe a aquel fiero intercambio en su oficina y recordó las últimas palabras de Donald: *«Ponle una medalla. Cierra el caso. Es una orden».*

Frank se alejó de los que estaban de cháchara y se dirigió a la Sala de Incidentes, donde encontró a Gerry sola con Rylan. Ella estaba escribiendo a máquina; no le saludó.

—¿Cómo va eso?

Ella seguía sin reconocer su presencia.

Cerró la puerta tras de sí. Si le tocaba tragarse el orgullo, que así fuera; pero no quería arriesgarse a ofrecer un espectáculo gratuito a las hordas de colegas descontentos.

—Tenías razón. Yo me equivoqué —dijo.

Ella levantó la vista para mirarlo y luego volvió a la pantalla. —¿Sobre lo de que mentía?

—No... por supuesto que sabía que mentía... Virgen santa, no soy tan estúpido. Me equivoqué sobre lo de no remover el pasado y

todo eso.

Ella asintió. —Sí, se equivocó.

¡Madre mía! ¡Qué carácter!

—La verdad está por encima de todo —dijo ella, mirándolo.

—Eso lo dije yo, ¿no?

—Precisamente.

—Uno de mis mejores momentos entonces... —Se acercó más—. Así que, aunque no tenemos permiso para hacer esto, quizá no vendría mal echar otro vistazo. Reggie me acaba de hablar de...

—Jamie Corrigan. Le he dicho que se lleve a Sharon y hable con él.

Frank frunció el ceño. —¿Eh? —Se señaló el pecho—. Eso lo he hecho yo.

—Bien —dijo ella.

—Espera un momento... ¿eso ha sido después de que hablara contigo?

—Sí. Pensamos que era más seguro que obtuviera un permiso real de usted.

—¿Ah, sí? ¿Y si hubiese dicho que no?

Ella no respondió.

Ese pedazo de mierda tramposo de Reggie, pensó. Abrió la boca para quejarse, pero como acababa de dejar de andar sobre cáscaras de huevo, volvió a cerrarla.

—Pero, hace unos dos minutos, he conseguido algo más importante. —Le miró y sonrió.

—Una sonrisa por una información... esto debe de ser algo gordo. Ahora mismo solo la identificación del Testigo B me sacaría una sonrisa.

Ella siguió sonriendo.

Él abrió mucho los ojos. —¿En serio? Joder.

—Rachel Morrison, actualmente profesora de SEND en la escuela Springhead. Casada. Un hijo. Vive en Mayfield Road.

—¿Estás segura?

—Ha llamado su empleador actual. He pasado el software biométrico. Es ella, sin duda. Tiene una cicatriz. Diminuta. De la

varicela, quizá. El empleador la vio, pero era difícil de detectar a menos que se ampliara.

Rachel Morrison.

Años escondida. Años construyendo una nueva vida. Y Gerry la había encontrado con la sencillez de siempre.

—Pero el caso está cerrado —dijo Gerry.

Él recordó la orden de Donald en su despacho. Ciertamente lo estaba.

—Ja. Ya estás otra vez con el sarcasmo. A este paso te voy a acabar convirtiendo en humorista... Yo conduzco.

—Usted siempre conduce —dijo ella.

Él se encogió de hombros. —Lo sé, pero pensaba que quedaba bien decirlo.

Nadie más debería escribir el final de esta historia. Ni Maggie. Ni yo.

Recordó a Donald riendo a carcajadas.

Y definitivamente no ese cabrón engreído.

56

Rachel dio un respingo cuando divisó a las dos figuras subiendo por el camino de entrada de su casa.

El mayor, un hombre de complexión fuerte y pelo canoso, parecía cansado, pero experimentado. La mujer, más joven y alta —pelo oscuro, aspecto profesional—, parecía cortar el aire con su mirada afilada.

Polos opuestos. Uno que lo había visto todo y al que nadie engañaría. La otra lista para diseccionarla con determinación.

Llevaba veintidós años temiendo este momento.

Se había atrevido a esperar que, con el paso de los años, sentiría cierto alivio. Que dejaría de quedarse paralizada cada vez que sonara el teléfono o llamaran a la puerta. Que se acabaría esa náusea intensa cuando su director la propuso como profesora del año…

Pero, en este preciso instante, solo sentía pavor.

Un pavor que le retorcía los huesos.

A medio camino de la puerta principal, consideró la posibilidad de huir por la parte trasera.

Tardó menos de un segundo en darse cuenta de lo ridículo que era aquello.

Ya se había cambiado el nombre en 1998 para esconderse. Luego, en 2003, se había retirado aún más al anonimato con un

buen trabajo. Después llegarían Martin y, más tarde, Oliver: la vida que había construido ladrillo a ladrillo.

Y, aun así, este momento había acabado llegando.

Huir no servía de nada.

Solo la muerte ofrecía una vía de escape y, de no ser por su hijo, muy bien podría haberla tenido en cuenta.

Pero no.

Era hora de afrontar la realidad y no se acobardaría. La miraría fijamente a los ojos.

57

Con su pelo oscuro cortado al estilo pixie y sus gafas de montura gruesa, Rachel se veía bastante distinta de la versión envejecida por ordenador.

Pero reconocer rostros había sido parte del trabajo de Frank durante cuarenta años. Así que, de cerca, el innegable parecido con la joven que había visto morir por dentro en aquella película repugnante hizo que se le encogiera el corazón.

Observó, con náuseas, cómo ella se agarraba al marco de la puerta como si necesitara apoyarse en él, mirando fijamente sus placas de identificación.

El temblor de las manos, el tic en el rabillo del ojo, le recordaron de repente a Maggie. Solo que las causas eran muy distintas, ¿verdad? En este caso, no era la agresividad de una enfermedad terminal, sino la ansiedad: esa sensación asfixiante de que todo se derrumba a tu alrededor.

Miró a Gerry, preguntándose si ella también se sentía como una especie de alguacil. Aquí para cobrar una deuda que no le correspondía y amenazando con arrebatarle todo lo que ella había construido de la nada.

Estuvo a punto de pedirle perdón, coger a Gerry del brazo y marcharse.

A punto.

Pero entonces la rutina asomó su conocida cabeza y se pusieron en marcha. —Señora Morrison —dijo Frank—. Soy el inspector jefe Frank Black. Esta es la inspectora Gerry Carver. Necesitamos hablar con usted. ¿Podemos pasar?

—¿Por qué? —Su voz temblaba—. ¿De qué se trata?

Creo que ya lo sabe, pensó Frank. *Pero va a hacer que me lo gane, ¿verdad? Me parece justo.*

—Hicimos un llamamiento en *Look North* sobre una mujer de su edad, señora Morrison. Y —tragó saliva— ha sido identificada.

Ella se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la puerta abierta. —Pasen.

Él esperaba una negación.

Ella bajó la vista cuando Frank pasó a su lado.

Era una aceptación fría.

Lo siento, pensó él.

Frank y Gerry atravesaron un hogar ordenado: vacaciones familiares, retratos escolares, el día de una boda. Cada portarretratos perfectamente alineado. Cada superficie impecable.

Frank lo había visto antes, por supuesto. Una vida de postal destruida por una visita suya. Aun así, nunca hasta este momento había sentido un sentimiento de culpa tan punzante, ni tal ausencia de cualquier sensación de logro.

La sensación empeoró aún más cuando llegaron a la cocina de concepto abierto, porque su mente voló hacia Maddie y consideró el hecho de que ella también podría haber tenido todo esto.

Una casa. Una familia.

Una vida de postal.

Si hubiera estado allí para ella —*realmente* allí— en lugar de perderse en una bruma de exceso de trabajo y alcohol. La había dejado a merced de los Kellerman de este mundo.

La cocina olía a café. Ella señaló una barra de desayuno con seis taburetes. —Siéntense, por favor. —Se agarró al borde de la barra. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Gracias —dijo Frank. Hacía mucho calor. Se quitó la chaqueta, la dejó sobre la barra y se sentó. Gerry se dejó el abrigo puesto y ocupó un taburete a su lado.

—¿Quizá usted también debería sentarse? —preguntó Frank.

Rachel negó con la cabeza. Él notó que llevaba la rebeca abotonada hasta la garganta a pesar de que la calefacción estaba muy alta. Se tiró de una manga, que tenía una mancha de café. —No puedo. —Él detectó una lágrima en el rabillo de su ojo.

Frank volvió a tragar saliva. —Lo comprendo.

Vio que Gerry ya había sacado su bloc de notas, así que no se molestó con el suyo. —Verá, señora Morrison...

—Pare —dijo—. Antes de que pregunten. Sí, era yo. Esa imagen. No quiero seguir fingiendo.

Frank asintió levemente.

—Por supuesto, así es como me habría visto como Jade Thornton. —La lágrima se desprendió y resbaló por su mejilla—. Pero no he sido Jade desde 1998.

Frank ya sabía lo del cambio de nombre, por supuesto; figuraba en el registro público, y Gerry le había puesto al corriente de todo lo que tenían durante el camino.

Frank miró a Rachel a los ojos y vio el profundo pozo de tristeza que albergaba en su interior.

—Lamento mucho lo que le ocurrió.

Rachel se secó la lágrima. Asintió con agradecimiento, sacó un taburete y se sentó.

Él miró de reojo a Gerry. Notó una ligera tensión en sus hombros. Sabía que ella sentiría compasión hasta cierto punto, pero también sabía que estaría concentrada en analizar la situación. Trabajando duro. Catalogando cada microexpresión, cada respiración, cada señal.

—¿De qué quieren hablar primero? —dijo Rachel, irguiéndose—. ¿De lo que me hicieron en los noventa o de lo que le hicieron a él en 2003?

Frank se quedó desconcertado por la forma en que lo había dicho, pero intentó que no se reflejara en su expresión. No necesitaba preguntarle cómo sabía lo del asesinato —lo habían dejado muy claro en *Look North*—, pero su respuesta seguía siendo muy tajante.

Esperó una respuesta. Estaba en las mismas. *Haciendo que me lo gane.* Y, de nuevo, era comprensible.

Por supuesto, Frank y Gerry sabían lo que le había pasado en los noventa, pero él no quería sacarlo a relucir así como así. Parecía grosero. —Podemos dejar que usted decida —dijo él. Fue una respuesta bastante floja, pero era lo mejor que tenía.

—El material pornográfico. —Cerró los ojos—. Estaba mal. —Se frotó las sienes—. Era ilegal. No debí haber aceptado.

Frank sintió que se le encogía el corazón. Sacudió la cabeza. Estaba a punto de decirle que no se culpara cuando Gerry intervino. —Era ilegal, sí, pero tenía catorce años.

Rachel mantuvo los ojos cerrados y no respondió.

—Fue usted captada por ese hombre mucho mayor —dijo Gerry —. No se le pedirían responsabilidades.

Ella abrió los ojos. —Pero mentí sobre mi edad.

—No importa. ¿Acaso él lo comprobó? —dijo Frank.

Ella negó con la cabeza.

—No estamos aquí para hacer que se sienta culpable, ni debería sentirse así —dijo Frank.

Sus dedos buscaron la montura de sus gafas, ajustándolas innecesariamente.

—Excepto que eso no impedirá que termine arruinando mi vida, ¿verdad?

Su corazón se encogió de nuevo. Más fuerte esta vez.

—Pero recibirá la ayuda que merece —dijo Gerry.

Bien dicho, pensó Frank.

—Fantástico —dijo Rachel, mirando directamente a Gerry—. ¿Mantendré mi trabajo como profesora de niños vulnerables cuando la noticia salga a la luz?

Frank detectó el tono y tragó saliva.

—No lo sé —dijo Gerry—. No estoy en posición de...

—¿Y mi matrimonio? ¿Seguirá mi marido queriendo estar conmigo cuando descubra que no soy la persona con la que se casó?

Sintiendo que su colega estaba acorralada, Frank intervino. —Señora Morrison...

—¿Podrá mi hijo volver a mirarme a los ojos cuando sepa lo de esos vídeos? —Ahora clavó los ojos en él—. ¿Cuando sus amigos sepan lo de esos vídeos?

La náusea que sintió en la puerta regresó con toda su fuerza. —Lo siento. Intentaremos ser lo más discretos posible, pero...

—Ustedes no son los medios de comunicación, ¿verdad?

No, no lo somos, pensó Frank, con el estómago revolviéndosele. —Como le digo, haremos todo lo posible.

Ella bajó la vista, se quitó las gafas y permanecieron en silencio un rato. Finalmente, dijo:

—Lo siento. Esto no es culpa suya. Nada de esto —levantó la vista—. Creo que están haciendo lo que pueden.

Frank sonrió y asintió con aprecio. Ninguna parte de él creía que esta mujer hubiera matado a Kristian. Seguía convencido de que había sido Bobby. Pero se había equivocado antes y, Dios, esperaba no equivocarse de nuevo.

Ella se inclinó hacia delante. —¿Entonces, no hablaréis con mi familia? —suplicó con la mirada.

—Si no es necesario, no —dijo Frank.

—Vale, vale —murmuró ella, como intentando autoconvencerse de que aquello era mejor que nada. Puso una mano sobre la otra—. Porque necesito hablar con ellos primero. Obviamente.

Frank asintió.

Ella enarcó una ceja al ocurrírsele algo de repente.

—Por cierto, ¿quién ha sido? ¿Quién se puso en contacto con ustedes? —preguntó.

Frank le sostuvo la mirada. —Me temo que no podemos revelar la fuente, señora Morrison. Es el procedimiento estándar. Espero que lo comprenda.

—Podría haber sido cualquiera, supongo —dijo—. Creo que probablemente a mucha gente le estaba saltando a la vista… —Suspiró—. Literalmente. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —dijo Frank.

—¿Por dónde debería empezar entonces? Ha dicho que yo decidía, pero no sé qué es lo que necesitan.

—¿Cuándo vio a Kristian Kellerman por última vez? —preguntó Gerry.

—¿A Harold? —dijo Rachel, dedicándole una sonrisa irónica a Gerry.

—Él se cambió el...

Ella levantó la mano para interrumpir a Gerry. —Está bien. Lo sé. La policía, o al menos uno de ustedes, vino a verme para que testificara en 2003; me dijeron su nombre real. ¿Sabían eso?

Gerry asintió. —Fue el año en que sospechamos que murió.

—¿De verdad? —Puso una mano hacia abajo y luego la otra encima. Se las miró, asintiendo—. Qué coincidencia. No creo que el reportaje mencionara el año, ¿verdad? Aunque recuerdo que mencionaba los túneles de Kettleness.

—Sí —dijo Frank—. El hecho de que probablemente fuera el mismo año es lo que nos ha traído hoy aquí.

—¿Así que piensan que…?—

—No... no... —dijo Frank, agitando la mano—. No la estamos acusando de nada.

Ella alternó la posición de sus manos. —Pero acaba de admitir que cree que esto es más que una simple coincidencia.

Bueno, cualquiera que no se lo cuestionara sería un completo inepto, pensó él, pero decidió que era mejor no añadir eso. En su lugar, esquivó la pregunta redirigiéndola a la que Gerry había formulado. —Entonces, ¿cuándo fue la última vez que lo vio?

Habló sin vacilar. —En 1996.

Frank asintió. —Bien, así que usted tenía...

—Dieciséis.

Bien, pensó él. *Si es verdad, eso significa que no tuviste nada que ver con esto.* —¿Y cómo terminó lo suyo con Kristian?

—De forma amistosa, lo crea o no.

—De acuerdo —dijo Frank, bastante sorprendido por la respuesta.

—Supongo que si me hubiera marchado yo, bueno, sería un escenario totalmente distinto —dijo ella—. Pero él me dijo que se había acabado. —Resopló—. Supongo que me despidieron. ¡El despido más afortunado de la historia! Excepto que no había

contrato, ¿verdad? Recuerdo que me dijo que había perdido el local, que les quedaba un mes más o menos. Al principio dijo que buscaría otro sitio y que me necesitaría en el futuro para retomar el rodaje, pero más tarde dijo que se había acabado para siempre. Música para mis oídos.

—¿Alguna razón por la que crea que terminó? —preguntó Frank.

—Varias. Mucha gente horrible solía merodear por allí. Solían presionarlo. Recuerdo haberlo visto todo magullado una vez. Puede que con nosotras fuera el cabrón alfa, pero supongo que alguien más lo tenía cogido por los huevos. —Apretó los dientes. Frank notó el ligero movimiento de su mandíbula.

—¿Llegó a saber alguno de sus nombres? —preguntó Gerry.

Rachel cambió las manos de nuevo. —No. Solo los veía merodeando. Algunos llevaban traje y coches llamativos. Otros estaban descuidados y apestaban a alcohol. Sin embargo, todos tenían una cosa en común... —Se interrumpió y bajó la vista.

—¿Qué? —insistió Frank.

Ella levantó la vista. —Les gustaba mirar, algunos participaban. Así que se podría decir que todos eran unos animales.

Frank tragó saliva. El estómago le rugió de nuevo.

—El detective que se me acercó en 2003... he olvidado su nombre. Un hombre.

—El inspector Tait —dijo Gerry.

—Sí, ese. Me dijo que Kristian había estado trabajando con el crimen organizado por aquel entonces. Algunos peces gordos. Dijo que la mayoría estaban en prisión o muertos ahora, y que no tenía nada que temer de ellos en particular. Era a Harold... perdón, a Kristian, a quien la policía quería.

—¿Y cuando le pidieron que fuera testigo, dijo que no? —dijo Gerry.

Rachel entornó los ojos.

—¿Es correcto? —preguntó Gerry.

—Lo es. No me entusiasmaba la idea de volver al pasado. Regresar a una época que me había destrozado por dentro. —Su tono era defensivo.

—Está bien —dijo Gerry.

—A él no le pareció que estuviera bien. No parecía importarle que yo no quisiera que esto me persiguiera el resto de mi vida. «Mirad, ahí va esa pobre niña abusada de los vídeos»... mientras susurran tras puertas cerradas: «bueno, ¿por qué no se lo dijo a alguien?».

Frank sintió que se le hundían las entrañas.

—¿Sabía que Carrie Long aceptó? —preguntó Gerry.

—Oh, sí. El detective disfrutó contándomelo. ¡Qué forma de hacerme sentir culpable! ¡Tenía veintidós, veintitrés años quizá! Apenas acababa de recomponer mi puta vida. Tampoco me apetecía volver a ponerme en el radar de Kristian Kellerman, lo creas o no. —Cerró los ojos y suspiró—. Mira. Siento haber jurado.

—No pasa nada —dijo Frank—. Tomó su decisión en aquel momento y la respetamos por ello.

Ella volvió a mirar hacia arriba. —Usted, tal vez —miró a Gerry—. Sin embargo, he notado el tono en su voz.

—Le aseguro que no la estoy juzgando —dijo Gerry—. Soy neurodivergente y a veces doy esa impresión. Debió de ser aterrador. Ya había pasado por mucho. No la condenaría por ello, y quienquiera que lo haga, bueno, no merece la pena el esfuerzo.

Frank asintió de acuerdo.

Rachel le sonrió a Gerry. —Gracias por decir eso.

Cambió de manos para que la otra quedara encima y se produjo un breve silencio.

Fuera, un perro ladró y se oyó el pitido de un camión de la basura. La vida que seguía su curso normal.

Frank oyó el golpeteo del pie de Rachel bajo la mesa.

—Tiene una casa preciosa —dijo Frank, intentando animar el ambiente.

Rachel sonrió. —Gracias. —Respiró hondo—. Supongo que trato de compensar mi infancia. Justo lo contrario. No uso eso como excusa por lo que hice. Por necesitar el dinero.

—Tiene todo el derecho a usarlo como excusa —dijo Frank—. La captaron. La gente como Kellerman busca la desesperación y la

vulnerabilidad.

Ella asintió. —Bueno, pues la encontró. ¿Ha vivido alguna vez en una casa en la que siempre hace un frío que pela? Te abre los ojos. —Sonrió—. O más bien, te hace castañear los dientes.

Frank pensó en su propia infancia en Leeds. Su padre más tiempo borracho que sobrio. Su madre con tres empleos.

No era ajeno a vivir en una casa fría.

Pero no iba a decir nada; aquello no iba sobre él.

—Aprendes a dormir con bastantes capas de ropa —continuó ella.

Frank sintió una opresión en el pecho. *Ya te digo.*

—No la culpo, sabe. No fue la mejor, lo entiendo. Simplemente había perdido el rumbo. Mi padrastro había sido un buen hombre. Mi propio padre, Nile Thornton, se había largado, dejándola con una niña de cinco años y una adicción. Otra razón por la que probablemente me alegré de quitarme el apellido de encima. ¡No sabría decirle si está vivo o muerto! En fin, mi padrastro, Tim, se portó bien con mi madre. Por desgracia, le dio por morirse de un derrame cuando yo tenía diez años y, para entonces, mi madre ya había tenido otro hijo. Mi hermano solo tenía cuatro. —Hizo una pausa—. A los trece, mi madre estaba perdida en un círculo de novios y drogadicción, y no teníamos dinero. En realidad, deberíamos haber terminado en un centro de acogida, pero yo estaba desesperada por mantenernos unidos, ¿entiende? *Desesperada.* Mantenía la casa ordenada, nos llevaba al colegio, hacía todas las cosas para que nos dejaran en paz, pero el dinero se estaba acabando. Ella se las había apañado durante mucho tiempo para mantener trabajos en bares y limpiando, pero para entonces ya estaba demasiado enferma. Las drogas habían destrozado su salud y... —Se quedó mirando al vacío—. Y fue entonces cuando vi ese anuncio en el tablón de corcho de una tienda en Chapeltown Road. En la radio sonaba Ace of Base. El anuncio decía: «Se buscan modelos. No hace falta experiencia. Buenos honorarios».

Frank se dio cuenta de que el bolígrafo de Gerry se había detenido y que ahora observaba a Rachel con atención.

—Empezó con fotos en bikini. Luego lencería. Después la cosa fue a más. Si no fuera por Carrie, me habría vuelto loca. Ella era agradable y lo estaba pasando peor que yo. Siempre enferma. Sentía que tenía que ser fuerte por ella, además de por mi hermano y mi madre. Hablábamos mucho, pero nunca nos veíamos fuera de aquel lugar; siempre nos vendaban los ojos de camino allí. Nunca supe dónde vivía. Pero arañábamos minutos, segundos, momentos en los que él no estaba prestando atención, no escuchaba. —El dolor en su voz era palpable—. Estaba demasiado enferma para hacer aquello. La última vez que la vi estaba delgadísima. —Entornó los ojos.

Frank le explicó que ella había llegado a tener una buena vida, pero que finalmente había fallecido.

Cerró los ojos y dijo: —Bueno, me alegra que la aprovechara. Eso es lo que yo intenté hacer. Por eso me cambié el nombre. —Abrió los ojos y se centró en Frank—. Conseguí un trabajo en un supermercado. Empecé a ahorrar. Fui a terapia a través de una organización benéfica para mujeres. Me saqué el graduado en un centro de educación para adultos. Luego el bachillerato. Me presenté para estudiar magisterio.

—Es todo admirable —dijo Frank.

Ella lo miró. —Bueno, no podía seguir siendo Jade Rachel Thornton. Ella salía en esos vídeos. Para siempre. Pero, ¿Rachel Lutkin? Ella podía ser otra persona. Alguien limpio. En 2001, conseguí un trabajo como auxiliar de educación. —Finalmente levantó la vista—. Todo lo que he hecho desde entonces ha sido para proteger a niños vulnerables. ¿Lo entiende? Todo.

—Repito, es admirable.

—Entonces, ¿lo comprende? En 2003, cuando ese detective, ¿George Tait, ha dicho?, cuando llamó a mi puerta, no era una propuesta muy atractiva. Tenía una vida. Una vida de verdad. Era Rachel Lutkin, auxiliar de educación. Tenía amigos. Un piso. Un propósito. Y querían que lo quemara todo. Que me presentara ante un tribunal y reviviera cada segundo de lo que aquel monstruo me hizo. ¿Para qué? ¿Por justicia? —Rió con amargura—. ¿Dónde estaban ellos cuando necesité ayuda? ¿Dónde estaban cuando tenía

catorce años y estaba muerta de frío y de hambre? ¿Dónde estaba la policía entonces? No estaban allí. Pero ahora que había salido del infierno por mis propios medios, ahora que había construido algo, querían que lo destruyera para ellos. —Miró a Gerry—. Lo sé, lo sé... es inmaduro. Es para evitar que les pase a otros. Lo entiendo. Pero aun así no me parece justo. —Los ojos de Rachel centellearon—. Así que, por una vez, elegí mirar por mí misma.

Y de tener la opción, si hubiera sido Maddie, pensó Frank, *no habría habido ni un momento de vacilación.*

Alargó la mano y la puso sobre las manos entrelazadas de ella. —Es comprensible.

Rachel pareció sorprendida por aquello. Sus hombros se relajaron ligeramente.

Él retiró la mano.

Ella se quedó mirando sus manos entrelazadas un rato. Las separó y las retiró de la mesa. Cuando levantó la vista, dijo: —Nunca vi a Kristian Kellerman en 2003. Lo siento.

Frank estudió su rostro. No hubo ninguna mirada huidiza delatora. Tampoco un parpadeo excesivo.

—En 2007 conocí a Martin, mi marido. —Hizo una pausa—. Él no sabe nada de Jade Rachel Thornton. *Todavía.* Ni sabe lo de la pornografía. —Respiró hondo—. *Todavía.*

Tragó saliva. —Pensé en decírselo. Todos los días durante el primer año. Pero luego pasó el tiempo. Y se hizo más fácil no hacerlo. Y entonces nació Oliver en 2011, y pensé: ¿por qué cargar a ninguno de ellos con esto? Es el pasado. Se acabó. Ahora soy Rachel Morrison. Jade Rachel Thornton está muerta. Él nunca ha cuestionado mi pasado porque no sabe que hay nada que cuestionar. Me quiere. —Cerró los ojos con fuerza—. Pregúnteme mañana si todavía lo hace.

—Estoy seguro de que dirá que sí —dijo Frank.

Ella mantuvo los ojos cerrados. —¿Pero cómo se lo voy a decir? —Se le quebró la voz—. ¿Cómo te sientas frente al hombre que amas y le dices: «Por cierto, si buscas lo suficiente en internet, puedes encontrar vídeos míos de pequeña siendo...»? —Se detuvo. No pudo terminar.

Frank vio un poco de papel de cocina. Se levantó, se acercó y arrancó una hoja. La puso delante de ella. Ella abrió los ojos y dijo: —Gracias. —Luego se los secó con el papel.

—¿Cómo murió él?

Frank y Gerry intercambiaron una mirada.

Frank tomó la iniciativa. —Recibió un disparo.

Ella enarcó una ceja. —Probablemente esos idiotas con los que andaba metido. ¿Están seguros de que fue en 2003?

—Bastante seguros.

—Bueno, en cierto modo. Al fin y al cabo, si murió en 2003, son veintidós años en los que no ha hecho daño a nadie. Parece que nunca necesité testificar.

Eso parece ser, pensó Frank.

—Siento sonar fría, pero me siento insensible. Aterrada.

En absoluto, pensó Frank. *Me sorprende que no me haya preguntado si sufrió.* La mayoría de la gente lo hacía al enfrentarse a la muerte de alguien que les había hecho daño. Buscando consuelo, tal vez, en que al final se había hecho algo de justicia.

Frank asintió a Gerry, que sacó una fotografía de su cuaderno.

Bobby y Maggie Whitworth. Una foto de boda, ambos sonriendo.

—¿Reconoce a estas personas? —preguntó Gerry.

Rachel estudió la foto. Inclinó la cabeza a ambos lados como si la examinara desde diferentes ángulos. Esmerándose de verdad. Apretó la lengua contra la mejilla en señal de concentración. Finalmente, negó con la cabeza. —No, lo siento. ¿Por qué?

—Bobby Whitworth. Margaret Whitworth —dijo Gerry—. Están implicados en la investigación.

—¿Ah, sí? ¿De qué manera?

Frank observó su rostro atentamente mientras Gerry respondía. —Margaret era cercana a Carrie. Fue su marido, Bobby, quien se presentó en la unidad y se llevó a Carrie de allí.

—Vaya... nunca lo supe. ¿Cómo sabía ese tal Bobby dónde encontrarla?

—Los siguió un día —dijo Gerry.

Ella asintió y volvió a mirar la foto. —Bien por él.

Sí, pensó Frank. *Es una lástima que nadie diera la cara por ninguna de las dos mucho antes.*

—Bobby murió en 2009 —dijo Gerry—. Pero Margaret mantuvo el contacto con Carrie hasta su reciente fallecimiento.

—Era como una madre para ella —añadió Frank.

Rachel asintió y sonrió.

—Kristian regresó en 2003 con la intención de silenciarla por la decisión de testificar —continuó Frank.

Rachel se llevó la mano a la boca. —Dios, ¿en serio? ¡Los mentirosos! Dijeron que estaríamos a salvo. Lo ven... quizá tomé la decisión correcta.

—No sabemos cómo ocurrió —dijo Frank—. Quizá Kristian la vigilaba de cerca. Haciendo que la siguieran. *Preferible a que lo hubiera filtrado un compañero detective*, pensó Frank, *pero aun así no era una idea agradable.*

Rachel se tocó el pecho. —¿Cree que él podría haber estado vigilándome a mí?

—Repito, no lo sabemos —dijo Frank. *Lo importante es que ya no lo hace*, pensó Frank.

—Imagine que hubiera dicho que sí... —Se llevó la mano a la garganta—. Dios mío.

—Creemos que vino a Whitby para amenazarla el 21 de septiembre de 2003 —dijo Gerry—. Y ahí fue cuando recibió el disparo.

—¿Por quién? ¿Por Carrie? —dijo Rachel, enarcando las cejas y mirándolos con expresión incrédula—. ¡Ni hablar!

Frank metió la mano en su carpeta con deliberada lentitud, obligando a Rachel a mirar. Sacó otra fotografía.

La colocó sobre la encimera entre ellos. Gerry se inclinó un poco hacia delante, con el bolígrafo preparado.

—¿Reconoce este arma, señora Morrison?

Los ojos de Rachel se clavaron en la imagen. Luego levantó la vista con expresión neutral. —¿Por qué iba a hacerlo? No sé nada de armas.

—Este era el rifle de Bobby.

—¿Bobby, el hombre que me acaba de enseñar? —Parecía atónita —. Les dije que no lo conocía... esperen, ¿tal vez ese Bobby lo mató?

—Es lo que pensamos al principio —dijo Frank. *Y sigo pensando que fue él, a decir verdad.*— Pero su mujer, Margaret, ha confesado.

Ella negó con la cabeza. —Vaya. ¿De verdad? ¿Para proteger a Carrie?

Frank asintió.

—Tal vez no tuvo otra opción.

Frank no respondió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rachel—. ¿Esa anciana va a la cárcel por matar a ese monstruo?

Frank explicó que estaba enferma y que eso no sucedería.

Hubo un silencio y luego Rachel dijo: —Me alegro de que no vaya a la cárcel, pero morir... qué horror. Trágico. Todo ello. Muy trágico, y parece que nunca se acaba.

—Sí —dijo Frank—. Ahora, le preguntamos esto a todo el mundo, y de verdad no quiero que saque ninguna conclusión de ello, pero ¿puede recordar dónde estaba el 21 de septiembre de 2003?

Rachel abrió mucho los ojos. —¿Habla en serio? —Negó con la cabeza y luego se mordisqueó el labio inferior. Finalmente, dijo—: Todo lo que puedo decirle es que trabajaba como auxiliar de apoyo escolar, a tiempo completo, en Whitby.

—Era domingo —dijo Frank—. ¿Dónde vivía?

—En un piso arriba, en Spital Vale. De un dormitorio. Con vistas al río.

Frank tomó nota.

—¿Ha estado alguna vez en los túneles ferroviarios de Kettleness? —preguntó Gerry.

—¿Otra pregunta de las obligatorias? —dijo Rachel poniendo los ojos en blanco—. No. Al menos, dentro no. He pasado por delante, por supuesto.

Hubo un momento de silencio en la habitación, pesado y opresivo. Fuera, se cerró el portazo de un coche. Un niño llamó a un amigo.

—¿Cuánto le queda a esa pobre mujer, Margaret? —preguntó Rachel.

Frank suspiró. —Poco.

Cerró los ojos. —Pobre mujer —repitió.

Pero cuando volvió a abrirlos, Frank vio algo parpadear en ellos y sintió un momento de paranoia.

¿Qué acababa de ver?

¿Alivio? ¿Culpa? ¿Reconocimiento?

Algo había cambiado definitivamente en su expresión desde que hablaron de la confesión y de Maggie.

—Parece una lástima hacer esto si tienen una confesión —dijo Rachel—. Removerlo todo así.

—No hemos tenido elección —dijo Frank—. Había incoherencias en su historia. No podíamos dejarlo así.

—¿Qué incoherencias?

—No podemos decirlas en esta etapa.

La mirada de Rachel vaciló, solo por un instante, antes de recuperar la compostura. —¿Así que ahora no creen que fuera ella?

—No estamos diciendo eso —dijo Frank—. Pero nuestro trabajo es ser diligentes.

Ella asintió. —Lo entiendo, pero...

Su teléfono pitó. —Disculpen.

Lo cogió. Leyó el mensaje.

—Dios mío. —Se llevó la mano a la boca—. Han suspendido a mi hijo.

—¿Por qué?

—Ha habido una pelea. Ha pegado a alguien. —Le temblaba la voz—. Él nunca... Oliver nunca haría... Viene de camino a casa. Tengo que...

Se levantó bruscamente, casi volcando el taburete. Se había quedado completamente pálida.

—Señora Morrison...

—Tiene que tener que ver con esto. Tiene que ser por eso. Se lo dije... esto va a destruir...

La puerta de la calle se abrió de golpe. Golpeó contra la pared con la fuerza suficiente para que Frank oyera crujir el yeso y algo

cayera de una estantería en el pasillo.

Frank se sobresaltó. Gerry se puso en pie y el cuaderno cayó sobre la encimera.

Unos pasos pesados subieron las escaleras como un trueno. Corriendo. Chocando. Una puerta se cerró arriba con tal fuerza que la lámpara del techo tembló y el herraje castañeó.

Rachel miró a Frank y a Gerry, desolada. —Es él. *Lo sabe.* ¿Lo ven? ¡Ya lo sabe! —Se le quebraba la voz.

—No puede saberlo —dijo Frank.

A Rachel parecieron fallarle las piernas. Se agarró a la encimera. —Dios mío. Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Qué le he hecho?

Tenía los ojos fijos en el techo, desde donde se oía movimiento. El chico caminando de un lado a otro.

Se dio la vuelta bruscamente y salió disparada hacia las escaleras.

—Nuestra señal para irnos —susurró Frank al oído de Gerry.

La encontraron al pie de la escalera, luchando consigo misma. —No puedo. No puedo. —Las lágrimas le rodaban por la cara.

Toda su compostura se desvanecía.

Frank le puso la mano en el brazo. Se sentía fatal.

—Vaya a estar con su hijo. Todo se solucionará.

Ella le clavó la mirada. —¿Y si no es así?

Y ante eso él no tenía respuesta, porque no estaba en posición de ofrecer ninguna.

Su relación con Maddie, ciertamente, nunca se había solucionado.

Ella se dio la vuelta de repente y subió corriendo las escaleras. Ya no era la superviviente controlada. Solo era una madre, desesperada por llegar hasta su hijo.

—Vámonos —le dijo Frank a Gerry—. Salgamos nosotros solos.

58

Oliver caminaba de un lado a otro de su habitación, con el móvil vibrando sin parar en el bolsillo.

Basta ya. Basta ya.

Lo sacó de un tirón, lo lanzó sobre la cama y se tapó los oídos.

Siguió caminando de un lado a otro.

El móvil continuaba vibrando.

Lo agarró de la cama. La pantalla estaba encendida.

Más de treinta notificaciones de WhatsApp. Muchas de ellas preguntando, hurgando…

—¿Esa es tu madre, Oli?

—¿Qué ha hecho?

Otra vibración.

Ese cabrón. Tyler.

Un archivo de vídeo.

Se quedó mirándolo. *No pulses. No pulses.*

Su pulgar quedó suspendido sobre el archivo.

No lo hagas.

Un emoticono de un corazón.

Un emoticono de una risa.

El número vinculado a cada uno subía sin tregua.

Pulsó.

30 por ciento.

70 por ciento.

Más emoticonos.

100 por ciento.

Reconoció los ojos de inmediato.

Tan joven.

Desnuda.

Intentando parecer seductora.

Pero Oliver conocía esos ojos.

Los conocía de toda la vida.

Y sabía qué aspecto tenían de verdad el miedo y la ansiedad de su madre.

Sonaron las notificaciones de los emoticonos.

Siguieron las preguntas.

—Te lo dije, tío —escribió Tyler.

Y Oliver emitió un sonido. No fueron palabras. Solo un sonido. Algo primario, animal y roto.

59

Rachel estaba en el rellano, preparándose para llamar a la puerta. Pero el sonido de su hijo gimiendo la detuvo en seco, dejándola helada.

Pensó en las veces que lo había oído en su aula. Aiden. Maya. Connor.

El sonido que un sistema nervioso emitía al sobrecargarse más allá del punto en el que el lenguaje significaba algo.

Cómo le rompía siempre el corazón.

Nunca lo habría esperado de Oliver.

Entonces, un estruendo.

Intentó abrir la puerta; estaba cerrada con llave.

—¡Déjame en paz! —gritó él.

Algo golpeó la puerta. Con fuerza.

La vibración la atravesó.

Luego, otro estrépito. Y otro más.

Ella retrocedió.

Eso no lo detuvo. Escuchó libros chocando contra las paredes. Muebles volcándose. Cristales rompiéndose. El sonido del crujido de la madera: su silla de escritorio, probablemente. La foto enmarcada de él y Martin en la abadía de Whitby. La lámpara que le había comprado hacía tres Navidades.

Los sonidos de su hijo descubriendo que todo lo que creía saber era mentira.

Sacó el móvil y llamó a Martin. Cuando respondió, ella dijo:

—Tienes que venir a casa.

Luego soltó el teléfono y se dejó caer al suelo, frente a la puerta de Oliver. La espalda contra la pared. Las rodillas flexionadas hacia el pecho. La moqueta áspera bajo sus palmas. La calefacción estaba a tope, pero el frío en su interior era insoportable.

Silencio.

Se había detenido por ahora.

Gracias a Dios.

Entonces oyó a su hijo llorar.

Lamentando la pérdida del mundo que había conocido.

Rachel se cubrió la cara con las manos.

Y por primera vez desde que se cambió de nombre, no tenía ningún plan. Ninguna ruta de escape. Ninguna historia cuidadosamente construida.

No había manta de peso que ofrecer. Ni tira de comunicación con pictogramas de *molesto, cansado, ayuda.* Ningún ritmo de respiración que modelar. Ningún suave tarareo de tres notas —do, mi, sol, do, mi, sol— para traerlo de vuelta.

Él se estaba rompiendo y ella no tenía nada.

Y entonces recordó aquel momento en que su mundo se había derrumbado de verdad, allá por 2003.

Se trasladó mentalmente allí para revivirlo.

Porque si pudo sobrevivir a aquello, entonces, tal vez, solo tal vez, había esperanza para su hijo.

Y esperanza para ella de nuevo.

60

No se lo esperaba.

El golpe con el revés de la mano fue rápido y casual, como si estuviera apartando una mosca de un manotazo.

Tropezó hacia atrás, saboreando algo caliente y metálico. Se tocó la cara y vio la sangre en sus dedos.

Bajó la vista y vio gotas densas empapando la alfombra. Le brotaba sangre de la nariz a chorros.

Con los ojos llorosos por el impacto, volvió a mirar a Harold.

Él se acercó, respirando con fuerza —no por el esfuerzo, sino por la satisfacción— y ella retrocedió, pegándose contra la pared del salón.

Ahora él sonreía.

Pero siempre lo hacía, ¿verdad? Sonreír mucho.

—Harold... —dijo ella.

—Kristian —dijo él—. Pero eso ya lo sabes, ¿no? ¿Cuándo vinieron a verte esos cerdos, eh? ¿Cuándo te pidieron que les contaras tu historia?

Vio de reojo el caro reloj que llevaba en la muñeca.

Era el mismo que había visto cuando tenía catorce años, sentada frente a él en una cafetería, escuchando sus promesas. Dinero para ayudar a su madre. Una forma de salir de Chapeltown Road. Trabajo de modelo; legítimo, había dicho él. Respetable. Una oportunidad para darle a su hermano pequeño la vida que se merecía.

—Ahora, Jade...

—Rachel, pedazo de idiota —sacó de alguna parte un valor que nunca había poseído de niña y le escupió sangre a la cara, para luego sonreír—. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Esta vez le dio una bofetada con la palma de la mano.

Se quedó en blanco y se vio deslizándose por la pared hasta que quedó mirando sus rodillas y, más abajo, unos zapatos Oxford relucientes, con el cuero arrugado en la puntera.

Italianos, probablemente.

¿De dónde sacaba el dinero? ¿De más chicas pobres como ella? ¿Como Carrie?

Deseó que estuviera muerto.

—Rachel... Jade... lo que sea. —Su voz era tranquila. Razonable. La voz que usó para convencerla de que trabajara para él hacía casi una década. La voz que usaba durante los rodajes cuando la convencía para que hiciera cosas que ningún niño debería hacer.

¿Entiendes lo grave que es esto? ¿Lo entiendes?

Ella levantó la vista. Tenía la visión nublada por las lágrimas y el dolor, pero su sonrisa había desaparecido, sustituida por una severidad que ella reconoció. La expresión que siempre ponía cuando las sesiones no salían como él quería. Cuando ella se mostraba «menos entusiasta» de lo que él esperaba. O, Dios no lo quiera, cuando se ponía demasiado sensible y llorosa por aquello a lo que la estaban sometiendo.

—Que te jodan.

Él le dio una patada.

Fue fuerte, y sintió como si sus entrañas hubieran explotado. Se ladeó, tosiendo, luchando por tomar aire.

No sabía cuánto más podría aguantar.

—¿Entiendes?

—Sí —dijo ella, goteando sangre.

—Bien. Ya sabes... como entonces, como ahora, como siempre... solo he querido lo mejor para ti. Solo he querido que estuvieras a salvo.

—Era una niña —logró decir—. Una niña y...

—Me dijiste que eras lo bastante mayor.

—Lo sabías. Lo sabías. —Cerró los ojos con fuerza, tragando sangre. No servía de nada y solo acabaría con más violencia—. ¿Cómo me has encontrado?

—Nunca os perdí la pista. A ninguna de las dos. Te han visto hablando con la policía.

—Yo... —Abrió los ojos y lo miró—. No acepté.

—¿A qué?

—A hablar. A testificar.

—Ahórratelo, Jade...

—Les dije que no. Joder, les dije que no.

—¡Si me dejas terminar! —Él asintió y se inclinó sobre ella—. Lo sé. Por eso mi recordatorio es suave. Solo para que sepas que has tomado la decisión correcta. Fue la otra la que decidió ignorar su sentido común.

—¿Carrie? —Rachel levantó la vista hacia él.

Él se arrodilló y le acarició el pelo. La misma mano que acababa de hacerla sangrar ahora le ofrecía consuelo.

Se sintió entonces igual que en el pasado.

Como algo de su propiedad.

Lo quería muerto. Ahora más que nunca. Por lo que le había hecho, por lo que le estaba haciendo ahora. Y Carrie... ¿qué le haría a Carrie? Si esto era un «recordatorio suave», ¿qué le esperaba a Carrie?

—Eres mi chica favorita, ¿te lo había dicho alguna vez? —dijo él.

Una sensación de frío le recorrió todo el cuerpo.

Cerró los ojos y gimió tanto por el dolor como por el pasado, que la succionaba como un vacío, arrastrándola hacia atrás. A los momentos después de un rodaje especialmente malo, cuando quizá se había vuelto demasiado agresivo para ella, o simplemente demasiado para soportarlo, y él le acariciaba el pelo y le decía una y otra vez: «Eres mi chica favorita, ¿te lo había dicho alguna vez?». Porque siempre quería una respuesta. Y no importaba cuánto llorara ella, lo herida que estuviera, él no dejaba de preguntar y preguntar hasta que...

—Sí —dijo ella.

Él se puso en pie. —Irremplazable. —Se hizo crujir la espalda—. Siempre lo fuiste. No debería haberme preocupado.

«Tal vez no», pensó ella. «Pero deberías hacerlo ahora».

Y el miedo que había vivido en su pecho durante casi diez años cristalizó en algo más. Algo frío. Algo nítido.

Entonces se abrió la puerta del salón y Rachel dirigió sus ojos borrosos hacia alguien que no debería estar allí.

—No. Vete.

—¿A quién tenemos aquí entonces? —preguntó Kristian, y la sonrisa volvió a aparecer en su rostro.

61

De vuelta en el coche, Frank se sentía nervioso al preguntarle a Gerry qué opinaba.

Y parecía que tenía motivos para estarlo.

—Está mintiendo —dijo ella.

—¡Madre mía, otra vez no! —Como aún no habían arrancado, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el reposacabezas.

—Pensaba que tú también te habrías dado cuenta —añadió Gerry.

Él suspiró. —¿Darme cuenta de qué? He visto un dolor real. De hecho, ha sido una de las experiencias más horribles de mi vida. Pobre muchacha. —Abrió los ojos y miró a Gerry, recordando cómo la había molestado antes con su terquedad—. No estoy ignorando lo que dices. Es solo que ha sido duro. No quiero descubrir que tenemos que volver para un segundo asalto. Pero confío en ti. Así que, adelante, te escucho.

—Primero, el rifle. Cuando ha visto la fotografía, ha habido una respuesta de reconocimiento. Dilatación de pupilas. Se ha quedado paralizada un instante, aproximadamente medio segundo, antes de que pusiera una expresión neutral. Ha visto ese arma antes.

—Virgen santa. ¿Has visto eso?

—Sí.

—¿También puedes ralentizar el tiempo en tu mente como si fuera una especie de superpoder?

Ella lo miró confundida—. ¿Sarcasmo?

—Sí.

—Ahora eres tú el que me está ignorando...

—Lo siento. Dame un segundo.

—Ha habido una acusación proyectada. Cuando has mencionado que su muerte coincidió con el año en que le pidieron que testificara, ha saltado de inmediato a la idea de que la estábamos acusando. Has tenido que interrumpirla y tranquilizarla. Eso es revelador. Las personas culpables a menudo proyectan aquello de lo que temen ser acusadas.

Frank se rascó la mandíbula—. ¿En serio? Estoy bastante seguro de que cualquiera habría llegado a esa conclusión. La pobre mujer está aterrorizada ante la idea de que su vida se vaya al garete.

—Tercero: el patrón de inquietud. ¿Te has fijado en cómo no dejaba de cubrirse una mano con la otra…?

—¡Y luego las intercambiaba! —terminó Frank—. ¡Ja! Sí, eso lo he visto. —Se sintió bastante orgulloso de sí mismo. Se le borró la sonrisa—. ¿Por qué? ¿Qué significa eso?

—Es un gesto de autoconsuelo vinculado a recuerdos específicos.

—Vaya. —Eso no podía fingir saberlo.

—No quiere que veamos algo.

—¿Eh? ¿El qué exactamente?

—¿Algo en las manos, tal vez?

Frank frunció el ceño, sin saber qué pensar de aquello—. ¿Había una cuarta cosa?

—Ha habido un cambio de postura. Al hablar de la muerte de Kellerman, se ha inclinado hacia adelante.

—Quizá le pase como a mí. Que siempre me duele la espalda.

Gerry negó con la cabeza—. Ha sido implicación, no distanciamiento. Pero su interés no era solo emocional; era específico. Como si conociera detalles que no debería.

—Pero es obvio que está implicada. ¡Mira lo que él le hizo!

—Sí, pero hay una diferencia entre la implicación emocional en un trauma pasado y el interés por detalles operativos específicos. Cuando he mencionado la confesión de Maggie, se ha inclinado hacia delante. Cuando le has enseñado la foto de Bobby y Maggie, la

ha estudiado con demasiado detenimiento para alguien que nunca los había visto antes. Eso no es dolor, es interés.

—¡Salió en el telediario!

—No ha tenido ningún detalle sobre Carrie, Bobby y Maggie. Se ha inclinado hacia delante cuando los hemos mencionado.

Había empezado a llover otra vez. Las gotas competían entre sí, fusionándose y separándose.

Le dolían las articulaciones. Le dolía la cabeza. Y ahora le dolía la maldita conciencia porque Rachel Morrison había pasado por un infierno, y allí estaban ellos, analizándola minuciosamente.

Quería que Gerry se equivocara.

Suspiró para sus adentros.

«¿Te has equivocado alguna vez?», pensó, mirándola.

Recordó la única vez que ella acabó en casa de un asesino. Si no hubiera sido por Rylan, aquello podría haber acabado mal.

Aun así, en general, había muy pocos ejemplos de que ella hubiera errado el tiro.

—Vale. Te escucho. Pero primero, ¿cómo ves todo eso? De verdad. Es como un superpoder.

La expresión de Gerry no cambió—. No es un superpoder. Es reconocimiento de patrones. Observo los movimientos de los músculos faciales, los patrones de respiración, la respuesta de las pupilas, los cambios de postura, los patrones lingüísticos. La mayoría de la gente puede aprender a leer el lenguaje corporal básico. Yo simplemente soy más sistemática.

—La mayoría de la gente no pilla todo eso en una sola conversación, Gerry, muchacha.

—El dieciocho por ciento de las personas son neurodivergentes —dijo Gerry—. Y cada individuo neurodivergente tiene sus propios rasgos. A veces parece que no soy empática, pero lo soy. Simplemente lo dejo a un lado. Así puedo procesar la interacción de forma diferente. Cuando no estoy implicada emocionalmente, puedo observar sin la interferencia de la empatía o el condicionamiento social. Me resulta más fácil ver las señales porque no me distraigo intentando leer claves sociales o gestionando mis propias respuestas emocionales.

Frank reflexionó sobre aquello. Pensó en todas las veces que Gerry había parecido fría o distante. Pensó en cuántas veces ese distanciamiento había servido para resolver casos. Pensó en cómo le había explicado su diagnóstico hacía años, con toda naturalidad, de la misma forma que explicaba todo: con datos, porcentajes y precisión clínica. Sin pedir nunca un trato especial. Simplemente explicando que su cerebro funcionaba de forma distinta. Que ella veía patrones donde otros solo veían ruido.

—Entonces, cuando hay sentimientos de por medio —dijo él despacio—, ¿es más difícil?

—Considerablemente. Cuando me implico emocionalmente, mi procesamiento se nubla. Empiezo a intentar interpretar matices sociales en lugar de observar hechos. Ahí es cuando se me escapan cosas. —Hizo una pausa—. Rachel Morrison es una víctima. Siento simpatía por ella, pero no me he implicado emocionalmente durante el interrogatorio, lo que me ha permitido observar con claridad.

—De acuerdo. —Frank exhaló despacio—. Así que miente. ¿Crees que conoce a Bobby y a Maggie?

—Sí. También creo que volvió a ver a Kristian después de 1996, probablemente en 2003.

—Maldita sea. ¿Crees que lo mató ella, Gerry?

—Creo que ella lo sabe. Creo que tanto ella como Maggie lo saben.

—¿Que fue Bobby? —aventuró él.

—Tal vez. O tal vez Rachel, o Maggie.

—¿Así que definitivamente fue uno de esos tres?

—No tengo todas las respuestas —dijo Gerry.

Frank resopló—. Casi me engañas. Entonces, ¿qué sugieres? ¿Darle otra pasada a Rachel? Por favor, no lo hagas si es lo que tienes en mente.

—Quizás. Necesitamos más pruebas. ¿Dónde está el arma del crimen?

—Maldita buena pregunta. Se lo habría preguntado a Maggie antes si no la hubiéramos dejado agotada.

—Deberíamos ir a preguntárselo —dijo Gerry.

—Ese era el plan. Y recoger su pasaporte. —Arrancó el coche—. Pero prométeme una cosa, Gerry.

—¿El qué?

Señaló con el pulgar hacia la casa de la que se alejaban. —Que no volveremos a por esa pobre muchacha sin munición... —Hizo una mueca por su desafortunada elección de palabras.

Gerry no respondió.

Él miró por el espejo retrovisor hacia la casa que dejaban atrás, esperando que no estuviera pasándolo mal con su hijo.

«Todos estos traumas —pensó—, heredados, transmitidos. ¿Cuándo se acaba esto?».

62

Un silencio se instaló entre Sharon y Reggie como un tercer pasajero.

Sharon casi se alegró cuando el repiqueteo de la lluvia lo rompió; el rítmico golpeteo de los limpiaparabrisas terminó de rematar la faena.

Suspiró para sus adentros por la inmadurez de Reggie. ¡En todo caso, ella debería ser la que estuviera cabreada con él por casi matarla con su dichoso batido de proteínas!

Además, ¿qué culpa tenía ella de lo que Frank le hubiera dicho sobre necesitar su ayuda al tratar con testigos vulnerables? Si tuviera lo que hay que tener, la pagaría con la persona que lo dijo, en lugar de con una parte inocente.

¡Había que tener valor para decirle eso y luego hacérselo pagar!

Aparcaron en la calle junto a un Nissan Micra destartalado que lucía un permiso de aparcamiento para el personal en la ventanilla.

—¿Qué te parece si dejo que tú lleves la voz cantante? Está claro que se te da mejor —preguntó Reggie.

Ella puso los ojos en blanco. —Por última vez, ¿cómo puede ser culpa mía?

—Bueno, parece que nunca te importa cuando te echa flores, así que...

—¿Y por qué me iba a importar? —Se encogió de hombros—. ¡Si tu jefe te felicita, no le mandas a paseo!

—¿No te das cuenta de que eso de «serás DI antes de los cuarenta» es una pulla velada hacia mí, sabiendo que es lo que deseo con todas mis fuerzas?

Ella resopló hinchando los mofletes. —Pues mira, no, no tenía ni idea. Pensé que solo me estaba haciendo un cumplido, ¡Dios no lo quiera!

Él se cruzó de brazos. —Bueno, ahora ya lo sabes.

A mí me suena a paranoia, pensó Sharon. —Bueno, si ese es el caso, ¿qué debería hacer la próxima vez que lo diga? ¿Decirle que se vaya a la mierda?

Él frunció el ceño. —Tú verás. Pasamos mucho tiempo juntos en la carretera últimamente. Será interesante ver a quién valoras más. Eso es todo.

—Estás siendo ridículo. Un crío...

—¿Ah, sí? ¿Es que hay alguien que no piense que soy el hazmerreír de todo el mundo?

¿A qué venía aquello?

Realmente no estaba en su mejor momento.

—Reggie, eres...

—A ti nada te afecta, Sharon, ¿verdad? —De verdad te lo digo.

—Bueno, tu batido de proteínas sí me afectó... por dentro —se frotó el estómago.

—Y no vas a dejar que lo olvide nunca.

Ella se rió. —¡No lo sacaría a relucir si no me estuvieras atacando!

Reggie salió del coche.

Ella puso los ojos en blanco. ¡Qué infantil!

Fuera, el aire olía a asfalto mojado y a la estufa de leña de alguien.

Echó a trotar para ponerse a su altura.

—Esto ha sido hallazgo mío, que lo sepas —siseó él.

Un chaval neurodivergente que cartografió los túneles del ferrocarril. Difícilmente una prueba irrefutable…

Sharon asintió, mordiéndose la lengua.

—Y, sin embargo, no se puede confiar en mí…

—Por el amor de Dios, Reggie, para un momento y escucha.

Él obedeció. Estaban a pocos metros de la puerta principal. Tenía los brazos cruzados y no la miraba. La lluvia les había humedecido el pelo. Ella se quitó el agua de los ojos.

—No creo que seas el hazmerreír. Nadie que yo conozca piensa que lo seas. ¿Presumido? Sí, mucho.

Él gruñó.

—Pero tienes buen instinto y te preocupas por las cosas. Mucho. Me gusta trabajar contigo.

Él la observó de reojo, pero luego desvió la mirada, fingiendo que aquello no había ocurrido.

—No eres el tipo de hombre al que se pueda halagar demasiado —dijo Sharon—, se te subiría a la cabeza.

Él la miró. —Eso no es verdad.

—¿En serio?

Él se encogió de hombros. —Bueno, quizá un poco.

—Mira, eres buen detective y...

—Frank piensa que soy un inútil.

Ella lo miró y sonrió. —¿En serio? ¿Te has oído?

—Lo piensa, sí. Ya te he dicho lo que ha dicho sobre traerte a ti aquí.

—¿Dicho? ¡Prácticamente me has juzgado y ejecutado por ello!

Él sonrió. —Lo siento. —Miró hacia otro lado.

—A ver, Frank es...

—Un viejo cabrón cascarrabias.

—Bueno, sí, lo es, pero...

—¿Gruñón como un maldito oso?

—Supongo, pero...

—Y piensa que soy un chiste.

—Ya estamos otra vez. —Le dio un ligero puñetazo en el brazo—. Estás loco de remate. Ese hombre te quiere.

—¿Eh? —Miró de nuevo a Sharon con el rostro contraído—. No digas bobadas.

—¡Te adora, gilipollas!

—¿De qué hablas? Lo vuelvo loco.

—Sí, es verdad. Pero con Frank, creo que todo el mundo le saca de quicio a su manera. Escucha, puede que él no se dé cuenta, pero

para él eres lo más importante.

—Gilipolleces.

—Sí, ya veo que puede parecerlo. Yo misma no lo entiendo a menudo. Es una mentalidad demasiado antigua para que yo la comprenda, pero apuesto a que tú sí lo pillas, en realidad. En el fondo.

—¿Pillo el qué?

Ella empezaba a sentirse exasperada. —Mira, cuando casi te mueres, estaba hecho un auténtico trapo.

—Tonterías.

—¡Pregúntale a cualquiera!

Él resopló. —¿No estarás sufriendo todavía los efectos secundarios de ese batido de proteínas?

—¡Venga ya, nos estamos empapando!

Se acercaron a la puerta. Ella lo observó. Parecía un poco menos tenso. Con suerte, ahora lo veía todo de una forma más equilibrada.

—De todas formas, tú hablas —dijo Reggie—. No porque se te den mejor las personas vulnerables ni nada de eso (aunque, a decir verdad, probablemente sea así), sino más bien porque no estoy de muy buen humor. —Llamó a la puerta.

—No me había dado cuenta —dijo ella, preparando su placa.

—Me gusta guardarme mis cartas —dijo Reggie.

Una mujer corpulenta abrió la puerta con movimientos cuidadosos y una mano apoyada en la parte baja de la espalda. De unos cincuenta y tantos, quizá. Piel oscura. Ojos cansados que ocultaban algo de fiereza bajo el agotamiento. Llevaba una bata de enfermera, azul marino, y olía ligeramente a crema de manos de lavanda.

Mostraron sus placas.

La mujer se presentó. Blessing Adeyemi, una de las cuidadoras de Jamie. Tenía un marcado acento nigeriano. —¿De qué se trata?

Sharon explicó que querían hacerle a Jamie Corrigan un par de preguntas sobre un mapa que había hecho cuando era más joven.

Algo en la postura de Blessing cambió. Su mano se apretó contra el marco de la puerta. —¿Un mapa?

Sharon notó la incomodidad y miró a Reggie. Él le devolvió la mirada, demostrando que también lo había visto.

—¿Está disponible el señor Corrigan? —preguntó Sharon.

Sus ojos iban de un detective a otro. —Jamie está descansando. No ha sido su mejor día. Tiene necesidades, saben. Necesidades complejas.

Sharon asintió. —Lo sabemos. Pero no está en apuros ni nada parecido. Solo queríamos hacerle unas preguntas sobre algo que hizo cuando era más joven.

—¿Lo de los túneles de Kettleness? —Sus labios temblaron ligeramente.

Sharon sintió un subidón de adrenalina. Asintió. —¿Por qué dice eso?

—*Look North*. Anoche. Es por eso, ¿verdad?

Sharon asintió. —¿Podemos pasar, por favor?

Ella negó con la cabeza, tensando la postura. —Creo que es mejor que lo hagamos por los canales adecuados. Debería contactar con alguien. Él necesitará que alguien le acompañe.

—Bueno, usted está aquí, ¿no? —sugirió Reggie—. Eso bastará.

—Sí, pero no soy abogada.

—Él no es sospechoso de nada —dijo Sharon.

—¿Le preocupa algo en particular, señora Adeyemi? —preguntó Reggie.

Ella se tocó el pecho. —¡Madre mía! No, no. Es un buen chico. Un chico muy bueno.

A Sharon le pareció extraño que se refiriera a un hombre de treinta y nueve años como un chico.

Blessing estaba dando pequeños pasos hacia atrás, con la mano apretada contra el pecho y los ojos inquietos. Sharon temió que se le estuviera provocando un ataque de pánico.

—Está bien, hagamos una cosa —dijo Sharon—. Nos hemos precipitado un poco. ¿Por qué no llama a alguien? ¿Tiene algún superior?

—Linda. La gestora del servicio. —Sus labios temblaban. Seguía retrocediendo arrastrando los pies.

—De acuerdo, llámela, pida consejo. Si tenemos que esperar a un abogado, lo haremos. Podríamos esperar fuera...

Desde algún lugar del interior de la casa llegó un sonido agudo y lastimero, como el de un animal que sufre.

A Sharon se le erizaron todos los vellos de la nuca.

63

La puerta se abrió antes de que Frank tuviera tiempo de llamar.

Jenny Wilson mostraba el mismo agotamiento de rostro encendido que ayer.

Él casi esperaba oír la voz dolorida y tierna de Roberta Flack.

Pero solo había silencio y el susurro del viento en los páramos.

—Señora Wilson —dijo Frank—. ¿Está Maggie...?

—Ha fallecido —dijo ella.

Algo se hundió en el pecho de Frank. Miró a Gerry, quien mantuvo un breve contacto visual con él.

Aturdido, Frank dijo: —Pero si la hemos visto hace solo un par de horas. Nosotros... —suspiró, recordando sus modales—. Siento mucho su pérdida, Jenny.

A Jenny le temblaban las manos. —Gracias... Cuando he oído el coche, he pensado que era el médico.

Tan repentino, pensó Frank. *Casi no tiene sentido... excepto que... lo tiene, ¿verdad?*

Había estado muy enferma. Inevitablemente, su mente fue hacia donde realmente no quería que fuera. *¿Ha sido por la entrevista? ¿Ha sido demasiado intensa? ¿Acaso hemos acelerado todo de alguna manera?* —¿Cuándo?

—No hace mucho. Menos de una hora. La he encontrado yo. —Asintió y se presionó los ojos con un pañuelo—. Estaba en paz. En

su cama. —A Jenny se le quebró la voz—. Reproduciendo esa canción que tanto le gustaba una y otra vez...

Frank casi podía oír la voz de Roberta en el suave viento que soplaba sobre el páramo.

—El médico no tardará en llegar para firmar el certificado. ¿Quieren pasar?

Frank asintió y, mientras seguían a Jenny al interior, tragó saliva y recordó a Maggie encogida en aquella silla. El clic de la bomba de morfina. Sus manos esqueléticas. Confesando un asesinato.

Y estar muerta apenas unas horas después.

De repente, Frank sintió las manos frías y el corazón le golpeó con fuerza contra las costillas.

64

Tras aquel sollozo bajo y angustiado, Blessing les había pedido ir ella primero a tranquilizar a Jamie antes de que hablaran con él; de lo contrario, era probable que entrara en pánico.

Mientras tanto, Reggie y Sharon daban vueltas alrededor de la mesa de la cocina, contemplando varios folios A3 esparcidos.

—Sus mapas, supongo —dijo Reggie.

Reggie bajó la vista hacia uno que estaba ligeramente arrugado y presentaba cierta decoloración. Le recordó sus viejos libros escolares, que se empapaban con la lluvia cada dos por tres antes de ser secados, una y otra vez, sobre los radiadores.

Había puntos, muchísimos puntos de diferentes tamaños, unidos por cuidadosas líneas a lápiz. Cada punto estaba marcado con un nombre y una pequeña imagen al lado. Algunos puntos eran grandes y brillantes; otros, más pequeños y distantes. Uno mostraba el minúsculo boceto de un sándwich. Otro tenía notas musicales. Un tercero mostraba lo que parecía un reloj de sol.

Leyó en voz alta el nombre bajo el punto más grande: Blessing-de-Lagos.

¿La cuidadora que acababa de hacerles pasar?

—¿Qué será esto? —le preguntó Reggie a Sharon sin levantar la vista.

—Es un mapa de mis estrellas. —La voz de Blessing era suave. Casi reverente. Aun así, hizo que Reggie se sobresaltara un poco. No

se había dado cuenta de que se había reunido de nuevo con ellos.

Estaba de pie en el umbral, apretando una caja de almacenamiento de plástico contra el pecho. Avanzó con cuidado hacia la cocina y la depositó a sus pies con un leve gemido, presionándose la rabadilla con una mano.

—¿Un mapa de sus estrellas? —repitió Reggie, confuso.

—Sí. Es inventado, obviamente. Además de la cartografía, le encantan las constelaciones de estrellas, así que a veces combina ambas cosas. Hermoso, ¿no creen?

—Sí —dijo Reggie, aunque le costaba ver la importancia de puntos y nombres aleatorios en folios A3. Pero claro, el arte nunca había sido su fuerte ni algo que le interesara.

—Como un mapa del corazón. —Ella se tocó el pecho y Reggie vio que aquello era muy significativo para ella. Se acercó a él junto a la mesa.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó Reggie.

—Se está tomando un momento antes de venir —dijo Blessing—. Se habrán fijado por los sonidos de antes en que está muy sensible... Miren... está dispuesto a hablar con ustedes siempre que yo esté presente... Lo he consultado con mi supervisora, Linda. —Mientras hablaba, extendió la mano y tocó un punto más pequeño cerca del borde de la constelación.

—Chidi —dijo él.

Ella corrigió su pronunciación: —Chi-di. No Chi-di. Mi hijo menor.

—Chidi —repitió él, correctamente esta vez, como un gesto de amabilidad—. Un nombre precioso. ¿Dónde está?

Ella bajó la vista al mapa y sonrió: —Murió de fiebre.

Reggie tragó saliva: —Lo siento mucho.

—Me gustaría enseñarles algo —dijo Blessing, manteniendo el dedo sobre el nombre de su hijo. Parecía mucho más tranquila ahora que cuando abrió la puerta. Reggie se preguntó si aquel mapa, y lo que representaba, habría logrado calmarla de algún modo.

—Mejor que lo vean ahora, antes de que él llegue. Para que no se lleven un susto. Sino para que estén preparados. —Se agachó y recuperó la caja de plástico que había dejado a sus pies. La puso sobre la mesa, abrió la tapa y señaló el contenido con la cabeza—.

Dibujó esto antes de que llegaran. Lo dibujó de memoria, lo cual parece ser inusual, porque dice que había olvidado que alguna vez lo había hecho.

Reggie bajó la vista hacia la maraña de líneas, números y medidas de la hoja superior. Significaba muy poco para él. Sharon también miró. Frunció el ceño, ladeando la cabeza, y luego puso el dedo sobre lo que parecía ser una abertura: dos líneas paralelas con un arco curvo encima.

—Esto es una entrada —dijo ella en voz baja. Siguió con el dedo una línea principal que avanzaba recta antes de curvarse ligeramente hacia la izquierda—. Y esto sigue el contorno de una colina. —Su dedo continuó, pasando por pequeñas anotaciones rectangulares —huecos, tal vez— antes de detenerse en una línea secundaria que se desviaba en ángulo. La siguió hasta una pequeña cámara cuadrada, meticulosamente etiquetada con medidas: 12 pies x 12 pies. E.S. #4.

Sharon contuvo el aliento de forma brusca.

—Depósito de emergencia número cuatro —susurró—. Este es el túnel de Kettleness. La ruta exacta que tomaron los topógrafos. Y esto —señaló la cámara con un golpecito— es donde se encontró el cuerpo.

—¿Ha hecho esto hoy? —preguntó Reggie con la voz tensa.

—Sí. Después de que se mencionara en ese programa anoche.

Jesús, pensó Reggie.

—¿Y se había olvidado de que los había cartografiado?

Blessing asintió: —Sí... pero como pueden ver, su recuerdo de los túneles ha permanecido perfectamente preservado... —Se tocó la cabeza—. En ámbar. Fosilizado. Él es uno de los especiales.

—Perdone —dijo Reggie—. ¿Especiales?

—De los que piensan a otro nivel, que ven el mundo a través de ojos espirituales. Que guardan los recuerdos como si fueran tesoros.

Reggie se fijó en los ojos como platos de Sharon. No era la única atónita ante aquel momento. Era demasiada coincidencia. Olvidar los túneles hasta que se descubrió el cadáver y se hizo el anuncio.

—Pero se lo diré antes de que llegue —dijo Blessing—. Él no puede tener ninguna conexión con cualquier oscuridad que ocurriera

allí. Es un buen chico, un muchacho dulce.

Eso ya lo juzgaremos nosotros, pensó Reggie.

—Es asombroso. Un conocimiento tan intrincado de los túneles —dijo Sharon—. Eso es algo único. Recrearlo así... de memoria... es excepcional.

Tú no empieces, pensó Reggie. *Tenemos que tratar esto con frialdad. El modo en que ocultaron el cuerpo fue único, y ciertamente podría estar ligado a una persona única.*

Sharon rodeó la mesa para acercarse a Blessing: —Tiene mucho talento.

Reggie veía lo que estaba pasando. Sharon estaba aportando esa tranquilidad, esa calma por la que Frank siempre la elogiaba. Él mismo siempre la había admirado, pero hoy, tras las pullas de Frank, no estaba de humor para celebrarlo.

Reggie estaba ansioso por ir directo al grano, y para eso necesitaba a Jamie en la habitación. Él tenía algo que ver con esto. Lo había sentido en el momento en que Phil O'Hara, el historiador ferroviario, le habló del cartógrafo obsesivo que se pasó una semana documentando cada centímetro de aquellos túneles.

—Están muy unidos, ¿verdad? —dijo Sharon.

—Lo estamos —dijo Blessing—. Mucho.

—¿Dijo algo más cuando dibujaba este mapa?

Blessing extendió la mano y tocó el mapa del túnel; sus dedos revoloteaban sobre la cámara donde el cuerpo había yacido durante más de dos décadas.

—¿Blessing? —dijo Sharon con suavidad.

—No mientras lo dibujaba, pero se ha estado comportando de forma extraña. Antes de hacer este mapa. Desde que emitieron aquello. Quizá, y es solo un quizá, porque de verdad no creo que tuviera nada que ver..., ¿pero quizá fue manipulado?

Sharon asintió: —Es posible. Cuando se trata de personas neurodivergentes, las posibilidades de manipulación o explotación son, por supuesto, más altas.

Reggie suspiró para sus adentros: —¿Va a venir Jamie?

Blessing le lanzó una mirada fulminante.

Sabía lo que estaba pensando. Que era un impulsivo y un impaciente.

Bueno, me da igual, pensó Reggie. *Si sirve para hacer el trabajo.*

Vio los ojos de Sharon y percibió también su mirada de desaprobación.

—Sería mejor no meterle prisas —dijo Blessing—. ¿Acaso no lo he explicado ya?

Lo ha hecho, pensó Reggie, rodeando la mesa hacia el otro lado. Miró a Sharon y asintió levemente. *Sigue, entonces, si no queda otra. Alárgalo.*

—Y si se hubieran aprovechado de él, ¿se lo trataría con más compasión? —preguntó Blessing.

Sharon asintió: —Por supuesto. Es muy fácil aprovecharse de personas bondadosas y dulces, como el Jamie que usted describe. Nuestro sistema judicial tiene esto en cuenta.

—Bien. —La voz de Blessing era baja. Casi una súplica—. Tendría más sentido eso que el hecho de que él hiciera algo malo.

Sharon sonrió. Una sonrisa cálida y sincera: —¿Quizá podría decirnos ahora en qué consistía ese comportamiento extraño?

Blessing señaló la caja de plástico que seguía abierta sobre la mesa. Bajo el mapa del túnel había fragmentos de papel: rotos, arrugados, destrozados. Sharon metió la mano y sacó algunos.

—Gran parte de su hermoso trabajo fue destruido —dijo Blessing.

Sharon levantó un trozo que mostraba parte del diseño de un jardín: parterres de rosas medidos con precisión, el borde de lo que podría haber sido un reloj de sol. Unas violentas líneas diagonales lo habían tachado, aniquilando meses de cuidadoso trabajo.

—Destruyó dos de sus mapas más preciados —dijo Blessing. Le tembló la voz—. Un trabajo precioso. El jardín de Seaview. El sendero costero hacia la abadía. Mapas con medidas minuciosas, líneas precisas. Los rompió, los rajó. —Extendió la mano y tocó uno de los fragmentos—. Antes, cuando entré para avisarle de vuestra llegada... lo encontré contando los mapas que había destrozado. Una y otra vez. Confirmando en cuántas piezas los había dividido. Una y otra vez. Por eso se los quité, para romper el bucle. —Bajó la voz—. Dice que estaba buscando los lugares oscuros. Los lugares

donde las estrellas no llegan. Donde las cosas desaparecen. —Hizo una pausa, presionándose el pecho con la mano—. No para de hablar de estar bajo tierra. En la oscuridad.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Reggie sintió un subidón de adrenalina.

¿Culpa? ¿Trauma?

¿Ambas cosas?

¿Se estaba manifestando su subconsciente a través del único lenguaje que conocía: mapas, medidas y recuentos compulsivos?

Y esas frases fragmentadas: Oscuridad. Bajo tierra. Donde las estrellas no llegan.

Frank tenía que saber que Jamie estaba, casi con toda seguridad, implicado.

Blessing estaba llorando ahora: —Por favor... se lo ruego... sean amables con él. No será lo que ustedes piensan. Él me lo dijo... dijo que se suponía que debía olvidar. Le ordenaron que olvidara.

—¿Olvidar qué? —preguntó Reggie.

—¿Olvidar que ha sido manipulado? —dijo Blessing, con la voz cargada de una esperanza desesperada.

Tal vez, pensó Reggie, echando mano a su teléfono. *O tal vez está intentando olvidar que mató a alguien.*

65

Jenny guió a Frank hasta el dormitorio de Maggie y puso una mano temblorosa en el pomo de la puerta.

Tras un buen puñado de segundos, Frank dijo:

—Señora Wilson, ¿se encuentra bien?

—No puedo —susurró ella, y se dio la vuelta. Pasó junto a Frank a toda prisa—. Sencillamente no puedo. Otra vez no.

Desapareció escaleras abajo, hacia donde esperaba Gerry.

Frank suspiró, se giró y abrió la puerta.

En el pequeño dormitorio, lanzó una mirada a Maggie, que yacía pacíficamente en la cama, estrechando algo contra su pecho, y le dedicó un rápido asentimiento a modo de saludo. A Frank le pareció un gesto inútil pero, al mismo tiempo, necesario.

Se acercó más. Estaba pálida, aunque ya lo estaba antes debido a la enfermedad.

Al estar junto a ella, se acordó del chasquido de la bomba de morfina en la sala de interrogatorios, de los gestos de dolor e, inmediatamente, vio paz en ella.

Toda la animación se había ido. La lucha había terminado.

Miró la fotografía que tenía en las manos. Bobby y Maggie en Fylingdales Moor. Bobby aparecía erguido a su lado con aquella chaqueta encerada, con el rifle apoyado en el antebrazo y el páramo cubierto de brezo extendiéndose a sus espaldas. Pero fue Maggie quien atrajo la atención de Frank. Estaba en avanzado estado de

gestación, con una mano apoyada en su vientre abultado y la otra entrelazada en el brazo de Bobby. Su rostro estaba radiante. Los tres juntos en aquel momento capturado: Bobby, Maggie y Hope, todavía a salvo en su interior.

El marido al que se había propuesto proteger, incluso ahora, dieciséis años después de su muerte, cuando ella misma había estado tan cerca del final.

Y aun así, incluso después de muerta, se aferraba a él con muchísima fuerza.

A Frank se le hizo un nudo en la garganta.

En la mesilla de noche, apoyada contra la lámpara, había otra fotografía.

Una ecografía. La curva de un cráneo. Dedos diminutos curvados como brotes de helecho. Esa cualidad granulada y de otro mundo de los bebés vistos a través de ondas sonoras.

—La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma —murmuró Frank.

Entonces vio un frasco marrón y, junto a él, una nota doblada.

¿No habría sido capaz?

La desdobló con cuidado y se bajó las gafas de la frente a la nariz. La letra de Maggie. Temblorosa pero legible.

Quiero dejar claro que esta ha sido únicamente una decisión mía. Jenny no sabía nada y no tiene ninguna responsabilidad; no ha sido más que una fuente de consuelo y amor.

Cáncer de páncreas terminal. Me quedaban semanas, todas ellas llenas de un dolor e indignidad crecientes. Después de veinte años como enfermera de cuidados paliativos, ayudando a otros a morir con dignidad, no podía negarme lo mismo a mí misma.

Tuve a Bobby, que me amó con fiereza. Un trabajo que importaba. Gente que se preocupaba por mí. Tuve a Hope, aunque solo fuera durante ocho meses. Ella fue real. Fue mía.

He hecho las paces conmigo misma. Afronto lo que venga sin miedo.

Me gusta pensar que Bobby me estará esperando. Que Hope también estará allí. Que los tres tendremos finalmente el tiempo juntos que se nos negó.

Esperanza siempre fue mi palabra favorita.

Margaret Whitworth

No quería tocar el frasco marrón, pero se aventuraría a adivinar que era pentobarbital. Había un vaso de zumo de naranja a medio beber al lado; se habría utilizado para enmascarar el sabor amargo. Ya había visto esa escena antes. Solían recurrir a ella quienes elegían su propia salida.

Suspiró y se volvió a subir las gafas a la frente.

Esto explicaba sin duda lo repentino de su partida.

Se frotó los ojos.

Veinte años ayudando a la gente a morir con dignidad. Y al final, ella había hecho lo propio: en su propia cama. Abrazada a la fotografía del hombre al que amaba. Con la ecografía de su hija al lado. Eligiendo cuándo y cómo irse.

El mundo le quitaba mucho a la gente. La capacidad de elección. El control. La dignidad.

Pero no a Maggie Whitworth.

Bien por usted —pensó Frank—. *Según sus propias condiciones, no las de nadie más.*

Al alejarse de Maggie, pensó en su propio final, que no estaría muy lejos; al fin y al cabo, ya había vivido la mayor parte de su vida.

Pensó en aquellos a quienes dejaría atrás.

Maddie, obviamente.

También a Gerry.

A Evelyn, tal vez.

Y a un nieto.

Un niño al que nunca había conocido.

¿Podía cambiarse aquello? Y si fuera así, ¿cuánto tiempo le quedaba de forma realista para hacerlo? ¿Cuántos años más le permitiría su cuerpo, ya desgastado?

—¿Frank?

Gerry estaba en las escaleras cuando él salió de la habitación.

Ella le sostuvo la mirada. —Deberías salir —su voz era queda, cautelosa—. Creo que querrás ver esto.

—¿El qué?

El hecho de que ella siguiera mirándole a los ojos sugería que era algo muy importante.

Se le oprimió el pecho.

Finalmente, ella se dio la vuelta y empezó a bajar.

—¿Gerry? —la llamó él.

—Ven —dijo ella, sin mirar atrás.

66

Desde la puerta de su dormitorio, Jamie escuchaba a Blessing-from-Lagos hablar con los dos agentes de policía en la cocina. Las voces le llegaban demasiado amortiguadas para distinguir lo que decían.

Tras haber dado ya su consentimiento para hablar con ellos, tenía que reunirse con el grupo, pero algo le retenía.

Miró de reojo el cajón de su mesita de noche.

Después de respirar hondo, cerró la puerta de su cuarto y abrió el cajón.

Dentro solo había un objeto. Su posesión más preciada.

Sacó el papel doblado, aliviado de que hubiera estado guardado y, por tanto, hubiera sobrevivido a su crisis de hacía un rato.

Eso sí, no podía imaginarse a sí mismo dañando aquel mapa bajo ninguna circunstancia. Acarició el frente del papel plegado.

No. Este mapa sobreviviría al fin del mundo si de él dependiera.

Se sentó en el borde de la cama y desplegó el mapa.

En un lado estaba la estrella más grande y brillante que jamás había conocido.

Aurora.

En el otro lado del papel: *Jamie.*

Unidos por una línea solitaria: —Porque —le había dicho su hermana una vez, tumbados en el jardín trasero—, no necesitamos a nadie más, no de verdad, porque nos tenemos el uno al otro.

TUMBADO de espaldas sobre la hierba húmeda, Jamie escuchaba la respiración de su hermana a su lado.

Tan constante, tan tranquila.

Y, sin embargo, normalmente no era así.

Ella siempre iba con prisas, siempre preocupada por mamá, siempre pendiente de él, siempre cansada.

Pero aquí, bajo las estrellas, era diferente. Estaba quieta. Se sentía satisfecha.

Se había aprendido los nombres tal como él le había pedido. Había sacado un libro de la biblioteca: Constelaciones del hemisferio norte.

—Esa es la Osa Mayor —dijo ella señalando hacia arriba—. El Gran Oso.

El dedo de Jamie trazó el patrón en el cielo—. El mango..., el cazo..., el oso.

Ella movió su propio dedo—. Y esa es Casiopea.

—La reina en su trono —dijo él, y dibujó una forma de W en el aire con el dedo, un trono inclinado hacia atrás, igual que en los dibujos de aquel libro—. ¿Estarán siempre ahí las estrellas?

—Siempre —respondió ella.

—¿Incluso cuando nosotros no estemos?

—Incluso entonces.

La mano de él encontró la de ella en la hierba. Pequeña y pegajosa y confiada.

—Me gustan las estrellas —dijo él—. No cambian. No se van.

Ella le apretó la mano, pero no dijo nada.

A LA NOCHE SIGUIENTE, hacía más frío que la anterior.

Yacían uno junto al otro, envueltos en la manta, con el aliento formando neblina en el aire.

Y entonces el cielo empezó a moverse.

Al principio, Jamie pensó que algo iba mal en sus ojos. Una luz verde ondeaba a través de la oscuridad como el agua perturbada por una piedra. Luego, cintas de colores —verde pálido, toques de rosa — empezaron a bailar sobre ellos, desplazándose y plegándose como cortinas mecidas por un viento que él no podía sentir.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La aurora boreal —dijo ella.

—Aurora..., boreal... —Él probó las palabras. Le parecieron importantes de algún modo. Especiales.

—Aurora significa «amanecer» en latín —explicó ella—. Aurora era la diosa del amanecer. Los romanos creían que volaba por el cielo cada mañana para anunciar al sol.

Las luces palpitaban y brillaban. Jamie nunca había visto nada tan hermoso. Tan imposible. Como si el cielo estuviera respirando.

—Boreal significa «norte» —continuó ella—. Así que es el amanecer del norte. Aunque ocurra de noche.

—Un amanecer de noche —dijo Jamie—. Eso no tiene sentido.

—Quizá sí lo tiene —ella volvió la cabeza para mirarlo—. Quizá algunos amaneceres ocurren en la oscuridad. Nuevos comienzos que empiezan cuando todo parece haber terminado.

Él reflexionó sobre aquello. Sobre mamá, que parecía estarse acabando. Sobre la oscuridad en su casa, las jeringuillas que había encontrado en el baño, los hombres que iban y venían. Sobre cómo ella siempre intentaba arreglar las cosas, incluso cuando nada mejoraba.

—No quiero olvidar nunca este nombre —dijo él—. Aurora boreal.

—No lo olvidarás. Tú nunca olvidas nada.

—Pero quiero recordarlo de forma especial. Quiero recordarte a ti de forma especial.

Ella se quedó en silencio un momento. Las luces seguían bailando.

—¿A qué te refieres?

—¿Puedo llamarte Aurora?

Ella se rio, no con maldad, sino con sorpresa—. ¿Por qué?

—Porque eres como el amanecer —dijo él con sencillez—. Haces que las cosas sean menos oscuras. Eres el comienzo de las cosas

buenas. Incluso cuando todo lo demás es malo.

Ella no respondió durante mucho tiempo. Cuando Jamie miró hacia allí, vio lágrimas surcando sus mejillas, captando la luz verde de arriba.

—Sí —dijo ella finalmente, con la voz pastosa—. Puedes llamarme Aurora.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Él sonrió y volvió a mirar a las luces—. Aurora —dijo, probando el nombre—. Mi hermana Aurora.

Y desde aquella noche, Jade fue Aurora.

Para él.

Y solo para él.

JAMIE ABRIÓ LOS OJOS. Las lágrimas le rodaban por la cara.

Algo iba mal. Aurora ya no estaba con él. No había nadie.

Salvo, quizá...

Blessing, sí. Blessing-from-Lagos.

Dejó el mapa a su lado, se levantó y abrió la puerta.

Se oían voces amortiguadas.

Sé que es ella... pero ¿quiénes son los otros?

Cerró los ojos e intentó buscar entre los puntos oscuros de su mente que parecían ir y venir con más frecuencia últimamente.

Hace poco, alguien había venido a su casa, alguien que le había causado cierta ansiedad.

Frunció el ceño.

Blessing me lo dijo, ¿verdad? ¿Me dijo quiénes eran?

Abrió los ojos y se golpeó la frente con la palma de la mano. *¡Piensa! ¡Piensa!*

¡Aurora me dijo una vez que yo nunca olvido nada!

¡Qué tontería!

Espera... fue la propia Aurora la que una vez me dijo que olvidara.

Se dio otro golpe en la cabeza.

¿Que olvidara qué?

¿La oscuridad?

Estas personas —en su cocina— ¿están conectadas con la oscuridad?

¿Aquel lugar bajo tierra que se suponía que debía olvidar?

Vio a Aurora sujetándole por los hombros, con los ojos llorosos, mirándole fijamente a la cara: —Olvida. Nunca estuviste aquí. Esto nunca ha pasado.

Se golpeó la frente de nuevo.

¿Por qué lo estoy recordando? ¿Por qué? Me dijiste que olvidara, y yo siempre te hago caso, Aurora.

Siempre.

Él siempre quería hacer feliz a Aurora.

Se golpeó la frente una última vez, abrió los ojos y salió de su habitación.

Caminó hacia la cocina, hacia las voces, hacia lo que fuera que le estuviera esperando allí.

Hacia la oscuridad de la que ya no podía huir.

67

Rachel ha dejado sobre la mesa de la cocina la nota en la que le explica todo a Martin.

Después se ha quedado varios minutos al pie de la escalera, alzando la vista hacia la puerta que su hijo no estaba dispuesto a abrirle.

¿Quién podía culparlo?

Si los papeles se hubieran invertido, yo tampoco me hablaría.

Ha recibido un SMS. Martin llegaría en cinco minutos. Tenía que marcharse.

Su marido estaría aquí para Oliver. Dejando a un lado su propio dolor, aunque solo fuera temporalmente, para ayudar a su hijo a superarlo.

En la puerta de entrada, ha cogido su maleta de mano, ha suspirado y ha echado una última mirada hacia arriba, a la escalera.
—Os quiero... a los *dos*.

Después ha salido al frío y a la llovizna.

Una vez dentro de su Ford Focus, ha vuelto a contemplar su hogar. Hace tan solo dos días, no veía más que calidez y confort.

Ahora, solo veía ruina.

Todo lo que había construido. Todo por lo que había luchado.

Desaparecido.

Y sin tener idea de si alguna vez volvería a tenerlo.

Ha pensado en la sonrisa de Jamie y en la paz que le reportaba. Por muy fugaz que fuera. Después de todo, solo se arriesgaba a verlo una vez por semana. Otro secreto que les había guardado a Martin y a Oliver.

No lo había incluido en la carta por miedo a que, si revelara ahora la existencia de su hermanastro, ellos pudieran identificarlo y encontrarla.

No quería que la encontraran.

No era tanto por vergüenza, aunque esta estuviera presente, por supuesto. En abundancia.

Más bien era el miedo a que, si no les daba tiempo a asimilarlo, a dejar que aceptaran que la echaban de menos y que ella no era aquella persona de hacía tanto tiempo, entonces simplemente estallaran en cólera... una y otra vez...

Aquello no podía traer nada bueno.

Se dirían cosas que nunca podrían retirarse.

Necesitaban tiempo.

Ha arrancado el coche.

Mientras salía marcha atrás del camino de entrada, ha intentado mantenerse concentrada en Jamie.

Él había sido lo único de su infancia que merecía la pena conservar.

A veces, en los momentos más oscuros, como este, viajaba de vuelta a aquellas tardes. La hierba. Las estrellas. El momento en que el mundo eran solo ellos dos y nada podía hacerles daño.

Cuando él le pidió que la llamara Aurora y ella aceptó. Cuando dibujaron juntos su mapa estelar.

Él no la esperaría esta noche. Al fin y al cabo, el domingo era su día.

Pero sabía que la recibiría con los brazos abiertos.

Así que ha conducido hacia la noche, hacia lo único que le quedaba.

Hacia la esperanza.

68

Frank se detuvo ante dos placas de latón incrustadas en el suelo, junto al serbal.

Sencillas. Dignas. El metal estaba empañado pero aún era legible.

Hope Whitworth. Nuestra hija. Amada por siempre, por siempre añorada.

Robert «Bobby» Whitworth. 1958–2009. Amado esposo. Ido pero nunca olvidado.

Frank sintió una opresión en el pecho. Una hija que nunca llegó a vivir. Un marido que murió demasiado joven. Y ahora una esposa que los había seguido a ambos, llevándose sus secretos a la tumba.

Pensó en Maddie. En el nieto al que nunca había conocido. En el tiempo que se agotaba.

No podía hablar. Solo podía quedarse allí, dejando que la fría llovizna de noviembre se posara sobre sus hombros.

Pero Gerry no miraba las placas. Estaba señalando un cobertizo de madera. De unos tres metros por tres y medio. Desgastado por la intemperie pero bien mantenido. Una pequeña ventana a un lado, con cortinas por dentro. Un candado en la puerta.

Ella mostró una llave. —Jenny me dio esto.

—Murió ahí dentro, ¿verdad? —dijo Frank—. Bobby.

—Sí. Ataque al corazón. 2009.

Frank miró el cobertizo y luego volvió a mirar las placas. Las cenizas del marido y la hija esparcidas aquí, bajo el serbal. El último espacio de trabajo de Bobby conservado como un santuario a pocos metros de distancia.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él.

—No podía entregar el rifle para que lo destruyeran, no siendo el arma del crimen. Demasiado arriesgado. Si alguna vez encontraban el cuerpo, la balística los conduciría directamente a Bobby. Pero ¿de qué otra forma te deshaces de él? Estaba registrado a su nombre. ¿Tirarlo al río? Podrían dragarlo. ¿Enterrarlo en los páramos? Alguien podría encontrarlo.

—Hay formas y maneras. Borrar los números de serie.

—Puede —dijo Gerry—. Pero ¿y si pensó que era más seguro mantenerlo cerca? ¿En algún lugar que nadie se atreviera a tocar por respeto a los muertos?

Frank volvió a mirar el cobertizo. —¿Crees que está ahí dentro?

—Creo que merece la pena mirar.

Gerry abrió el candado y empujó la puerta.

El olor golpeó a Frank primero. Serrín y aceite de maquinaria. Madera vieja y óxido. El olor de un lugar que ha estado sellado y abandonado durante años.

Herramientas colgadas en tableros perforados, ordenadas por tamaño y función. Todo en su sitio. El banco de trabajo limpio y organizado, a pesar del polvo. Unas gafas de lectura plegadas junto a una casita de pájaros a medio terminar. Un lápiz con marcas de dientes en la madera, desgastado hasta dejarlo en un tocón tras años de masticar pensativo.

—Perfectamente conservado —dijo Frank en voz baja—. Es como un santuario.

—Un buen escondite —respondió Gerry—. Una habitación congelada en el tiempo. Un espacio que nadie perturbaría.

Frank se dio la vuelta despacio, asimilándolo todo. La disposición cuidadosa. El amor evidente en cada detalle preservado.

—Excepto que los rifles son grandes —dijo—. Y no veo ningún sitio donde se pudiera esconder.

Cuando sus ojos volvieron a Gerry, ella estaba mirando al suelo.

—¿Bajo las tablas del suelo?

Ella se dirigió a la esquina del fondo, donde había botes de pintura y sacos de fertilizante apilados contra la pared. La misma esquina que Maggie debió de visitar innumerables veces a lo largo de los años.

—Ayúdame a mover esto.

Juntos apartaron los botes y los sacos, dejando a la vista las tablas del suelo.

Gerry se arrodilló. —Mira.

Frank gruñó mientras se agachaba, con las rodillas protestando.

Una tabla era diferente. Más nueva que las demás. La veta iba en un ángulo extraño respecto a sus vecinas. Era obvio, una vez que sabías qué buscabas.

El suelo crujió bajo su peso mientras cambiaba de posición.

Metió los dedos por debajo del borde de la tabla. Opuso resistencia. Estaba rebelde. Finalmente, cedió con un quejido de clavos viejos soltando su agarre.

La cavidad de abajo era poco profunda. Quizá unos quince centímetros de profundidad.

Algo envuelto en una funda de cuero. Pesado. La forma era inconfundible incluso antes de tocarlo.

—Blanco y en botella —masculló Frank.

Lo sacó con cuidado y lo dejó sobre el banco de trabajo. Sus manos temblaban ligeramente; no sabría decir si por el esfuerzo o por la anticipación. Abrió la cremallera de la funda despacio.

El rifle. Un Tikka T3 calibre .308. El mismo de la fotografía del club de caza. El mismo que había matado a Kristian Kellerman hacía veintidós años.

Gerry se inclinó más, escudriñando dentro de la funda.

—Hay algo más —dijo—. Debajo.

Frank levantó el rifle para dejar el hueco libre y lo apartó.

Doblado debajo, aplastado contra el fondo de la funda: un trozo de papel. Tamaño A3. Amarillento por el tiempo pero intacto.

Frank lo desdobló con cuidado; el papel viejo crujió por los pliegues.

Un mapa.

Dibujado a mano con una precisión extraordinaria. Cada línea exacta. Cada medida anotada con una caligrafía pulcra y cuidadosa. Anotaciones detalladas en los márgenes: distancias, dimensiones, ángulos. El tipo de exactitud obsesiva que delataba una mente muy particular.

—Los túneles —susurró Gerry.

Siguió las líneas con el dedo. Recorriendo la entrada. La curva que seguía el contorno de la colina. Los huecos rectangulares espaciados a lo largo de las paredes. El ramal que se desviaba a la izquierda.

Su dedo se detuvo.

Una pequeña cámara marcada en la esquina. De unos tres metros y medio por tres y medio. Etiquetada con esa misma caligrafía pulcra.

E.S. #4.

Almacén de Emergencia N.º 4.

Donde habían encontrado el cuerpo de Kellerman.

—Esto está fechado en 2003 —dijo Gerry con voz tensa—. Quien dibujó esto sabía exactamente dónde esconder el cadáver.

—Mira. —Frank señaló la esquina inferior derecha del mapa. Pequeño pero claro, con esa misma caligrafía pulcra.

J. C.

La mente de Frank iba a mil por hora. El joven cartógrafo del que le había hablado Reggie. El que había pasado una semana documentando cada palmo de esos túneles. El de la extraordinaria memoria espacial.

—J.C… Jamie Corrigan —dijo Frank despacio—. Este es su mapa. Él estuvo allí. Él lo sabía.

Frank ya estaba sacando su teléfono. Miró la pantalla y soltó un juramento. —No tengo cobertura. ¿Tú?

Gerry miró el suyo y negó con la cabeza.

—Vale. —Frank se dirigió hacia la puerta—. Vamos a ver si hay un fijo. Tengo que hablar con Reggie.

69

Reggie no lograba contactar con Frank.

En lugar de esperar para dejar un mensaje, pensó que lo mejor sería llamar a Gerry, y colgó.

—¿Blessing-la-de-Lagos?

Jamie apareció en el umbral de la cocina. Sus largos brazos colgaban a ambos lados del cuerpo.

Reggie se guardó el teléfono en el bolsillo y miró al vulnerable hombre.

Llevaba unos pantalones de chándal y un jersey que había visto tiempos mejores. Gris. Gastado en los codos. Una de las mangas tenía un agujero.

—Hola, Jamie —sonrió Reggie.

Los ojos de Jamie se movían de una persona a otra, incapaces de fijarse en nadie. Blessing. Reggie. Sharon. Otra vez Blessing.

—¿Quiénes sois?

—Te lo he dicho antes, ¿recuerdas? —dijo Blessing, acercándose lentamente a él con la palma de la mano hacia abajo.

Jamie frunció el ceño—. Recuerdo que me lo has dicho, sí —se llevó la mano a la frente—. Pero he olvidado lo que has dicho en realidad.

Extraño.

Blessing miró a los inspectores con una ceja arqueada, sugiriendo, tal vez, que aquel comportamiento no era propio de él.

Volvió a centrarse en él—. Estas personas solo están de visita. Son—.

—¿Médicos? —Jamie ladeó la cabeza—. ¿Han venido los médicos por lo que les he hecho a mis mapas? Prometiste que no lo harías, Blessing-la-de—.

—No —Blessing negó con la cabeza—. No son médicos. Te lo prometo.

Jamie se puso tenso.

—Son policías —dijo Blessing.

Jamie abrió mucho los ojos—. ¿Policía?

Dio un paso atrás y Blessing optó por detenerse antes de llegar al umbral.

Reggie observó cómo Sharon alcanzaba a Blessing y se ponía a su lado—. ¿Jamie? —mantuvo un tono de voz suave—. Me llamo Sharon. Soy agente de policía. Y este es Reggie. Nos gustaría hacerte un par de preguntas si tienes tiempo.

Reggie había oído a Sharon dirigirse a testigos vulnerables antes. Sin duda tenía un don para calmar a quienes perdían el control.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—Sobre tus mapas —dijo Sharon.

—¿En serio? —esbozó una amplia sonrisa.

—Sí. Son unos mapas maravillosos.

La sonrisa pareció crecer, reflejando un deleite genuino que se extendía por su rostro—. Diez centímetros equivalen a un paso, que equivale a cero con setenta y seis metros.

—Vaya. Eso es muy preciso —dijo Sharon con dulzura. Asintió—. Blessing nos ha dicho que se te da de maravilla hacer mapas.

—Haces mapas llueva o haga sol, ¿verdad, Jamie? —añadió Blessing.

Jamie asintió rápidamente. No parecía más calmado, pero sí mucho más feliz—. Hago mapas en primavera, verano, otoño e invierno.

—También de las sombras —añadió Blessing—. De los patrones de los lagos. De cualquier cosa, en realidad…

Él asintió—. De cualquier cosa…

—Tienes un don, entonces, ¿verdad? —preguntó Sharon.

Reggie se acercó entonces a Sharon y Blessing.

Al ver esto, la sonrisa de Jamie desapareció de inmediato y abrió mucho los ojos—. ¿Quién eres tú?

Reggie se tocó el pecho—. Reggie, ¿recuerdas? Yo también soy policía.

Jamie dio un paso atrás—. No quiero a la policía aquí.

¡Maldita sea!, pensó Reggie. *¡Antes no te ha importado cuando Sharon lo ha dicho!*

—Jamie, no tienes ningún problema —dijo Sharon—. Solo queremos hablar.

—No… —se tapó los oídos con las manos.

—Jamie… —dijo Sharon—. Solo un momento—.

—No puedo hablar con la policía —siseó él.

Reggie suspiró para sus adentros. Aquello se estaba alargando demasiado—. ¿Por qué no, Jamie?

Jamie se apretó los oídos con más fuerza, como si intentara bloquear no solo el sonido, sino el mundo entero.

Era evidente que no le gustaba la pregunta, pero a Reggie no le gustaba tener que repetirse una y otra vez. Se echó un poco hacia delante y alzó la voz—. Habla conmigo, Jamie. ¿Por qué no puedes?

Reggie dio un respingo cuando sintió que alguien le tocaba el brazo. Miró a su lado y vio la mano de Sharon. Levantó la vista hacia ella.

Ella tuvo la desfachatez de negarle con la cabeza.

Su cara lo decía todo. Una advertencia clara.

¡Increíble! ¡Su subordinada! ¡La favorita de Frank!

Le lanzó una mirada fulminante y ella retiró la mano.

¡No soy tan inútil, ¿sabes?!

Volvió a mirar a Jamie. Estaban cerca, lo sentía.

Una pregunta más. Solo una más, y tendría algo de lo que presumir. Una pista que habría encontrado él solo y que seguramente llevaría al final del caso.

Dio otro paso hacia el hombre, que tenía los ojos cerrados y los oídos taponados—. ¿Por qué no puedes hablar con nosotros, Jamie? —habló más alto.

Jamie empezó a tararear Strawberry Fields Forever.

¡Está intentando ignorarme!

Alargó la mano y tocó el brazo de Jamie.

Las manos del hombre cayeron de sus oídos y los ojos se le abrieron de golpe. Fue como si de repente hubiera recibido una inyección de adrenalina.

Reggie aprovechó la oportunidad—. ¿Por qué no puedes hablar con nosotros, Jamie?

—Porque… Porque… Aurora me dijo que no lo hiciera.

—¿Quién es Aurora?

—Mi hermana.

—¿Hermana? —miró a Sharon de reojo. *¿Ves? Estamos llegando a algo.*

—Aurora me dijo que lo olvidara, me dijo que no hablara de ello —dijo Jamie.

Reggie volvió a fijar la vista en él—. ¿Olvidar qué?

Jamie tragó saliva, negó con la cabeza y luego retrocedió unos pasos.

—¿Jamie?

Sus manos volvieron rápidamente a sus oídos.

Aquello era frustrante. Se le acercó más—. Jamie, ¿qué es lo que tu hermana quería que olvidaras?

Jamie empezó a tararear de nuevo.

—¿Jamie? —Reggie alzó la voz.

El hombre abrió mucho los ojos.

—Pare, señor… Por favor… —siseó Sharon al oído de Reggie.

¡Maldita sea, apártate, Sharon!

¡Jamie estaba a punto de soltarlo!

—He visto tu mapa de los túneles de Kettleness, Jamie. Es fantástico. Lo dibujaste tú, ¿verdad?

—Yo… yo… sí… Mapeé los lugares oscuros —su voz había cambiado. Más plana. Más vacía—. Bajo tierra, donde la luz no llega.

—¿Por qué?

Volvió a bajar las manos—. Los mapeé con un lápiz medio… —miró hacia el vacío ahora. Sus ojos se habían quedado distantes, como si mirara algo que ellos no podían ver.

—No cómo, Jamie… sino por qué.

—Los mapeé tres veces. Una vez en 2001, luego en 2003 y, de nuevo, esta noche.

Miró de nuevo a Sharon, asintiendo. *¿Ves? 2003. Es esto. Él lo sabe.*

Sharon negó con la cabeza.

Como quieras, pensó Reggie. *Si por ti fuera, le estaríamos preparando una bebida caliente y dándole un masaje.*

Volvió a dirigirse a él—. ¿En 2003, Jamie? ¿Cuando murió Kristian Kellerman?

Los ojos de Jamie enfocaron de nuevo—. Sí. Finales de septiembre de 2003. La temperatura era de catorce grados centígrados en la entrada. Era de doce con tres grados a cuarenta y cinco metros de profundidad. Las paredes tenían siete hileras de ladrillos de grosor.

¡La mano de Sharon otra vez! Se la quitó de encima, casi con agresividad.

—¿Qué pasó en el Depósito de Emergencia número cuatro, Jamie? —dijo Reggie.

Jamie inspiró bruscamente—. La puerta estaba podrida. Cayéndose de las bisagras. A un metro con setenta y tres del túnel principal. La oscuridad en el interior era absoluta —su voz subió de repente. Más aguda. Más fuerte. Las palabras salían más rápido—. Medí esa parte con el lápiz corto porque las cosas que desaparecen necesitan las medidas más pequeñas. Entonces, ella me pidió que lo olvidara. Y lo hice. Lo he hecho —se golpeó la frente—. Excepto que no lo he hecho. Aurora, lo siento —se golpeó de nuevo—. Lo siento.

—¿Por qué le estás pidiendo disculpas a tu hermana?

Jamie se abofeteó.

—¿Por qué?

—Basta —dijo Sharon—. Basta…

—¿Por qué?

Jamie dejó de abofetearse—. Porque he roto mi promesa.

Sharon volvió a agarrarle del brazo. Él la fulminó con la mirada—. ¿Quieres apartarte de una vez?

Los ojos de Sharon se dirigieron hacia Jamie y su rostro se transformó en una expresión de pánico.

Él lo comprendió demasiado tarde.

Cuando se dio la vuelta, sufrió un fuerte empujón. Ambas manos contra el pecho.

Sharon evitó que se cayera, pero la fuerza aun así los arrastró a ambos de vuelta a la cocina y contra la mesa.

—¡Jamie! —dijo Reggie—. No puedes hacer eso.

Pero Jamie estaba dando vueltas sobre sí mismo. Estaba rígido, dando sacudidas y golpeándose repetidamente la cabeza. Respiraba con rapidez.

—Jamie, mírame —Blessing dio un paso adelante. Usó una voz firme y autoritaria—. Mírame ahora mismo. Estás a salvo. Estas personas se van. Estás a salvo.

Pero Jamie no la miraba. Ni la oía. Estaba en otro lugar. En el pasado, quizá. En aquella oscuridad.

Blessing se acercó más—. Escúchame, Jamie… escucha mi canción —empezó a tararear Strawberry Fields Forever, la misma canción que Jamie había estado tarareando momentos antes.

Jamie la apartó de un empujón.

Y entonces Reggie aceptó que había ido demasiado lejos.

Jamie estaba a punto de explotar.

El afán y la desesperación de Reggie por demostrar su valía habían agravado la situación.

—Tendré que reducirle —siseó Reggie.

—No.

—Está perdiendo el control.

—Ya has hecho suficiente daño —le espetó ella.

Sintió que se le hundía el corazón—. Yo no…

Ella pasó junto a él y se puso al lado de Blessing—. Por favor, apártese, Blessing.

—No, tengo que ayudarle.

—Por favor —insistió Sharon. Luego se volvió hacia Jamie—. Jamie, sentémonos a hablar. Solo eso. Quiero que me hables de ti. Cuéntame cosas sobre las estrellas.

Él dejó de girar.

Sharon sonrió. Una sonrisa cálida, genuina. La sonrisa, comprendió Reggie, que hacía que los testigos confiaran en ella.

Jamie pareció devolverle la sonrisa, pero su cara se contraía en diferentes expresiones. Feliz. Triste. Confuso. Todas a la vez.

Jamie alargó la mano y le tocó el pelo—. Aurora.

Sharon no respondió.

Jamie le acarició el cabello. Con timidez. Como si no estuviera seguro de que fuera real—. Suave.

—Gracias…

Por un momento, Reggie pensó que Sharon lo había logrado. La tensión en los hombros de Jamie se estaba relajando. Su respiración se ralentizaba. Incluso Blessing parecía tranquilizarse.

—¿Estarán las estrellas siempre ahí? —preguntó Jamie.

—Sí, claro —dijo Sharon—. Siempre.

—¿Incluso cuando nosotros no estemos?

—Bueno, sí, Jamie, pero nosotros no nos vamos a ninguna parte.

Su expresión cambió. Su rostro estaba ahora lleno de furia—. Tú no eres Aurora —agarró a Sharon y la lanzó a un lado. Ella salió volando contra el respaldo de un sofá, pasando por encima de él. Se oyó un estrépito cuando golpeó la mesa de centro.

¡Maldita sea!

Reggie se lanzó hacia delante, con rapidez, con la intención de reducir a Jamie. Blessing estaba en medio. Para cuando logró rodearla, Jamie tenía la ventaja.

Recibió una bofetada a mano abierta en toda la cara. Le pitaron los oídos. Se le nubló la vista.

Reggie se apoyó en el respaldo del sofá por el que Sharon había volado, y cuando su visión volvió a enfocarse, sintió un alivio momentáneo al verla sentada allí en el suelo, entre la mesa de centro y el sofá, consciente y frotándose la nuca.

—Jamie—.

Pero cuando se dio la vuelta, todo volvió a destellar y entonces resbaló por la parte trasera del sofá hasta quedar sentado en el suelo.

—¡Jamie, para! —gritó Blessing.

Reggie consiguió entreabrir los ojos antes de que llegara el siguiente bofetón.

Parecían caer como martillazos. Al cabo de un momento, se dio cuenta de que estaba boca arriba, protegiéndose la cara.

Mientras el mundo daba vueltas, escuchó los gritos desesperados de Blessing: —Jamie… por favor… para. Le estás haciendo daño. *Mucho daño.* Este no eres tú.

—Jamie… —borboteó Reggie. Le punzaba el rostro. Tenía el labio partido. Notó el sabor de la sangre—. Para ya…

Cuando su visión se estabilizó, observó a Jamie caminando de un lado a otro de la habitación, golpeándose la frente, hablando solo. Reggie buscó su teléfono en el bolsillo de nuevo, gimiendo mientras lo hacía. Ni rastro. Debía de habérsele caído durante la agresión. Miró a su alrededor, pero no lo vio por ninguna parte.

Mierda.

Levantó los ojos hacia Jamie.

Blessing seguía suplicando. Rogándole que parara. Que respirara. Que la mirara.

De repente, Jamie dejó de caminar de un lado a otro. Sus movimientos cambiaron: seguían siendo frenéticos, pero ahora estaban enfocados. Decididos. Agarró un bolso de mujer de un colgador y lo vació en el suelo.

Blessing se abalanzó e intentó agarrarle de los brazos, pero Jamie la apartó, no con fuerza, pero sí con la suficiente para ganar espacio para arrodillarse entre el contenido del bolso.

Cartera. Pañuelos. Bolígrafos.

Las llaves del coche.

Reggie gimió, dándose la vuelta para ponerse de rodillas.

—¡Jamie! —llamó Blessing.

Reggie sintió una ráfaga de aire frío al levantarse. La puerta principal estaba abierta.

—¡Jamie! —dijo Blessing, lanzándose hacia delante. La puerta de entrada se cerró de un portazo.

Reggie avanzó. Vio cómo se encendían los faros del Nissan Micra y, acto seguido, el coche daba marcha atrás.

Blessing salía corriendo hacia el camino de entrada—. ¡Jamie, vuelve!

Demasiado tarde…

Jamie se alejaba a toda velocidad.

Reggie se dio la vuelta. Necesitaba su teléfono. Entró a trompicones. La habitación daba vueltas. Vio a Sharon sentada en el sofá ahora, todavía frotándose la cabeza—. Sharon, mi teléfono… se me ha caído… llama a alguien…

Ella no respondió.

Se acercó como pudo al sofá. Se sujetó al respaldo. Las piernas apenas aguantaban su peso. Vio que su teléfono asomaba por debajo del sofá.

Se arrodilló, lo agarró y se giró al levantarse.

Blessing estaba de nuevo en la puerta, con la mano sobre la boca. Paralizada, con los ojos desorbitados por el horror mirando algo detrás de Reggie…

¿Sharon?

Se volvió. Sharon se había escurrido del sofá y yacía de espaldas junto a la mesa de centro. Inmóvil. Tenía los ojos muy abiertos, perdidos. Mirando a la nada. A través de la nada.

Oh Dios, no. —¿Sharon?

Rodeó el sofá y cayó de rodillas a su lado. Se inclinó, preparándose como pudo en su estado maltrecho para realizar la reanimación cardiopulmonar. Pero entonces el cuerpo de ella empezó a convulsionar de una forma mecánica y horrible. Tenía la mandíbula apretada. Le salía espuma por la comisura de la boca.

Giró la cabeza y le gritó a Blessing: —¡Llama a una ambulancia! ¡Ya! ¡Diles que es una lesión en la cabeza, una convulsión, necesitamos paramédicos ahora!

Quería moverla. Sujetarla. Hacer algo. Pero recordó el entrenamiento. *No los muevas. No los sujetes. Limítate a mantenerlos a salvo.*

¡Mierda, él había provocado esto! Había presionado y presionado. Había ignorado las advertencias de Sharon. Había acorralado a un hombre vulnerable y lo había desatado.

—Lo siento, Sharon… lo siento.

70

Los faros de Rachel barrían los setos, convirtiéndolos en borrones oscuros. A pesar de que la lluvia era escasa, los limpiaparabrisas golpeaban con fuerza a máxima velocidad.

Normalmente era una conductora cautelosa, pero las carreteras secundarias desiertas y sus niveles de ansiedad la invitaban a acelerar.

—Jamie —dijo en voz alta, como para avisarle de su inminente llegada.

Sabía que verlo ahora no resolvería ninguno de sus problemas, pero a su manera, le ofrecía mucho.

Siempre habían estado muy unidos y ella se sentía reconfortada en su presencia. Con Jamie nunca había juicios ni críticas, solo veneración, paciencia. Amor.

Él la oía ahora, respondiendo a su llamada a través de la noche. —Aurora.

Se preguntó cuánto habrían cambiado sus vidas si su padre, el padrastro de ella, no hubiera muerto en 1990, dejándolos a merced de la pobreza y de una madre adicta sumida en el duelo.

Muchísimo, imaginó.

Nada habría desembocado en la noche del 21 de septiembre de 2003.

Rachel se miró las manos apretadas al volante. Con los nudillos blancos. Temblorosas. Pero limpias. Sin embargo, aún podía ver la

sangre.

Eso no cambiaría nunca.

De aquella noche. Cuando Kellerman fue a su casa en Spital Vale y la golpeó varias veces en la cara.

Veintidós años después, y esa sangre seguía allí. Caliente. Pegajosa. Brotando de su nariz maltrecha. Resbalando por su barbilla. Goteando sobre sus manos mientras intentaba detenerla.

Mientras él permanecía de pie sobre ella y sonreía. —Eres mi chica favorita, Jade. Mi ojito derecho.

Tomó una curva cerrada con su Focus demasiado rápido. Sintió que su cuerpo se desplazaba y se presionaba contra la puerta.

Céntrate, Rachel, céntrate en la carretera…

Pero de nuevo, vio la sangre en sus manos.

Oyó la voz de Kellerman; aquel tono complacido, de satisfacción. Como si ella tuviera que estar agradecida.

Y entonces la puerta principal abriéndose, y su hermano allí de pie.

—Jamie —dijo ella—, espera fuera. Solo un par de minutos.

Había estado fuera caminando. Mapeando. Contando sus pasos, midiendo distancias y encontrando orden en un mundo que nunca tenía sentido para él.

¿Y cómo podía tener sentido aquello para él ahora?

¿Ella en el suelo, con la sangre manándole de la nariz? ¿Un hombre agresivo y desconocido sonriendo con suficiencia sobre ella?

Pero si Jamie se acercaba, si intentaba ayudar, ¿qué pasaría entonces? ¿Qué le haría este cabrón a él?

Su hermano parecía desconcertado. Perdido. Sus ojos iban de ella a Kristian.

—Jamie —volvió a intentarlo—. Tienes que hacerme caso. —Trataba de sonar calmada, de que pareciera que todo iba bien—. No pasa nada. Por favor, espera fuera.

La sonrisa de Kristian se ensanchó. —Yo que tú escucharía a tu hermana.

—Aurora… —dijo Jamie. Le daban vueltas los ojos. Todo había cambiado demasiado rápido para él.

Kristian chasqueó los dedos. —Ahora me acuerdo, Jade… Me hablaste de tu hermano, ¿verdad? Me dijiste lo especial que era.

Ella no se atrevió a levantar la vista hacia él, a mostrar su furia. No quería provocarlo. No quería arriesgarse a que le hiciera nada a Jamie.

Kristian dio un paso atrás. —¿Sabes? Creo que ahora nos entendemos, ¿no? —Se rió—. Quiero decir que no querrías que volviera ahora, ¿verdad? —Se acercó a Jamie—. ¿A que no, Jade?

—Aléjate de él…

Kristian levantó las manos. —Oh, lo haré… pero está en mi camino. Y tengo prisa. —Consultó su reloj—. Tengo que reunirme con la otra.

Carrie.

—No…

—Oh, no te preocupes… Estoy seguro de que ella entrará en razón, tal como has hecho tú. —Se detuvo a menos de un metro de Jamie, que le bloqueaba la puerta.

—Vaya, de verdad eres un cachorrito perdido, ¿eh?

Miró hacia atrás por encima del hombro. —¿Vas a decirle a tu retrasado que se quite?

—Jamie…, por favor…, ven aquí, ayúdame —dijo Rachel, desesperada por alejarlo del monstruo.

Funcionó. Jamie se acercó a ella casi al instante.

—Bien… —dijo Kristian—. Sabes, he disfrutado mucho de este reencuentro. ¿Quizá deberíamos repetirlo alguna vez?

Para cuando Jamie la estuvo ayudando a ponerse en pie, Kristian ya se había ido.

—Aurora… estás sangrando…

Ella le tocó el brazo. —Estoy bien.

Él tenía lágrimas en los ojos. —¿Estás bien, Aurora? —preguntaba una y otra vez.

Rachel sintió que a ella también se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Es un hombre malo —dijo Jamie.

—Sí.

Jamie fue hacia el colgador de las llaves y cogió las del coche.

—Jamie, ¿qué estás haciendo?

—Ha dicho que podría volver.

—No lo hará.

—Eso es lo que ha dicho.

Jamie se giró hacia la puerta abierta. Ella fue hacia él. —¿Jamie? ¿Qué estás haciendo?

Él ya estaba fuera.

—Jamie, para.

Y Jamie —el dulce y amable Jamie que nunca rompía las reglas, que seguía cada instrucción al pie de la letra—, se detuvo junto al coche.

—Ahora escucha —dijo ella manteniendo cierta distancia—. No tienes carné y…

—Sé conducir bien —dijo él.

—Lo sé, pero…

—Ha dicho que podría volver. —Abrió la puerta del coche y se subió de un salto.

—¡Jamie! —gritó ella.

UN CIERVO CRUZÓ la carretera de repente.

Rachel dio un volantazo. El Focus pegó una sacudida. Los neumáticos chirriaron.

71

—¿Ves, Blessing-from-Lagos? —dijo Jamie, mirándola en el asiento del copiloto igual que el otro día cuando habían ido a dar una vuelta por el patio de la fábrica abandonada—. Sé conducir perfectamente.

Por supuesto, estaba teniendo muchos problemas cognitivos en ese momento, pero ver a Blessing cuando ella no estaba allí no era uno de ellos.

Sin embargo, *imaginarla* allí lo tranquilizaba un poco.

Oyó su voz en su cabeza: —Pero está oscuro, Jamie, así que no dejes de mirar con atención por dónde vas.

Él se rio. —Claro, Blessing. Eres una vieja cascarrabias.

Ojalá hubiera podido llevarse a Blessing con él, pero no había tenido elección. La policía estaba con ella. Ella los había dejado entrar. No era culpa suya, no del todo. No sabía nada de los secretos, de la información que él debía proteger... las cosas de las que se había olvidado. Bueno, de las que se había olvidado antes.

Pero habían vuelto, ¿verdad?

Y tenía que verla. A Aurora. Tenía que hacerlo. Porque cuando ella estaba allí, todo parecía mejorar, y siempre había tenido las respuestas para él. Siempre.

La lluvia arreció, pero el limpiaparabrisas automático se aseguró de despejar el cristal.

Tragó saliva al pensar en la última vez que había conducido en la oscuridad.

La noche había estado despejada y se veían las estrellas.

Tan brillantes como siempre.

Jamie arrancó el motor y encendió los faros.

Tenía que ser rápido. Aún podía ver al hombre que había hecho daño a su hermana alejándose por la calle desierta.

Su hermana apareció frente al coche y golpeó el capó con la mano. —Jamie... para...

Tanta sangre en su barbilla.

Pensó en aquel hombre horrible de pie sobre ella. Sonriendo.

Podría haber dado marcha atrás para alejarse, pero la posibilidad de tenerla dentro del coche, a su lado, lo llenó de cierto alivio.

Esperó hasta que ella estuvo en el asiento del copiloto.

—Jamie, no. Jamie, por favor. No puedes conducir. Tú no...

Pero sí sabía conducir. Su madre le había enseñado. Le había servido a ella cuando estaba en apuros y le serviría a Aurora ahora que lo estaba ella.

Siguió al coche del hombre. Hacia la oscuridad. Siguiendo las luces rojas.

—Es peligroso, Jamie. ¡Es peligroso!

Pero, por supuesto, eso ya lo sabía él.

—Mira ahí arriba —dijo él, inclinándose un poco hacia delante y alzando la cabeza.

—¿Por qué?

—Las estrellas. Nunca cambian. Nunca se van. —La miró de reojo —. Quiero que seamos así. Para siempre.

Jamie miró hacia arriba.

Esta noche no había estrellas.

Esta noche estaba muy oscuro.

Como lo había estado en aquellos túneles todos aquellos años atrás.

72

Rachel había esquivado al ciervo por centímetros. El corazón le golpeaba contra las costillas y ahora las manos le temblaban tanto que apenas podía sujetar el volante.

Pero, a pesar de todo, siguió adelante a toda velocidad a través de la oscuridad, impulsada por la adrenalina y la desesperación.

Al menos llevaba las luces encendidas y, aunque la lluvia era cada vez más intensa, podía ver. No como aquella noche. La noche en que Jamie había apagado todas las luces del coche para que condujeran a ciegas.

Todo para que Kristian no los viera venir.

—Está frenando —dijo Rachel.

Jamie también redujo la velocidad.

Las luces traseras de Kristian giraron a la izquierda. No había puesto el intermitente.

—Creo que deberíamos dar la vuelta... —dijo Rachel, saboreando la sangre que aún le goteaba de la nariz.

Jamie se detuvo en paralelo a la entrada de un aparcamiento. En el interior, Kristian había aparcado junto a otro vehículo. No había ninguno más.

¿Era allí donde se iba a encontrar con Carrie?

¿Por qué había aceptado ella quedar con él tan lejos de todo?

Era suicida...

No tenía mucho sentido. Sacudió el brazo de su hermano con sus manos ensangrentadas—. Muy bien, Jamie, escucha: creo que deberíamos llamar a la policía.

Jamie miró a las estrellas—. Dijo que volvería. ¿Lo has oído?

—No, si está en la cárcel, no podrá.

Rachel oyó gritos. Una voz masculina. Probablemente Kristian.

La adrenalina la invadió: Dios mío. Carrie... ¿Qué estaba pasando?

Miró por la ventanilla pero no pudo ver nada dentro del aparcamiento. Las luces de ambos vehículos estaban apagadas.

Más gritos. Le costaba distinguir las palabras.

Echó mano a la manecilla de la puerta—. Tengo que ayudarla.

—No —dijo Jamie—. Estás herida.

—Estoy bien...

—Soy más fuerte.

Ella negó con la cabeza, volvió a agarrarle del brazo y apretó con fuerza. ¿Más fuerte? Nunca había pensado en él de esa manera. Físicamente, quizá, pero... había tantas formas en las que no era fuerte... y...

Más gritos.

—Suéltame, Aurora.

Nunca había oído a su hermano tan decidido.

Le soltó.

Él abrió la puerta y salió.

Ella se quedó allí sentada, hiperventilando, saboreando la sangre, mirándose las manos manchadas. La cabeza le daba vueltas.

Buscó su móvil, pero no estaba allí: se lo había dejado en casa.

Más gritos.

Abrió la guantera, esperando encontrar algún tipo de arma, ¿pero qué? Solo estaba llena de lápices, uno de los cuadernos de Jamie y un fajo de papel para cuando quería hacer mapas en una emergencia.

Corrió hacia la parte trasera del coche.

—No deberías haber venido —gritó Kristian—. No deberías haber venido, joder.

¿A quién le gritaba? ¿A su hermano?

Abrió el maletero y buscó una llave de cruceta.

—¿Qué cojones espera que haga ahora? ¿Eh? Pedazo de...

Hubo un destello que hizo que todo se volviera blanco, junto con un disparo. El sonido resonó por todo el aparcamiento vacío y sintió que se le helaban las entrañas.

INCLUSO AHORA, sentía ese mismo frío en la boca del estómago.

Aquel momento en el que había pensado que había llevado a Jamie a la muerte.

La lluvia se intensificó y subió una marcha a los limpiaparabrisas.

Cada vez era más difícil ver.

73

—Nunca me ha gustado la oscuridad, Blessing-from-Lagos.

—Lo sé —respondió ella.

Miró al asiento del copiloto y vio que ella no estaba allí.

Ni Blessing. Ni estrellas.

Ni Aurora.

De repente se sintió muy solo, de verdad.

Tan solo como se había sentido esa noche en el aparcamiento, caminando hacia aquel monstruo y hacia aquella pobre mujer a la que estaba haciendo daño.

El monstruo que había hecho daño a su hermana, y una mujer a la que no reconoció, estaban al otro lado de los dos coches.

Al acercarse, oyó al hombre gritar: —¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde está Carrie?! Me dijo que vendría.

—¿Crees que dejaría que se te acercara, estando aquí fuera? Eres un puto animal.

Jamie tenía miedo, pero al mismo tiempo se sentía vigorizado por la luz de las estrellas.

Esto era lo correcto. Ayudar a su hermana, a Aurora y, ahora, a esta mujer; era necesario.

—Escúchame, si vuelves a aparecerte y a amenazar a Carrie de nuevo…

Jamie salió de detrás del coche más alejado, de modo que quedó a la espalda del monstruo que había hecho sangrar a su hermana—

—Entonces te mataré.

A Jamie le dio un vuelco el corazón.

La mujer empuñaba un rifle. Y estaba apuntando con él al monstruo.

Sus ojos se movieron de un lado a otro, indicando que claramente había visto aparecer a Jamie.

El monstruo aprovechó la oportunidad. Le arrebató el rifle de las manos a la mujer y lo lanzó hacia atrás. Cayó cerca de la parte trasera del coche, justo delante de Jamie.

—No vas a hacer una mierda. —El hombre se acercó.

—Estoy embarazada… —dijo la mujer.

Jamie bajó la mirada por el cuerpo de ella. Efectivamente, tenía el vientre redondeado.

El monstruo le dio un bofetón en la cara, con la fuerza suficiente para lanzarla hacia atrás, pero ella se mantuvo en pie.

Se protegió el vientre con las manos.

Entonces el loco se lanzó hacia delante y volvió a abofetearla.

—¡Para! —gritó Jamie, dando un paso al frente—. ¡Tiene un bebé dentro!

El hombre lo miró con furia por encima del hombro. —¡Vaya, mira quién es, el retrasado de Jade! ¡Qué cojones! ¿Está ella aquí? —Miró alrededor del aparcamiento—. ¿Jade? ¿Está Carrie con ella?

No vio a la mujer embarazada lanzarse hacia delante. Ella le propinó una patada. Pareció que a él se le escapaba todo el aire de golpe.

Entonces, el monstruo se apoyó contra el coche, jadeando.

La mujer se abalanzó para continuar el ataque, pero el monstruo la estaba esperando. La agarró por el brazo y le propinó un fuerte puñetazo en la cara. —Zorra… —Echó la mano hacia atrás para golpearla de nuevo.

Jamie recogió el rifle. Pesaba. Pesaba mucho. No era lo que esperaba. Solo había visto disparar cosas así en televisión. Apuntó al

monstruo. Deslizó el dedo por el arma, intentando encontrar el gatillo para estar preparado.

—¡Para! —Su propia voz, pero sonaba mal. Demasiado alta. Demasiado aguda—. ¡Para o disparo!

El monstruo no se detuvo.

Continuó dándole puñetazos y más puñetazos.

¡Y ese pobre bebé ahí dentro!

—¡Para! —A Jamie le temblaban las manos. El rifle también temblaba—. Dispararé…

Él se detuvo. Gracias a Dios, gracias a Dios que le ha escuchado…

La mujer se deslizó por el lateral del coche, agarrándose la cara.

El dedo de Jamie seguía buscando su sitio en el arma. Quería estar preparado, por si acaso.

Sintió lo que debía de ser el gatillo.

Ah… bien…

¡Bang!

Jamie salió despedido hacia atrás pero no perdió el equilibrio.

Delante de él, el monstruo había salido propulsado hacia delante. Se tambaleó un instante y luego cayó bocabajo sobre el terraplén de hierba que rodeaba el aparcamiento.

JAMIE SOLLOZÓ.

—¿Siempre he estado tan solo, Blessing-from-Lagos?

—¿Por qué dices eso, querido Jamie?

Miró al asiento vacío y volvió a mirar por la ventana.

Ni estrellas.

—No lo sé… es que a veces me siento así, ¿sabes? Quiero a mi hermana.

Quiero a Aurora.

74

Más adelante, un coche viejo salía de un camino agrícola girando a la izquierda.

Para no deslumbrarlos, Rachel apagó las luces antiniebla.

Mientras el coche giraba, se oyó un fuerte estallido; le había pegado un pequeño petardazo el tubo de escape.

Se sobresaltó y, de repente, regresó a aquel momento, empuñando una llave de cruz, preguntándose qué le habría pasado a Jamie.

APARECIÓ por detrás del coche más alejado, con el corazón golpeándole las costillas y la llave de cruz en alto.

Silencio. Solo su propia respiración entrecortada. El eco de aquel disparo aún resonando en sus oídos.

Y entonces lo vio.

Jamie. De pie. Vivo.

El alivio casi hizo que se le doblaran las rodillas.

La mujer herida —que no era Carrie, sino alguien a quien no conocía— estaba sentada en el hormigón a pocos metros, recuperando el aliento y agarrándose el vientre.

Y allí, sobre la hierba, boca abajo, inmóvil...

Kristian Kellerman.

Gracias a Dios. Fuera de combate.

Excepto que... ¿eso era sangre? ¿Toda esa que tenía por la espalda?

Bajó la llave de cruz. Se llevó las manos a la boca.

Entonces oyó un gemido de la mujer y el instinto tomó el mando. Corrió hacia ella y se dejó caer de rodillas a su lado. —¡Dios mío! ¿Estás bien?

Tenía sangre en la cara. La nariz hinchada, quizá rota. Sus heridas parecían peores que las de la propia Rachel.

De repente, se le ocurrió por qué la mujer se sujetaba el vientre de esa manera. —Dios mío, ¿estás embarazada?

La mujer asintió, todavía jadeando.

La mente de Rachel iba a mil por hora. Basta. Basta de todo esto. Tenían que llamar a la policía. Tenían que—

Se giró para hablar con Jamie, pero se había ido.

Donde él había estado, ahora solo había un rifle. Un rifle que no había visto antes.

Recordó el disparo que la había hecho venir corriendo. Miró a Kristian. Boca abajo. Inmóvil.

Comprendió lo que pasaba.

—Jamie —dijo en voz alta, con la voz quebrada—. Oh, Dios, Jamie, ¿qué has hecho?

La mujer gimió y levantó la vista hacia ella. Su voz salía a trompicones, entre respiraciones superficiales. —Él me... me estaba ayudando. Si no hubiera... —Se frotó el vientre, haciendo una mueca —. No quiero ni pensarlo.

—Pero no. —Rachel sacudió la cabeza. Las lágrimas le rodaban por la cara, escociéndole en las heridas—. No puede... esto no puede estar pasando. Él no debería haberlo hecho. Debería haber sido yo. Debería haber sido yo quien le disparara, no Jamie... —Se limpió la cara con una mano ensangrentada—. ¿Quién eres?

—Maggie. —La mujer hizo una mueca de dolor, intentando incorporarse—. Maggie Whitworth. Conozco a Carrie. Vine en su lugar; no quería que ella se arriesgara... —Se interrumpió, se tocó la

nariz con cautela y se miró la sangre en los dedos—. Vine para avisarle de que se alejara. No para matarlo.

Rachel miró el cuerpo. Sintió que la sangre se le retiraba de la cara. Sentía las piernas distantes, poco fiables. Caminó cojeando lentamente hacia él.

—No pudo soportar la amenaza —dijo Maggie a sus espaldas—. No quería dar un paso atrás…

—Nunca pudo... —Rachel estaba ahora de pie sobre el cuerpo. La sangre se extendía, filtrándose en la hierba—. ¿Qué hacemos?

—Es el arma de mi marido. La rastrearán hasta él. Hasta mí.

Rachel se volvió. —Tenemos que llamar a la policía.

—No.

—Tenemos que hacerlo. Podemos explicarlo: te estaba atacando, Jamie te estaba defendiendo—

—¿Y tu hermano? —la interrumpió Maggie—. ¿Cómo lo llevará? ¿Los interrogatorios policiales? ¿Los juzgados? ¿La cárcel?

Rachel abrió la boca, pero no salió nada.

—Mi hermano es vulnerable —dijo finalmente, con la voz apenas en un susurro—. Frágil. Tiene necesidades. Eso podría ayudar a su caso…

—¿O no? Puede que lo destrocen antes…

El corazón casi se le paró en el pecho. Se quedó mirando el cuerpo un momento, perdida. —De acuerdo, entonces. Si llamamos a la policía, yo asumo la responsabilidad. Diré que lo hice yo.

Maggie estaba haciendo esfuerzos por ponerse en pie. Rachel se dio la vuelta y se movió para ayudarla, cogiéndola del brazo.

—¿Es que no me escuchas? —dijo Maggie, agarrándose al hombro de Rachel para mantener el equilibrio—. Nadie quiere llamar a la policía. Ni yo, ni tú, ni tu hermano... —Se puso la mano en el vientre—. Y mucho menos mi hija.

—¿Tu hija?

—Hope. Voy a llamarla Hope.

Rachel miró el vientre abultado. —¿Estás segura de que ella está...?

—Está bien. Siento cómo se mueve. Él no la golpeó a ella. —Maggie señaló su propio rostro magullado—. Yo absorbí la mayor

parte del daño.

Rachel miró a su alrededor, presa de un pánico repentino. —¿Dónde está Jamie? ¿A dónde ha ido?

—Búscalo —dijo Maggie—. Yo esperaré aquí.

Rachel encontró a su hermano de vuelta en el coche.

Estaba inclinado sobre el capó, con un papel extendido y un lápiz moviéndose en su mano. Preciso. Metódico. Como si no hubiera pasado nada.

Se acercó. Le tocó la espalda con suavidad.

Él no levantó la vista. No dejó de dibujar.

—¿Qué haces?

—Otros dos minutos —dijo él.

Su voz era plana. Mecánica. Rachel temía imaginar qué torbellino habría debajo de ella. Así que esperó. Dos minutos exactos.

—Terminado —dijo él.

Se puso en pie y señaló hacia la oscuridad. —Allí. No muy lejos.

—Jamie, no entiendo nada.

Él le entregó el papel. Un mapa. Dibujado a mano, pero preciso. Con cada medida anotada.

—Los túneles del ferrocarril —dijo.

Ella miró el mapa. Una entrada. Un pasaje curvo. Una pequeña cámara marcada con un punto.

—No entiendo.

Él señaló el punto. La etiqueta decía: E.S. #4.

—No estoy segura de...

—Aurora. —Su voz era ahora queda. Casi infantil—. Aún podría volver.

Abrió la boca para decirle que Kristian estaba muerto, que no podía volver, nunca más—

Pero entonces lo comprendió.

No podía volver físicamente. Pero si la historia de lo que habían hecho salía a la luz algún día...

Entonces volvería de una forma diferente.

De una forma que destruiría todas sus vidas.

Veintidós años.

Sus ojos se empañaron de lágrimas. La carretera que tenía delante ya estaba borrosa por la lluvia. De una forma extraña, aquello ayudaba.

Recordó el peso de él. Lo mucho que pesa un cuerpo cuando ya no queda vida en su interior. La forma en que sus talones se habían arrastrado por el barro mientras ella y Jamie lo metían por la entrada de aquel túnel, con los brazos doliéndole y la respiración rota por los sollozos.

Jamie no había llorado. Jamie no había hablado. Se limitó a tirar, constante e implacable, siguiendo el mapa que tenía en la cabeza.

Maggie se había ido a casa a buscar a Bobby. Más ayuda. Ahora todos tenían que arrimar el hombro.

Fue Bobby quien se deshizo del vehículo de Kristian.

Nadie sabía cómo lo había hecho.

Nadie lo había preguntado nunca.

Aquella noche se formó un vínculo de confianza entre ellos. Ella, Maggie, Carrie, Bobby.

Y Jamie.

El pobre e inocente Jamie.

El chico que no había tenido nada que ver con nada de aquello —que se había metido en la carnicería por accidente— y salió con las manos manchadas de más sangre que nadie.

Ese chico dulce y vulnerable.

Vendiendo su alma para proteger a la hermana a la que amaba.

—Ay, Jamie —susurró—. Lo siento.

Le había dicho que lo olvidara.

Recordaba la primera vez: una semana después, sentados juntos en el jardín al atardecer, cuando las estrellas empezaban a asomar. Le temblaban las manos. Había empezado a decir algo sobre los túneles, sobre la oscuridad, y ella le había cogido la cara entre las manos. —Debes olvidarlo, Jamie. Prométemelo. Tienes que olvidarlo.

Y con el tiempo, de alguna manera, se había desvanecido. Para él, al menos.

Ella se lo había seguido recordando. Durante sus sesiones dominicales para observar las estrellas, cuando captaba esa mirada ausente en sus ojos: —Bórralo de tu mente, Jamie. Ya no está.

Cuando él hacía mapas, y su lápiz se detenía, y ella lo veía mirando a la nada: —Conserva solo los recuerdos que importan. Los que te hacen feliz.

Y cuando él se ponía inquieto, cuando algo oscuro amenazaba con salir a la superficie: —Deja esas cosas para la oscuridad, Jamie. Para los lugares a los que no llegan las estrellas.

Las lágrimas caían ahora libremente. No podía detenerlas.

No había hablado con Maggie desde el día de aquel pacto. Hasta hacía unos días, cuando finalmente se descubrió el cuerpo de Kristian.

Había llamado al número que había guardado todos estos años. Y Maggie —que se estaba muriendo entonces, con la voz débil y cansada— la había tranquilizado.

—Confesaré algo que no hice antes de dejar que ese muchacho tan dulce sufra. El que apareció de la nada para salvarnos a mí y a mi hija. Te lo prometo, Rachel. Te lo prometo.

Había cumplido su palabra. Había confesado.

Y ahora Jamie estaba a salvo. Al menos eso era algo.

A salvo también en su ignorancia.

Recuerdos encerrados bajo llave en la oscuridad.

Donde no llegan las estrellas.

Se frotó los ojos.

La carretera parecía volverse más oscura, y se dio cuenta de que se había dejado las luces antiniebla apagadas.

Alargó la mano para encenderlas.

75

Jamie dobló la esquina—

Luces antiniebla. Fulgurantes. Directas a él.

Se llevó una mano a la cara para protegerse los ojos, pero ya era demasiado tarde. Todo se convirtió en una espiral de blancura.

Entró en pánico. Dio un volantazo. Perdió todo sentido de dónde estaba el asfalto.

Dando vueltas.

Dando vueltas.

Y entonces todo se desmoronó.

Cristal. Metal. Su mundo.

Haciéndose añicos. Chillando. Rompiéndose.

Pero incluso mientras su coche se salía de la carretera, aun cuando el mundo se despedazaba a su alrededor, vio algo a través del parabrisas fracturado.

Otro coche.

Dando vueltas de campana.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Incluso ahora, encontraba consuelo en contar.

Luego todo se detuvo, y hubo una presión que aumentaba en su cráneo, una oscuridad que surgía de algún lugar profundo, tragándoselo todo—

Y le recordó a otra oscuridad.
La oscuridad absoluta donde las cosas desaparecen.
Donde los recuerdos van a morir.
Donde se suponía que debía olvidar.
Le recordó al Almacén de Emergencias nº 4.

76

Los faros de Frank barrieron la carretera que tenían por delante.

Metal. Cristal. Humo elevándose bajo la lluvia.

—No... —susurró—. Dios, ten piedad... no...

Se detuvo a una distancia prudencial y puso las luces de emergencia; acto seguido, salió del coche antes de haber procesado del todo lo que estaba viendo. Gerry salió por el otro lado, dejando a Rylan en el asiento trasero.

—No... —Frank avanzó mientras la lluvia le pegaba el pelo al cuero cabelludo de inmediato—. No...

Gerry ya había sacado una linterna pequeña de su chaqueta. Dio una pasada con ella por la escena. A su izquierda, empotrado contra un árbol, había un Nissan Micra. El capó se había arrugado como papel. Salía vapor —o humo— del motor. Se oía un siseo constante.

Frank se apretó el teléfono contra la oreja, sin importarle que la lluvia lo azotara.

—Una ambulancia. Ya. —Dio la ubicación. Siguió con la mirada a Gerry mientras ella se acercaba al Ford Focus que yacía volcado en mitad de la carretera.

Boca arriba. Como un escarabajo muerto. Con las ruedas todavía girando lentamente. Salía humo por debajo.

—Dos vehículos. Colisión grave. Número desconocido de víctimas... —Su voz era firme. Profesional—. ¿Cuánto tardarán?

Escuchó.

Suspiró. *Demasiado.*

Su máscara profesional se resquebrajó. —dense prisa, se lo ruego. Es uno de los peores accidentes que he visto nunca.

Terminó la llamada. —Cinco minutos —le gritó a Gerry.

Ella no le hizo caso. Ya estaba pasando el haz de luz de su linterna por la ventanilla destrozada del conductor.

—Ten cuidado.

Sin respuesta.

Frank se dio la vuelta y se dirigió hacia el Micra, abriéndose paso entre los arbustos donde se había quedado detenido el coche.

El siseo se intensificó. Pero ahora también había algo más.

Algo que le llenó el corazón con un peso terrible.

Gemidos. Suaves. Quebrados.

—Ya voy —gritó Frank, mientras las ramas se enganchaban en su abrigo y en sus manos. No le importaba—. Aguanta... ya voy.

La puerta del conductor estaba hundida, pero no aplastada del todo.

Había un hombre dentro. Consciente. Con los ojos abiertos. La sangre le corría por la cara desde un corte en la frente.

La mirada de Frank bajó hacia sus piernas.

Jesús.

Las piernas del tipo estaban encajadas bajo el salpicadero. Aplastadas. Una pierna estaba torcida en un ángulo que provocó que a Frank se le revolviera el estómago: el hueso asomaba a través de la piel, blanco contra la sangre oscura. El rostro del hombre estaba gris. El shock empezaba a hacer mella rápidamente.

—Vale, amigo, aguanta... todo va a salir bien. —Frank agarró la manilla de la puerta. Tiró de ella. Se resistía. Tiró de nuevo, con más fuerza.

La puerta gimió y cedió.

Se inclinó hacia dentro. Lo bastante cerca para ver las pupilas del hombre. Dilatadas. Aterrorizadas.

—¿Cómo se llama, compañero? —Su voz sonaba tranquila. Firme. Pese a que el corazón le latía con fuerza.

El hombre hizo una mueca, centró la vista en el rostro de Frank con dificultad y susurró: —Jamie. Jamie Corrigan.

Frank se quedó muy quieto.

Jamie Corrigan.

El hombre al que Sharon y Reggie habían ido a interrogar. El muchacho vulnerable que conocía la existencia de los túneles de Kettleness. El creador del mapa dibujado a mano que habían encontrado escondido bajo la caseta de Bobby Whitworth.

El hombre que probablemente sabía la verdad.

Y ahora aquí estaba, destrozado y sangrando en una oscura carretera secundaria, con veintidós años de secretos aplastados bajo un salpicadero junto con sus piernas.

77

Gerry rodeó el Focus volcado, mientras el haz de su linterna recorría los restos del accidente.

Todas las ventanillas estaban destrozadas. Los cristales estaban esparcidos por el asfalto mojado como si fueran hielo. El coche descansaba sobre el techo, en silencio, salvo por el crujido del metal al enfriarse y el golpeteo constante de la lluvia.

Se puso a cuatro patas. Sintió cómo los cristales le atravesaban los pantalones y se le clavaban en la piel.

Dejó de lado la molestia y se acercó, dirigiendo la linterna hacia el interior.

La conductora yacía sobre el techo del coche. Hecha un ovillo. Inmóvil.

A Gerry se le cortó la respiración.

Conocía ese rostro.

—¿Señora Morrison?

¿Cómo?

No hacía mucho que habían estado sentados en su salón. Rachel Morrison, serena a pesar de todo, preguntando por las incoherencias en la confesión de Maggie Whitworth. Oliver subiendo las escaleras hecho una furia. La silenciosa desolación de Rachel cuando se marcharon.

Y ahora estaba aquí. Rota. Sangrando. Atrapada en un coche volcado en una oscura carretera comarcal.

A Gerry le costaba creer en las coincidencias. ¿Tenía algo que ver con Jamie Corrigan? Ellos se dirigían hacia allí... ¿ella también? ¿Y por qué?

Rachel gimió. Tenía los ojos abiertos pero desenfocados, mirando fijamente algo que Gerry no podía ver.

—¿Rachel? —Gerry mantuvo la voz firme—. ¿Rachel?, ¿puede oírme?

La respiración de Rachel cambió. Breves jadeos superficiales. Sus ojos empezaron a moverse, asimilando el interior destrozado, los cristales, el ángulo imposible de su propio cuerpo.

Empezaba a procesarlo.

Gerry inclinó la linterna hacia abajo para no deslumbrarla.

Y lo que vio hizo que se le revolviera el estómago.

Sangre. Formando un charco bajo el cuerpo de Rachel. Extendiéndose por el revestimiento del techo invertido.

Demasiada sangre. Mucha más de la cuenta.

Tenía el cuerpo retorcido de formas que un cuerpo no debería retorcerse. El brazo izquierdo doblado hacia atrás por el codo. El torso en un ángulo que sugería que la columna vertebral había sufrido daños catastróficos.

La mente de Gerry hizo lo que siempre hacía: procesar los datos con una precisión fría y clínica:

Traumatismo espinal. Múltiples fracturas. Pérdida masiva de sangre —arterial, probablemente tanto interna como externa—. Choque inminente, si no se ha producido ya.

La conclusión llegó antes de que pudiera evitarlo:

No puede sobrevivir a esto. No sin una intervención quirúrgica inmediata.

Frank había gritado que la ayuda llegaría en cinco minutos.

Al mirar a Rachel Morrison, al ver que la sangre seguía extendiéndose, la palidez grisácea que ya invadía su piel y esas respiraciones superficiales y desesperadas, Gerry comprendió algo con una claridad terrible.

Cinco minutos bien podrían ser cinco horas.

Gerry cogió la mano de Rachel.

78

Frank consultó su registro de llamadas.

¡Solo habían pasado dos minutos desde que había hecho la llamada!

Miró a Jamie. Seguía consciente. Seguía pálido. Seguía sangrando.

Puedes lograrlo, chaval. Tres minutos. Como mucho, calculo yo. Aguanta.

—Te van a remendar bien, ya lo verás. —Frank alargó la mano y la puso con suavidad sobre el brazo de Jamie—. La semana que viene por estas fechas estarás deseando volver a casa, sobre todo con lo mala que está la comida del hospital.

Jamie esbozó una sonrisa débil.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer, hijo, cuando estés recuperado y de vuelta en casa?

—Un mapa —dijo con voz fina, pero convencida—. Hacer un mapa de mi lugar favorito.

Frank respiró hondo, intentando no reflexionar sobre la ironía. Había sido el mapa de Jamie lo que lo había traído hasta este momento. Los túneles dibujados a mano. Las iniciales en la esquina: J.C.

De no haber sido por ese descubrimiento, ahora mismo habría otra persona sujetándole el brazo.

O nadie, pensó, con el estómago encogiéndosele. *Quienquiera que te hubiera encontrado podría haber llegado demasiado tarde.*

—Te gusta hacer mapas, ¿eh? —dijo Frank, forzando un tono de voz ligero. Informal—. Apuesto a que no es nada fácil.

—Yo... no lo encuentro difícil.

—Bueno, en lo que respecta a la orientación, yo nunca he sido el más listo de la clase. El GPS ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Jamie volvió a sonreír. Sus ojos empezaron a cerrarse.

Frank lo sacudió con suavidad. —Jamie... cuéntame algo sobre esos mapas, chico.

Abrió los ojos. Lentamente. —Diez centímetros equivalen a un paso, que equivale a cero coma setenta y seis metros —un pequeño destello de entusiasmo asomó en su voz.

—Vaya, ¿conque sí? ¿Y cuándo fue la última vez que saliste a cartografiar?

—Hoy..., antes... —Su voz se debilitaba; se apagaba—. En Pannett Park.

—Eso está muy bien, de verdad —Frank le apretó el brazo—. Yo solía llevar allí a mi hija.

Jamie sonrió. Sus ojos empezaron a cerrarse de nuevo.

Frank apretó con más fuerza. —Jamie. Ibas a hablarme de esos mapas.

Jamie abrió los ojos con esfuerzo. —Mi hermana... Aurora... solíamos cartografiar las estrellas juntos, ¿sabes? —su voz sonaba ahora soñadora. Distante. Derivando hacia algún lugar que Frank no podía alcanzar—. La Osa Mayor. Casiopea. El Cinturón de Orión.

—Las estrellas... eso sí que tiene mérito.

Frank aguzó el oído buscando el sonido de sirenas a lo lejos.

Nada.

Vamos... vamos... ¡Ya tienen que estar cerca!

—No quería dispararle...

La mano de Frank siguió en el brazo de Jamie, pero todo lo demás —su respiración, sus pensamientos, la lluvia sobre su rostro— pareció detenerse de golpe.

—Solo quería que se mantuviera alejado de mi hermana...

Madre mía.

La respiración de Jamie era ahora más rápida. Entrecortada.

—Bueno, bueno —dijo Frank, manteniendo la voz firme con esfuerzo—. No pienses en esas cosas. Sigue hablándome de los mapas.

—Y esa mujer... había estado embarazada... él le estaba haciendo daño.

Maggie.

La mente de Frank trabajaba a toda velocidad. Maggie Whitworth. Muriendo en su cama. Confesando un asesinato que no había cometido.

No para proteger la memoria de Bobby.

Sino para proteger a este hombre. A este hombre amable y destrozado que, de alguna manera, acabó en aquel aparcamiento hacía veintidós años y le salvó la vida.

—No era mi pistola —susurró Jamie.

—Ya lo sé, hijo.

Jamie estaba empezando a hiperventilar. Le daban vueltas los ojos. —No me gusta haber matado a alguien.

—Eh —Frank se inclinó más, apoyando su mano con firmeza en el hombro de Jamie—. Eh, hijo. Descansa ahora. Olvídate de todo eso.

—Lo hice... —dijo con voz apenas audible—. Durante mucho tiempo, lo hice...

Se le pusieron los ojos en blanco. Su cuerpo se quedó flácido.

—¡Jamie! —lo sacudió Frank—. No me hagas esto. Quédate conmigo, chaval.

Sin respuesta.

—¡Jamie!

Frank presionó con los dedos en el cuello de Jamie. Encontró el pulso: débil, filiforme, pero estaba ahí.

Levantó la vista, con la lluvia recorriéndole la cara.

¿Dónde está esa maldita ambulancia?

79

Gerry usó la mano libre para apartarse el pelo mojado de los ojos.

Sintió que Rachel le apretaba ligeramente la otra mano. — ¿Qué está pasando?

—Ha tenido un accidente de coche. —Gerry hizo todo lo posible por mantener el contacto visual con Rachel. Su naturaleza la empujaba a lo contrario, pero aquella mujer lo necesitaba; posiblemente más de lo que había necesitado nada en su vida—. La ayuda viene de camino y—

—¿Me estoy muriendo?

Gerry intentó pensar de forma racional. ¿Cuál era la respuesta más adecuada? No estaba en su naturaleza mentir, pero desde luego no podía responder a esa pregunta con la verdad.

—La ayuda está cerca. Deme la mano. Y siga hablando, por favor.

Rachel gimió. Cerró los ojos.

—¿Rachel?

Abrió los ojos y volvió a clavarlos en los de Gerry. —No..., no entiendo. Mi hermano. ¿Dónde está..., él?

Su hermano.

Volvió a pensar en la posibilidad de que Rachel fuera de camino a casa de Jamie Corrigan. Recordó haber leído que Rachel tenía un hermano menor, pero no habían indagado en ello. Desde luego, no

había vinculado a Rachel con Jamie, dado que tenían apellidos diferentes.

—¿Jamie?

—Sí... espere. Me acuerdo, iba a verle.

Gerry asintió. Tenía razón. No era una coincidencia. Aquel encuentro en el camino.

La lluvia le entraba a Gerry en los ojos, pero parpadeó para quitársela e intentó mantener la mirada fija en la de Rachel.

—Y... —Rachel hizo una pausa para toser—, es... es esa detective que vino... —Cerró los ojos, jadeando—. Hace tanto frío... Tanto frío.

Gerry se inclinó hacia delante y frotó el dorso de la mano que sostenía. —Está bien... no se esfuerce. Estoy aquí para ayudar. No he venido por ningún otro motivo.

Rachel abrió los ojos. — ¿Iba de camino a ver a mi hermano?

Gerry apartó la mirada. Mentir era muy difícil. Pero necesitaba reconducir aquello. Concentrar toda su energía en controlar sus instintos e impulsos. —Intente ahorrar fuerzas—

No servía de nada.

Rachel intentaba moverse ahora, inclinándose más hacia Gerry. Se le contrajo el rostro. Gerry sintió que el estómago le daba un vuelco. Rachel tenía huesos destrozados y sufría una hemorragia grave. Moverse no podía ser una opción.

—Por favor, no te muevas —dijo Gerry.

—Mi hermano..., Jamie..., no puede...

Gerry tragó saliva. —La ambulancia está muy cerca. —Su voz era firme, a pesar de que sentía como si el pecho se le estuviera rompiendo.

Rachel apretó la mano de Gerry con más fuerza.

Gerry se acercó más a la mujer moribunda para oírla.

—Protéjalo... —dijo Rachel.

Gerry sintió que se le hundía el corazón.

—Es bueno... —jadeó Rachel—. Muy, muy bueno...

Todo el tiempo habían estado mirando en las direcciones equivocadas.

Primero distraídos por Bobby, luego por Maggie, después por Rachel, antes de finalmente...

—El alma más dulce...

Sus ojos empezaron a cerrarse.

—¡No! —Gerry la sacudió suavemente; luego, con más fuerza—. ¡Rachel!

Los ojos de Rachel se abrieron ligeramente. —Jamie lo hizo por mí. Eso es lo único que importa. Lo hizo por mí porque me quiere. —Sus ojos empezaron a cerrarse una vez más—. Es culpa mía.

80

Jamie abrió los ojos de golpe.

Frank sintió un momento de alivio, pero seguía sin oír sirenas. —Buen chico.

Sus ojos se movían de un lado a otro. No parecía que estuviera enfocando nada. —¿Blessing? —dijo, y tomó una bocanada de aire —. Blessing, ¿eres tú?

—Me temo que no. Soy Frank. He estado contigo un rato.

—Recuerdo...

—La verdad es que paso bastante desapercibido.

Jamie sonrió. —Me recuerdas a ella.

—¿A quién? ¿A Blessing?

—A Blessing-from-Lagos.

—Ah.

—Ella me ayuda... en Seaview.

Frank consultó su teléfono. Habían pasado cinco malditos minutos.

¡Menuda forma de darse prisa después de habérselo pedido!

—Háblame de esa Blessing-from-Lagos —dijo Frank, manteniendo un tono de voz animado. Interesado. Por dentro, estaba que trinaba. Y rabiaba por la ausencia de los servicios de emergencia.

Los labios de Jamie temblaron. Casi una sonrisa. —Es amable. Es mi mejor amiga. Le hice un mapa.

—Es un detalle por tu parte, hijo.

—Una constelación. En ella puse a sus hijos. Murieron cuando eran muy pequeños.

A Frank se le encogió el corazón. —Debes de querer mucho a esa tal Blessing.

—Sí... pero está triste por dentro. Perdió más de lo que muchos podrían imaginar.

—Bueno, ahora te tiene a ti, ¿no? Es una afortunada. Amistades como esas son importantes.

—Hacen que el mundo gire —dijo Jamie—. Le he estado enseñando a hacer mapas.

—Una destreza importante… Mi hija… —se oyó decir Frank. Sorprendido por sus propias palabras, se detuvo.

—¿Qué pasa con tu hija? —le animó Jamie.

Frank se dio cuenta de que ahora tenía que seguir. —Solía organizar búsquedas del tesoro cuando era pequeña. Dibujaba esos mapas tan elaborados. Escondía pistas por toda la casa.

Los ojos de Jamie se iluminaron, solo un poco.

—¿Entendía los mapas? —preguntó Jamie.

—Sí. Lo hacía.

Los párpados le temblaron.

—¿Jamie?

Él gimió.

—Mantén los ojos abiertos, muchacho.

Jamie lo intentó. Frank le apretó el brazo con más fuerza. Se hizo el silencio por un momento. Solo el siseo del vapor. El goteo de líquidos. El sonido de la respiración fatigada de Jamie.

—Ojalá... —dijo Jamie.

Frank se inclinó más y puso una mano en el rostro del hombre.

Pareció ayudar. Jamie abrió más los ojos.

—¿Qué deseas, hijo?

—Ojalá no lo hubiera arrastrado a la oscuridad. —La voz de Jamie era de pronto clara y urgente.

Otra vez con esto no.

—A que lo olviden —continuó Jamie—, a que se pierda.

—Jamie. —Frank se acercó—. Limítate a mantener la concentración.

—¿Soy una mala persona, Frank? —preguntó.

Sus ojos estaban a escasos centímetros. Frank sintió que podía ver en su interior, pero eso era más bien irrelevante. No necesitaba hacer eso para saber que Jamie estaba lleno de bondad.

—Escucha, hijo —susurró, manteniendo sus propios ojos muy abiertos para obligar a Jamie a hacer lo mismo—. A veces tienes que hacer lo que tienes que hacer. A veces las opciones simplemente no están en nuestras manos… ¿entiendes?

Jamie logró asentir.

—Puedes estar seguro, Jamie, de que si hubiera sido mi hija la que estuviera en peligro, yo habría hecho exactamente lo mismo.

—¿De verdad?

—Sí. Todas y cada una de las veces.

Oyó las sirenas.

—Y tú, muchacho, eres de lo mejor que tenemos… y vamos a conseguir que te curen como es debido.

81

Gerry notaba que Rachel se le escapaba. Lo sentía en cómo su mano perdía fuerza y calor. En el cambio de su respiración. En el modo en que sus ojos dejaban de ser capaces de enfocar.

—No veo el cielo —dijo Rachel—. ¿Puedes ayudarme a salir?

—Lo siento, no puedo moverte —no añadió el porqué: que el más mínimo movimiento a estas alturas podría matarla.

—¿*Tú* ves las estrellas?

Gerry levantó la vista. Sus ojos se llenaron de lluvia. Parpadeó para despejarlos. No había estrellas. Solo lluvia, oscuridad y nubes bajas y densas.

No respondió; no sabía qué era lo que Rachel quería oír.

La mirada de Rachel se desvió hacia arriba, hacia los bajos del coche. —No importa —susurró—. Ahora las veo..., la Osa Mayor. Ahí. Y Casiopea. —Una expresión de calma inundó su rostro. —Jamie... —sonrió y apretó brevemente la mano de Gerry.

A Gerry se le cerró la garganta mientras resistía el impulso de corregirla.

—Venía a buscarte —continuó Rachel—. Pero me has encontrado tú.

Gerry tragó saliva. Todos sus instintos se rebelaban contra aquello. Nunca había servido para fingir. Seguirle la corriente a alguien con delirios era algo que le provocaba un vacío doloroso por dentro. Si hubiera sido ella la que estaba cerca del final, no habría

esperado que nadie le mintiera; ella también habría esperado la verdad...

Sin embargo, sabía mejor que nadie que lo que la gente quería y necesitaba variaba de forma abrumadora...

¿Quién era ella para negárselo a nadie en un momento así?

—¿Te acuerdas, Jamie? —susurró Rachel. Sus ojos —esos ojos desesperados que se apagaban— estaban llenos de un amor inmenso. De un alivio profundo—. ¿De cuando nos tumbábamos en el jardín a verlas? A veces, toda la noche.

Limítate a actuar. La gente lo hace constantemente. Fingir ser otra persona es una forma de mentira que la sociedad considera aceptable.

Que el público aplaude.

Solo esta vez. Inténtalo.

—Me acuerdo —dijo Gerry. Las palabras le resultaban ajenas, pero se obligó a pronunciarlas.

Rachel sonrió. —Mira. Casiopea..., la reina. Y también el Cinturón de Orión. Ahí. ¿Lo ves? Tres estrellas en fila.

Gerry miró hacia el cielo vacío. La lluvia en su rostro. La oscuridad oprimiéndola.

No hay nada ahí. Nada.

—Dime que puedes verlo, Jamie.

Gerry empleó hasta la última pizca de su fuerza de voluntad. Se obligó a verlo. Tres puntos de luz en una línea perfecta. —Lo veo.

—La Tierra gira —murmuró Rachel—, y pensamos que las estrellas bailan. Pero en realidad somos nosotros los que giramos. ¿Puedes sentir cómo giras?

—Sí, Rachel —dijo Gerry.

—No, llámame Aurora. Llámame Aurora, como siempre hacías.

—Aurora.

—Ellas no cambian, Jamie. Las estrellas. No se marchan.

—No... —susurró Gerry, sintiendo que las palabras empezaban a salirle con más naturalidad—. No, no lo hacen. Aurora.

—Quería que nosotros fuéramos así. Luego, más tarde, Martin y Oliver también.

Gerry sintió que le escocían los ojos por las lágrimas contenidas. Parpadeó con fuerza. No soltó la mano de Rachel.

—Oh, te habrían encantado, Jamie. Siento habértelos ocultado. ¿Jamie? ¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

—Debes conocerlos. Tienes que decirles que lo siento —la voz de Rachel apenas era ya audible. Se le estaba nublando la vista; se estaba marchando a un lugar donde Gerry no podía seguirla—. Martin. Oliver. Por favor. Ayúdales a entenderlo. Diles que los quería. Muchísimo. ¿Cada día?

—Se lo diré —dijo Gerry—. Te lo prometo.

—Siempre has sido tan buen chico, Jamie.

—Gracias —dijo Gerry—. Aurora.

—El alma más dulce... Háblame una vez más... de las estrellas.

La mirada de Gerry volvió a subir al cielo. De repente, las estrellas estaban allí. Las lágrimas le resbalaban por la cara mezclándose con los regueros de lluvia. —Son preciosas. Tan nítidas. Tan brillantes.

Rachel no respondió.

Gerry le apretó la mano. —Mirémoslas un rato.

Parecía que la lluvia arreciaba, ahogando el siseo de los restos del coche. —Casiopea... —dijo Gerry, encontrando las estrellas que formaban a la reina—. El Cinturón de Orión... —Intentó mantener la voz firme a pesar de las lágrimas—. Tres estrellas en fila. Preciosas, Aurora... tan preciosas.

Se perdió en la maravilla de todo aquello.

Solo regresó a la realidad cuando oyó las sirenas.

Miró hacia abajo, sabiendo de antemano que Rachel se había ido.

Así que volvió a mirar al cielo.

Pero las estrellas también se habían marchado.

Y solo quedaban sus lágrimas.

82

En la sala de espera del hospital, Frank se sentó al lado de Gerry.

La DI no había movido ni un músculo en veinte minutos; no dejaba de mirar la sangre seca de sus manos. La sangre de Rachel Morrison. La mujer que había muerto aferrada a la mano de Gerry mientras contemplaban unas estrellas que no estaban allí.

Frank nunca había visto a Gerry así. Era evidente que estaba en estado de shock. Después de dejar a Rylan en casa de Gerry, Frank había querido que ella también se quedara allí. Ella se había negado. En cierto modo, era lo mejor. A su lado, podía vigilarla.

Frente a ellos dos estaban sentados Reggie y Sean. Reggie tenía los hombros encogidos hacia dentro y se agarraba las rodillas. Su respiración era más bien superficial y temblorosa. Los hematomas de su cara —cortesía del pánico de Jamie Corrigan en Seaview— ya habían cobrado un tono violeta oscuro. —Otro en estado de shock — pensó Frank.

Sean estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada. Cada pocos minutos, levantaba la vista hacia las puertas del ala de quirófanos y volvía a bajarla. Esperando. Como todos ellos.

Sharon.

Su equipo estaba sufriendo.

Cristo, Sharon.

Frank se frotó la cara con ambas manos, presionándose las palmas contra los ojos hasta que vio chispas.

Sharon estaba en ese momento en una cirugía de urgencia debido a una hemorragia cerebral. El médico no había dicho que fuera una situación crítica, pero Frank lo había leído en sus expresiones faciales, en la forma tan cuidadosa en que había elegido sus palabras, en la ligera vacilación antes de cada respuesta.

Frank necesitaba mantenerse positivo por los demás, pero por dentro se estaba desmoronando.

No hacía tanto tiempo que casi pierde a Reggie.

¡Y ahora Sharon estaba luchando por su vida!

Su equipo. Su responsabilidad.

Cristo, si no sale de esta...

No fue capaz de terminar el pensamiento.

En su lugar, se irguió, rígido, intentando aparentar que mantenía el tipo.

Miró a Gerry, a Reggie y a Sean.

Alguien tenía que intentarlo.

¿Y quién mejor que el jefe?

Blessing apareció en la puerta de la sala de espera y le hizo un gesto con la mano. Había llegado en taxi antes de que pasara una hora del accidente, y habían hablado brevemente antes de que ella saliera disparada para intentar localizar dónde tenían a Jamie.

Frank asintió, indicando que iba a salir. Justo cuando se ponía de pie, la mano de Gerry salió disparada y agarró la suya. Él la miró. —¿Gerry, muchacha?

Ella no levantó la vista ni habló.

—¿Estás bien?

—Si sobrevive, entonces... —se interrumpió y respiró hondo—. Entonces..., tenemos que hacer que todo esto desaparezca. Él no puede ir a la cárcel.

Oír aquello de sus labios fue una sorpresa mayúscula. El shock debía de ser incluso peor de lo que él había pensado al principio.

Frank asintió. —Intenta no preocuparte —dijo, tocándole la mano.

Ella le miró. —Se lo prometí, ¿vale?

—Vale —dijo él.

Ella le sostuvo la mirada un momento más.

No creía haberla visto nunca con un aspecto tan serio.

Fuera de la sala de espera, se acercó a Blessing. Ella se estaba secando los ojos.

—Está estable. Fractura abierta. Pérdida de sangre. Pero estable.

—Gracias a Dios —dijo Frank. Infló las mejillas—. Es un tipo fuerte.

De repente, Blessing se adelantó para abrazar a Frank. —El médico ha dicho que, si no hubieras estado allí... Si se hubiera desmayado...

Se quedaron abrazados un rato mientras Blessing lloraba de alivio.

—En realidad, creo que fuiste tú quien lo mantuvo en marcha —dijo Frank con la mano en la espalda de ella—. Habló de ti. De los mapas. De lo unidos que estabais los dos. —No mencionó el hecho de que Jamie hubiera hablado de sus hijos perdidos; el ambiente ya estaba demasiado cargado de emociones—. Le dije que vuestra amistad era especial.

Al cabo de un momento, ella se separó de Frank. Su expresión cambió de repente y lo miró como si fuera un enemigo. —¿Y ahora qué?

Buena pregunta, pensó Frank.

Jamie había matado a Kellerman —eso ya era obvio— para proteger a Rachel y a Maggie. Juntos, con Bobby, habían usado los conocimientos de Jamie sobre aquellos túneles para ocultar el cadáver. Probablemente fue Bobby quien regresó un tiempo después —semanas, tal vez, una vez que el pánico hubo remitido— para levantar un rudimentario muro de ladrillo frente a la puerta de madera. Un guardabosques que se había pasado años manteniendo puestos de caza y dependencias. Tenía las habilidades necesarias.

Lo que era seguro es que todos ellos eran culpables.

Pero solo uno quedaba vivo para enfrentarse a la «justicia».

¡Si es que se le podía llamar así!

Frank le contó a Blessing lo que Jamie le había dicho, y lo que Rachel le había contado a Gerry.

Ella no pareció muy sorprendida; parecía que sospechaba algo desde hacía un par de días.

—Pero fue un accidente.

—Eso creo —dijo Frank. *¿Pero quién lo sabía de verdad? Pudo haber sido un arranque de ira, una descarga repentina de adrenalina para proteger a Maggie y a su hermana, o pudo haber sido simplemente un error fortuito.* —El problema es que juntos conspiraron para ocultar el cuerpo, Blessing. Durante veintidós años.

—Para proteger a Jamie.

—Ya..., pero la ley no considera que esa fuera una decisión que les correspondiera tomar a ellos.

—¿Pero esas personas ya se han ido todas?

Frank asintió. —Lo sé. —No hacía falta decirlo—. *Pero Jamie no se ha ido.*

—Pero ese hombre era un monstruo —dijo Blessing sacudiendo la cabeza—. Intentó hacer daño a una mujer embarazada. Amenazó a la hermana de Jamie. Esa otra chica estaba en peligro. ¿Acaso no es Jamie un héroe?

—Tal vez, a ojos de algunos —dijo Frank—. Pero el sistema no siempre funciona exactamente así.

—Bueno... que le jodan al sistema —dijo Blessing con el ceño fruncido.

Frank no pudo evitar soltar un bufido de risa, tan inesperada fue la palabrota.

—¿Te hace gracia? —preguntó Blessing.

—No... en realidad, estoy totalmente de acuerdo contigo. —Su sonrisa desapareció—. No puedo evitar sentirme culpable.

—¿Por qué?

Frank se encogió de hombros. —Porque presioné y presioné sabiendo lo vil y monstruoso que era ese hombre.

Blessing lo miró con simpatía, sintiendo su conflicto interno. —Cumplías con tu trabajo, ¿no? Supongo que no podías esconderlo debajo de la alfombra sin más.

Bueno, tuve unas cuantas oportunidades de hacerlo, pensó Frank, y suspiró. —Vaya trabajito, ¿eh? De todos modos, Jamie no irá a la cárcel.

—¿En serio? ¿Tú puedes decidir eso?

—No exactamente. Y no debería haberlo prometido así como así. Pero creo que puedo ayudar a orientar las cosas en la dirección correcta. Llevo treinta y cinco años en este oficio creyendo en la verdad y en la justicia... pero supongo que en algunos casos, muy pocos, ojo, es mejor no tocar nada. —Suspiró—. No lo castigarán mientras yo esté al mando.

Cuidado, Frank, pensó, *todavía te queda resolver la logística de esta promesa.*

Pensó en Gerry, en la otra sala.

Nunca la había visto así antes.

Se lo prometí. ¿Vale?

Sí, Gerry, muchacha. Los dos lo hemos hecho ahora.

Así que, hagamos que suceda.

Cueste lo que cueste.

83

Junto a su padre, Oliver se sentó bajo las enormes lámparas de araña del gran salón de York.

Patricia, la directora de su madre, estaba en el podio sosteniendo un premio. De cristal y plata. Pesado. —Es para mí un profundo honor aceptar este premio en nombre de Rachel Morrison.

Oliver sintió que se le oprimía el pecho. Cerró los ojos. Vio a su madre sonriéndole, cogiéndole de la mano, dándole instrucciones de niño para que se concentrara en su respiración.

Inspira.

Expira.

La primera de muchas veces.

Al abrir los ojos, esperó que ella regresara siempre para guiarlo en momentos como aquel.

Aún la necesitaba, quizá la necesitaría siempre; por eso esperaba mantenerla a su lado.

Su padre, con los ojos enrojecidos tras una mañana de lágrimas, se inclinó y le preguntó si estaba bien. —Mejor —pensó él, asintiendo con la cabeza.

—Rachel trabajó en la escuela Springhead durante siete años —continuó Patricia—. En ese tiempo, enseñó a cientos de niños. Niños con autismo. Niños que no hablaban. Niños a los que el sistema había fallado.

Oliver pensó en el tío Jamie. Ya lo había conocido. Había visto la adoración en los ojos de su tío. Entendió por qué para él ella había sido Aurora; un nombre que al principio le pareció extraño, pero que ahora sentía como lo más natural del mundo.

Porque así había sido su madre de principio a fin.

Un pilar para los demás. Alguien que te apoyaba y estaba allí, en cualquier forma que la necesitaras.

—Rachel tenía un don extraordinario —prosiguió Patricia—. Podía conectar con alumnos a los que nadie más llegaba. Entendía sus miedos. Sus detonantes. Su potencial —. Se le quebró la voz—. No los veía como problemas que gestionar, sino como personas a las que amar.

Oliver sonrió. Aquellas palabras eran hermosas. Últimamente se había obligado a contener las lágrimas, pero ahora no lo hizo; sentía que eran apropiadas, que allí estaban en su hogar.

Patricia alzó una carpeta. —Tengo testimonios de antiguos alumnos. De padres. De compañeros. El niño que no habló durante tres años hasta que Rachel le enseñó Makaton. La niña que sufría crisis violentas hasta que Rachel descubrió que era hipersensible a las luces fluorescentes. El adolescente al que le dijeron que nunca sería independiente, que ahora vive solo y trabaja a tiempo completo porque Rachel se negó a aceptar las limitaciones impuestas por otros —.

Oliver cogió la mano de su padre.

—Pero quiero contarles algo más sobre Rachel Morrison —dijo Patricia.

Hubo una larga pausa; Patricia parecía flaquear.

El público fue respetuoso y esperó en un silencio sepulcral.

Oliver estaba seguro de que Patricia le miraba directamente a él.

Lo comprobó con una sonrisa y un asentimiento.

Ella le devolvió ambos gestos y luego dijo: —Antes de convertirse en la profesora, el pilar, la inspiración que todos conocimos... Rachel sobrevivió a algo que habría destruido a la mayoría de la gente.

Oliver sintió que la mano de su padre se apretaba.

Apretó los dientes.

Aquí estaba: la tragedia que casi la había definido.

—Le arrebataron su infancia —dijo Patricia—. De maneras que no puedo, que no voy a detallar aquí. Pero en lugar de dejar que aquel trauma la destruyera, lo transformó en algo hermoso y dedicó su vida a asegurar que los niños vulnerables tuvieran a alguien que los comprendiera. Alguien que los protegiera. Alguien que los viera.

Patricia hizo una pausa.

—Lo dio todo. Por los niños que la necesitaban. Hasta el mismísimo final.

El mismísimo final.

Oliver bajó la cabeza y lloró ante la rotundidad de esas últimas palabras.

—Rachel Morrison. Por darlo todo cuando se le había quitado tanto.

El público se levantó, aplaudiendo.

Oliver levantó la cabeza, vio a Patricia alzando el trofeo y se levantó también.

El aplauso fue profundo, prolongado, lleno de comprensión.

Su padre le pasó el brazo por los hombros y le dio un apretón. —Estoy orgulloso de ti —dijo—. Por estar aquí.

Adiós, mamá. Gracias por protegerme, por proteger a Jamie, por proteger a todos esos niños.

Y cuando los aplausos finalmente se apagaron y la gente se sentó, Oliver se dio cuenta de que cualquier vergüenza que hubiera sentido había desaparecido.

Sustituida, en cambio, por un profundo orgullo.

Su madre. La superviviente. La profesora. La heroína.

84

Sarah Reynolds salió del coche primero.

Habían pasado más de cinco meses desde que el bebé nació muerto, pero ella aún se movía con cuidado, como si su cuerpo pudiera romperse.

Gary intentó ayudarla, preguntándole si estaba bien. A decir verdad, eso es todo lo que parecía hacer últimamente: preguntarle si estaba bien.

Irritada, ella lo apartó de un gesto.

Era la séptima propiedad que visitaban en la última semana.

Estaban desesperados por mudarse, por empezar de nuevo, por renovarse tras lo sucedido, pero, hasta ahora, nada los había convencido.

El chalé adosado victoriano en Pickering les había parecido demasiado angosto, como si las paredes se cerraran sobre ellos. El establo convertido cerca de Goathland era demasiado abierto, demasiado expuesto. Todo se sentía mal. Sin conexión.

Ante ellos se alzaba una casita de campo. De piedra. Sólida. El tipo de lugar que ha resistido siglos.

Una mujer esperaba en la puerta. Ojos cálidos. Rostro amable.

—Sea usted bienvenida a Ivy Cottage —dijo ella de forma suave, sin alegría forzada—. Soy Jenny. Me ocupo del lugar hasta que se venda. La anterior dueña era una amiga muy querida.

«Evaluando a los posibles compradores», pensó Sarah. Se sentía intimidada.

Por dentro, la casa era sencilla. Limpia. Cálida. Ya había leña puesta en la chimenea, lista para ser encendida.

Jenny los guio por las habitaciones despacio. La cocina. El salón. El dormitorio del piso superior. Todo en silencio. Todo inmóvil.

Sin cosas de bebés. Sin habitación infantil. Nada que le recordara a Emma.

Resultaba extraño, sin embargo, que todo se la recordara de todos modos.

Jenny los llevó al jardín trasero.

Un serbal se alzaba en el centro del césped. Sus ramas desnudas se extendían hacia el cielo gris de noviembre. Fuerte. Sano. Con raíces profundas en la tierra.

—Es un árbol precioso —dijo Sarah, sonriendo.

Hizo una pausa, miró el rostro desconcertado de su marido y luego se dio cuenta ella misma de lo sorprendente que había sido su reacción. Era la primera vez que sonreía en una eternidad, y el comentario por algo tan insignificante como un árbol había resultado inesperado.

Lo que también era significativo era que no sentía esa sofocante culpa por un fugaz momento de placer. Hacía mucho tiempo que no le pasaba.

—¿Puedo verlo más de cerca?

—Por supuesto —dijo Jenny.

Sarah caminó hacia él. En la base del árbol, había unas placas de latón incrustadas en el suelo.

Se arrodilló y leyó la primera. *Hope Whitworth. Nuestra hija. Amada por siempre, añorada por siempre.*

La mano de Sarah fue hacia la placa. Recorrió las letras. Hope.

Un nombre precioso. También sintió algo familiar allí. Casi una conexión entre su propia pérdida y ese árbol.

Alargó la mano y tocó la corteza. Rugosa, pero reconfortante.

Gary se acercó por detrás. Se quedó allí. Sin tocarla. Pero presente.

Había otra placa junto a ella. *Robert «Bobby» Whitworth. 1958-2009. Amado esposo. Ausente pero nunca olvidado.*

—¿Quién era Hope?

—Mi amiga, la anterior dueña, perdió a Hope a los ocho meses y...

—Oh —dijo Sarah, tomando aire bruscamente y llevándose la mano al pecho.

—Lo sé... sus cenizas fueron esparcidas aquí, y más tarde, las de su marido. Sé que es poco convencional y que no es algo vinculante, pero si compraran la casa, bueno, si pudieran conservar el árbol, verán, significaría todo. ¿Se mencionó en la agencia inmobiliaria?

—Sí —dijo Gary, pero Sarah no recordaba nada. Había estado vagando tan perdida durante tanto tiempo que esos pequeños detalles no habían logrado calar.

Gary se arrodilló a su lado. Su mano buscó la de ella. La apretó.

—Plantaron un árbol —dijo Sarah, mirándolo—. Y todavía está aquí. Sigue creciendo.

Sarah miró hacia el serbal. Sus ramas desnudas. Su fortaleza.

—Deberíamos plantar un árbol —dijo en voz baja—. Por Emma.

Gary asintió, con los ojos empañados.

Era el primer plan que hacía desde el funeral. El primer pensamiento sobre un futuro que no fuera simplemente huir de donde vivía.

Aquella noche, Sarah soñó con jardines. Con una mujer a la que nunca había conocido cuidando rosas. Con un hombre en un cobertizo. Con un serbal que crecía con más fuerza cada año, con sus raíces alimentadas por un duelo transformado en algo vivo.

Sarah se despertó a las cuatro y sacudió a Gary para despertarlo.

—Quiero hacer una oferta.

Tres meses después, en una tranquila tarde de primavera, celebraron una pequeña ceremonia bajo el serbal.

En la base del árbol, Jenny esparció las cenizas de Maggie, y Sarah esparció las de Emma. Gary colocó dos nuevas placas de latón en la tierra, rindiéndoles homenaje a ambas.

Sarah se quedó sola un rato, tocando el serbal, pensando en Emma y en su nueva amiga, Hope.

Dos hijas ahora. Descansando juntas. Vigiladas por un árbol que duraría generaciones.

La mano de Gary buscó la suya.

Por primera vez en meses, había sentido esperanza.

Creciendo con más fuerza.

Perdurando.

Como el propio árbol.

85

Blessing ajustó el marco de la foto y dio un paso atrás.

Perfecto.

Las estrellas. Sus hijos. Su familia y sus amigos. Todo dispuesto justo como Jamie lo había dibujado.

Preciso. Permanente.

Y ahora podía contemplarlos siempre que quisiera.

—¡Blessing-de-Lagos! —Jamie entró en el salón con su silla de ruedas. La silla aún era nueva. Aún le resultaba extraña. Pero cada vez se apañaba mejor con ella. Estaba más fuerte cada día.

No faltaba mucho para que se fuera, lo cual le producía cierta tristeza.

Había disfrutado muchísimo teniendo a Jamie allí con ella.

Llevaba un libro en el regazo. Tamaño A3. De espiral. La portada estaba decorada con estrellas plateadas.

Ella señaló el álbum.

—¿Supongo que ya lo has terminado entonces?

—Lo he terminado —dijo él. Su voz sonaba orgullosa. Emocionada. Le recordaba a sus propios hijos, hacía mucho tiempo, cuando se entusiasmaban al enseñar sus proyectos del colegio.

Él se colocó con la silla junto al sofá y Blessing se sentó para que quedaran uno al lado del otro.

Verle allí, ahora, viviendo su vida, la transportaba a su tiempo con Frank. Habían pasado mucho tiempo juntos en las semanas

posteriores al accidente, pensando en cómo evitarle un infierno a Jamie.

Juntos habían reunido pruebas suficientes (evaluaciones psicológicas, testimonios de especialistas, los registros de cuidados de Jamie de décadas enteras) para que Frank convenciera a la fiscalía de que Jamie no era mentalmente apto para ser juzgado. Habían tardado semanas. Frank había recurrido a todos sus contactos.

Frank Black había cumplido la promesa que le hizo en aquella sala de espera del hospital.

Era el dictamen correcto. Es más, era la verdad. Jamie nunca había entendido lo que había hecho, no del todo. No al mismo nivel que los demás. A veces lo recordaba con total nitidez; otras, lo olvidaba por completo. Le costaba discernir si aquello era real o no, y con el tiempo, ella esperaba que se fuera desvaneciendo igual que había ocurrido anteriormente.

Pero no quería recrearse en eso ahora mismo. Lo que importaba era este momento: Jamie, aquí, vivo, dispuesto a compartir algo preciado.

Él abrió el libro, lo apoyó en el brazo del sofá y pasó a la primera página.

Otra constelación de estrellas. Una docena de estrellas con sus respectivas imágenes. Dibujadas con absoluta precisión.

—Nuestros recuerdos… Aurora y yo —dijo Jamie.

—Es precioso.

—Gracias.

Blessing señaló un dibujo de unos sándwiches de queso.

—Cuéntame algo de este.

Jamie recorrió el dibujo con el dedo y su voz se suavizó.

—Siempre igual. Queso entre pan y pan. Cortados en diagonal —hizo una pausa—. Incluso cuando nos quedábamos sin dinero ni comida, ella siempre encontraba queso para mis sándwiches.

A Blessing se le hizo un nudo en la garganta.

—Conque de ahí aprendiste a hacerlos tan ricos, ¿eh? —señaló otra estrella que tenía varias monedas debajo. Dispuestas en filas cuidadosas. Cada una con su valor anotado—. ¿Y este?

—Aurora me enseñó a contar dinero. Luego, me dejaba ir solo a la tienda a comprar leche y queso. La recuerdo llorando. Lágrimas de alegría, decía ella. Orgullosa de que yo pudiera hacer cosas difíciles. Siempre decía que era muy especial.

Blessing sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Este es mi favorito —Tocó el dibujo de dos figuras, pequeñas, con sombras, pero dibujadas con exquisitez, cogidas de la mano—. Vosotros dos juntos, supongo… mirando las estrellas.

Él se lo quedó mirando un rato, pero no habló.

Ella alargó la mano y se la entrelazó con la de él. —¿Estás bien?

Él levantó la vista y ella vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Dijo que las estrellas siempre estarían ahí. Incluso cuando nosotros ya no estemos.

—Es la verdad —dijo Blessing, conteniendo sus propias lágrimas.

—Y por eso, siempre podré encontrarla de nuevo. En las estrellas. En mi constelación. En cada mapa que haga.

Las lágrimas terminaron por brotar.

—Qué pensamiento tan bonito.

Se quedaron sentados un buen rato hablando de las otras imágenes. Finalmente, Jamie cerró el libro.

—Ay, Jamie. Es… es… ¿cómo se dice?… ¿perfectiosquisito?

El rostro de Jamie se iluminó. Esbozó una sonrisa. Esa gran sonrisa suya.

Y entonces se inclinó hacia delante, casi saliéndose de la silla, e hizo algo que no había hecho nunca.

La abrazó.

—Gracias —le susurró ella al oído, junto a su pelo encrespado y rubio grisáceo. Olía al champú de lavanda que ella le había comprado—. Gracias por compartir tus estrellas conmigo.

Y lo decía de corazón, porque ahora lo comprendía.

Lo comprendía de verdad.

Que las estrellas no son más que gas ardiendo y luz antigua. Pero que nosotros les damos significado. Las convertimos en historias. En familias. En mapas que nos guían a casa.

Ella había perdido a sus hijos, y nada podría reemplazar eso jamás.

Pero había otras estrellas. Otros regalos.

Y tenía uno justo aquí.

—¿Comemos unos sándwiches? —preguntó él.

Blessing se rió. *Ay, qué hombre tan extraño y valioso*. —Sí, Jamie. Podemos hacer eso. Exactamente cuatro lonchas de queso. Cortados en diagonal. Perfecto. Cuando tú quieras, ¿vale?

Mientras ambos tengamos estrellas que cartografiar.

Epílogo

Frank estaba sentado en una de las cabinas del baño, con la mirada fija en su discurso, que había redactado más veces de las que se había planteado jubilarse antes de descartar la idea de inmediato.

Sus editoras, Evelyn y Henrietta, habían dado el visto bueno a la última versión. Los chistes no resultaban demasiado ofensivos y había incluido algunas cursilerías sentimentales. Lo habitual en estos casos.

Sin embargo, a pesar de todo, sentía que le faltaba algo.

A eso se sumaba que tenía el estómago revuelto y no le había dado una calada a un cigarrillo en casi una hora, lo cual era bastante tiempo cuando te sentías como un artificiero que acababa de notar que le temblaban las manos.

En conjunto, lo de entregarla en el altar había sido la parte fácil. Teniendo en cuenta las noches en vela que había pasado ante la posibilidad de tropezar mientras recorrían el pasillo, había sido un momento maravilloso. Gerry estaba radiante.

¡Y Rylan, recién acicalado, también los había acompañado! Se había portado a las mil maravillas. Nada de escaparse para olisquear un par de farolas. Tenía razón cuando decía que el labrador solo se portaba mal cuando él estaba al mando.

Pero sí, todo aquello era pan comido comparado con esto...

Intentó leer las palabras de nuevo.

Al cabo de un rato, se emborronaron.

No es solo que les falte algo... es que no tienen sentido.

Eso no era lo que quería decir.

Salió de la cabina, arrugó el discurso y lo tiró a la papelera de las toallas de papel.

—No tiene sentido —masculló. Nada de lo que necesitaba decir estaba allí escrito.

Se miró en el espejo. Pelo canoso. Rostro surcado de arrugas. Ojos cansados. *Nunca has tenido problemas para decir lo que piensas, Frank Black; ¿por qué, a los sesenta y cinco, te está costando ahora?*

Se moría por tener una pinta en la mano mientras pronunciaba el discurso.

Pero cumplió la promesa que se había hecho a sí mismo y esquivó la barra.

En la boda de Gerry, no.

Ella le había pedido que estuviera allí. Quería que hiciera esto.

Esconderse tras el alcohol habría sido una decepción para ella.

Que el auténtico Frank Black se ponga en pie, por favor...

Dios mío.

Frank respiró hondo, se ajustó la corbata y cruzó el salón de banquetes.

Había guirnaldas de luces por todo el techo. Las mesas estaban decoradas con flores de invierno. La pálida luz de diciembre se filtraba por los altos ventanales, y la escarcha aún se aferraba a los bordes de los cristales.

Frank encontró su sitio, pero no se sentó. Si lo hacía, su repentino estallido de confianza se esfumaría como sus ganas de vivir durante algunas de las recientes discusiones sobre las hojas de cálculo del banquete.

En su lugar, echó un vistazo a la sala.

Tom y Gerry presidían la mesa principal. Los dos sonreían, cogidos de la mano... felices de momento... hasta que él abriera su

bocaza.

Sean y Clara estaban en una mesa en una esquina, con la tableta lista. Sharon y Reggie iban a participar por videoconferencia desde el hospital.

Confiaban en que Sharon se recuperaría del todo, pero no se la estaban jugando. Reggie tampoco. Apenas se había separado de su lado desde que ocurrió.

De hecho, ¡la única vez que Frank había hablado en serio con el hombre fue cuando intentó dimitir!

Lleno de autocompasión y reproches.

En los viejos tiempos, puede que Frank le hubiera dicho que se espabilara, pero ahora las cosas eran distintas. Entendía mejor cómo funcionaba la gente. Se preguntaba si aquello se debía a su amistad con Gerry, pero le parecía poco probable, ya que ella funcionaba de forma muy distinta a cualquier otra persona que hubiera conocido o que pudiera conocer jamás.

Sin embargo, algo estaba cambiando, porque le dijo a Reggie que no iba a dimitir. Que tendría que pasar por encima de su cadáver. También le dijo que era uno de los colegas que más valoraba.

En retrospectiva, aquello le pareció bastante nauseabundo.

Pero no tanto como su reacción emocional...

Ver a Reggie con lágrimas en los ojos fue algo que no había previsto, ni deseado realmente, pero supuso que era un precio bajo a pagar para mantener a uno de sus amigos más antiguos en el cuerpo.

¡Amigo!

Madre mía, ¿acabo de pensar eso? ¿Sobre Reggie?

¿Qué te está pasando, hombre?

Alguien golpeó una copa y la adrenalina lo invadió.

Había llegado el momento...

Bajó la mano para coger su bebida y sus dedos solo apretaron el aire.

Mierda.

¿Evitar la barra y el alcohol?

¡Vaya promesa más ridícula!

GERRY no lo miraba y probablemente no lo haría durante el discurso.

No hay de qué preocuparse, se tranquilizó a sí mismo. *Es perfectamente normal. Pasa exactamente lo mismo en la sala de incidentes. No significa que esté sopesando múltiples formas de matarte.*

Frank se aclaró la garganta.

—Bien —dijo.

Sabía que tenía un marcado acento de Yorkshire. *¿Demasiado marcado?*

Si hablaba más rápido, ¿se notaría menos?

Al menos se aseguraría de pronunciar las haches.

—Bueno, tenía preparado un discurso. Seis páginas. Muy ingenioso, además. Evelyn le echó un ojo crítico —captó la sonrisa de Evelyn entre los invitados—. Muchos chistes inofensivos sobre hojas de cálculo y expedientes clasificados por colores.

Hizo una pausa mientras una risa suave recorría la sala.

—Así que, abrochaos los cinturones, porque puede que esté a punto de liarla parda, y no en el buen sentido.

Más risas. Esta vez parecieron un poco más dubitativas. *Oh, no... ¿me he pasado? ¡A lo mejor se creen que soy capaz de cumplir esa amenaza!*

—En fin, he tirado el discurso a la basura —hizo una pausa Frank y tosió—. Porque no era… —Tosió de nuevo y se golpeó el pecho—. Lo siento. —Alargó la mano para coger un vaso de agua. *¡Estoy haciendo el ridículo!* Bebió un trago, levantó la vista y dijo—: Porque no era lo que necesitaba decir.

Miró a Gerry. Ella seguía con la vista baja. Pero Tom lo miraba fijamente.

—Vale, conozco a Gerry desde hace menos de dos años —miró a su alrededor, dándose cuenta de lo ridículo que debía de sonar. Todos estarían pensando: *«¿Y aun así has sido tú quien la ha entregado?»*—. ¡Sí…, pero todavía la conozco desde hace más tiempo que al novio, si queréis saberlo!

¡Esto provocó la carcajada más fuerte hasta el momento!

—En este tiempo, ¿qué he notado? ¿Aparte de un profundo respeto y admiración por mi persona? Ja. ¡Ya me gustaría! Bueno, he notado que tiene una mente brillante. Afilada como una cuchilla. Es la mejor persona que podéis tener cerca si estáis trabajando en un caso, amigos. —La miró—. Y la peor si está cabreada con vosotros.

¡Mierda! ¡Ya ha salido el malhablado que llevo dentro!

Aunque se están riendo todos. Puede que me haya librado.

También vio una sonrisa en el rostro de Gerry. Esto lo animó. —Ella ve patrones, ya sabéis, donde para nosotros... —Hizo una pausa, preguntándose si se estaba metiendo en un terreno que podría resultar ofensivo. Cambió de rumbo—. …donde para nosotros, la gente neurotípica, no hay nada. De hecho, esos patrones son enormes y coloridos… —Hizo unos gestos con las manos—. Y siempre, joder, nos ayudan a ir del punto A al punto B. —Empezó a sentirse emocionado—. Ve cosas que yo no puedo ver, y eso que llevo en este oficio una barbaridad de tiempo (demasiado, si le preguntáis a mi cadera y a mi espalda), y os lo digo en serio. Es un talento. Un talento absoluto. —Hizo una pausa—. También ve a las personas, ya sabéis. Las ve de verdad. —Su voz se suavizó. Se quedó mirándola—. Me vio a mí, para empezar.

Gerry levantó la vista hacia él por primera vez.

—Y eso tiene mérito. —Le sonrió—. Porque lo que hace que esta muchacha sea extraordinaria no es solo su mente. Es su corazón. —Ella le devolvió la sonrisa y luego volvió a bajar la mirada.

Echó un vistazo a su público. Todas las miradas estaban puestas en él. Nadie parecía aburrido ni molesto. Captó la sonrisa de Evelyn y su gesto de asentimiento. Aprobación. También vio a Helen cerca de donde Sean sostenía la dichosa tableta. Estaba levantando el pulgar.

¡Pero no te adelantes, Frank Black!

Tomó aire. —En este trabajo, ves a la gente ponerse a prueba. Ves de qué están hechos cuando todo se desmorona a su alrededor. —Volvió a mirarla. Ahora ella acariciaba a Rylan, que se había puesto a su lado.

—Y Gerry, ella está hecha de algo poco común. Algo fuerte. —A Frank se le quebró un poco la voz—. No creo haber conocido, ni que llegue a conocer jamás, a una persona más fuerte que Gerry Foley-Carver.

—Carver-Foley —dijo Gerry.

—Sí, perdón. Me costará acostumbrarme.

Una risa suave brotó de los que lo oyeron.

—Bueno, Tom.

—Oh, no —dijo Tom, y todo el mundo se rio.

—Seré sincero, chaval: la primera vez que te vi, recuerdo haber pensado que tendrían que torturarme para que yo diera mi aprobación a esto... —La risa sonó un poco forzada.

Se encontró con la mirada de Evelyn.

Demasiado fuerte, entonces. Qué pena, me estaba yendo bien.

—Pero me equivoqué… Te he observado con ella, Tom. La forma en que le das su espacio sin hacer que se sienta sola. La forma en que aprendiste que el silencio no es rechazo, sino simplemente su forma de procesar las cosas. Eso requiere paciencia, chaval. Eso requiere amor. —Le guiñó un ojo.

Tom asintió con los ojos brillantes.

—Y ella no para de hablar de ti, por cierto. En serio. Nadie la comprende como tú. Ni siquiera yo. Eso te hace especial, en mi opinión.

Aunque tuve que poner fin a cualquier charla sobre vuestra vida sexual. Esto figuraba en el discurso original, antes de que Evelyn lo borrara con muy buen criterio.

Hubo un aplauso en ese momento.

—Sin embargo, no nos vengamos arriba, chaval. Está claro que juegas en una liga superior a la tuya.

—Lo sé —dijo Tom.

Hubo una gran ovación.

—Te casas con alguien que recordará cómo pides el café durante treinta años. Alguien que se dará cuenta de que lo estás pasando mal antes de que tú mismo lo sepas. Alguien que te hará hojas de cálculo para organizarte la vida y lo considerará un acto de amor.

Las risas llenaron la sala.

Frank dejó que se apaciguaran. Luego bajó el tono de voz. —Tom, te casas con alguien que protege a la gente que quiere. Con uñas y dientes. Alguien que cumple sus promesas, incluso cuando le sale caro. Incluso cuando le duele de cojones. —Tragó saliva—. Te casas con alguien que ve el mundo tal como es, pero que nunca deja de luchar para hacerlo mejor.

Gerry lo miró.

No había necesitado las gafas porque no estaba leyendo el discurso, pero las llevaba sobre la cabeza. Se las bajó para poder verla con más claridad.

Vio lágrimas en sus ojos. Le sonrió. Ella se secó los ojos y le devolvió la sonrisa. Mantuvieron el contacto visual.

—Tras perder a sus padres, Gerry podría haberse rendido fácilmente. Pero no; no solo sobrevivió, sino que construyó una vida a partir de aquello. Se convirtió en alguien que protege a los demás porque sabe lo que es perder lo que importa.

Gerry se apoyó en Tom. Estaba emocionada, pero no apartaba la vista de Frank.

——No tuve el privilegio de conocer a tus padres, Gerry —dijo Frank en voz baja—. Pero pienso en ellos. En lo que pensarían de ti ahora. En lo que te dirían.

Hizo una pausa. La sala se había quedado en silencio. Se oyó el tintineo de una copa contra una mesa.

—Tengo una hija. Maddie. No estamos unidos; ese es mi fracaso, no el suyo.

Tuvo que parar. Respirar.

—Pero Gerry… —Se le quebró la voz. Hizo un esfuerzo por seguir —. Gerry, has sido como una hija para mí. La hija de mi corazón. Me has enseñado que la familia no es solo la sangre. Es una elección. Es estar ahí. Es cogerle la mano a alguien en la oscuridad y negarse a soltarla.

Se levantó las gafas y se secó los ojos con el dorso de la mano. No le importó quién lo viera.

—Así que, Tom. Cuídala. Quiérela. Hazle hojas de cálculo cuando te lo pida. Dale su espacio cuando lo necesite. Y recuerda que no solo te casas con Gerry. Te integras en esta familia caótica,

desastrosa y profundamente leal que de algún modo hemos formado. Y estaremos ahí para los dos. Siempre. —Frank levantó su copa—. Por Gerry y Tom. —Su voz era firme ahora. Fuerte—. La mejor detective con la que he trabajado. La persona más valiente que conozco. Y la hija de mi corazón. —Esbozó una sonrisa—. Que vuestro matrimonio esté lleno de amor, risas y solo ocasionalmente de análisis de la escena del crimen.

El aplauso lo golpeó como una ola. La gente se puso en pie. Copas en alto. Las palabras resonaron por todo el salón: —¡Por Gerry y Tom!

Y de pronto Gerry estaba a su lado. No se había fijado en cuándo se había movido.

Le tocó el brazo. —Gracias, Frank.

Él asintió. —De nada, muchacha.

Luego ella volvió a su sitio para el discurso de su marido y Frank se desplomó en su silla, agotado.

Rylan se acercó caminando despacio.

Frank se agachó y le rascó al perro detrás de las orejas.

—Buen chico —susurró.

Y tú también, Frank, pensó. *Buen chico.*

Porque por primera vez en años, Frank sintió que tal vez había hecho algo bien.

Había sido el padre que alguien necesitaba, aunque no fuera la hija a la que le había fallado.

Quizá con eso bastara.

Por ahora.

Un empleado del hotel abordó a Frank cuando este se acercaba a la barra.

—Perdone. —El joven lo llevó a un lado—. No quería hablar directamente con los novios. Pero, esto..., ¿pensé que quizá usted podría ayudar?

Frank miró hacia la pista de baile, donde Gerry y Tom hacían gala de sus pasos. Helen ya había intentado sacarlo una vez. ¡Pero él no pensaba lucir *sus* pasos todavía!

¡Vaya movimientos! ¿A quién pretendo engañar? Si más bien son arranques.

—¿En qué puedo ayudarte, chaval?

—Hay un caballero en la recepción. Dice que es de la familia.

A Frank se le encogió el pecho. —¿Cómo dices?

—Un caballero de edad avanzada.

No puede ser. —¿Ha dado algún nombre?

—Sí, señor. Dennis Carver.

—Me cago en la leche —dijo Frank.

—¿Perdón, señor?

Frank sacudió la cabeza. —He dicho que es *inesperado.* En fin, ese hombre no tiene permiso para acercarse a menos de diez kilómetros de la novia y el novio.

——Pero, señor…

—Vale, soy consciente de que ya está a menos de diez kilómetros, pero ya me entiendes.

—Parece enfermo. Muy enfermo.

—Porque lo está. Por eso mismo esto es inesperado. —*Y también está muy mal de la cabeza si se cree que va a entrar aquí.*

—Entiendo. Entiendo. —El muchacho palideció—. ¿Se lo digo yo? —Tragó saliva.

Era evidente que no quería hacerlo. Siendo justos, nadie con un sueldo de mierda debería tener que echar a un moribundo a la calle con este frío.

Además, ¿y si no era lo bastante firme y el viejo cabezón volvía a la carga?

—Yo me encargo, chaval —dijo Frank, apretándole el hombro.

Frank salió al vestíbulo.

Nunca había conocido a Dennis —afortunadamente para Dennis —, pero estaba claro de quién se trataba.

Aquel hombre enjuto, gris y moribundo se apoyaba en el mostrador. Vestía un traje que quizá en su día le quedó como un guante, pero que ahora colgaba desgarbado de su cuerpo.

Frank suspiró. Estaba claro que esto iba a ser desagradable, pero él tenía una misión y una prioridad.

Y ella estaba ocupada luciendo movimientos en la pista de baile.

—Dennis —dijo Frank.

Aquel hombre realmente estaba en las últimas.

—Vamos a pedirle un taxi para que vuelva a casa, hombre. Hace frío fuera —añadió Frank.

Dennis se quedó mirando a Frank un momento, y fue entonces cuando el Inspector Jefe lo vio por primera vez. A pesar de que tenía los ojos hundidos y amarillentos por la ictericia, desprendían una lucidez aguda y amenazante.

—No me iré hasta haber visto a mi sobrina —dijo Dennis. Todavía conservaba firmeza y claridad en la voz.

Frank suspiró. —Me temía que iba a decir eso. Mire... estoy intentando contener mi mala leche. —Consideró brevemente que era una suerte que sus días de borracheras hubieran quedado atrás—. Pero no puedo pensar en nada que no sea esa chica que está ahí dentro; la adoro. Así que voy a insistir en que se marche.

Dennis asintió. —Yo también la adoro.

A Frank se le revolvió el estómago. La palabra «adorar» en boca de aquel hombre resultaba obscena. —No puedes hablar en serio.

—Totalmente —dijo Dennis.

Frank no pudo evitar pensar en la ironía de las palabras de un moribundo. ¿Había sido deliberado? ¿Una broma macabra? ¿Algo más parecido a una amenaza?

—Esto es una estupidez —dijo Frank.

—¿Por qué?

—¡Joder! ¿Por dónde quiere que empiece? No la ha visto desde que se presentó en su casa hace seis semanas y la dejó... —Se interrumpió antes de decir «acojonada perdida». Una joven en la recepción los observaba; probablemente tendría un dedo puesto en algún tipo de botón de alarma bajo el mostrador.

Frank asintió hacia ella. —No pasa nada...

—¿Seguro? —preguntó Dennis.

—Sí. —Frank lo fulminó con la mirada—. Porque te vas ya mismo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Le pido, por las buenas, que no empeore las cosas. Estoy más sobrio que un juez y soy un policía respetado. —Se preguntó brevemente si «respetado» era la palabra adecuada; «temido» o «impredecible» habrían sido más exactos—. Si es necesario, le escoltaré fuera tras presentar mi placa a esa jovencita.

Dennis suspiró y bajó la vista.

Frank esperó que aquello fuera suficiente y que el hombre se diera por vencido.

—Voy a morir. No me queda familia. —Su voz sonó de repente dolida y exhausta.

Lágrimas de cocodrilo, pensó Frank.

—Si tan solo pudiera verla feliz, aunque fuera una vez...

—¿Verla feliz? —*¡No se va a poner muy feliz al verle cruzar la puerta, colega!*—. Le diste una paliza a su tía delante de ella. La traumatizaste... —A Frank le temblaban las manos. Las entrelazó. Hacerle daño era tentador —al fin y al cabo, le había hecho daño a Gerry—, pero no era una opción—. Será mejor que te vayas. Antes de que olvide que soy policía y recuerde que soy un hombre que quiere a esa chica como si fuera mi propia hija.

Dennis se quedó en silencio un momento.

Pero entonces Frank volvió a detectar aquel brillo en sus ojos.

Afilado. Calculador.

—¿Como si fuera tu propia hija? —repitió Dennis.

Frank asintió.

—Investigué un poco sobre usted, Inspector Jefe Black. Tom le mencionó cuando le conocí. Dijo que Gerry le tenía mucho aprecio. Descubrí que su hija...

—Yo que usted pararía —dijo Frank, y dio un paso adelante, quedando a escasos centímetros de Dennis, mirando por encima al hombre frágil—, ahora mismo.

Dennis sonrió. —Tal vez solo intento recalcar que todos cometemos errores.

Frank agarró a Dennis por el brazo. Estaba esquelético. Le costó toda su fuerza de voluntad no apretar. Si lo hacía, podría romperle el hueso. Se inclinó y susurró: —Yo nunca pegué a mi hija, gilipollas.

Así que, como le he dicho, pare. —Acto seguido soltó el brazo y dio un paso atrás.

Dennis asintió. —Y yo no le pegué a Gerry.

—No, pero pegaste a otras personas. Gente inocente…, gente a la que se suponía que debías cuidar.

—Mi argumento es: ¿no puede cambiar la gente?

Frank tensó la mandíbula. —La gente puede cambiar, sí. Pero el punto de partida es importante. ¿Puede alguien que apaleó a una mujer delante de una niña, que aterrorizó a quienes debería amar... puede cambiar de verdad? —Sacudió la cabeza—. He aprendido mucho estos últimos años, pero eso es un nivel de gilipollez que no estoy dispuesto a tragarme.

Dennis asintió lentamente. —No quería hacerlo de esta manera.

La frase resultaba confusa. Frank frunció el ceño. —¿Eh?

—Pero me lo esperaba. Me he preparado para ello.

A Frank se le hundió el estómago. ¿De qué demonios hablaba? ¿Iba a abrirse la chaqueta y revelar un chaleco cargado de explosivos?

Lo dudaba, pero separó las manos y se tensó, esperando cualquier eventualidad. —¿Preparado para qué?

Dennis lo miró. Directo. Sin pestañear. —Soy su padre.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Frank las oyó. Entendió cada una individualmente. Pero juntas, no tenían sentido.

—¿Qué?

—El padre de Gerry. —La voz de Dennis era firme.

Frank sacudió la cabeza. —No... quiero decir, ella no me ha dicho nada, y lo habría hecho.

—Ella no lo sabe.

Frank se quedó con la boca seca. —Es su tío... —Se interrumpió —. No le creo.

—Lo lamento —dijo Dennis—. Como he dicho, no era mi intención hacerlo así.

—Mentiroso…, es un puto mentiroso… —Debía de sonar ridículo. Patético. Se frotó la cara—. ¿Cómo?

—Es mía. Biológicamente. Podría preguntárselo a su madre si siguiera viva…, pero claro, no puede. Sin embargo, estoy seguro de que cuando esté con Gerry, podré explicarle cómo sucedió.

Frank se llevó la mano al pecho. —No te creo. —Consiguió tomar algo de aire—. ¡Ella no le creerá! Querrá hechos, pruebas. Sin eso, ni siquiera te escuchará. ¡Y yo tampoco! —Le señaló de forma agresiva.

—Si es necesario, podemos hacernos una prueba de ADN, pero es tarde y estoy bastante cerca del final... creo que podría convencerla. Tengo cartas, ya ve. Entre su madre y yo. Ambos estábamos con la persona equivocada y, bueno, de ahí vinieron muchos de los problemas...

—¡Basta! —dijo Frank. Ahora hablaba alto. La joven le miraba con los ojos como platos—. No quiero oír nada de esto. Nada de...

——Ni debería… —dijo Dennis, y volvió a sonreír—. Usted no es su padre.

Frank cerró el puño. Le daba vueltas la cabeza.

Se acercó más. Dennis no retrocedió. Armó el brazo para golpear... todo estaba fuera de control...

Sintió una mano en el hombro. Le estabilizó por un instante. Miró hacia atrás y vio a Sean.

—Señor... ¿se encuentra bien?

Inspiró profundamente. —Sí. —Exhaló—. Quédate ahí, Sean.

—Bien.

Frank volvió a girarse. —No importa lo que digas… lo que pretendas… Hoy no vas a entrar. No tienes invitación. Lárgate.

—De acuerdo.

Frank suspiró. —Bien. Ahora, aire.

—Pero tiene que saber algo...

Frank cerró los ojos con fuerza.

Aquí venía. Era patéticamente obvio lo que iba a decir.

—No voy a morir solo. Ella necesita saber la verdad y tomar su propia decisión.

Frank abrió los ojos y lo fulminó. —¿El día de su boda? ¿Qué clase de puto monstruo es?

—Si los papeles se invirtieran, inspector jefe Black… —Su rostro estaba lleno de tristeza—. Entonces lo entendería.

—Si los papeles se invirtieran, me tiraría por un puto acantilado. —Tragó saliva y pensó por un momento, de forma irracional, qué pasaría si matara a este hombre aquí mismo.

Pasaría el resto de su vida en la cárcel, sí, pero Gerry se libraría de la carnicería que él estaba a punto de desatar en su cabeza.

Pero ¿y su propia hija?

¿Y George?

¿Cómo se sentirían al descubrir que era un asesino?

—Por respeto a usted, inspector jefe Black, y por el hecho de que se ha portado tan bien con mi hija, no lo haré hoy… Además, le daré la oportunidad de decírselo usted.

Frank entrecerró los ojos. —Qué detalle. Gracias. No servirá de nada, ¿sabe? No querrá verte.

—¿Y usted no hablará en mi defensa?

Frank resopló. —¿Qué drogas le están dando, colega?

—Si ella se niega, no tendré más remedio que contarle otras cosas. Cosas sobre el hombre que ella cree que es su padre. Mi hermano, el intachable...

—No se creerá nada de eso.

——Oh, lo hará. Tengo pruebas más que suficientes sobre las mentiras que le contaron sus padres…, pero esperaba ahorrarle todo eso. No obligarla a estar a mi lado al final por desesperación, sino que venga a mí porque es lo correcto.

Frank deseaba con todas sus fuerzas golpearle ahora mismo.

—Ahí es donde usted puede ayudar —dijo Dennis—. Después de hablarle de mí, puede convencerla de que es lo que debe hacer. Para que no tenga que desvelar todos estos secretos que llevan tanto tiempo corrompiéndome. Comiéndome por dentro.

—Seguro —siseó Frank.

Dennis asintió. —Sí, porque comprende lo que le pido, ¿verdad?

—Dos semanas —dijo Frank. Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Primero tiene su luna de miel. ¿De acuerdo?

—Es demasiado tiempo.

—Dos semanas… —Frank hundió el dedo en el pecho de Dennis —. Y yo mismo le romperé el corazón.

El peso de lo que acababa de aceptar le oprimió. Iba a destruirla. A coger todo en lo que ella creía respecto a su familia y reducirlo a cenizas.

Pero si no lo hacía él, Dennis lo haría peor.

—Si habla con ella antes de eso, juro por Dios que le retuerzo el pescuezo yo mismo y cumpliré la condena, ¿me ha oído?

Dennis no respondió.

—¿Me ha oído?

Dennis asintió. —Dos semanas, y tendré a mi hija al final.

Frank resopló. —Si cree que eso mejora algo... Sentirá lástima por usted, pero no le querrá.

Dennis sonrió. —Espero que recuerde este momento, Inspector Jefe Black, cuando esté cerca de su propio fin. En esos momentos, uno se aferra a lo que sea.

—Como ya he dicho, yo elegiría el acantilado.

Dennis se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta. Lentamente. Cada paso era un esfuerzo.

Se detuvo. Miró hacia atrás. —Usted me odia, Frank Black.

Frank asintió. —Sí, en eso ha acertado.

—Pero yo no le guardo rencor.

—Gracias. Guardaré ese sentimiento como un tesoro.

—Porque es usted un buen hombre... —dijo en voz baja.

Frank buscó algún rastro de burla, pero no percibió ninguno.

—Me alegro de que ella le haya encontrado. —Y entonces Dennis Carver se marchó.

Desafortunadamente, Frank se dio cuenta de que no sería la última vez.

Sean se acercó. —¿Está bien, señor?

Frank se irguió. *No, la verdad es que no.* —Sí. Gracias, Sean, por... ya sabes, por pararme.

—¡Señor, ojalá no lo hubiera hecho! No puedo creer que...

Frank se llevó un dedo a los labios y le mandó callar. —Sean... no digas ni una palabra de esto.

—Señor, yo...

Bajó el dedo y le lanzó una mirada fulminante. —¡Sean! Ni una maldita palabra. ¿Estamos?

—Estamos.

—Olvida lo que hayas oído. Esta es mi cruz, no la tuya. ¿Entendido?

—Sí.

Frank tomó aire profundamente y luego lo soltó. —Tráeme una cerveza, por favor, chaval.

Sean asintió y entró en el salón hacia la barra.

Frank le siguió.

Miró hacia Gerry, sonriente, feliz, bailando con Tom.

¿Cómo voy a hacerlo?

¿Cómo voy a contarle esto?

Adoraba a sus difuntos padres.

Cuando Sean le entregó la pinta, bebió la mitad de un trago, sin dejar de mirar a Gerry.

Quería protegerla, pero ¿cómo?

La verdad se avecinaba y no podía detenerla. Él solo era el conducto.

¿Pero habría alguna forma de suavizarlo? ¿De reducir el impacto?

Terminó el resto de la pinta. —Otra, Sean.

Sean vaciló. —Frank...

Frank sacó la cartera del bolsillo trasero y se la puso a Sean en la mano. —Un hombre de Yorkshire acaba de darte su cartera... Es algo inaudito. Es señal de desesperación.

Sean volvió a la barra.

Frank observó a Gerry reírse de algo que dijo Tom.

Vio alegría.

Alegría pura y sin complicaciones.

De esa que quizá no vuelva a sentir nunca más una vez que él le cuente la verdad.

Sean le entregó otra pinta.

Frank bebió con ganas; el alcohol apenas aplacaba la agonía que le quemaba por dentro.

Vio a Evelyn saludándole desde el otro lado de la sala. Le devolvió el saludo. Tenía que ir allí y ponerse una máscara de

alegría.

Pero primero, otra pinta.

O dos.

Frank y Gerry volverán en Heladas Olvidadas...
¡Haz clic aquí y reserva ahora!

Agradecimientos

Forgotten Depths ha resultado ser uno de mis libros más difíciles de escribir. Explorar temas como el trauma infantil y hasta dónde es capaz de llegar la gente para proteger a quienes ama me ha obligado a convivir con verdades incómodas sobre la vulnerabilidad y la supervivencia. Al igual que Maggie y Blessing, me he visto reflexionando sobre lo que significa realmente cuidar de los demás, y sobre el heroísmo silencioso que reside en el simple hecho de estar presente.

Mi familia sigue siendo mi ancla. Jo, Hugo y Bea: vuestro amor hace que cada día difícil valga la pena.

A los lectores cuyas reflexivas reseñas me inspiran a profundizar más —especialmente a Donna, Kath y Sharon, que han estado ahí desde el principio—, vuestro apoyo continuo significa mucho más de lo que puedo expresar.

Debo un agradecimiento especial a mis lectores de sensibilidad, cuyos conocimientos me han ayudado a retratar el trauma, la neurodivergencia y las experiencias culturales con el cuidado que merecen. Cualquier error que pueda quedar es únicamente responsabilidad mía.

Nos vemos pronto, cuando Whitby revele más de sus secretos.